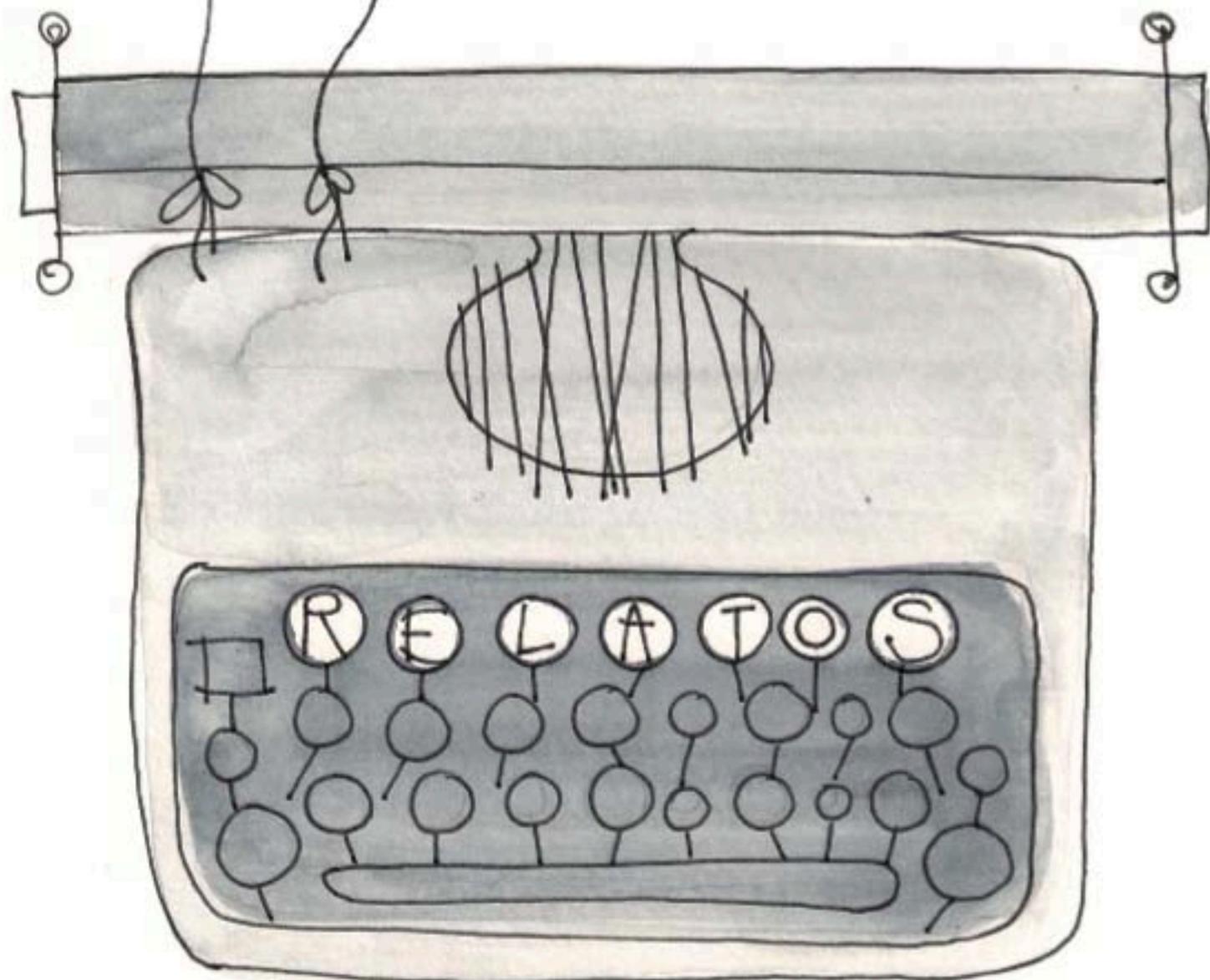




# Certamen literario para el alumnado “Ana M<sup>a</sup> Aparicio Pardo”

Relatos premiados  
2007 - 2011





**Ana María Aparicio Pardo** (1963-2001), era natural de Dolores (Torre Pacheco); licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia. Impartió docencia en los institutos de enseñanza secundaria (IES): “Politécnico”, “San Isidoro” y “Carlos III” de Cartagena; Ruiz de Alda” de San Javier, “San Juan Bosco” de Lorca. “Alquibir” de Cehegín y “Gerardo Molina” de Torre Pacheco, donde ejercía el cargo de Jefa de Estudios, hasta que nos dejó trágicamente en un accidente de tráfico, cuando se dirigía desde el centro educativo hasta su domicilio. Ella era una persona noble, sencilla, responsable, trabajadora silenciosa, amable e incansable. Su excelente labor profesional y su calidad humana fue lo que motivó que sus compañeros creásemos el Certamen Literario para el Alumnado que lleva su nombre. Educar era lo que mejor sabía hacer.

## **Publicaciones recientes de la Consejería de Educación y Universidades**

[www.educarm.es/publicaciones](http://www.educarm.es/publicaciones)

- Proyecto para un Mundo Mejor : actividades en inglés para aprender a aprender respetando el medio ambiente / María Dolores Tudor Morales
- Aprendemos con los dinosaurios: proyecto desarrollado para Educación Infantil / Lydia Martínez Campoy
- Leo, leo...¡El león! / Ana Alonso Castelo, M<sup>a</sup> Dolores Fernández Seguí, <sup>a</sup> Soledad Blanco Ramos y Josefa Pareja Sánchez
- Unidad didáctica “Somos artistas”. Educación Infantil / Ana M<sup>a</sup> Redondo Rocamora, Ángeles Gallardo González y Juana M<sup>a</sup> García Soto
- Poncho. El niño que quiso ser hada / Juan Pedro Gómez
- Análisis de la evolución del alumnado, profesorado, inversión y resultados de las enseñanzas de régimen general desde el curso 2000-2001 al curso 2010-2011 / Josefa Moreno Molero
- Las ideas previas del concepto "industria" en el alumnado de Geografía de 3º de la ESO / Carlos Martínez Hernández
- Guía práctica de higiene postural para docentes / Pablo Ortega Cañavate y Alicia Carrillo Cayuela
- En mi verso soy libre : relatos 2014 / Certamen Nacional de Relatos (7º. 2014. Murcia)
- Manuel Rivas Barrós "Todo es silencio" guía de lectura / Laura Peñafiel Vera, Vicente Roca Conesa, Fulgencia Martínez Sánchez



**Región de Murcia**  
Consejería de Educación  
y Universidades

Secretaría General

**Edita:**

© Región de Murcia

Consejería de Educación y Universidades

Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

[www.educarm.es/publicaciones](http://www.educarm.es/publicaciones)

**Creative Commons License Deed**



La obra está bajo una licencia Creative Commons License Deed. Reconocimiento-No comercial 3.0 España.

Se permite la libertad de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones de reconocimiento de autores, no usándola con fines comerciales. Al reutilizarla o distribuirla han de quedar bien claros los términos de esta licencia.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

© Il. de la cub. : Elisa Campuzano

I.S.B.N.: 978-84-606-7372-9

Edición, diciembre 2015

# Certamen literario

para el alumnado

## “Ana M<sup>a</sup> Aparicio Pardo”

relatos premiados

2007-2011

Julia Vicente Fresneda (coord.)



Región de Murcia  
Consejería de Educación  
y Universidades

Secretaría General



## ÍNDICE

Prólogo de José Emilio Iniesta González	12
<b>2007. VI edición</b>	<b>15</b>
Modalidad A (hasta 16 años)	16
Primer Premio. <b>Print</b> de <i>Lara Carrión Borgoños</i>	17
Segundo Premio. <b>Un verso del poema</b> de <i>Noelia Martínez Rey</i>	26
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Elisa por siempre</b> de <i>Inés Peñarrubia Peñaranda</i>	32
Modalidad B (de 17 a 19 años)	38
Primer Premio. <b>Autorretrato</b> de <i>Celia Delgado Suarez</i>	39
Segundo Premio. <b>Antonio Claret</b> de <i>Isabel Guerrero Llorente</i>	46
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Vamos a contar mentiras</b> de <i>Rocío Mayol Sánchez</i>	54
Modalidad C (de 20 a 23 años)	63
Primer premio. <b>El café del aire</b> de <i>Francisco Miguel Pujante</i>	64
Segundo premio. <b>Juego de dados</b> de <i>Oscar Repullo Lopera</i>	75
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>El violín</b> de <i>Rocío Martínez Fernández</i>	83
Modalidad D (profesores en activo)	92
Primer premio. <b>Vida de silencio</b> de <i>Santiago Casero González</i>	93

<b>VII edición, 2008</b>	<b>102</b>
<b>Modalidad A (hasta 16 años)</b>	<b>103</b>
Primer Premio. <b>Génesis</b> de <i>Sofía Sarsa Gil</i>	104
Segundo Premio. <b>Rojo</b> de <i>Claudia Abela Granollers</i>	110
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Kane Loethe</b> de <i>Javier Pérez Hernández</i>	116
<b>Modalidad B (de 17 a 19 años)</b>	<b>125</b>
Primer Premio. <b>El Dios de la muerte</b> de <i>Pamela Fernández Tovar</i>	126
Segundo Premio. <b>Gritos de silencio</b> de <i>Mónica Olcina Pérez</i>	140
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Who I am</b> de <i>Aynabel Galera Hurtado</i>	148
<b>Modalidad C (de 20 a 23 años)</b>	<b>157</b>
Primer premio. <b>La mala sombra</b> de <i>María José Fernández Verdú</i>	158
Segundo premio. <b>Hiperversiones y perversiones</b> de <i>Rut Sanz Montaña</i>	169
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Los callejones del alma</b> de <i>Caridad Gómez Sánchez</i>	183
<b>MODALIDAD D (profesores en activo)</b>	<b>192</b>
Primer premio ex aequo. <b>Encarna la Peo</b> de <i>Miguel Ángel González Gómez</i>	193
Primer premio ex aequo. <b>La sisla</b> de <i>Luis del Romero Sánchez- Cutillas</i>	203

<b>VIII edición, 2009</b>	<b>211</b>
MODALIDAD A (hasta 16 años)	212
Primer Premio. <b>Euterpe</b> de <i>Rosalía García García</i>	213
Segundo Premio. <b>La tercera estrella a la derecha de la luna</b> de <i>Maitane Muños Basagoiti</i>	220
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Karma</b> de <i>Alba Carrillo Marín</i>	227
Modalidad B (de 17 a 20 años)	234
Primer Premio. <b>Esos días verdes de verano</b> de <i>David Moragas Llevat</i>	235
Segundo Premio. <b>Prisa por vivir</b> de <i>Carmen M<sup>a</sup> López López</i>	244
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Impávido caballero</b> de <i>Sara Albaladejo Albaladejo</i>	252
Modalidad C (de 21 a 25 años)	261
Primer premio. <b>El coto</b> de <i>Jaime Sánchez Jiménez</i>	262
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Simonetta</b> de <i>Ana del Amor Pérez</i>	273
<b>IX edición, 2010</b>	<b>285</b>
Modalidad A (hasta 16 años)	286
Primer Premio. <b>Cuartel de barro</b> de <i>Norbert Monti</i>	287
Segundo Premio. <b>Los últimos pasos</b> de <i>Daniel Morón Gonzalo</i>	294
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Un extraño jueves</b> de <i>Ana Monís García</i>	303

Accésit para estudiantes de los centros organizadores. <b>Las ánimas del temple</b> de <i>Tomás García González</i>	313
<b>MODALIDAD B (de 17 a 21 años)</b>	<b>323</b>
Primer Premio. <b>Sólo Piezas</b> de <i>Rosalía García García</i>	324
Segundo Premio. <b>Polos opuestos</b> de <i>Daiana Soledad Ventrice</i>	330
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>El otro yo</b> de <i>Matilda Klinkhart</i>	329
Accésit para estudiantes de los centros organizadores. <b>El archivo Nietzsche</b> de <i>Francisco Antonio López Hernández</i>	352
<b>X edición, 2011</b>	<b>363</b>
<b>MODALIDAD A (hasta 16 años)</b>	<b>364</b>
Primer Premio. <b>Claro de Luna</b> de <i>Paula Pais Rodríguez</i>	365
Segundo Premio. <b>Locura</b> de <i>Marina Mota Merlo</i>	372
Tercer premio. <b>Mamá plantaba sus flores en la tierra</b> de <i>Ylenia Perera Perera</i>	384
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>El hombre de las palomas</b> de <i>Helena López Ortega</i>	392
<b>MODALIDAD B (de 17 a 21 años)</b>	<b>398</b>
Primer Premio. <b>Café para dos</b> de <i>Anna M<sup>a</sup> Mercado Pozo</i>	399
Accésit para estudiantes de la Región de Murcia. <b>Parodia de la muerte burocrática</b> de <i>Fuensanta Olmos Abellán</i>	405



## PRÓLOGO

José Emilio Iniesta González

El cuento es el género literario primigenio, el más espontáneo y natural, transmitido oralmente generación tras generación a lo largo de los siglos. El cuento. Literatura libre, fresca, sin reglas, convencionalismos o ataduras. El cazador o la muchacha asombrando a la tribu en interior de la caverna, incluso inventando palabras nuevas que el clan debió de adoptar a partir de ese instante, porque el lenguaje estaba naciendo en aquellos tiempos y había mucho que contar. Cuentos impregnados de sabiduría que se narraban en el Ágora de Atenas. Cuentos junto a las fogatas encendidas por las legiones de César. Cuentos sagrados de un joven y sabio rabí a orillas del Mar de Galilea (que alguien les dio el nombre de *parábolas*). Cuentos de juglares en una plaza de Toledo o de Hita allá por la Edad Media. Cuentos en los desiertos de Arabia, referidos durante una mágica noche que equivalió a mil y una de nuestras noches. Cuentos que un faquir de Calcuta dedicó a la Luna Nueva. Alucinados cuentos en la inmensidad de la Biblioteca de Buenos Aires, donde un hombre imaginó mundos tan fascinantes como sólo podría verlos un ciego. La madre que duerme a su hijo contándole las aventuras de Pulgarcito o las penalidades de Cenicienta. Palabras, palabras, palabras, dijo Hamlet. Cuentos. Nada más que cuentos. Nada menos que cuentos.

El Certamen "Ana María Aparicio" nació para rendir un sentido homenaje de cariño y respeto a una gran profesora tempranamente fallecida. No puede imaginarse mejor homenaje a quien dedicó su vida a la docencia que premiar en su nombre la creatividad de los jóvenes y fomentar la escritura de pequeñas grandes historias. Grandísimas a pesar de su brevedad, como

tendrá oportunidad de comprobar el discreto lector cuando lea los relatos ganadores, recopilados en ese volumen donde se recogen los cuentos de varias ediciones del certamen. La mayoría son obras creadas por jóvenes, por adolescentes, acaso las voces más libres y auténticas de todas a la hora de reunir palabras para contar. Cuentos. Fantásticos o realistas. Románticos. De vampiros o de ciencia ficción. Que tratan de los horrores de la guerra y la fragilidad de los derechos humanos. Narraciones detectivescas, de aventuras o de ambiente cotidiano.

En pocos años, el Certamen "Ana María Aparicio" se ha convertido en un referente de prestigio y calidad entre los concursos literarios de iguales o parecidas características, hasta el punto de que en el nuestro han llegado a participar narradores procedentes de otros países. Y es que los cuentos nunca han conocido obstáculos ni fronteras. Este volumen es un buen testimonio de esa calidad así como del entusiasmo de unos jóvenes escritores que se esfuerzan por buscar formas propias de expresión en un mundo donde, ¡ay!, cada vez predomina más la incomunicación de quien está absorto en su iPad o su Tablet, ajeno a todo lo demás. Aquí se recogen los relatos galardonados en las ediciones sexta (año 2008), séptima (2009), octava (2010), novena (2011) y décima, correspondiente esta última al año 2012. Pues bien, los cuentos (estos en particular) son un antídoto contra esa "epidemia de la incomunicación tecnológica" que hoy nos aflige. Porque los jóvenes autores tienen mucho que decir, que expresar, que comunicar.

La temprana desaparición de Ana María Aparicio truncó una muy estimable labor profesional, y aunque nada podrá llenar ese vacío ni suplir las clases que ella no llegó a dar, este Certamen que lleva su nombre prolonga de alguna manera su labor docente, ya que viene a ser como una "clase viva de literatura". Y esta es precisamente una buena razón (otra más entre muchas) para adentrarnos en las páginas de este libro y dejarnos llevar a mundos reales o imaginarios, viajar a planetas extraños o mundos alternativos, revivir el primer amor o asaltar naves corsarias en llamas (más

acá de la Isla de la Calavera pero más allá de Orión). Los cuentos nos proponen adentrarnos en un arduo laberinto o embarcar en la nave de Simbad para arribar a un continente aún por descubrir. ¡Quién puede resistirse a tal singladura!

En los zocos de Bagdad, El Cairo o Marraquech los contadores de cuentos decían al terminar: *pues si te ha gustado esta historia, no menos te gustará la siguiente...* Así debemos decir nosotros: si hasta ahora el Certamen "Ana María Aparicio" ha tenido una extraordinaria calidad en todas sus ediciones, ¡preparémonos para las que vengan!, y disfrutemos de otros cuentos no menos espléndidos. Palabras. Sueños. Cuentos. No hay más valioso tesoro para lo quien sabe apreciar.

VI edición, 2007

# MODALIDAD A

(hasta 16 años)

Primer Premio

Autora: **LARA CARRIÓN BORGONÓS**

Título: Print

Centro educativo: Centro de Estudios CEI. MURCIA

## Print

En aquella mañana cenicienta de septiembre, una molesta llovizna empapaba las aceras de *Trafalgar Square*. La ciudad había despertado hacía horas y, pese a todo, la desgana de los ciudadanos podía palpase en el ambiente.

-Empezamos bien la semana, ¿eh?- le comentó el taxista a Evan, que permanecía callado en el asiento trasero. Aquel conductor era un hombre grueso y de apariencia despreocupada; sus grandes manos rodeaban por completo el desgastado volante y su voz sonaba cada vez más ronca conforme avanzaba la conversación.

-Debe ser una molestia tener que desplazarse andando...- dijo, mientras observaba cómo la gente de a pie caminaba con prisas y sin paraguas. Evan permanecía en silencio, escuchando a aquel hombre en un segundo plano y poniendo todos sus sentidos en unos informes que había sacado de su maletín.

-¿Qué lee con tanto afán? ¿Es usted un hombre de negocios? Oh, no..., no...- reflexionó en voz alta -Usted no tiene la pinta que tienen los de los altos pisos- dijo refiriéndose a los importantes empresarios.

Por unos segundos, Evan dejó su papeleo de lado.

-Lo siento mucho si mi atuendo no es de su agrado- finalizó con retintín.

-No se lo tome tan a pecho, hombre... ¿Es que es de ellos? ¡Oh, vaya!- interrumpió la conversación -¡Ya hemos llegado! *Picadilly Circus*. ¿Dónde le dejo? ¿Aquí le viene bien?- preguntó pisando levemente el fren.

-Déjeme en la comisaría que hace esquina- dijo con sequedad, mientras colocaba sus papeles ordenadamente en su maletín.

-¿En la comisaría de *Picadilly Circus*? ¿Va a poner una denuncia? Ándese con cuidado...- susurró, dándole secretismo al tema -¡Son trece maravillosas libras, señor!- comentó con alegría, mientras desviaba de nuevo el tema -¡Que pase un buen día!

Tras entregarle a aquel taxista el importe justo, Evan salió del coche, exasperado. La lluvia había arreciado y, por suerte, ya se encontraba ante la puerta de su destino. Entró en la comisaría y, nada más cruzar la entrada, una joven secretaria se le acercó.

-¿Es usted el señor Conell?, ¿me equivoco?

-Sí, lo soy- quedó sorprendido por la eficacia del servicio.

La mujer rió mientras retiraba un mechón de pelo que le cubría levemente el rostro -Acompáñeme por aquí. El señor Withman le espera- Ella volvió a reír y le abrió la puerta del despacho del comisario mientras le invitaba a pasar con gentileza. En su interior podía verse a un hombre de expresión seria y cabello corto repleto de canas que hojeaba unos informes con atención. Al percibir la llegada de Evan, alzó su vista y guardó los papeles. -¡Señor Conell!- le llamó, con falsa alegría -Me alegro de tenerlo aquí- sonrió. Pese a estas muestras de amabilidad, podía palpase que había estado esperándole con bastante impaciencia.

-Siento la tardanza, señor. Me ha tocado un incompetente en el servicio de taxis y...

-Oh, por favor. No se disculpe y siéntese. ¿Quiere un café o ya ha desayunado?

-No tengo costumbre de tomar nada, aunque de todos modos se lo agradezco sobremanera.

El comisario Withman sonrió, esta vez francamente, ante esas muestras de puntillosa educación. -Bueno, señor Conell- suspiró, mientras se servía él una taza del antes citado café- Supongo que a estas alturas sabrá porqué le hemos llamado.

-De entre mis cualidades, la lectura es una de ellas- comentó, mientras le mostraba el correo que le habían mandado previamente, informándole del caso.

-Oh, veo que mi secretaria es bastante competente- dijo a la vez que observaba el informe.

-Es un...-carraspeó- caso delicado.

Evan fue afirmando levemente a todo aquello que el comisario decía. Este, tras sentarse y darle un sorbo al café, atrajo hacia si un pequeño altavoz. Pulsó un botón y mandó el aviso al despacho consecutivo. -Por favor, Molly, haz pasar al señor Rhaus. Espero que no le importe. Me he tomado la libertad de llamar a otro colaborador del caso.

-¿Rhaus? ¿Louis Rhaus?- preguntó, con un cierto tono de repugnancia.

-¿No será el director del suplemento "Paranormal"?

Evan no pudo reprimir aquel prejuicio que tenía sobre aquellos que tocaban el tema del más allá. Él era un hombre hosco e inmutable a quien, tópicos como esos, no le afectaban lo más mínimo. Es más, le parecían absurdos.

El señor Rhaus no tardó en abrir con exagerada alegría la puerta del despacho. Entre efusivos saludos se presentó a Evan, que le observaba de forma envarada. Tras intercambiar unas cuantas frases de cortesía, el comisario Withman les hizo una breve presentación sobre el caso "McNamara".

-El miércoles pasado se encontraron los cadáveres de tres adolescentes de unos dieciséis años en una casa de campo a las afueras. Ya han sido identificados y sus respectivas familias han enterrado los cuerpos.

Evan escuchó con atención todos los datos que iba dando el comisario y fue recopilando uno a uno en su mente.

-Siempre habían estado juntos. Eran como uña y carne.

-Y entonces decidieron ir también a la tumba juntos, ¿no?- se burló Rhaus.

-¿Está hablando de un suicidio colectivo?- preguntó Evan, mostrándose bastante afectado.

Withman permaneció en silencio durante unos segundos y, tras ellos, afirmó con sequedad. Rhaus fue a decir algo pero el comisario se le adelantó.

-Los dos chicos, Vincent y Noa, murieron casi a la vez. En cambio, la joven llamada Eve...- calló durante unos segundos.

-Alguien la asesinó intentando imitar el suicidio de sus compañeros.

-Aquí pone...-leyó Rhaus- que los tres murieron con un corte limpio en... ¿la muñeca derecha? ¿Y dices que el supuesto asesino de la última chica le cortó las venas? ¡Es absurdo!

-No, no lo es. Como ha comentado el comisario, trató de imitar el suicidio de sus compañeros.

Todo apuntaba a un suicidio que se tornó en homicidio. Pero, pese a todo, no habían encontrado la menor pista sobre el asesino.

-En fin, es una casa abandonada. Allí había de todo por lo que ponerse a buscar pistas en aquel lugar es como buscar una aguja en un pajar. Al final terminaremos enviando a los del laboratorio otra vez...- suspiró -De momento queremos centrarnos en la muerte de los chicos. Intentemos descubrir por qué fueron allí y qué les llevó a suicidarse.

-¿Y para qué me necesitan, pues? Soy defensor de menores y trato con personas vivas, no con cadáveres.

Rhaus rió ante esa contestación y tomó la palabra mientras miraba fijamente a Evan a los ojos. -Nunca se sabe, el más allá y nuestro mundo están conectados con un fino hilo. ¿Quién sabe quién o qué anda tras el crimen?- sonrió jocosamente. -Es evidente, señor Conell, que el comisario le ha llamado por ser psicólogo y no el perro faldero de los de servicios sociales.- Evan clavó sus ojos sobre el achaparrado y rubicundo Rhaus.

-Por favor, señores...- les frenó el señor Withman -sólo quiero respuestas, y que sean lo antes posible. No tengo nada más que decirles, tienen mi teléfono y si les surge alguna duda o encuentran alguna pista...

-Le llamaré- declaró Evan.

-Le llamaremos- sonrió Rhaus.

El señor Conell salió de la comisaría caminando a zancadas y con prisa, intentando así evadirse y olvidarse de la risa de aquel repugnante periodista.

"No soporto a los de su gremio" pensaba Evan, mientras trataba de alcanzar un taxi. "Son como buitres sobre carroña. Seguro que va tras una portada en su patética revista. ¿En qué demonios pensaba el señor Withman al llamarle?"

De pronto, una voz gritando su nombre le sacó de sus cavilaciones.

-¡Hey, Conell!- Aquel timbre inconfundible que, al parecer le perseguiría durante todo el día, se clavó en sus oídos. Rhaus se acercó apresuradamente hasta donde Evan se encontraba, jadeando por la carrera y limpiando su sudorosa frente con la manga de su chaqueta. -¡Por fin te alcanzo!- suspiró. -Menudas piernas tienes, cada paso tuyo son tres míos...- dijo, observando con minuciosidad la delgada figura de él -¿Llevas prisa?- sonrió.

Evan le miró egocéntricamente y bajó su mirada hasta el suelo -Depende de qué deseos- comentó.

-¿No te he caído bien, a que no?- y se mostró falsamente afligido, mientras hablaba con cierta ironía -Sea como sea, estamos en el mismo caso y yo tengo información que podría interesarte- Rhaus sonrió y le mostró un número de su suplemento. Evan lo agarró con rapidez y leyó en voz alta el título y el subtítulo de la noticia de la portada.

-“Comunicados con los espíritus: el caso Carmín es resuelto gracias a la intervención de un medium” ¿Qué significa todo esto? ¿Espíritus? Por favor... Tal idiotez no ha lugar- dijo Evan, exasperado.

-¿No sabes la de casos que se han resuelto con la ayuda de espiritistas? ¿Y si se trata de un *poltergeist*?

-¡Ya basta de gilipolces!- gritó en medio de la calle, dejándose llevar por esa aberración. Tras aquello, echó a andar, dejando a Rhaus solo en la acera. -¡Ya he tenido suficiente por hoy!- le volvió a gritar, a la vez que se alejaba.

-¡Pero serás...! ¡Ya te tocará pagar el pato, ya! ¡Te has metido con lo que nunca nadie debe meterse!- terminó de descargarse Rhaus, mientras la figura del trastornado Evan se perdía en la calzada. Él alzó la vista hacia el cielo, aún encapotado y maldijo para sus adentros la intervención de Conell en el caso.



Los días fueron transcurriendo lentamente para Evan. Se habían cumplido ya tres semanas desde el encuentro con el comisario y, pese a todo, estaba cada vez más perdido: ¿qué podría aportar él al caso?

Había llegado el domingo de la cuarta semana. Era de noche desde hacía horas y Evan se disponía a mirar su correo en *hotmail*. Abrió la página e introdujo sus datos. A los segundos, esta se había redireccionado a sus *e-mails*. Tras una larga lista, se detuvo en uno cuya falta de título le llamó la atención.

-¿Quién coño será...?- balbuceó. Clicó encima del icono del sobre y se abrió el correo. En él podía leerse una única frase perdida en todo el blanco de la página: "Que no nos veas no significa que no estemos aquí"

El vello de Evan se erizó al instante y una extraña sensación de incomodidad comenzó a rondarle por el estómago.

-No tiene gracia... joder, esto no tiene gracia...- comentó mientras echaba un vistazo al destinatario del *e-mail*.

Sus ojos se abrieron de par en par a pesar de la hora que era. Su corazón comenzó a latir con fuerza y un sudor frío resbaló por su frente. Al parecer, ese correo se lo había enviado una tal "Eve".

-No puede ser la misma Eve del caso...-susurraba, para tratar de calmarse.

Volvió atrás en la página y, antes de cerrar, una pequeña ventana se abrió abajo a la derecha: "Tiene un nuevo correo de Eve", decía la misma.

El incómodo silencio comenzaba a hacerse notar en su salón. Entre leves temblores llevó el ratón hasta el correo y clicó.

-Vamos... ábrete- le apresuraba a la página. De pronto, la luz de su apartamento se fue. Dio un golpe a la mesa con rabia y, tras unos leves segundos, todo quedó en un silencio sepulcral. Ya no se oían las sirenas de la policía, ni tampoco el pitido de los coches... No quedaban luces encendidas en la calle y la tenue luz que emitía la Luna, era lo único visible. Su respiración comenzó a notarse más y más entrecortada, al son de sus pasos inseguros que caminaban hasta la caja de fusibles. Exhaló un fuerte suspiro tratando de calmar su brote de ansiedad. Al dar con la caja, destapó con rapidez la tapa que la cubría; palpó con sus dedos los interruptores y emitió otro suspiro, esta vez de tranquilidad, cuando las luces se encendieron. Caminó de nuevo hacia el ordenador y, en ello, vio que la impresora se había activado y que estaba expulsando un papel con lentitud. Se acercó temblando y leyó: "Que no nos veas no significa que no estemos aquí".

Esto era demasiado. Estaba seguro al cien por cien de que el maldito Rhaus tenía algo que ver en toda esa historia.

-Tranquilízate, Evan...- se dijo- Hoy por hoy cualquiera puede crearse una cuenta con una identidad falsa... Es Rhaus, sí... ¡Es él! Seguro que quiere quedarse conmigo...-no acabó. De nuevo, esa extraña sensación de incomodidad le provocó

momentáneamente la pérdida del habla. Agudizó el oído y le pareció oír una fuerte respiración rodeándolo. Esta vez sintió un miedo indescriptible. Giró su cuerpo con la máxima rapidez que le fue posible para darse cuenta de que no había nada ni nadie a su alrededor. Comenzó a jadear mientras limpiaba su frente sudorosa. Sus manos apretaban el papel que sufría las consecuencias de aquel horror. Y, por primera vez su voz no fue la única en sonar.

-Hola, Evan- le susurraron muy cerca de su oído. Giró de nuevo su cuerpo y ahogó un grito al comprobar que allí mismo no había nadie.

-¿Tienes miedo?- sonó otra voz tan cerca como antes. El señor Conell tapó sus oídos y, en un movimiento brusco, tiró la impresora al suelo, que comenzó a funcionar por sí sola. De nuevo, las luces comenzaron a parpadear.

-Sabes que estamos aquí. No puedes ignorarnos- rió, una última voz, esta vez más hosca. La luz se atenuó y la lámpara que alumbraba todo el salón brilló intermitentemente y con lentitud. Fijó su vista y al final del pasillo le pareció ver un cuerpo. Unos fuertes espasmos le hicieron retroceder hasta la pared del fondo, sintiendo el corazón salir por su boca. A la vez que la lámpara emitía su luz, podía sentir más cerca aquella figura. A cada parpadeo, esta avanzaba lentamente, haciendo encogerse cada vez más a Evan. Cerró sus ojos y, a los pocos segundos, volvió a notar esa fuerte respiración, esta vez sobre su frente. Gimió de miedo.

-Y ahora dime... ¿Quién mata a quién?- susurró la primera voz, al parecer de una joven.

Nada más se pudo oír durante la noche en el apartamento.

-“El protector de menores Evan Conell se suicidó la pasada noche en su apartamento de *Oxford Street*. En el lugar del crimen se encontró un cuchillo similar al utilizado en el homicidio del caso “McNamara” y unas fotos impresas tiempo antes de su muerte. En dichas imágenes se podía ver los cadáveres de los tres jóvenes agonizantes poco antes de morir. Fuentes policiales aseguran que Conell es el asesino y justifican su muerte porque no pudo soportar su cargo de conciencia y se entregó a la policía y a Dios. Los psicólogos estiman que puede haberse tratado

de un caso de asesinato por pura envidia, ya que la hija del mismo falleció en las mismas condiciones hace escasos meses. De todos modos, la policía sigue investigando...”- leyó en voz baja un taxista grueso y despreocupado.

-Empezamos bien el día...- le comentó al hombre que acababa de montarse.

-Dígame, ¿dónde le llevo?- sonrió, mientras guardaba el periódico en la guantera.

Segundo Premio

Autora: **NOELIA MARTÍNEZ REY**

Título: Un verso del poema

Centro educativo: IES. Xoan Montes. LUGO

## Un verso del poema

Adiós. Y en el reflejo, monotonía de su rostro, silencio.

Nos habíamos conocido en una tarde de viento templado y brillo de miradas, en el verano de 1985, cuando el cuero todavía dejaba entrever el interlineado de la piel, que se mezclaba con los verdes de una mirada que marcaría mi propia vida. El sol, refulgía; nosotros, descalzos.

Lo nuestro sencillamente había sido sensación... y mariposas.

Cada murmullo que, entre la arena de la playa pellizcaba al mar, era con nosotros el primer suspiro. Los días se escondían en los pequeños rincones de nuevos sentimientos y aquello era tan grande...

Tumbados en la cima del mundo no hacíamos más que imaginar cuentos de nadie que solamente eran nuestros, con protagonistas de sueños y finales de esos, de cuento. Toda excusa de la casualidad valía para interrumpir divagaciones, entonces, las palabras morían en un suspiro lento y los labios interpretaban cualquier cosa inteligible entre tú y yo. La tarde caía y entonces, salía el sol de nuevo.

Y el vuelo era el más libre de todos, huíamos de los límites de una realidad de elásticos y grandes hombreras, sencillamente éramos color. Cada amanecer que surgía interesante, me recordaba un nuevo anhelo de aventurarme entre su piel y su

alma; poco a poco, volvieron sensaciones como la confianza y esto, que deben llamar amor.

Mientras en mi interior crecía el fruto de aquello que tanto sentíamos, me acariciaba con susurros y palabrería dulce; sin embargo, sus padres esperaban para él mucho más que un hijo impuro concebido en uno de esos anocheceres, en los que dejábamos la luna desnuda y la burla, en la seducción. Una gran carrera y un gran futuro, el resto quedaría en nada.

Un instante, bastó un instante para que en algún rincón de la memoria quedase grabado lo niños que éramos. Me estaba esperando allí, con la vida reducida a una despedida; los cuentos se habían perdido en el arco iris y el alma fue un espejo roto con un beso olvidado, sólo quedaba la monotonía en su rostro y las lágrimas de dos corazones. Aquel hombre, me arrancaba esperanza, amor y rabia y al mismo tiempo, me estaba regalando, junto a un pasado, un medallón que su abuela desde el delirio le hiciera heredar (siempre me contaba como, desde pequeño, iba con ella los viernes a contemplar lo que no sabía si era: mar o lágrimas, su esposo, su amor, regresaría algún día en medio de las olas de aquel mar). Tenía la Virgen del Carmen y una inscripción que rezaba: "Te regalaré el mar". Era verso de un poema que él le había escrito a ella. Sin embargo, nosotros ya habíamos perdido el mar hacía mucho, igual que ella perdió en él el amor de su vida, pero su esperanza volvía al mar todos los viernes. La mía sería este hijo que, paradójicamente, me separaba del amor.

-----0-----

No recuerdo la vida antes de conocerlo. Éramos muy jóvenes y ya íbamos juntos a las fiestas de la aldea, con la orquesta y todos aquellos primeros fuegos artificiales que nos dejaban asombrados y atónitos ante tal paleta de color; el alboroto silbaba en cada oído y las luces quedaban brillando en los ojos...

Nuestros padres estaban muy satisfechos con nuestra relación y no tardamos en casarnos. Nosotros, ingenuos adolescentes, que por sentir demasiado nos perdían las ausencias, comenzamos a amar mucho después de la parafernalia del acontecimiento. Poco a poco, despacio, nuestras vidas habían hecho una lazada

fuerte que nos impedía caer; nuestros abismos ya no lo eran y habían dejado de serlo con esa facilidad inocente de los dos.

De noche, con una brisa de las que suelen enamorar, tanto sentimiento fue solo versos y la felicidad embriagó el alma a besos, que no siendo efímeros tornaban los sentidos en música. La piel no era otra cosa que la partitura.

*“Mientras el palpitar latente*

*de un corazón baste*

*para volar,*

*mi amor,*

*será suspiro susurrado*

*de canción.*

*Por llorar,*

*te regalaré el mar.”*

Marinero de mares que por ser, sólo eran alejados de mí. Cada martes la tristeza empañaba las ventanas y en aquellos cristales llovía eternamente; el viernes, lo iba a esperar, con la vista fija en algún punto olvidado de la inmensidad donde ni estaba él ni estaba yo. Los peregrinajes de agua salada habían comenzado aun siendo nosotros aquellos enamorados que imaginaban en blanco y negro. Me había regalado un medallón con la patrona de los marineros para que, si algún día no regresaba, lo recordara siempre. Era de oro y en el revés, tenía una hermosa inscripción que una noche habíamos dibujado en mi cuerpo.

Entonces, fue cuando aquel mismo mar se lo llevó y con él, cualquier forma de existencia que tomaba a veces mi espíritu. Me quedaba nada sin ti. Y vengo aquí cada viernes, pues quizás, estas olas traicioneras, me quieran llevar al punto olvidado donde antes no estábamos ni él ni yo.

-----0-----

Los avatares de la vida habían tejido en mi destino algo que no se parecía ni a vida ni a nada. La ausencia de cualquier forma de ayuda había hecho que, con el tiempo, viviese en una burbuja húmeda y frágil que había ido devorando el eco de los escrúpulos.

Nadie entiende lo que verdaderamente es soledad; la desgracia me impedía ver el sol, aunque este saliese igual. Un día era como el anterior y, a veces, las lágrimas me quitaban el frío. Sensaciones indescriptibles, al fin y al cabo. Escuchaba pájaros que mi mente tornaba en cánticos de desesperación, cualquier palabra, audible o no, se volvía angustia y yo, con deseo de nostalgia. Por las noches, el sueño iba y volvía fruto del azar del momento; entonces, permanecía, así, mirando estrellas en una de mis máximas aspiraciones celestes e, incapaz de pronunciar sonido, me acurrucaba en la parte agridulce del lecho.

Luego nació ella. Deje de mirar al cielo y solamente pude mirarla a ella. Ver sus pequeñas manos enredadas en uno de mis dedos era sencillamente la victoria primera de mi última lucha. Calladita, me observaba como un ser extraño que le había quitado el dolor; fue en un momento, cuando una sonrisa tan delicada como ella se dibujó en su rostro y el mío, espejo del momento, le correspondió. Supe que estábamos en la misma burbuja.

El tiempo huía traidor; ella crecía y yo, con ella. El mundo que me lastimaba se había convertido en una fuerza sobrenatural que confundía el sufrimiento, intentando, a veces, desequilibrar mis esquemas de tristeza.

Cuando cumplió años suficientes se lo di, aunque tuve que comprar una nueva cadena ya que el paso del tiempo gasta alma y materia. ¡Que hermoso le sentaba el resplandor áureo de aquella joya cargada de sentimiento!.

Sería la adolescencia, los impulsos o las malas compañías... pero cada vez mi hija estaba más lejos de los cimientos del hogar que habíamos construido. Dejé de conocerla. Había creado una nueva burbuja y a mí me había hecho desaparecer.

-¡No salgas!

-¡Déjame!

-¡No! ¡No vas a salir!

-¡Te odio!

-----0-----

Fui mayor desde pequeña.

Mi madre y yo siempre habíamos sido las mejores amigas; no existía secreto alguno para una mujer que había luchado contra tormentas por alguien que no se lo merecía ni en los días mas soleados. Habíamos crecido mano a mano. Los sueños se había convertido en los de la otra con un chiscar de dedos y una sonrisa de las que traspasan el alma.

Mi mundo había ido cambiando, pero el de ella permanecía intacto. Sin embargo, el avance tropieza en el cambio. Todo a mi alrededor se volvía increíble y tan novedoso como ver colores por primera vez; solamente era una pequeña mujer con ansias de más. Ella continuaba así, siendo ella.

Entre en otras existencias y junto con ellas, otras viejas historias. Sabía lo que estaba pasando y cada vez la veía menos.

Desconozco el momento en el que cruce la frontera, parecía más cercana cuando la veía de lejos. Quizás fue ahí cuando cometí mi peor error. Eran fantasías diferentes, sueños de nadie que no eran para nada como los cuentos encima del mundo que me contaba mi madre.

Empecé a necesitar más. Todo se resumía en un estúpido juego de rol que me lastimaba. Lo imprescindible: dinero, animo y una jarra de agua fría.



Las inquietudes volvieron y de nuevo, todo era insoportable. Ya no había estrellas; o yo me había convertido en un ser incapaz de verlas.

Necesitaba el dinero para un buen chute que apagase cualquier síntoma de soledad y tristeza. Vendí lo único de valor que me quedaba que, después resulto no valer tanto.

¡Dios Mío! Acababa de cambiar algo más que un pedazo de oro, aquello era lo que había mantenido la unión mayor de todas, con la única persona importante, la que me había dado la vida. Y ahora yo, inconsciente niña malcriada, me la estaba quitando.

Tenía que volver. Quise recuperarlo pero ya era tarde. Luche con la fuerza, el sentimiento y las lágrimas en las manos... y lo tenía de nuevo, pero el golpe había sido certero, directamente entre el recuerdo y la nostalgia.

-----0-----

No son ni las seis de la mañana y ya me llamaron del juzgado. Me visto, aunque nadie me estará esperando.

Hoy, tenía que llevar a los niños a ver aquel espectáculo. Otro día tendrá que ser; yo, ya debo asistir a uno.

¡Otro yonki de mañana! Es deplorable la ruina y el derroche de los que burlan otras existencias...

El levantamiento del cadáver se llevaría a cabo en un callejón alejado del ajetreo de la calle. Allí, entre cajas de vertedero y ratas acostumbradas a ser las grandes invitadas, yacía una chica de unos dieciséis años; sobre el cuerpo, sin vida, a medio vestir, reposaba un medallón con la Virgen del Carmen y una inscripción, verso de un poema que él le había escrito a ella, y que esta vez, solamente hizo llorar el corazón de un niño que, con su abuela, veía el mar cada viernes... silencio, ya no había monotonía en su rostro, solo lagrimas.

-¡Mi abuela, mi hija, mi amor...!

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **INÉS PEÑARRUBIA PEÑARANDA**

Título: Elisa por siempre

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA

## Elisa por siempre

Elisa. Elisa marchitada, humillada y más frágil que nunca. Elisa hundida en una carcomida mecedora y acarreando una cantidad increíble de años con sus meses y sus días, sus alegrías y sus penurias. Desde hacía un tiempo, mostraba una triste amnesia que la convertía en una marioneta que apenas sabía vestirse o comer. Así, plácidamente, la encontraron sus hijas aquella madrugada en la que la luz abandonó suavemente sus ojos dejándola con una sonrisa inmortal. Dos días después, Elisa fue a donde siempre había querido ir a parar para toda una eternidad. Y, cuando abandonaron sus cenizas en la cuna del viento de la playa de la Malvarrosa, los corazones de los asistentes fueron invadidos por la tranquilidad de que Elisa no sufriría más. Sus hijas me preguntaron por el significado de esa playa valenciana. Fue entonces cuando, al plantearme la respuesta a aquella pregunta, me encaramé a mis recuerdos y me decidí a plantar cara a los errores del pasado.

Durante el mes de diciembre de 1935 yo andaba por Valencia con unos 19 años inocentes y comunistas buscándome un destino. Entonces, paseando por la desierta playa de la Malvarrosa, encontré un ángel sentado en la arena. Miraba al horizonte con la mirada límpida y perdida. Una catarata de rizos negros recogidos en un lazo cubría su espalda. Su endeble cuerpo estaba rodeado por un vaporoso vestido blanco hasta las rodillas. Busqué una frase que sonara coherente ante la extraña sequedad arenosa de mi boca.

-No creo que alcances nunca el horizonte- dije, sintiéndome estúpido al segundo siguiente.

Ella me miró con una mezcla de odio y curiosidad en los ojos.

-¿Qué te hace pensar que no saldré de aquí?

Yo sonreí y me senté a su lado.

-Me refiero al horizonte. No lo alcanzarás porque siempre lo tendrás como objetivo. Y cuando llegues a ese punto, habrá otro horizonte, que también querrás alcanzar. Y será el cuento de nunca acabar- alegué.

Y sonrió con un rastro de tristeza cruzándole la cara. Me equivoqué. No era un ángel, sino una paloma con el ala rota y con ganas de volver a saborear la libertad.

-¿Y tiene nombre el despedazador de mis sueños?

- Me llamo Daniel- murmuré, sorprendido por mis artes seductoras.

Y el ángel-paloma me cogió el dedo para guiarlo por la arena escribiendo la palabra más bella que he oído nunca:

Elisa

Desde ese momento Elisa y yo estuvimos ligados por un hilo invisible. Pasamos horas y horas adentrándonos el uno en el interior del otro y descubriendo cada recóndito rincón del laberinto de nuestras almas. Hablamos de poesía, de libros fantásticos, de las mil historias que inventaba la increíble mente de Elisa, de filósofos y de política. Me introduje violentamente en su vida. Elisa era la mediana de cinco hermanos. Su padre era un humilde agricultor que conseguía sacar adelante la familia a duras penas con la colaboración de todos sus hijos. Su madre era la mejor cocinera que ha conocido jamás mi ansioso paladar. Recuerdo borrosamente el día en que pisé su casa por primera vez. No tenía más de un par de habitaciones con muros marcados por el paso de los años y separadas por cortinas raídas de una familia sin intimidades, con orinales bajo las camas de colchones de lana. Cada grieta de la pared mostraba las dificultades de esa pobre familia.

Fue en marzo de 1936 cuando Elisa descubrió una parte de su buscada libertad en mi boca. Y yo encontré la paz que tanto necesitaba en la suya. Desde ese día compartimos inolvidables momentos de intimidad en los que uníamos nuestras almas y nuestros cuerpos sin pudor ni vergüenza alguna. En julio ya había aprendido a recrear cada curva de ese cuerpo que conocía como la palma de mi mano. Y cuando más me sonreía la vida, aquel golpe militar nos golpeó el destino dejándonos noqueados. Al igual que sus tres hermanos, yo sentí la llamada de mis compañeros desde las trincheras y abandoné a Elisa con la vida en los labios y la promesa de que le escribiría en un suspiro.

Fue terrible. Me fui escapando de la muerte con una agilidad felina. En realidad, los tres años de guerra no son más que una pesadilla borrosa, lejana, caótica. Sin duda fue peor la posguerra. Recuerdo aquel fatídico día de abril de 1939 en el que nuestros oídos pegados a la radio oyeron aquella voz irreal y cansina. *Al día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.*

No, para ellos no había terminado. Faltaba la extinción.

En agosto de ese 1939 fueron fusiladas trece chiquillas sin más motivo que la venganza. Uno de mis compañeros de guerrilla aseguraba ser hermano de Adelina García Casillas y amigo de la siempre alegre Julita Conesa. Entonces escribí mi primera carta a Elisa. Una carta que transparentaba sufrimiento, para qué ocultarlo. Además, me tocaba a mí comunicarle que uno de sus hermanos murió en una emboscada de tricornios negros y encharolados y otro fue fusilado junto a las trece rosas. El otro seguía arriesgando la vida en los montes por una causa perdida para todos menos para los que habían sufrido por ella. En mi carta le contaba jirones de vida de toda la gente que había conocido, cada uno con una infinidad de historias que contar.

Cada día llegaban noticias de guerrillas caídas, contactos perdidos, seres queridos encarcelados, fusilamientos, exilios, lo que no hacía más que fomentar nuestra ira. Pero ya estaba cansado de luchar. Sí, era comunista, lo soy y lo seré siempre. Sin embargo, ya sólo quería abandonarme en Elisa. Junto a ella podría escapar de todo.

Yo lo intentaría. Intentaría olvidar a las personas valientes que, por un caprichoso azar, quedaron atrás en el camino y no volverán. Intentaría olvidar a gente como la mujer de un compañero, a la que colocaron frente a un conjunto de fusiles que se dispararon casi automáticamente ante su grito. ¡Viva la república! Eso fue lo último que dijo. También intentaría olvidar a los afiliados al partido que fueron muriendo en las plazas de los pueblos frente a sus familias sin arrepentirse de sus ideas. Y olvidaría todo por lo que había luchado hasta entonces por una vida junto a mi Elisa.



En 1945 el último compañero de guerrilla y yo conseguimos papeles falsos, nombres falsos. Mi compañero cambió por completo de identidad. Yo sólo de vida y de apellidos. Seguí siendo Daniel. Hicimos un pacto. Nos prometimos abandonar y pasar a la huida sin remordimientos. Estábamos hartos de heroicidades, sacrificios, anonimatos. Si por lo menos le quitáramos el sueño a algún falangista...

Pensé que ahora podría volver con Elisa a Valencia. Pero me dijeron que la pondría en peligro si de pronto apareciese en su casa, donde todo el mundo me conocía y sabía qué habías sido de mi vida, con una identidad falsa. Que primero debía pasar unos años fuera, por prudencia.

Con mi identidad postiza y una pequeña maleta de cuero crucé la frontera ese mismo 1945 hacia la "ciudad del amour" sin mi amor. En París, el Partido Comunista me consiguió un apartamento oscuro y solitario propio de corazones bohemios. En

mi edificio conocí a una chica, prácticamente una niña, pequeña y enjuta, nerviosa e inquieta, morena de ojillos diáfanos. Me contó que era judía, que huyó de Alemania, dejando atrás a toda su familia muriendo en Auschwitz, que apenas conseguía cada día algo que comer. Al mes siguiente, me casé con ella. No estábamos enamorados, nos unía un fuerte cariño fraternal, pero las penas son menos si las compartes con unos oídos atentos. Y la pobreza también. Lo nuestro era una relación transparente: yo sabía que ella estaba con un tal Geoffrey y ella sabía que mi corazón vagaba por una lejana playa con una lejana muchacha. Pero, durante los años que estuve abandonado a un pésimo acento francés, Elisa fue omnipresente en mi vida. Sentía su sonrisa en cada pálida bombilla de las noches parisinas. Sentía cada imagen del infinito caleidoscopio de su mirada en cada ventana empañada. Sentía cada bucle de su pelo azabache en cada sombra de mi alrededor. Me invadía un sentimiento de profunda culpa y desasosiego al pensar que la dejé atrás, que ella esperaba con ansia una carta que nunca llegaría, pues interrogaban a quien recibía cartas del extranjero. A veces, cuando pensaba en ella me invadía también el miedo de que hubiese pasado página, me hubiese olvidado, hubiese buscado otra boca en la que ahogar sus penas. Pero espantaba aquellos pensamientos siniestros diciéndome que si yo me había ido lo menos que podía hacer era no dudar de su incondicional amor por mí. Y así, entre melancolía y nostalgia, fueron pasando días, semanas, meses, años... Recuerdo que fue un día claro y soleado cuando a mi mujer comenzó a dolerle cada hueso de su endeble cuerpo. Acudimos a un médico que, sin darnos un diagnóstico definitivo, la obligó a guardar cama hasta que se fue. Se fue mientras yo miraba por la ventana ajeno a su último suspiro. Se fue abriéndome la puerta para que volviese con mi Elisa. Se fue, mandándole un beso a la vida y siguiendo su camino.

Cuando 1955 agonizaba entre celebraciones navideñas que nunca viví, volví a Valencia. Volví a pasear por sus calles, a vagabundear buscando un rastro de Elisa. Cambió de domicilio. Nadie había dispuesto a decirme dónde vivía. Pero una muchacha me dijo que le enviaría un mensaje de mi parte. Nos veríamos al día siguiente en la playa de la Malvarrosa. Nuestros recuerdos, en la cuna del viento...

Al día siguiente, arrastré los pies sobre la arena recordando aquel primer día. Y ella llegó. La vi como a una aparición entre un leve resplandor que emitía su pálida tez mortecina. Estaba más bella que nunca. Pero pude reconocer en sus ojos una profunda tristeza. Caminaba hacia mí entre la neblina con una espesa pesadumbre aplastándole el alma. Cuando llegó hasta mí, yo tuve el impulso de besarla y ella sacudió la cabeza para mirarme sin verme.

- Las muertes de mis hermanos y el encarcelamiento de mi hermana me hizo responsabilizarme de mis padres. No salíamos de la pobreza que nos ceñía el talle sin dejarnos apenas respirar. Un falangista nos tendió la mano. Comprenderás que no tuve más remedio que dejar que nos salvase y casarme con él. Sacó de la cárcel a mi hermana y de la podredumbre a mis padres. No me pidas que rechace su ayuda por ti. Nos han vencido.

Nos han vencido.

La miré asintiendo y comprendiendo que en esta vida Elisa jamás sería mía. Me alejé de ella prometiéndome que desde entonces sólo la vigilaría desde la distancia. Me alejé de ella y de mi vida, sabiendo que si intentaba mantener algún contacto con ella la comprometería. Me alejé de ella dejando unas huellas en la arena que el mar se encargaría de borrar y unas heridas en su corazón que no curaría el tiempo. Me alejé de ella sembrando nuestros recuerdos en la cuna del viento. Me alejé de ella con la certeza de que pese a todo sería mi Elisa por siempre.

*Elisa por siempre.*

*Que el viento*

*la acune...*

# MODALIDAD B

(de 17 a 19 años)

Primer Premio

Autora: CELIA DELGADO SUAREZ

Título: Autorretrato

Centro educativo: IES Leonardo de Chabacier. CALATAYUD (ZARAGOZA)

## Autorretrato

*"Quiero volver a tierras niñas;  
llévenme a un blando país de aguas.  
En grandes pastos envejezca  
y haga al río fábula y fábula.  
Me venza y pare los alientos  
el agua acérrima y helada.  
¡Rompa mi vaso y al beberla  
me vuelva niñas las entrañas!*

Gabriela Mistral

Sólo el monótono repiqueteo de la lluvia contra mi chubasquero pone orden en el caos que me rodea. El barro salpica mis botas rojas y las gotas se escurren entre la capucha y mis coletas de colegiala, endulzando una lágrima que atraviesa, silenciosa, mi mejilla teñida en rosa pálido. Una lágrima pequeñita, de esas que creen que pueden cambiar el mundo.

El olor a crayones nuevos se deshilacha entre la tierra mojada y el tacto húmedo, casi pegajoso, de la mochila contra mi espalda que me arrastra, una y otra vez, hacia la clase verde lima. Salto con todas mis fuerzas en un charco del camino, furiosa, impotente, rastrillando la tierra a mi paso.

Esa afilada inocencia infantil se clavaba en mi mirada mientras observaba el brillo travieso en todos esos rostros desconocidos. "...una nueva alumna..." - proseguía la profesora. Pupitres verdes, cuchicheos maliciosos. "...mudarse. Espero que todos la tratéis..." Las rodillas me temblaban; un rojo inoportuno barnizaba mis rasgos. "...unas palabras..." Un suave empujoncito me situó frente a la clase. Sólo un tímido tartamudeo asomó entre mis labios secos, mezclándose con las risas cada vez peor disimuladas del aula. Un pedazo de tiza pasó rozando mis leotardos a rayas.

Piso con fuerza, aplastando el barro contra la suela; contemplando con frustración los segundos que tarda en ahogarse la huella de mi bota roja. ¿Por qué tuvimos que irnos de la ciudad? Aprieto la bola de papel de aluminio de mi almuerzo en el bolsillo. Tras un hueco titubeo, la lanzo contra la charca que se extiende a pocos pasos de mí, sorbiendo a traguitos gotas de lluvia. Un suave "plop"; un chapoteo imperceptible capta mi atención. Me acerco a la orilla, escrutando, adivinando entre roncas piedras trazos del tacto áspero de la tierra que se esconde, tímida, a mi paso. Unos ojos grises me devuelven la mirada desde mi reflejo. Tristes, ausentes. Famélicas gotas que, una a una, muerden, desgarran, distorsionándolo; apenas un grotesco espejo difuminándose sobre el fondo hastiado en monótono marrón.

"Plop".

Unas ondas, cada vez más grandes, mueven mi rostro sobre el agua. Una rana. No se mueve. Me observa, debatiéndose entre temor y curiosidad. Lengua de charol y piel en acuarelas.

La miro. Sólo eso. Y ella me mira, curiosa. Mis ojos dibujan la pregunta teñida en inocencia. "¿Por qué?". No se mueve. Me mira. Me mira con el brillo del que conoce el hueco bajo las escaleras al jugar al escondite, del que escondió su tesoro bajo una piedra del jardín.

Ha parado de llover. Me vuelvo justo a tiempo para ver a la rana caer sobre la bola de aluminio de mi almuerzo y sumergirse ambas, diluyendo acuarelas en el agua. ¿Dónde ha ido? Mi rostro flota sobre el cieno marrón; algo brilla. Conforme me voy acercando distingo ocres bajo mi boca, mis ojos funden calabaza y bermellón. Óxido, crema, carmín. Mil colores se entrelazan tejiendo el simple marrón. Mil colores, si te acercas lo suficiente. Aún con mi chubasquero empapado emprendo sonriendo el camino a casa.

¿¿Dónde te habías metido?? – la voz de mi madre resuena por la entrada golpeando las paredes de madera. – ¡Qué horas son éstas! ¡Y mira cómo vienes! ¡Completamente empapada! ¿¿Dónde has estado?? ¿Revolcándote por el barro?

Abro la boca, en un ingenuo intento por decir algo, pero me callo al darme cuenta de que este histérico monólogo no me incluye a mí. ...¡¡Completamente empapada!! ¡y mira las botas nuevas! ¿y si se coge una pulmonía? ¿Qué? ¡Si en este pueblo no saben ni lo que es un médico! ...

– Mi padre, que había intentado pasar desapercibido, asiente resignado –... ¡Tú! ¡Tú y tus traslados! ¿No te podían destinar a Madrid? ¡¡No!! ¡Teníamos que venir a este pueblucho lleno de bichos!

Pausa para coger aire. Mi madre, si retrocede, es sólo para coger carrerilla.

...no hay ni siquiera piscina! ...¿qué va a hacer tu hija? ...tu! ... – cada vez presto menos atención a los gritos de mi madre. Un olor a compota de manzana recién hecha llega desde la cocina y subo discretamente a mi cuarto pensando en la tarta que me comeré esta noche. –...siempre tú! ... ¡el trabajo! ...¡Tú!

Se escarcharon las hojas y la tímida mirada de abril me sorprendió junto a la charca, como cada día. Pincel en mano y color en la mirada. Una suave curva deja adivinar la orilla donde se acicala el sol, vestido en calabaza; mientras, un palote verde sujeta los pétalos de una flor improvisada y la pintura salpica mis manos tiñéndolas como un lienzo más. Un seis regordete se alza orgulloso a un lado; mis años ya no me caben en una sola mano. Al otro, mi nombre escrito con trazos quebrados e inseguros. Y en el centro, mi rana en acuarelas.

El paso del tiempo difuminó los colores de mi infancia y una y otra primavera me observaron sentada en la orilla, charlando con la charca. Hasta que un día mi paleta se secó.

Sólo escuché un ruido metálico que se acercaba, silenciando el quejido de las piedras que aplastaba a su paso. Me volví justo a tiempo para ver a mi madre bajar del jeep con una sonrisa sobre el rosa chillón de sus labios. Nos marchábamos. Miré titubeando el agua que se extendía a mis pies, el prado.

¡Vamos! – me apremió mi madre. La ceniza de su pitillo volvía la tierra gris al caer. Monótona y gris. – ¡Vamos! Suelta ese pincel sucio, ya te compraré otro cuando lleguemos. – Lanzó el pitillo al agua y allí quedó, flotando en medio de la charca con una mueca burlona y triste. La duda se dibujaba en mi rostro. – ¡Venga! ¡No me hagas perder el tiempo! Si nos damos prisa aún podremos darnos un baño en la piscina del hotel. ¿Te lo había dicho?

Un súbito enfado se apoderó de mí, recordando desde mis tiernos diez años los helados de fresa y nata y el césped recién cortado de la ciudad. Ni siquiera volví la cara al dar la mano a mi madre y arrojar el pincel contra mi charca, contra mi rana en acuarelas, contra mi propio reflejo.

“Plop”

Un súbito chapoteo se escondía bajo el ruido del motor.

Quizás crecí. Quizás simplemente pasaron los años. El ritmo atosigante de la ciudad pasó a ser parte normal (¿imprescindible?) de mi vida, como uno más.

Trabajaba. A veces pasaba horas eligiendo el vestido ideal para este acontecimiento o este otro. Trabajaba más. No hay duda de que existía, pero ahora me pregunto si viví.

Cada mañana sepultaba esas pequeñas dudas que pasaban de puntillas bajo una gruesa capa rosa chillón de pintalabios y, a todos efectos feliz, emprendía otra jornada más.

Un día de tantos, me encargaron un proyecto en un pueblo de la montaña.

Como la asistenta libraba, los niños tuvieron que acompañarme entre rabieta y sofocos. El pueblo donde me crié – les decía en un intento por hacerles interesante la excursión. – Será solo un momentito. Y, además, podréis ver la charca.

Algo en mis recuerdos se agitó.

Zarzas y hierbajos se habían apoderado de la fachada y el jardín, y el crujido de la tierra seca bajo mis zapatos de tacón me hacía difícil recordar el barro al que tantas broncas debía y que solía inundar esta parte de la casa.

Los niños, al grito de “preparados, listos... ¡ya!” se perdieron en sus juegos entre arbustos, piedras y hadas.



Autor: Pedro Martínez Bragato

Yo me acerqué al porche y, sin pensarlo, me asomé tímidamente por una ventana como ajena a todo lo que allí se había vivido. El polvo envejecía los cristales, algunos rotos por el paso del tiempo. Avancé, tal vez contando pasos, por el muro de piedras que rodeaba el jardín. Me paré frente a una de ellas, tan gris como las demás pero firme y orgullosa aún, tras todos estos años. La levanté; unas cuantas chapas oxidadas cayeron al suelo. Un sol, una flor, un seis regordete y altanero. Ese amarillo característico difuminaba los

trazos y la inocencia de los colores se deformaba, uniéndose y entrelazándose unos con otros. Mi nombre casi no se distinguía del fondo del dibujo.

En el centro, inconfundible y vestida en acuarelas, se alzaba mi rana.

No podría decir cuanto tiempo permanecí observando el lienzo. ¿Diez minutos? ¿Diez años? Un correteo nervioso me sacó de mis pensamientos.

¡Mamá! ¡Mamá!

¡Mamá! ¡Nos has mentido!

¡No hay ninguna charca!

Uno y otro se interrumpían acalorados.

Nos has mentido! Solo hay unas grietas.

¡Yo quiero bañarme! ¡Mamá!

Me volví con la sonrisa rosa chillón de nuevo, impecable.

¡Tranquilos! Calma. No estaremos aquí mucho tiempo, ahora mismo llevo los planos.

Los niños asintieron, decepcionados. Dudé.

-¿Jugáis conmigo a algo?

Sus ojos se iluminaron mientras me inundaban con mil inventos e historias de piratas sin pata de palo y princesas que no temen volar. Hacía tanto tiempo...

"...dos, uno... ¡allá voy! Ya no había nadie. Recorrí el jardín con la mirada. La puerta del porche estaba entreabierta. Con mucho cuidado la empujé y su chirrido remoloneó, como un niño que no quiere despertar. Absolutamente segura, con el brillo del que conoce, me abalancé contra el hueco bajo las escaleras al grito de "¡ya os tengo!"

No obtuve respuesta. Allí no había nadie. Una telaraña lo atravesaba de lado a lado. Hacía mucho que había dejado de ser útil.

Noté un nudo en la garganta.

El cielo rompió a llorar.

(Fuera, en el jardín, una gota pequeña se desliza sobre el lienzo que aún permanece en el muro de piedras. Una gota pequeñita, de esas que pueden cambiar el mundo).

Segundo Premio

Autora: **ISABEL GUERRERO LLORENTE**

Título: Antonio Claret

Centro educativo: Facultad de Letras. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## Antonio Claret

Antonio Claret no existía hasta que no se miraba en el espejo. Cientos de Clarets bostezando unos reflejados en otros, extendiéndose hasta el infinito gracias al milagro de los espejos contrapuestos que cubrían las paredes de su habitación. Con cada uno de sus despertares nacía la imagen de cientos de Clarets multiplicándose ante el milagro matutino. Clarets somnolientos, legañosos, perezosos, repetidos ante los primeros rayos de sol. Clarets sin fuerzas para levantarse de la cama o Clarets pletóricos cual amanecer de agosto, pero siempre Clarets caleidoscópicos.

El reflejo daba sentido a su existencia. “Me veo, me reconozco, existo”. Observar su cara, su propio cuerpo, mirarse fijamente a los ojos y suspirar contemplando su boca exhalando el aire, era el mayor placer que podía experimentar. Palpar su cara mientras contemplaba la imagen de sus dedos, los mismos que él sentía, movía y admiraba; acariciar su cara gesticulando a su antojo para ver reflejado el producto visual de aquello que generaba en su mente y plasmaba con movimientos. Nada de lo que él no pudiera ver existía porque no podía comprender que fuera de otra forma. Estando encerrado en casa nada más que eso era real. Creer que había un mundo fuera, unas gentes viviendo y muriendo mientras él estaba allí bebiendo cerveza le parecía poco menos que absurdo. Pero esa convicción, esa creencia ciega en el sentido de la vista, lo había llevado a sentir la necesidad de verse a sí mismo para poder sentirse real. Obsesionado con que su persona pudiera no existir o hasta

desaparecer si no la observaba cada cierto tiempo, se rodeó de quitamiedos que resultaron ser espejos. Recorrió mercadillos y anticuarios buscando que encajaran bien unos con otros para poder llenar las paredes sin que quedaran huecos. Espejos rectangulares, redondos, ovalados, de marco dorado o de madera, llenaron las paredes de su cuarto de brillo, reflejo e imagen. Incluso dispuso la cama de modo que su cara se reflejara en todas las paredes mientras dormía.

Antonio no se limitaba a observarse en los espejos de su dormitorio. Una obsesión no es propiamente una obsesión si se reduce a una manía de andar por casa, así que se valía de cada superficie reflectante para ver su cara en cuanto le era posible. Cristales, escaparates, ventanas de coches, charcos, lentes de gafas, incluso molduras plateadas de cuadros, grifos, manivelas y reversos de CDs le servían para contemplarse. Intentaba procurarse una visión de sí mismo cada cierto tiempo buscando a la desesperada cualquier objeto que pudiera devolverle su imagen y sentido.

El problema llegó una loca noche de viernes, cuando sus paredes eran ya dignas de aparecer en monográficos de extravagancias. Lo que en principio sería una cena de viejos compañeros de trabajo derivó en los cuatro locos de siempre, los desaparejados ligeros de cascos, bebiendo cubalibres en una discoteca de las afueras.

Las luces parpadeaban. La música era simple: ritmo fácil y melodía inexistente. Bailar, al menos moverse entre golpe y golpe, se convertía en producto de la inercia. Las mujeres ofrecían sus piernas y los hombres sus dientes. El rencuentro llevó a la conversación, de ahí al alcohol y de éste a las risas. No era demasiado lo que cuatro hombres como ellos podían ofrecer, pero el más lanzado no tardó en dar caza a una pelirroja-tapón que les presentó a sus amigas. Bailaron con ellas y acabaron sobándose por parejas. Tras la tercera risa y el segundo beso Claret recordó que hacía mucho tiempo que no se veía, de modo que no podía asegurar que lo que experimentaba con aquella mujerzuela fuese real. Intentó primero observarse en las pupilas de ella, pero la tipa mantenía los ojos cerrados. Excusándose como pudo, fue a por un vaso donde poder reflejarse. Las luces eran demasiado oscuras para que el

cristal captase su rostro y tuvo que correr al lavabo en busca de un condenado espejo.

Nada, ni rastro de un mísero espejo en aquel antro de meadero. Ni siquiera algo metálico, ni toallero, ni secador de manos, ni nada. A Antonio Claret comenzaban a temblarle las manos. Hacía meses que no pasaba tanto tiempo sin haberse contemplado, incluso mientras dormía tenía la tranquilidad de estar siendo reflejado por algo. En un intento desesperado entró en el aseo de señoras. Tampoco allí había ningún espejo en el que las señoritas pudiesen retocarse la barra de labios. ¿Podía saberse qué tipo de discoteca era aquella? En contra de todas las estadísticas que



señalan como último lugar de la tierra un servicio público para encontrar el amor, allí estaba ella, su salvadora. Una joven de pelo revuelto que se echó a reír nada más verlo entrar en el aseo de señoras. Una mujer con una pupilas tan brillantes que hubieran sido suficientes para vencer al reflejo de Claret en cualquier espejo de oro esmaltado. Y, más importante aún, con gafas de diseño exquisito,

inmaculadamente limpias y reflectantes, donde Claret pudo al fin contemplar su ansiado reflejo.

La mujer que lo salvó resultó llamarse María y estar trabajando como estomatóloga en el Hospital Provincial. Sólo cuando Claret se vio ya dentro de su cuarto, prisionero en su piso de semi-lujo en el mismísimo centro de la ciudad, y vio la bata colgada de un perchero, se dio cuenta de dónde se estaba metiendo. Antes de llegar hasta allí, antes de que su camisa cayera al tiempo que caían sus ojos para expandirse por los pechos diminutos de ella, olvidando lo que acababa de leer bordado en la bata blanca del perchero, antes deberían pasar algunas palabras y

reflejos de él mismo en las gafas salvadoras. Después de la risa de María al verlo entrar en el aseo de señoras y del alivio de él al encontrar que su rostro no había desaparecido, Claret la invitó a una copa. Aceptó, otorgándole el placer de la autocontemplación y la vista panorámica de sus piernas.

“De modo que estomatóloga”, tuvo tiempo de pensar antes de deslumbrarse con la plenitud de sus carnes en medio de aquella habitación rococó con un inmenso tocador SIN ESPEJO. Ya en la cúspide del romanticismo, con las luces apagadas, las gafas de María sobre la mesilla y los párpados cerrados, a Claret lo invadió el pavor de no saber a ciencia cierta si aquello que experimentaba era real. La negación del sentido de la vista entre las sábanas de raso y su abusiva necesidad del reflejo como verificación de la sensación, echaron por tierra la que podría haber sido una apasionante noche. Aquello acabó mal y pronto, con una estomatóloga insatisfecha yacente en la cama y él apabullado ante la oscuridad del amor. Claret salió corriendo hacia el lavabo. Un impresionante espejo propio de Sisí Emperatriz le devolvió su reflejo, ahí estaba: Antonio Claret reflejado y deshecho.

Pese al desencanto sexual de aquella noche, la estomatóloga le dio una segunda oportunidad. La siguiente cita sería en un lugar más relajado, una cafetería de aire bohemio con grandes espejos victorianos colgando de las paredes. La realidad de verse a sí mismo besando la boca de María en el espejo hizo que Claret no se lo pensara dos veces. Pagó los dos expresos y la llevó cual alma que lleva el diablo hasta la fascinante habitación de los espejos. María quedó asombrada al contemplarlos. Cada milímetro de la pared estaba cubierto por un pedacito de acero bruñido que le devolvía reflejada por ciento la estupefacción de sus ojos.

-¿Te gusta?- le preguntó Antonio con miedo a que pudiese tomarlo por loco y saliese corriendo.

-Ahá, - respondió tras lanzar otra mirada curiosa por las paredes. Tras unos segundos, se posó en los ojos de Claret para decir con entusiasmo - ¡Reflejémonos!

Hasta los espejos sintieron entonces el resplandor de las palabras.

Esa magnífica tarde los espejos pudieron deleitarse con miles de imágenes distintas hasta que la escena de Claret dormido sobre el pecho de María se apoderó de las paredes. A esas horas de la madrugada a ella le vinieron a la cabeza las siguientes palabras: “¿Y el techo?”

Sería ya en su segundo aniversario, como regalo de compromiso, cuando María hizo instalar en el techo de Antonio Claret un espejo de 4x4 que diera fe de todo lo que pudiera pasar ahí abajo.

El ramo de rosas que le llevaron al hospital, la cena y el anillo fueron las tradicionales artimañas de las que Claret se había servido para proponerle matrimonio a su estomatóloga. Eligieron la corbata del padrino, el color de las flores, el vuelo que habría de llevarlos a Cancún y el sabor de la tarta. Pusieron día, hora, lugar, número de cuenta donde los invitados podían hacer su regalo, y un “se ruega confirmen asistencia” impreso en invitaciones la mar de horteras pero, eso sí, enviadas en sobres plateados efecto espejo que encantaron al prometido.

Cual cuento de hadas a sus treinta bien entrados años, se casaron y fueron felices. El piso de Claret sería el elegido como nicho de amor del matrimonio. Allí, en su estridente alcoba, los espejos memorizaron a fuerza de infinita repetición los gestos de amor que se sucedían día tras día.

Docenas de espejos sin un solo resquebrajo que perturbara cinco años de dulce convivencia. Los espejos contemplaban ya impávidos el retozar de la pareja, tan sólo interrumpido por los turnos nocturnos de María, momentos en los que Claret se encontraba perdido ante la visión de su rostro solitario. Fue en una de esas noches, con un Claret ya tan acostumbrado a la vida de casado como para que las noches en solitario le parecieran el mismísimo infierno, cuando un espejito chiquitín, que reflejaba apenas una esquina de la habitación, fragmentó su reflejo con cuatro profundas grietas.

Un par de días más tarde, con su estomatóloga fuera de casa, Claret acudió a una nueva cita con sus excompañeros de trabajo, la misma durante la cual había conocido a su esposa años antes. Una vez más, esposas y novias formales incluidas en el evento. No obstante, Antonio acudió en solitario, excusando la falta de su

esposa por motivos de trabajo. La añoraba profundamente, hacía muchísimo tiempo que no salía de noche sin ella, ¿qué mejor espejo que sus ojos para reflejarse? María... Aíram leído al espejo. La reina indiscutible del reflejo. Su reina.

Al poco, la imagen laberíntica de los cuerpos se multiplicaba en las paredes. Una falda y sus volantes tirados por el suelo. La luz de la farola alumbrando los cabellos rojos de ella; a lo lejos, la luna. La llama pelirroja se extendía y zarandeaba. Junto a ella, la boca de un Antonio Claret adivina incendios. Hasta aquí todo perfecto. De no ser porque no se trataba de la maraña de cabellos rizados y rubios que normalmente albergaba el espejo en noches como esa. Ni siquiera la bata blanca con el nombre de " Doctora María, Estomatóloga" sobre el bolsillo izquierdo estaba tirada en el suelo. En su lugar, una falda azul. Dada la ausencia de su compañera, nada había impedido que acabara la noche con los eternos solterones en otra de tantas discotecas de las afueras, donde bailaron y se recrearon hasta que unas copas de más y un poco de maquillaje hicieron flaquear las fuerzas de Claret, que encontró en los ojos brillantes de una desconocida el reflejo que su rostro necesitaba aquella noche. Los espejos no salían de su asombro, el error de la imagen conllevaba el reflejo del error.

La gatita nocturna desapareció pronto. El reflejo de los rayos rojos del amanecer se había llevado sus cabellos, pero no su rastro. Claret puso las sábanas a lavar e intentó recordar para poder borrar con más ahínco todo lo acontecido. Se acordó de María y de sus cuerpos en los espejos. De sus manos acariciándole el pelo con movimientos infinitamente repetidos, de su amor multiplicado por cien sobre el acero bruñido.

Y luego, más abajo, la mancha. El pecado en su nombre de santo, la culpabilidad del propio cuerpo de la que habían sido testigos los espejos. El cuerpo de esa otra frente al suyo, el cuerpo de esa otra entre el suyo, el cuerpo de esa otra bajo del suyo. La imagen perduraba en su mente y hacía que creyera ver escapar de cuando en cuando un destello fotográfico de aquella situación.

¿De dónde había salido? No recordaba siquiera su nombre. Es más, ¿llegó a saberlo? Cristina, habría de llamarse Cristina, porque "la otra" , la caliente pollas que hace que se te levante cuando no debes, siempre tiene un nombre igual de

sugerente que sus pechos. Marta o Cristina, Natalia si me apuras. Pero nunca Magdalena, Ángeles ni, por supuesto, María, esos son nombres reservados a santas madres y esposas. Cristina y sus caderas en falda azul, Cristina y sus cabellos rojos, Cristina y los errores de la noche. Pero no importaba, ella no importaba, Cristina o como quisiera que se llamase. María, María, María mil veces. María la reina del espejo, María, su María, la única, la estomatóloga, la de las caderas chiquitas y las pupilas como espejos. Su María y no otra. Ni Cristina ni nadie. Única e inigualable, amada hasta la saciedad, amada por encima de calentones de la noche porque a una mujer como ella nunca podría serle infiel. Nunca. María y la infidelidad inquebrantable. Claret y su devoción absoluta. Él no era un cerdo que se acostaba con cualquiera, no era de esos que ponían los cuernos a sus esposas, él no le sería infiel, él no le había sido...

Pero la negación no iba a salvar a Antonio de lo ocurrido. El problema real no radicaba en que María llegase a descubrirlo, sino que en la mente de Claret las palabras de súplica y perdón para consigo mismo se multiplicaban al ritmo que los espejos le devolvían las curvas, los gestos, los gemidos inclusive de aquella otra, como si de una grabación se tratase. Gemía y se retorció en la cama. No podía aguantarlo, el contacto con su propio cuerpo le provocaba arcadas. Se repugnaba a sí mismo. En un vano intento de purificación se arrancó la ropa y se bañó entre llantos. Al principio las lágrimas consiguieron apartarlo de las visiones, relegando su dolor a puro resentimiento de infiel. Para su desgracia, pronto las lágrimas no hicieron sino actuar como calidoscopio, multiplicando las ya de por sí infinitas imágenes de los espejos, libidinosos infiernos que mostraban su culpa.

Ya quedaba poco, apenas una hora. Una hora y todo pasaría, unos minutos, no más. Ella volvería. Pronto, sí, pronto. Ella, ELLA, María, su María, la reina del espejo. Sólo ella podría librarlo de la culpa. Lo entendería, lo perdonaría y lo amaría. Olvidarían juntos aquello porque ella lo limpiaría de su pecado. ¿O mejor no decírselo nunca? Ocultar la mancha, negarla por siempre, tirarla al fondo de la ciénaga para que nadie pudiese sacarla. Pero no, la culpa... la culpa acabaría

comiéndoselo, pudriéndolo hasta convertirlo en un ser pueril indigno del divino amor de su reina.

Grito final. Justo en ese agónico momento Dios parece querer convertir en gran film hollywoodiense el sufrimiento de nuestro amigo. Un terremoto 5.9 escala Richter sacude la ciudad. Los edificios, que no son ni de lejos esas papirofléxicas construcciones japonesas, se tambalean toscamente. Tres míseros minutos. Desprendimientos, gente corriendo, nuestro Claret refugiado en el marco de la puerta como ha visto hacer en las películas, mientras tiemblan sus espejos. María, que en ese momento estaba llegando a casa, da un volantazo. Baja del coche, el temblor la hace caer de sus tacones sólo a unos metros del portal, justo bajo la ventana de la habitación de los espejos. Permanece inmóvil en el suelo. Los edificios más endebles se resquebrajan; los espejos, ídem. Los pedacitos de pelirroja han ido cayendo al suelo. Y, en ese momento, lo oye, LA OYE. “¡Claret!, ¡Clareeeeeeeet!” la imagen de esa zorra vuelve a los cristales, ahora hasta escucha sus gritos mientras ve culebrear su cuerpo en los cristales rotos. Acabará con todo. Claret coge los pedazos de espejo con las manos desnudas. El acero bruñido le hace cortes, su sangre se multiplica y se hace eterna. Lanza los pedazos de espejo ensangrentados por la ventana.

El cesar de los gritos se llevó la culpa.

Cuando se encontró aquel cadáver de mujer tendido en mitad de la calle nadie supo explicar de dónde habían salido los espejos que se habían clavado en sus carnes.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **ROCÍO MAYOL SÁNCHEZ**

Título: Vamos a contar mentiras

Centro educativo: IES Miguel Espinosa. MURCIA.

## Vamos a contar mentiras

*La verdad es bella, sin duda, pero las mentiras también lo son.*

(Ralph Waldo Emerson)

La vi llegar, con su vestido de seda verde y sus labios encarnados, a la misma fiesta a la que había sido invitado yo. La vi llegar algo despeinada, buscando un espejo discretamente para comprobar los destrozos del viento, que eran mínimos en su elegante cabellera. La vi llegar y pasar por mi lado, y me miró sin reconocirme. Lógicamente no me había reconocido, había pasado tanto tiempo y tantas cosas que lo sorprendente era que yo la hubiera identificado nada más verla. ¿Por qué habría de recordar ella un amor de verano después de tantos años? La respuesta era obvia y me dolió deducirla, así que la eliminé de mi mente en aquel feliz momento.

Dejé de hablar con un aburrido escritor con el que me entretenía y me dediqué a deambular entre los corrillos para averiguar con quién había venido a la fiesta. Ella no encajaba en ese ambiente. Bueno, si lo pienso, yo tampoco.

De mi persona no hay mucho que contar. No era nadie, como todos al principio. Me dediqué a escribir gilipolleces por las que la gente pagaba y entonces un ente invisible llamado sociedad decidió que yo existía, que tenía un nombre, que debía ser alguien, ganar dinero de forma ridícula (como ridículo es todo lo relacionado con el

dinero) y pasear mi sonrisa de lobo y mi lengua viperina por fiestas como aquella. Podría decirse que los colegas del gremio, ya fuera por mis halagos o mis pullas, me apreciaban un poquito.

No se me ocurría ni la más mínima razón por la que Clara estuviera allí. Ella no escribía, tampoco estaba relacionada con el mundo editorial, sólo leía best-sellers durante el verano y los olvidaba pasado el invierno. Lo mejor que se me ocurrió hacer fue acercarme y tropezar casualmente con ella.

—Oh, discúlpeme.

—No es nada —, primero respondió sin pararse, pero se volvió del todo hacia mí y me miró con cierto interés. ¿Me habría reconocido? —. ¿Es usted el señor Tristán Jiménez, el escritor?

Reflejaba la curiosidad de una completa desconocida. Eso éramos: desconocidos.

—Bueno, ése es mi pseudónimo y así me llaman los amigos, así que debo responder que sí, señorita...

—Clara.

—Encantado, Clara. Déjeme adivinar, ¿es usted amiga del señor Le Branche?

—No, la dueña del local me invitó. Me habló de un cóctel y de varios escritores. El único nombre que me sonaba de algo es el suyo —, y esbozó una tímida sonrisa al añadir—: Si le soy sincera, tenía curiosidad por conocerle.

— ¿A mí? —, alcé las cejas como un cómico.

— ¡No se burle, hombre! —, se le escapó la sonrisa entera por la boca.

— No me burlo, es sólo que... ¿a qué debo tanta notoriedad?

— A sus novelas, por supuesto. Las he leído todas.

No encuentro nada más gratificante que alguien me hable de las emociones y pensamientos que le causaron mis palabras. Pero el egocentrismo no es el eje de mi vida, no se confundan, disfruto de los pequeños placeres y de las casualidades universales en este mundo cruel donde todos hemos sido puestos sin que nadie nos

preguntara si queríamos formar parte, lo que nos ha hecho expertos hipócritas. Y el que diga lo contrario, es un hipócrita renegado.

A Clara no le salía mentir, y cuando le salía, siempre optaba por decir la verdad, por eso siempre la tuve presente en mis recuerdos. Era diferente al resto de la gente, y si ella me estaba hablando como si fuera la primera vez en la vida que nos veíamos, es que así lo creía. Le seguí el juego, no me planteé por qué. Tal vez mi cerebro tenía muy asumido que yo era una persona diferente, que Clara era de las personas que habían quedado atrás en mi anterior vida, que no podía mezclarlo todo cuando me diera la gana. No lo sé exactamente.

La noche fue inesperadamente divertida. No hablé con nadie más que con Clara, revelándole las verdaderas personalidades de los invitados que nos rodeaban, riéndonos de los atuendos horteras y de los chismes morbosos. Cuando llegó la hora de despedirnos, muy habilidoso yo, le ofrecí compartir el taxi como un caballero y de paso averiguar dónde vivía. Ella aceptó, sabiendo que no eran horas para que una mujer anduviera sola por ahí. Nos intercambiamos los teléfonos antes de que ella se bajara en su hotel, algo normal en una ciudad tan ajetreada y llena de vida social como en la que vivo.

Antes de lograr dormirme aquella madrugada, vi las estrellas más relucientes, las calles de rascacielos menos agobiantes, mi vida menos falsa. Todo empezaba a cobrar sentido de un modo inexplicable.

Pero las cosas que se planean por la noche no son tan fáciles de llevar a cabo por la mañana.

A los dos días, la llamé para almorzar porque “me aburría y no conocía a nadie más en esta parte de la ciudad”. La conocía lo bastante para saber que ella no daría el primer paso, pero no la llamé al día siguiente para no pasarme de listo, y tampoco tenía la seguridad de que yo, Tristán el escritor, le gustase. Las conversaciones eran las habituales: a qué te dedicas y con quién sales. También están las variantes de a qué te dedicabas antes de esto y con quién salías antes de ese otro, combinados con alguna alusión a la familia, los planes de futuro y mis comentarios apostillados en el momento exacto para hacerla reír. Después dejé pasar otros dos días cada vez que

quise invitarla a comer, a tomar café y a cenar, avanzando en la franja horaria y en mis planes pero sin hacerla sentir atrapada en la tela de araña. Yo sabía que dos días era el tiempo exacto: un día no es suficiente para desintoxicarnos de la costumbre, pero con dos días se despierta el deseo. De tres días en adelante, sólo se despiertan dudas.

Me agradó comprobar que Clara había cambiado en muchos aspectos, pero seguía conservando esa pureza de espíritu y esa energía que la caracterizaba. Tardé poco en convertirme en un confidente y un guía en el mar de pirañas que nos rodeaba. Ella siempre pensaba bien de todo el mundo y yo tenía a la gente por culpable hasta que se demostrase lo contrario, así que conocer gente nueva cuando salíamos era divertidísimo.

Mi comedia estaba resultando y me relajé, creo que demasiado. Tan sólo una vez se acercó Clara al escenario para revelar los trucos del ilusionista.

—Oye, no me has dicho cuál es tu nombre de verdad.

Estábamos en una librería donde yo tenía que comprar papel y tinta y Clara se acercó a una pirámide escalonada formada con mis novelas, cogiendo la primera en sus manos. Yo me volví, pillado por sorpresa, pero sin que se me notara.

—Todo el mundo me llama Tristán. De hecho, cuando quise renovarme la tarjeta de identidad, el funcionario se negaba a creer que yo no fuera otro que Tristán Jiménez.

—Me hago cargo de la situación, pero tengo curiosidad —, me sonrió tan cándida.

—No me obligues a decírtelo, es uno de esos nombres espantosamente vulgares que sólo mi madre pronuncia todavía. Tristán es mucho más romántico, me siento identificado —, y le alcancé un ejemplar de Tristan e Isolda basado en la versión de Bérroul.

Ella rió, yo reí y enseguida la conversación se fue por otros derroteros y el espectáculo continuó sin más percances. Se ve que cuando me veo rodeado de libros me salen mejor las mentiras.

Cuando Clara pasó la primera noche en mi casa, juro que no fue premeditado. Al menos, no por mi parte. Bailando en un club que acababan de inaugurar en la zona sur, no nos dimos cuenta de la hora, se nos pasó la hora del metro y no pasaba ni un maldito taxi. Decidimos volver andando y mi casa estaba razonablemente más cerca que la suya. No quería alterar el ritmo natural y la invité a pasar hasta que llamáramos a un taxi desde mi teléfono. Fue ella quien me sugirió si era mucha molestia que se quedara a dormir. Enseguida tiré del sedal y le dije que tenía una habitación de invitados digna de una suite de hotel, aunque intuí que nos íbamos a quedar en el sofá. No me equivoqué.



Autor: Petronila Capinazo García

Me desperté antes que ella, un privilegio que aproveché para observarla y pensar.

Era obvio que nos estábamos enamorando, aunque no habíamos utilizado esos términos entre nosotros. Me pregunté si la ficción perfecta que había montado por y para Clara sería lo bastante estable. Lo había hecho miles de veces para los personajes de mis novelas, ¿tan difícil sería hacerlo realidad?

El problema radicaba en que soy incapaz de estar enamorado y pensar a la vez.

El sol se reflejaba en su pelo cambiándolo de castaño oscuro a pelirrojo, todo un truco de magia que me tenía fascinado, hasta que me puse a recordar el sol de aquel verano y la chica que era Clara.

Recuerdo que un día me acerqué a ella en la playa y le solté que, como se llamaba Clara y siempre estaba radiante, el sol debía de ser su aliado. Ella se rió, probablemente porque no sabía si ignorarme o hablarme. No sé de dónde saqué las hormonas para piropearla así, pero surgió efecto y le pedí que me acompañara a la famosa noche de las hogueras que se celebraba cada agosto. Fue un buen verano... mejor dicho, el único bueno de mi vida.

Ahora sentía que de algún modo se me concedía una segunda oportunidad. Sabía que podía hacer feliz a Clara, que nos entendíamos mutuamente, y una muestra de ello la había vivido la noche anterior: cada gesto sutil que hacía uno era captado por el otro, las manos y los labios hablaban entre ellos y los movimientos eran exactos. Y he estado con las mujeres suficientes para darme cuenta de cuándo estoy enamorado y cuándo no.

Mirándola dormir de espaldas al sol, me dije que iba a recuperar el tiempo perdido. Si Clara no estaba enamorada de mí en aquel momento, sería cuestión de tiempo que descubriera que estábamos hechos el uno para el otro. Tal vez yo tuviera miedo de afrontar la verdad, pero hice lo que buenamente pude.

Pasamos juntos muchos días y aún más noches. Clara me decía en broma que empezaba a desatender a mis amistades literarias y que mi editor estaba cabreado, pero me daba exactamente igual si podía estar con ella más tiempo.

— Tristán, dime algo que recuerdes de cuando tenías quince años.

Es una de esas tardes ociosas en que nos quedamos leyendo en mi casa, Clara deja su libro a un lado y se apoya en mi hombro. Noto, sin embargo, que no está muy relajada, así que yo también me he puesto tenso ante el mal presentimiento que tengo, y mis alarmas se disparan cuando ella habla.

—Pues... —, yo también aparto lo que estaba leyendo—, ahora mismo... creo que cuando mi abuelo me acompañó a recoger mi primer premio. Era muy importante para mí. No sé si te he dicho lo unido que estaba a mi abuelo...

—Sí, sí que lo has hecho —, suspira ella, separándose de mí con un mohín de disgusto—. Yo estaba pensando en algo más... sentimental. Dónde ibas de vacaciones, por ejemplo.

No me atrevo a mirarla a los ojos en este momento. Se me acelera el pulso, temo que ella pueda oírlo. Ha llegado la hora de ser valiente.

—Yo... iba de vacaciones cada verano a un sitio diferente, no me acuerdo de todos... Florida, Hawai, California...

—Así que no te acuerdas —, me obliga a mirarla a la cara.

—Eh, ¿qué te pasa?

—Dios, pasa que mientes increíblemente bien —, suelta de golpe, como una bomba nuclear que cae sobre mi apartamento y me deja sin respiración unos segundos—. ¡No me mires así! He intentado seguirte el juego, pero ya no puedo más. Quiero pensar que lo haces con buena intención, pero ya no me gusta no saber lo que piensas. Y hasta tú mismo empiezas a creerte tus propias mentiras.

—Clara, yo no sé de qué estás hablando exactamente...

—¡Por favor, Juan! Sabes de sobra a qué me refiero —, a juzgar por su fiera mirada y su tono alterado de voz, Clara no entiende de qué me sorprende—. ¿O acaso creías que fui a esa fiesta porque leí tus libros y ya está?

— ¿Por qué fuiste, entonces?

—Porque supe que eras tú —, se suavizan su voz y sus gestos, acercándose a mí—.

Estabas en cada página, en cada frase, supe enseguida que la persona que había escrito aquello era aquel chico que conocí en El Cabo un verano. El mejor verano de mi vida. Y tú no te acuerdas de nada, pero dices que me quieres. ¿Cómo vas a quererme si ni siquiera te acuerdas...?

— ¡Sí que me acuerdo! Me acuerdo del pueblo, de la feria, de cuando aquel capullo te invitó a bailar y casi me parte la cara por meterme en medio, de la noche de las hogueras... Clara, espera, ¿qué estás haciendo?

—Me marchó. Eres un maldito embustero.

—Puede. Pero te quiero, esa es la única verdad que merece ser dicha.

— ¿Cómo puedo creerte? —, dice en voz baja. Busca su móvil sin mirarme a la cara.

—Eh, no seas hipócrita —, le digo, y ella me mira esta vez, pero con ganas de darme una bofetada. Me arriesgo a seguir hablando — . Tú también has mentido para acercarte a mí, todo este tiempo me has tomado por imbécil. Yo te he mentido porque te quiero y, además, inventar mentiras es mi trabajo, se me da muy bien y nunca lo hago con mala intención. ¿Es que no lo ves? Somos tal para cual.

—No te atrevas a insultarme así —, replica ella, dolida —. Yo no quería mentirte, es que no tuve ocasión de decirte que ya nos conocíamos. Te he dado la oportunidad de decir la verdad y me has mentido sin ninguna razón. ¿De qué coño tenías miedo? Justo ahora me quedo sin palabras. ¿Cómo he montado todo esto yo solo? ¿Es sólo por miedo?

—Yo... no sé cómo... no, espera, Clara, por favor... Ella ya ha cogido su bolso y se dirige hacia la puerta, sin dejar que las lágrimas caigan, pero mirándome a los ojos. La sigo, me pongo en el umbral. Ella suspira antes de hablarme.

—Has cambiado demasiado, Juan. Creía que sólo era un papel que estabas representando, pero no te quitas el disfraz ni en tu propia casa. Si no eres capaz de decirme la verdad, no quiero volver a verte —, y me deja hablar, pero no digo nada, no soy capaz. Ella se hace paso y yo vuelvo a mi vestíbulo — . Pues que te vaya bien, Tristán.

Y cierra de un portazo que retumba en mi estómago durante un rato.

—La verdad es que te quiero.

Pero la verdad es sólo un susurro que se perdió entre las paredes.

Cuando vuelvo a tener conciencia del tiempo y el espacio en el que estoy, veo sobre el escritorio un papel en blanco. Me siento; la cabeza ya para de darme vueltas y las palabras vuelven a mí, así que empuño la pluma y empiezo a escribir.

—Vamos a contar mentiras, Tristán —, me animo en voz alta.

Esta es la única frase que me viene a la mente:

Érase una vez un hombre tan rematadamente estúpido que se creyó obligado a elegir entre el amor y la verdad...

# MODALIDAD C

(de 20 a 23 años)

Primer premio

Autor: FRANCISCO MIGUEL PUJANTE

Título: El café del aire

Centro educativo: Facultad de Bellas Artes. UNIVERSIDAD DE MURCIA.

## El café del aire

### El preludio (cuentas viejas)

Miró la foto una vez más y suspiró; después la guardó en el bolso. Se apeó del automóvil y anduvo unos cien metros hasta la puerta del café. Allá permaneció casi quieta, esperando, una mano en la cintura y los ojos perdidos, muy lejos. Había ido al mismo sitio varios días. Ése sería el último. Suspiró.

### El tango (dónde irás ilusión)

– ¿Qué hacés tomando, viejo? Valés menos que la botella que tenés enfrente.

Hacía mucho que en la calle Avellaneda no se agarraban las parejas y limaban, de tanto bailar, el piso del salón Continental. Hacía mucho que el Tuerto Román, único superviviente de la Orquesta Mendocina, no estrechaba el fuelle del bandoneón y perfumaba la noche con el tango aquel. Hacía mucho, en fin, que los ojos de los pibes no reñían en silencio, con la frase callada en los labios y los pies rotos, de tanto bailar. De todo eso apenas quedaba el viejo Adolfo, su compadre el Tuerto y algunas fotos que parecían llorar, allá en los rincones del café del Aire. Era éste un sitio triste, donde se acudía a no pensar, y la puerta, siempre manchada de olvido, no dejaba que los sueños se colasen. Al viejo Adolfo, a veces le parecía mentira que en aquel emplazamiento se hubiera alzado antes, orgulloso, el salón Continental, donde él

tanto había bailado en aquellas noches que se empeñaba en no recordar a cada sorbo de miseria embotellada. La embriaguez que alcanzaba en el café del Aire hacía más cercanos aquellos recuerdos que, no obstante, estaban más lejos en el tiempo por ser dichosos que por haber acaecido realmente mucho tiempo atrás: de aquellas noches de tango no distaban más que diez o doce años. Tampoco era tan lejano el día en que, huyendo de la guerra terminada, salió de Europa con algunos compañeros, viniendo a parar sus huesos a aquel rinconcito de Argentina. Mientras sucedía aquello, todo el mundo celebraba ya su defunción, y a menudo el viejo Adolfo, bebiendo para mojar una boca seca de tanto maldecir, pensaba que ojalá hubiera sido cierta la muerte suya de la que tanto hablaban los periódicos, y ahora estuviera soltando la pierna tranquilamente con un plomazo en la sien. Ya no tendría que matarse el alma con licor barato en aquel antro olvidado, mirando a la cara al Tuerto Román, que sentado enfrente hacía lo propio sin abrir la boca, también despachando tragos como si lo fueran a prohibir.

– Sos un mueble roto, baúl de ropa vieja, todo ruina, no valés ni medio peso.

En el café del Aire, eran todas las noches tan parecidas que podían resumirse en una sola. Una noche donde los pensamientos se enredaban en los hilos del humo y los ojos siempre buscaban cobijo en algún rincón que se prestara a ser mirado. Se picaban canciones modernas venidas de Norteamérica, música que a Román y al viejo les causaba indiferencia, pues sus corazones sólo se sentían con vida cuando muy de cuando en cuando se colaba en la gramola el viejo arrullo de algún tango compadrón. Era entonces cuando en los ojos de los dos compañeros aparecía un brillo especial y los tragos ya no eran tan amargos. El café se convertía por unos minutos en el salón Continental y el viejo Adolfo casi podía sentir el lindo taconear de las damas, que lo eran tanto más cuanto más caros vendían sus labios. El viejo era ladrón de guante blanco y en su saco se llevaba a lo menos un corazón por noche, hurto que las mujeres le permitían de buen grado, embaucadas por su sobrio acento germano, su cara un punto canalla, con bigote de rufián, y sobre todo, su exquisita forma de bailar. Qué tiempos tan bellos, pensaba el viejo Adolfo, mientras el plato giraba lloviznando los últimos recuerdos y la canción iba muriendo junto a la nítida

evocación del Continental, para dar paso de nuevo a la estampa mísera del café del Aire.

– Qué perra es la memoria, viejo, ¿es por eso que la matás con esos tragos?

La había visto más de una vez: una joven razonablemente linda, aunque no era eso lo que llamaba su atención. Era su forma de mirar; el modo en que sus ojos acariciaban el vacío durante los pocos minutos que esperaba en la puerta del café del Aire, hasta que un auto lujoso la recogía, puntual, todos los jueves a las ocho y media. Aquel día era jueves, y el viejo la esperaba, allá en su mesa, vaciando la primera botella de licor Torrequel, un brebaje de poco coste muy popular entre los hombres de mala vida. Cuando ella apareció eran las ocho y cuarto; había llegado un poco antes de lo habitual y estaba parada, como de costumbre, junto a la columna del edificio contiguo, que hacía de fondo perfecto para su pose casi pictórica: una musa esperando que alguien retratara aquella estampa tenebrista donde su bulto emergía de la sombra, en una transición perfecta hacia la luz que desprendía el café. Su pelo era oscuro, sus ojos también. Sus facciones eran de una belleza acusada con violencia y hacían pensar en un escultor tallando sus líneas a base de golpes secos y precisos a una piedra que sólo aceptara ser labrada de esa forma. Un lindo vestido gris caía con gracia sobre unas caderas bien escritas. Debía juntar no más de veinticinco abriles.

– Dejá de mirarla, viejo, tenés demasiada vida encima.

La presencia de aquella mujer era, sin duda, un apunte de color dentro de la plomiza rutina del café, lo que para el viejo convertía al jueves en un día sensiblemente distinto, aunque no dejaba de ser un día más –o un día menos- de una vida que hacía que el alma se retorciera como una oruga en sal. Un jueves más para los que aún sumaban los días, o un jueves menos para aquellos que, como el viejo Adolfo, deshojaban la margarita del tiempo esperando que el tallo se quedara huérfano de pétalos. De éstos había unos cuantos en el café del Aire, empezando por el viejo y terminando por el Tuerto Román, quien siempre llevaba encima el viejo bandoneón, ya mortecino y como sucio de lamparones de vida, más como souvenir de un pasado que fue lindo que como un instrumento para la música. Las manos de

Román hacía mucho que no tocaban; tampoco el viejo se lo pedía, no quería entregar voluntariamente ni media lágrima al trato con el pasado, que siempre vil tentaba a los hombres con el premio succulento de una grata reminiscencia, a cambio de litros de dolor cuando todo volvía a ser ruina y el presente abofeteaba con fuerza sus caras. Ellos eran hombres dignos, y procuraban no ofrecer sus mejillas a cambio de un instante entrañable, aunque a veces lo hicieran sin más remedio cuando el pasado irrumpía de golpe, sin tocar antes la puerta, y nadie podía decirle que se marchara. Esto le ocurría al viejo cuando, de forma imprevista, se derramaba un tango entre las piezas del café; o cuando, mientras buscaba otra cosa por los muebles de su viejo apartamento, se encontraba por casualidad con algunas fotografías, algún trofeo ganado años atrás en los concursos de tango de la feria, o algunos zapatos ya desgastados, de tanto bailar. Mil veces se había propuesto tirar todo aquello, mil veces lo había guardado de nuevo en los cajones. En cierto modo, suponía, le gustaba sorprenderse con esos pedazos de vida anterior, y aunque él nunca los buscara de forma directa, solía buscar la casualidad de encontrarlos, lo que era una argucia para rendirse al pasado sin parecer que lo hacía. Rendirse sin levantar los brazos, que decía él, sin agitar el pañuelo blanco. No era un gesto sincero, desde luego; pero él siempre fue un canalla.

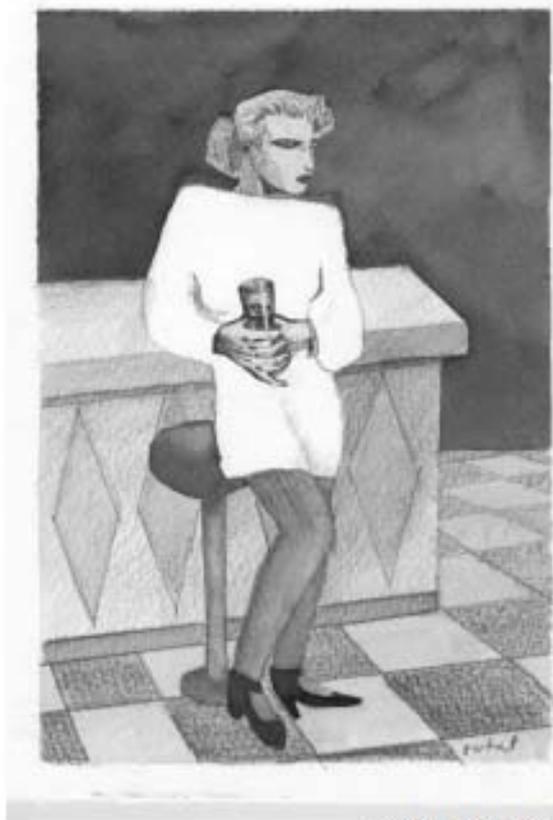
– Sos un mentiroso, viejo, y os engañás sólo a vos.

Con ella le pasaba algo parecido. Era una dama distinguida, como las de antes, que no regalaba ni una mirada si el guión no lo exigía. Tampoco había un gesto en ella que fuera de balde: todo parecía responder a una serie de notas escritas con seguridad en una partitura de música. Le recordaba a ésas con quien tantos pasos dio en el salón Continental, a ésas a las que nunca amó más de una noche, si es que acaso las amó. Por eso con ella le pasaba algo parecido a cuando escuchaba una vieja canción, o a cuando veía una vieja fotografía. Ella era, a su modo, una de esas puertas al pasado que el viejo nunca abría con sus manos, aunque siempre deseaba que se abrieran frente a él. Y ella se abría apenas para mostrarse en la penumbra de la calle, como un resquicio de luz que hiende en fina puñalada el ala semiabierto de un portón. Pero el viejo quería más. Deseaba con todas sus fuerzas, cada jueves que

la veía, que la joven entrara en el café y poder verla así plenamente. Podría haber salido a la calle, desde luego, pero eso sería como abrir la puerta con sus manos, y él nunca hacía eso. Sólo se podía permitir desear, mientras bebía, que se produjera una casualidad poco probable. Y se produjo.

– Ya tenés lo que querías, viejo, ¿qué vas a hacer ahora?

Ella había entrado al café. Después de estar parada un tiempo en el sitio de siempre, rompió su costumbre y en puesto de seguir esperando al coche, pasó adentro del local. Lo hizo como lo hacía todo, con ademanes que, llevados al cuento, menos se parecían a los de una princesa frágil y expuesta que a los de una hechicera que embauca a los hombres con su belleza temible. Andaba con decisión; cada paso un trazo firme escrito con tinta indeleble, cada acción de su cuerpo un hecho incontestable, una verdad absoluta que no podía ser de otro modo y que remitía los argumentos de un poco probable escéptico a unos ojos que daban terrible fe de lo acaecido. Abrió la puerta con simplicidad, sin que nada estuviera de más en el movimiento de su mano. Cuando entró fue agujoneada por las miradas de los parroquianos, que no estaban acostumbrados a que allí entraran mujeres como ella. En verdad, tampoco solían entrar mujeres de ningún tipo. Era evidente que no sólo al viejo le llamaba la atención aquella joven, y de seguro que tampoco era el único al que su figura le traía tantos recuerdos. El Tuerto Román pareció corroborar aquello, al cruzar su media mirada con el viejo en un gesto significativo. Ella se acercó a la barra y pidió algo que los dos compañeros no oyeron. El camarero, un joven poco hablador de gesto despistado, sacó una botella de



Olmedo y mojó apenas la base de la copa que descansaba frente a la mujer. Tenía buen gusto la piba, pensó el viejo, ya con la sangre al punto de Torrequel y anhelando aquellas noches, que aparte de ser de tango, y de mujeres, lo eran de licores caros. Por una de esas noches hubiera soltado la plata que no tenía y hasta el alma le hubiera entregado al Diablo. Pero éste ya no le hablaba y de nada servía fabular con revivir de nuevo una de aquellas jornadas, si sus pies ya no le respondían, su semblante ya en nada se parecía al de aquel galán y hasta la misma música ya ni siquiera era decente. Sólo ella parecía conservar, como un frasquito de colonia, el perfume de aquellos tiempos. Cualquiera diría que una mano poderosa la había arrancado del pasado y la había puesto allí, en aquel antro, para que todos recordaran cuán miserables eran sus vidas. El viejo sólo podía mirarla, como un ciego al que se le concede momentáneamente la visión y sabe que pronto todo volverá a ser oscuro. Y el viejo Adolfo lo sabía; sabía que después de ese acontecimiento las cosas volverían a la misma inercia gris y la dama saldría del café para irse con aquél que la recogía todos los jueves, seguramente un caballero joven y apuesto o, por lo menos, no tan desmejorado como él. Porque su aspecto tampoco era el de antes. El pilar que había frente a su mesa estaba cubierto con un espejo gris y ajado, que hacía justicia, por su deterioro, a la imagen que reflejaba: la de un hombre marchito, con arrugas que se habían multiplicado en los últimos años y un bigote que apenas tenía protagonismo entre el resto de la barba, siempre pendiente de afeitarse cuando no estaba mal rasurada.

– Se irá, viejo, se irá y vos seguirás muriendo a tragos, ¿querés eso, viejo?

No supo por qué lo hizo. Quizás porque en una pataleta infantil no quiso poner la otra mejilla a un presente que ya levantaba la mano para abofetear con fuerza. Quizás porque prefería que ese golpe fuera digno, antes que ser machacado como un hombre al que apalean cuando ya se ha caído al suelo. Quizás cualquiera de estas dos opciones, de ser la verdadera causa, no hubiera motivado lo que pasó de no ser por la media botella que el viejo llevaba encima. No lo supo, de veras, pero el caso es que se aplanó como pudo las arrugas de la camisa, se atusó el mostacho con dedos torpes y se levantó decididamente de la silla, haciendo ésta demasiado ruido y

provocando que los hombres del café giraran el cuello hacia él. Sus naipes no eran los más fuertes, ni él era ya buen jugador, pero, a lo peor, lo más que podía perder en aquella apuesta era el poco respeto que esos hombres aún le guardaban. Tal vez se mofarían de él en cuanto comprendieran sus intenciones, y parecieron comprenderlas de súbito cuando el viejo anduvo hasta la dama con el paso seguro y firme de otros tiempos. Se oyeron murmullos, risas contenidas e incluso alguna aclamación burlona a la que el viejo no atendió. Sólo el Tuerto Román, vuelto en su silla para observar la escena, y algún pájaro más de su década guardaban semblante serio, más por un decoro ya extinto que porque esa situación no les pareciera verdaderamente absurda. El viejo pensaba igual de la escena que él mismo estaba llevando a cabo; era, sin duda, un hecho fuera de toda lógica, pero si había algo en aquel mundo que no fuera irracional, que viniera el Diablo y se lo contara. Y del Demonio parecieron, por crueles, las risotadas que se escucharon cuando el viejo dio un traspíe y casi se cae al suelo. Ella ni se inmutó; no lo miraba. En verdad, no le había dirigido ni una sola mirada desde que entrara al café. Ni a él ni a nadie. Únicamente parecía poner interés en sus propios pensamientos, que aderezaba con sorbos tranquilos a la copita de Olmedo. Sólo pareció advertir la presencia del viejo cuando éste, repuesto ya del tropiezo, se puso tan cerca de su faz que a poco la roza con el mostacho. Ella volvió el rostro y abrió apenas los labios como para decir algo, pero fue el viejo Adolfo quien habló. Con una firmeza que él mismo no se esperaba se ofreció a pagar la copa de licor, oferta que hizo como los viejos galanes, que mudaban toda propuesta en casi una exigencia. Ella dijo que ya estaba pagada, a lo que él repuso sin inmutarse que entonces tendrían que pedir otra. La dama miró el reloj y vació la copa. Pidió otra. El viejo metió la mano al bolsillo y comprobó aliviado que aún le quedaba plata. Para bolsas como la suya no era un desembolso parco la copa de Olmedo, pero el viejo sabía de sobra que no pagaba sólo una copa.

– Soltá la plata, viejo, sabés que es barato.

El resto del café seguía observando la escena; algunos aún se reían. El viejo llevó a la barra su vaso de Torrequel para tomarlo junto a la dama. Los diablos como yo no merecen licores buenos, explicó. Era un buen argumento, que además de no



Autor: Ana Nicolás Ortiz

faltar a la verdad y servir para que el viejo se adornara un poco, cubría de forma razonable la verdadera causa del hecho: después de pagar lo de ella no le quedaba ni un peso en la bolsa. Así pues, sin poder acompañar a la mujer con un brebaje decente, bebió junto a ella como hacía mucho que no tomaba: a tragos cortos e intercalados en una dulce conversación donde la mujer corroboró con su parla todo lo que el viejo había intuido al verla. No hablaron de nada trascendente, pero el cruce de palabras fue suficiente para hechizar al viejo aún más de lo que ya lo estaba. Ella hablaba con un laconismo que no era frío ni automático, sino cálido y deliberado. Cada frase estaba encinta con mil connotaciones; cada palabra tenía un significado oculto que apelaba

a un secreto inconfesable. Era, sin duda, una dama como la de antes, y no una más entre tantas de aquéllas sino una dama especial incluso entre las mujeres del pasado. Es por eso que no quiso que su trato con ella se quedara en una plática ligera. Es por eso que le pidió bailar un tango. Un tango en el que pondría su último sueño, un sueño en el que pondría toda su fe.

– ¿No te viste, viejo? Vos ya no podés ni mover un pelo.

La dama miró el reloj una vez más y aceptó de buen grado la invitación del viejo Adolfo. La escena, que había perdido interés por parte de los parroquianos, volvió a cobrarlo por el giro que tomó y aumentaron los murmullos y las risas. Hasta el camarero había quitado la música para asistir con diversión al suceso.

– Es todo un circo, viejo, y vos sos el payaso.

Se colocaron ambos en un claro que había a la entrada del café y el viejo le hizo un gesto al Tuerto Román, indicándole que agarrara su instrumento y se marcara una buena pieza. El Tuerto no podía menos que hacer sonar el bandoneón entre sus manos, y éste gemía en un tema clásico como un difunto que ha vuelto a la vida y celebra su nueva condición. El viejo comenzó a moverse. Temía que el cuerpo no le respondiera, pero fuera porque no estaba en verdad tan mal, o fuera acaso porque el tango lubricaba sus huesos, los primeros compases los llevó a cabo con razonable habilidad. Tampoco la mujer se movía mal, al contrario, se diría más bien que bailaba como debe hacerlo un ángel celoso que intenta impresionar a Dios. Y no fue Dios quien se impresionó –en antros como aquél su presencia sólo llegaba en juramento o blasfemia– sino los hombres del café, que acodados en la barra o sentados allá en sus mesas miraban la escena con interés. Ya no reían ni comentaban.

– Vamos, viejo, seguí bailando mientras dure el sueño.

El Tuerto seguía tocando con unos dedos cada vez más ágiles mientras el viejo afrontaba ya la última parte de la canción, alegrándose al ver que sus piernas le responderían hasta el final. Sus trazos se enredaban en los de ella y a cada paso acariciaba el piso con sus suelas viejas, de tanto bailar, y a cada paso de ella su taconeo sonaba imperativo y de tan lindo, casi cruel. Aquí nomás, rezaban sus piernas, ligeras como dos pinceladas, citando la vieja canción. Aquí nomás, bailemos simplemente, un tango en paz. Y bailaban, desde luego, el viejo con gran soltura y ella con decisión y fuerza, aludiendo a un corazón infatigable, capaz de bailar cien tangos de una vez. El hombre, por su parte, se había propuesto zanjar aquello cuando terminara la canción, sabiendo que una segunda pieza hubiera sido tentar la suerte.

– Mucho fue por hoy, viejo, terminá con esto cuando el Tuerto pare.

La canción llegó a su fin y los últimos pasos murieron con una pose estática donde el viejo, doblado a poco de partirse el espinazo, aferraba a la dama con el brazo fuertemente enroscado en su talle, cara con cara, apunto de rozarse. Hubiera dicho el viejo que detrás se oyeron aplausos, pero así como estaba, sintiendo el calor de los labios de ella, no pudo atender más que a la magia del propio instante. Pensó en besarla. Era una apuesta loca, de eso no había duda, pero también era indudable que desde hacía diez minutos todo había sido una locura. Quizá desde ese punto de vista demencial que había llevado al viejo adonde estaba, arrimar sus labios a los de ella era el acto más coherente, y es por eso que fue a besarla, pero en puesto de un beso oyó un sonido seco y estruendoso, y en lugar del roce de unos labios sintió una punzada en las entrañas que le hizo caer al suelo. Después la dama tiró el revolver y salió a la calle para montarse en el auto que la esperaba, puntual como todos los jueves, a las ocho y media.

– Ya llegó, viejo, vos sabés que vuestra milonga no duraría por siempre.

Varios hombres corrieron a socorrer al viejo, cuya vida se desvanecía en un hilo rojo que le salía del vientre. El Tuerto seguía tocando, no porque no estuviera desconcertado como el resto del café, sino porque sabía que la muerte de su compañero era cosa hecha, y que éste le agradecería, desde allá donde fuese, que hubiera sahumado los últimos instantes de su vida con un tango. El viejo, por su parte, pensó mientras se le iba el alma que aquélla era la mejor de las muertes para un hombre como él. No le sorprendía lo ocurrido; había esperado un momento así desde que su submarino llegara a Argentina, allá por los cuarenta. Sabía que tarde o temprano darían con él y algún agente americano o soviético lo quitaría de en medio cuando él menos lo esperase. Lo que nunca imaginó fue que dedos tan lindos apretarían el gatillo, y mucho menos que su ejecutora, antes de matarlo, lo hiciera sentirse tan vivo. Sin duda había sido una exigencia del plan. Varios jueves lo había espiado haciendo como que esperaba a alguien, probablemente para cerciorarse de que era realmente él. Segura ya de su identidad había entrado al café de forma casual con la intención de liquidarlo. El acercamiento del viejo la había cogido desprevenida y tuvo que interactuar con él hasta que llegaron a recogerla, momento

propicio para agarrar el arma –él no supo cómo ni de dónde la sacó– y destrozarle el vientre en una herida mortal.

– Sos una oruga, como el viejo bandoneón del tango, una oruga que quiso ser mariposa antes de morir.

Cerró los ojos y, al fin, le huyó la vida. De esta forma se fue el alma del otrora terrible dictador Adolfo Hitler, después bellaco amante y bacán tanguero, cuando marchó a América terminada la Guerra y allí se prendió en viva lumbre su corazón de metal, al conocer a manos de la Orquesta Mendocina el baile del que se enamoró para nunca más dejarlo de querer. Así murió, y por una chanza de la vida –o de la muerte– lo hizo el mismo día en que está escrita su defunción en los libros de historia –30 de Abril–, sólo que catorce años después de aquello, en un café remoto de Argentina y después de bailar su último tango.

#### **El remate (pobre mi madre querida)**

Subió al automóvil y asintió a su marido cuando éste la interrogó con la mirada, ¿lo hiciste?, parecieron decir sus ojos que se quedaron fríos y al tiempo aliviados cuando ella le dijo que sí. A él le parecía una locura todo aquello, pero era la locura de su amada y él no podía menos que volverse loco también si ella así lo requería. Por lo visto, aquel anciano al que su mujer había liquidado fue el causante del suicidio de la madre de ella, doce años atrás, cuando enamorada hasta los huesos del tipo se atiborró a bebida y dejó que la sangre se le fuera por las muñecas. La había usado y la había tirado, solía decir su mujer, le había ofrecido el cielo y sólo le dio un infierno.

El auto se alejaba rápido de aquella escena mientras ella miraba una vez más la foto de su madre.

– Ya está, ma, dijo para sí, ese canalla no volverá a moverse más. Se lo di todo, mamá, se lo di todo y después se lo quité, como él hizo con vos.

Segundo premio

Autor: **OSCAR REPULLO LOPERA**

Título: Juego de dados

Centro educativo: Facultad de Filosofía y Letras. UNIVERSIDAD DE GRANADA.

## Juego de dados

Al caer la tarde siempre estaban los tres chavales junto al río, en el verde soto que engrandecía aún más si cabe al Guadalquivir. Recogían gustosas flores y las echaban en canastos de mimbre para luego llevarlas a don Bartolomé, el pintor más famoso de la ciudad. Por entre las alamedas y verdes prados correteaban felices, ajenos a todo. Su sencilla vida de huérfanos y su consolidado instinto de supervivencia los había endurecido. El grupo de tres pilluelos lo conformaban “el Cata”, con apenas catorce años y llamado verdaderamente Catalino; Juan, el moreno de brillantes bucles y que apenas tenía una década; y su pequeño hermano el Pepín, que llevaba en esta vida no más de cinco o seis años. Completándolos, como si no tuvieran bastante con alimentarse por sí solos, un perro que era un auténtico amigo más para ellos. Los tres muchachos se habían conocido en un colegio de beneficencia del que un buen día se habían fugado para llevar a cabo su plan: marcharse a las Indias y hacerse ricos. Se habían instalado en un viejo jacal de cañas que se hallaba junto al valle collado en la ribera. Solían acudir por las tardes al taller de don Bartolomé, insigne artista del pincel que agasajaba a los mozuelos por servirles éstos muchas veces de modelos para sus lienzos. Les daba algunas propinas de vez en cuando y les mandaba recados. Ellos soñaban con verse algún día como ricos comerciantes que comprarían sin reparos los bellos cuadros que él realizaba. Mientras llegaba ese momento se conformaban con servirle de cuando en cuando en sus pedidos y encargos. Un día iban al mercado a por aceites, otro le cogían un

conejo para que preparara las colas, a veces le traían flores y hierbas para los fondos de sus composiciones...

El astuto de "el Cata" siempre incitaba a los dos hermanillos a realizar sucias travesuras. Gustaban los tres de esconderse tras los cortinones del taller para contemplar a las modelos del pintor desnudas o cambiándose. Como tres sigilosas almas, expectantes y atónitos observaban ocultos por el opaco terciopelo de la cortina todos los secretos de la anatomía femenina. Los silencios obligados pronto se convertían en descaradas risas y don Bartolomé, tan cortés como siempre, los descubría y los invitaba a marcharse mientras él ejercitaba el pincel. Al día siguiente volvían los pícaros al ataque, entraban al taller por el portón trasero, atravesaban el patio y de nuevo se escondían sagazmente para ver a las jóvenes cambiándose de atuendo antes de posar para el artista. Luego salían por los zaguanes de la casa hasta llegar a las cocinas, donde convencían a la cocinera de su buen hacer y continuos favores para con el pintor y ésta les regalaba graciosamente a aquéllos tres primores un poco de pan y algo de fruta. Ciertamente sobrevivían gracias a las propinas del bueno de don Bartolomé. Los niños eran conscientes de esta realidad y por eso se permitían todo tipo de travesuras en su casa. Eran atrevimientos sin mala intención con los que mataban el tiempo en aquellos días de primavera en que esperaban a que zarpara la flota indiana con la esperanza de que algún capitán se interesara en ellos. No cesaban en su sueño de enriquecerse lejos de allí, pero mientras tanto se divertían, se mantenían y de paso contemplaban el bello oficio del arte. A veces los citaba el pintor para retratarlos junto a su perro, otras lo hacía en las propias cercanías de su choza, en plena naturaleza. Se reían de lo lindo cuando el pequeño Pepín posaba como San Juanito o como el mismísimo Niño Jesús en algún cuadro. En los días ventosos o de lluvia, se pasaban las tardes enteras en el angosto corredor que comunicaba el zaguán con el taller. Allí, unas veces con el beneplácito del pintor, sentados en una banqueta; otras escondidos tras el umbral en el cortinón de terciopelo, asomaban sus miradas a los geniales trazos pictóricos y se dejaban conquistar por la mágica transformación de los lienzos.

Cierto día que acudieron al taller tan de incógnito como siempre y asomaron sus cabezas tras los encajes y borlas de la cortina, ocurrió algo fuera de la rutina habitual. No había aquella vez ante don Bartolomé bellas jóvenes haciendo de la Virgen María o la diosa Flora, tampoco un pobre mendigo con túnica y ni siquiera otro pícaro como ellos que iba a ser dibujado junto a algún perro. Esta vez se encontraba el pintor hablando con un elegante señorón, envuelto en ricos ropajes y con ampulosa capa, portando un sombrero de penacho en las manos y de actitud solemne. El tono de la conversación era afable, parecía que lo que el distinguido personaje quería era un retrato. Por el tono de voz y la expresión los chiquillos comprendieron que el señor no era hispano. Estuvieron un buen rato hablando caballero y pintor y quedaron en que al día siguiente se comenzaría el retrato. Tras marcharse, los muchachos se apresuraron en salir de la oscuridad del pasillo para hablar con don Bartolomé.

– ¿Conque otra vez estabais ahí eh?. Debí suponérmelo. Cualquier día hago quitar de ahí esa cortina, pues siempre estáis escondidos como pillos mirándome. Bueno, ¿qué queréis?

–¿Quién era ese señor? don Bartolomé, –preguntó “el Cata”.

–¿Por qué habla de esa forma tan rara?, –replicó al instante Juan. -Niños, niños, no molestarte, es un caballero que quiere hacerse un retrato. Anda id a la cocina y pedir de mi parte que os den algo, hoy no necesito ningún recado. Andar con Dios y ahora dejarme trabajar.

Con estas palabras despachó el pintor al travieso trío y consiguió que fueran directos a la cocina. Sin embargo, la curiosidad sobre aquel personaje los invadía, y de vuelta a su cabañón los niños se preguntaban cuántas riquezas tendría aquel hombre de apariencia tan elegante.

Tras este encontronazo, los jóvenes continuaron su habitual rutina de ir cada día al taller del pintor para ver si se le ofrecía algo. Poco a poco y valiéndose de su innata astucia, ayudados lógicamente por su gran cómplice que era aquel pesado cortinón, fueron averiguando detalles de la vida del rico caballero. Cada tarde acudía el señor al estudio con el mismo traje negro y gollete blanco con el que don

Bartolomé lo estaba retratando. Su nombre era Nicolás de Omazur, uno más de los muchos comerciantes flamencos que residían en la ciudad por esos tiempos. Habían averiguado también que estaba allí para realizar unas importantes transacciones con la Casa de la Contratación. Sobre negocios y sobre lo distinta que era la vida en su país se pasaba el tiempo hablando aquel señorón con el pintor. Mientras, el trío de pícaros lo ensartaba todo en su retina desde su escondrijo. Les llamaba la atención sobre todo la carabela que portaba el hombre entre sus manos en cada pose. Muchas tardes, al marcharse, tanto Omazur como el pintor se divertían jugando con el cráneo, lanzándolo de un sitio a otro y asustando al pequeño Pepín. Un día tuvieron una idea bastante peculiar. Juan encontró un viejo regador de latón en el patio junto a una alberca inundada de hiedra, y decidió junto a su hermano y su amigo darle un uso divertido a aquel cacharro. Dejaron al perro jugando entre los huertos y acordaron hacerle un chascarrillo al serio señor del retrato. Juan y “el Cata” ensayaban y Pepín les reía las gracias. Llegado el momento de ejecutar el plan, se escondieron los tres en el corredor, esta vez un poco más atrás de donde quedaba la cortina. Justo cuando don Bartolomé ya llevaba un rato trasladando las facciones del retratado desde la realidad al lienzo sonó de pronto un fuerte rugido, un sonido similar al berreo de un toro. El pintor se asustó muchísimo y más aún el caballero de Flandes, sobre todo cuando comprobaron que los sonidos continuaban. Desde el fondo del pasillo el pequeño Pepín reía a boca llena ante los manotazos unas veces de su hermano, otras veces de “el Cata”, dependiendo de cual de ellos estaba libre. Lo cierto es que los tres estaban disfrutando con aquella trastada, la idea de soplar y rugir dentro del regador hacía que, al salir el aire por el cuello del cacharro, soltara un ruido estruendoso similar al de una vaca o un toro. Tanto el pintor como su cliente salieron despavoridos al patio, y los niños, considerando que la broma ya había sido suficiente corrieron por los laberínticos pasillos y zaguanes del caserón y lograron salir por la puerta principal sin ser vistos. Don Bartolomé y su ilustre retratado comprobaron que ningún animal salvaje merodeaba por el huerto y sí que recayó la mirada del artista en el perro de los muchachos.

–Seguro que han sido los pillastres esos del Guadalquivir...

–¿Cómo dice?, –preguntó el noble señor.

–Nada, no se preocupe usted que todo ha sido una chiquillería. Hay unos niños huérfanos que me hacen los mandados y...

–Ohh!

–Son buenos críos, muy trabajadores, disculpe usted el susto.

–Oh no es molestia, han sido muy ocurrentes, rió el señor. Por cierto, ahora que ha mencionado a los chiquillos, tengo la intención de llevarme a mi regreso a un muchacho que me sirva como criado. He escuchado precisamente que los jóvenes de por aquí suelen ser muy nobles y entregados a sus labores, además de tener una férrea salud, algo que por allí es raro encontrar. Si usted conociera a algún muchacho dispuesto a ser mi mayordomo en un futuro..., quizá alguno de esos chiquillos estaría interesado..., no sé, pregúnteles y ya me dará razón.

En esto quedó la conversación de ambos mientras caminaban de nuevo hacia el interior del taller. Tras la tapia del patio los niños los vieron entrar y saltaron para llevarse a su perro.

Al día siguiente el pintor hizo la proposición a su trío de ayudantes. Les dijo que el señor don Nicolás de Omazur requería para cuando regresara a su tierra un lacayo, y que si bien sabía que ellos querían marchar para las américas..., bueno, Flandes tampoco estaría mal. El Cata y Juan quedaron verdaderamente atónitos mientras que el pequeño Pepín no entendió muy bien la cosa. Don Bartolomé les dijo que tenían que pensarlo pronto, pues el señor quería incorporar al muchacho lo antes posible junto a sus otros criados y partir en cuanto zarpara el primer barco. Sus finanzas aquí ya habían terminado. Ante la noticia, el artista advirtió sus caras de asombro. Sabía que sería un asunto espinoso entre ellos.

–Bueno, sólo espero que demostréis que sois ya unos hombrecitos y no os vayáis a pelear. Venid cuanto antes con la decisión. Ahora dejadme que termine el retrato.

Se fueron los chiquillos algo cabizbajos para su cabaña. Ni Juan ni “el Cata” cruzaron palabra alguna durante el camino. Tras ellos, el incomprendido Pepín jugueteaba con el perro. Al llegar al jacal “el Cata” sentenció a Juan que sería él

quien se iría a Flandes, pues lógicamente era el mayor y seguro que él no querría dejar solo a su hermano. Por su parte Juan le dijo que eso no era justo, que deberían arreglarlo de otro modo. Don Bartolomé, que había seguido a los muchachos por no quedarse tranquilo, escuchaba la conversación desde fuera.



Esta vez amanecía sobre el Guadalquivir. Los bancos de niebla que parecían ocultarlo todo empezaban a dispersarse con la luz, que bañaba toda la ribera de una imponente vida. El rocío se deslizaba sobre la vegetación y la humedad parecía querer luchar contra su siempre victorioso contrincante: el sol. Tras la alameda se erguía la inocua morada de nuestros protagonistas, esta vez más solitaria que nunca. La actividad era grande en el puerto, un ir y venir de gente lo inundaba todo. El ajetreo de comerciantes y marineros se mezclaba con la actividad usual de cualquier mañana para arrieros y campesinos.

Entre el gentío, un buen número de mozos entraban en los buques los cargamentos. En estas se hallaba Juan, atareado en la ayuda de portar pesados bultos y arcones. Su barco zarpaba de un momento a otro, era cuestión de minutos. Quizás en Flandes encontraría su ansiado sueño de hacerse rico, pero allí dejaba un montón de aventuras vividas con su inseparable amigo y con su hermano. En estos pensamientos y reflexiones pasó Juan el dilatado trayecto hacia los Países Bajos, unos días en los que por otra parte apenas si tuvo tiempo para pensar, pues los demás lacayos lo aleccionaban sin cesar corrigiéndole todo tipo de modales y enseñándole cuales serían sus cometidos al llegar a la mansión.

Al desembarcar en Flandes quedó Juan muy sorprendido de lo distinto que era todo, en especial el clima. Aún así no tenía queja alguna del trato, pues incluso le habían dicho que el mismo señor don Nicolás se había interesado en cómo había

estado durante el trayecto. En esa primera noche en aquella gran casa de tejados puntiagudos, en la fría prueba de la soledad, el chiquillo no conciliaba el sueño. A esto contribuía especialmente el jaleo que provenía de los salones de abajo. El ambiente festivo de recibimiento al patrón parecía llenar toda la casa. Aturdido y desvelado no tuvo Juan otra cosa que hacer que salir de su lecho para curiosear un poco. Bajó por las escaleras del servicio y tanteó por varios pasillos de aquel inmenso palacio que acababa de conocer. De repente, se halló ante un corredor oscuro y angosto que le recordó al que existía en la casa de don Bartolomé. Al fondo escuchaba el ruido de la recepción que se estaba celebrando en honor a la llegada del señor de Omazur. Avanzó poco a poco y llegó hasta un rellano que estaba justo al lado del salón donde se servía la cena. Su congoja llegó al toparse con una cortina de terciopelo similar a la que les servía de escondite en casa del pintor. Se ocultó como entonces tras los pliegues de la tela y asomó la cabeza para ver el ambiente del salón. Todas las personas del festejo se encontraban alabando el magnífico retrato que el señor había traído de Sevilla. De repente, un mayordomo interrumpió el visionado del lienzo y entró en la estancia portando una especie de tablero.

– Señor, se me olvidó decirle a usted que el pintor me dio para vos este cuadro como presente por su bondad al hacerle el pago por el retrato. Con todo el trastorno del viaje no me acordé durante los días en que navegamos, discúlpeme.

–Pierda cuidado. Ahora mismo lo veremos.

Tras el cortinón el pequeño Juan observaba el acontecimiento con sorpresa, ¿qué cuadro le habría regalado don Bartolomé al rico caballero? Pronto los criados quitaron del caballete el retrato de su señor y colocaron el otro lienzo. Lo desarrollaron con mucho cuidado y la sala entera rió al unísono. Se trataba de un lienzo costumbrista, una escena muy española cuyos protagonistas eran unos pícaros. Para Juan la mofa estaba de más, comprendió enseguida el motivo representado por el pintor. Se trataba del momento en que él junto a “el Cata” había apostado jugarse a los dados el dilema de quién de los dos se iría a Flandes. Don Bartolomé, que había seguido a los chiquillos aquella crucial noche, se había entretenido en conservar en su memoria todos los detalles del juego para luego

pintarlos. En el centro del lienzo dos ensimismados mozuelos juegan concentrados a los dados mientras otro más pequeño, que era su hermano Pepín, mira algo melancólico al espectador, consciente de que si Juan ganaba el juego ya nunca más lo volvería a ver. Incluso había representado don Bartolomé al perro junto al pequeñín y al fondo el viejo jacal envuelto en zarzas.

Oculto entre el terciopelo y arropado entre las ricas borlas del filo de la cortina, Juan recordó a su hermano. Vio pasar por su mente aquella decisiva partida a los dados en la que se jugó su futuro. Y vio el río, el taller lleno de pinturas, el regador de latón, el olor a azahar, las tardes llenas de aventuras, el perro junto a él, las monjas que cuidarían del Pepín, el cuerpo desnudo de la modelo del pintor, la cabaña, la pelea con “el Cata” tras vencer la partida.... Y sobre todo vio su sueño de ser rico, algo de lo que ahora no estaba tan seguro, al juzgar por lo vidriado de sus ojos. Mientras, en el ostentoso salón, todos admiraban la belleza del lienzo que ya habían bautizado como “Juego de dados”, del genial Bartolomé Esteban Murillo.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **ROCIO MARTÍNEZ FERNÁNDEZ**

Título: El violín

Centro educativo: Facultad de Derecho. UNIVERSIDAD DE MURCIA.

## El violín

Mi madre me dijo una vez que cuando estuvo embarazada de mí, fue la época que más tocó el violín de toda su vida. Ni siquiera cuando era niña y tenía que ensayar mucho, lo había tocado tantas horas. Pasaba el tiempo en la mecedora de su habitación, tocando piezas de Paganini, Vivaldi, Mozart, Bach, Mendelsohn, bandas sonoras de películas, y toda partitura para violín que encontraba por casa. Los abuelos se enfadaban bastante con ella por el ruido constante. Pero mi madre me contó que mientras tocaba el violín, era cuando más tranquilo estaba yo. En las noches, cuando reinaba el silencio en la casa de los abuelos, estaba inquieto. Pataleaba y mi madre dice que casi podía oírme llorar. Ella nunca podía dormir, incómoda por sentirme moviéndome constantemente. No obstante, era feliz por ello. Mi madre quería que la música del violín me penetrara el alma y el cuerpo desde pequeño, para que ella pudiera quererme como quería a su instrumento, y para no acordarse de que yo era el resultado de algo que le dolía.

Cuando yo nací, la abuela tenía 39 años y el abuelo 41. Todavía vivían en la casa del pueblo. Al nacer yo sacaron del garaje de la Bisabuela la cuna que habían usado para mi madre hace pocos años.

Mamá pasaba el día entero con el violín, encerrada en casa conmigo. Papá se marchó al saber que yo existía. El abuelo lo buscó con su escopeta de caza por el pueblo. Pero para cuando el abuelo se enteró de mi existencia, hacía semanas que

papá se había ido para siempre. El abuelo odiaba, y supongo que aún odia, a papá. Ese hombre había hecho de su hija un despojo. Ella, que tenía un futuro por delante, que podía haber conseguido cualquier cosa. Ahora tenía una garrapata en las entrañas. Un ser pequeño pero poderoso, capaz de romper los pactos más profundos y las promesas más imposibles.

No sé si papá alguna vez quiso a mamá. Él era mayor y escapó del municipio empujado por mi noticia. De repente, todo el mundo sabía que yo estaba ahí oculto en la barriga de mamá, aunque nadie podía verme. Hablaban de ella como la niña cuya existencia se había descarriado por culpa de un artista sin oficio ni beneficio, que de todos modos no iba a conseguir nada en la vida. Lo decían de forma ofensiva, con la cara retorcida en una mueca. Todos hacían la misma mueca, seguro.

Aunque nadie se alegraba de que yo existiera, yo tenía que alegrarme de estar en el mundo, aunque aún no sé muy bien porqué. Mamá no se hubiera enamorado de papá si no hubiese sido artista. Ella también lo era, antes de mí, cuando su vida era sencilla por fuera y enmarañada por dentro. Ella intentaba desenredarse peinando las cuerdas del violín con el arco, por si de ese modo sus laberintos se convertían también en caminos rectos y fáciles de recorrer. Me acuerdo de las notas del violín. Nunca he estado tan unido a ella, ni siquiera ahora. Recuerdo que hacían reverberar todo mi pequeño ser cuando vivía en la profundidad de su cuerpo adolescente.

Papá era pintor. Me lo contó la abuela, aunque mamá había prohibido hablarme de mi padre a todo el mundo. El día que mi padre la abandonó se propuso firmemente eliminarlo de su vida, como si no hubiera existido. Sin embargo, ahí estuve yo desde el principio, rabiando en su vientre para recordarle que algo sí había ocurrido aquella noche. Debió ser duro para ella estar sola tanto tiempo, sin que nadie comprendiera su dolor, abrazada a mí a través de la piel estirada de su barriga. Los abuelos no le hablaron en meses. En realidad, no le hablaron hasta que nació yo.

Y nació chillando, como si quisiera hacer el gemido del violín, me dice siempre mi madre. Mi abuelo fue la primera persona que me cogió en brazos. Creo recordar que su cara fue de desconcierto y asombro. Me giró para que me viera mi abuela, y ella puso la misma cara extrañada. Los dos empezaron a sollozar, un llanto pesado y

apacible. Vi como las lágrimas se escurrían por su cara. Mi madre estaba detrás, postrada en la cama, exigiendo ver al bebé al que tanto le había costado convertir en sólo suyo. Cuando me vio, se desmayó. La sala se convirtió entonces en un torbellino de médicos y enfermeras. Mientras tanto, mi abuelo me sujetaba en sus brazos, apretujado contra su pecho aunque le estuviera manchando de sangre esa camisa de cuadros tipo mantel de cocina que aún conserva. Ambos mirábamos la escena boquiabiertos. Yo estaba en silencio observando. El abuelo me acariciaba suavemente, mientras lloraba.

Cuando mis abuelos me explicaron el prodigioso parecido que tengo con mi padre, entendí mejor porqué cuando mi madre me vio por primera vez, perdió el conocimiento. Dejé de sentirme mal. Durante muchos años estuve pensando que había algo realmente vergonzoso u horrible en mí que hizo que mi madre al verme se hubiera asustado y que nunca me hubiera querido.

Cuando nací, mi madre dejó de tocar el violín. No volvió a tocarlo en muchos años. Empezó a decir que la música era algo estúpido en lo que ocuparse, algo efímero que le recordaba a esos amores de quimera que se suelen padecer en la juventud. A veces ni siquiera alcanzas a recordar como era la melodía.

Los primeros días después de nacer lloraba constantemente. No dormía y comía mal. Mis abuelos estaban muy preocupados y me llevaron a varios médicos, incluso fueron a la ciudad. Pero lo único que me pasaba era que añoraba oír el sonido lloroso del violín. Siempre lo he extrañado. Siendo ya niño, cuando mi abuela venía a darme las buenas noches, muchas veces me agarraba a su blusa y le increpaba, gritando a pleno pulmón y lleno de una rabia incontrolable, para que mamá tocara el violín otra vez. No podía dormirme de otra manera. Seguía echándolo de menos. Echaba de menos a esa madre que me cantaba con amor con su mágico instrumento a través de la piel de tambor que nos separaba. Cuando me ponía así, mi abuela me abrazaba y empezaba a llorar. Por mí, por su hija, y por la vida en general.

Para solucionar el problema del sueño, mi abuela me compró un walkman y cintas de música de violín. Por primera vez en mi vida pude dormir mientras era de

noche. No era lo mismo que sentir el amor de mi madre, pero me recordaba a él. Todo había empeorado desde que yo había nacido. Estando dentro de mamá, la vida era caliente, placentera, y estaba llena de una melancólica melodía. A mi madre se le hizo imposible convertirme en su hijo a través de la música, por mucho que lo intentó. Yo siempre iba a ser el hijo del hombre que la había abandonado. Me hablaba poco, había días que incluso no me decía nada, y no se acercaba a mí más que para lo necesario. Se rindió a su fracaso. Yo era igual que Él. Quería olvidar que yo era su hijo. Creo que incluso quería olvidar quién era ella. Dedicaba los días a labores silenciosas. Ayudaba a la abuela en casa y leía muchos libros. No trabajaba, y tampoco parecía que tuviera intención de marcharse conmigo de aquella casa. De todos modos, ella no quería que fuera su hijo, y hacía como si no lo fuera.

Por las noches, su habitación siempre tenía la luz encendida y la ventana abierta, fuera verano o invierno. Yo a veces me asomaba para ver lo que hacía, y siempre estaba leyendo. Me sigo preguntando si dormía en algún momento, o su trágica vida la tenía desvelada. Porque también recuerdo que, aunque durante el día casi siempre me ignoraba, muchas noches, cuando pensaba que yo soñaba, se tendía a mi lado en la cama y me abrazaba. Cuando estaba enfermo, me calmaba el simple hecho de que ella viniese a abrazarme. Mi madre siempre desaparecía al poco rato, y la luz de su habitación se volvía a encender. Al día siguiente, todo volvía a ser como si viviéramos en mundos diferentes, y yo no fuera su hijo, ni ella mi madre. Pero durante unos minutos cada noche, volvía a sentir que tenía un lugar en el mundo, en sus brazos.

Cuando tenía 16 años tuve una pelea muy fuerte con mis abuelos. En medio de la riña, y con la voz llena de odio, mi madre dijo que todos eran muy felices hasta que llegué yo. Los tres nos quedamos petrificados. El abuelo, reaccionó unos segundos más tarde. Le dio una bofetada, y mamá cayó sentada en la mecedora. Fue la primera vez que la vi llorar. Como si la realidad la hubiera golpeado, y no mi abuelo con un gesto avergonzado en su cara.

- ¿Por qué os tendréis que parecer tanto...?

No volví a hablarle después de que aquellas palabras de hiel se hubieran reproducido en mis tímpanos. Hablé con mi abuelo para pedirle que me autorizara a solicitar una beca para poder ir a la universidad el año siguiente. El abuelo se negaba, pero le rogué durante semanas poder irme de casa. Al final, cedió. Mi madre no dijo nada. La abuela lloró desconsolada mientras me hacía la maleta, metiéndome toda la ropa, de invierno y de verano, por si en Sevilla hacía calor, los calcetines, la muda, la Polaroid para que les pudiera mandar fotos de la ciudad, escapularios de la Virgen del Rosario, un paquete de puritos para el director del colegio mayor, y un montón de cosas que al principio me parecieron inútiles y al final necesité.

Pasé muchas horas en el autobús, en un viaje que nunca acababa, pero al final llegué a Sevilla. El sol me despertó al llegar a la estación. Hacía tanto calor que no podía respirar. Cuando llegué a aquel Colegio Mayor que mis buenas calificaciones habían pagado, me acosté en la cama a descansar mis pulmones llenos de aire hirviente.

Horas más tarde miré por la ventana y el mundo me pareció luminoso entonces. Más de lo que me lo había parecido en toda mi vida.

Las muchachas, morenas a golpe de sol y tinto de verano, deambulaban con sus abanicos por los parques, despreocupadas, con helados, y hablando de nada, lo que es la vida en definitiva. Cuando empecé a vivir allí mis notas bajaron un poco. Todo lo que había sido mi mundo se derrumbó y volvió a cimentarse en aquella ciudad colorida y ruidosa.



Empecé a escribir sentado en el parque que había en frente del Colegio Mayor. Escribía sobre cualquier cosa que veía. Lo que se me pasaba por la cabeza: la joven de la que me enamoré, los amigos que había encontrado, la luz expansiva de la ciudad, la quieta brisa de la mañana... En ocasiones releía lo que acababa de escribir y no tenía ningún sentido. Muchas veces la realidad tampoco tenía sentido.

No sé si lo de ser artista es algo hereditario. Es posible que no tenga nada que ver con la genética, pero sí tiene que ver con quienes sean tus padres y con lo que has vivido desde que empiezas a existir. Lo que yo viví, y también lo que ellos vivieron, nos dio ese aire de nostalgia, esa necesidad de evocar. Un sentimiento de soledad imprescindible. La exigencia de volcar el ser en algo que se pueda quedar en el mundo cuando nos vayamos.

Papá pintaba la vida, y mamá con su violín también, en canciones que en mi memoria son como acuarelas de un sinnúmero de colores, que me describían el mundo tal como ella lo veía por sus ojos, para que yo lo viera desde dentro. La época luminosa que viví en Sevilla me recuerda esas pinceladas que mi madre me dio sobre el mundo cuando apenas había comenzado a existir. Quizá mamá antes de que yo naciera también veía el mundo así. Estando dentro de ella, la abrazaba muy fuerte desde adentro para que no perdiera la inocencia por mi culpa, pero las lágrimas le borraron los colores, los lavaron de su cabeza.

Echaba de menos tantas cosas mientras estaba allí, que no sabía si seguía estando en Sevilla o columpiándome hacia la casa de mis abuelos, intentando tocar a mi madre, descolorida y apática, que leía en la cama. Me acostaba en la cama en posición fetal e imaginaba que estaba de nuevo unido a ella. Últimamente lo que escribía me parecía vacío, como lo estaba mi cuerpo. Mi alma había volado de allí.

Mi abuela me mandaba cartas periódicamente. Me contaba cosas del pueblo, de cómo iba el trabajo, me preguntaba sobre la comida, que si estaba delgado, que tenía que comer, que saliera a que me diera el sol en esa ciudad tan bonita, que estudiara, y que me echara una novia andaluza y guapa. Las cartas eran algo inútil aunque romántico según mi abuelo, porque de todos modos hablaba con el abuelo y con la abuela por teléfono una vez a la semana.

Una vez, cuando me llamaron, encontré a la abuela algo compungida. Le insistí en que me contara lo que pasaba. Entre pequeños sollozos me contó que mi madre estaba ingresada en el hospital.

Pocos días después hice la maleta. Pedí un permiso al director del colegio mayor, y al decano de mi facultad. Tenía que ir a casa.

Cuando regresé, mamá ya había recibido el alta hospitalaria y estaba en casa, acostada en su cama, extenuada. Había contraído una pulmonía. Desde ese día, la abuela no la volvió a dejar abrir la ventana de su habitación por la noche. Si acaso, la podía abrir por la mañana, para ventilar la habitación. En ese momento me di cuenta de que para mis abuelos, mi madre seguía siendo una niña. Sí, una niña de 34 años. Incluso a mí me trataban de modo más adulto que a ella.

Subí las escaleras muy despacio, y entré a su habitación. Cuando vi a mi madre acostada en su cama, lánguida y vaporosa como un pez, sentí caer sobre mí la gravedad de todos los años que había pasado sin ser su hijo y sin que ella fuera mi madre. Estaba durmiendo, blanca y dulce, con un libro deslizándose de entre sus manos. Cerré la puerta con cuidado. El violín estaba detrás de ella, metido en su funda polvorienta y ajada.

Me senté en la cama a mirarla. Mamá era, 20 años más tarde, igual que cuando yo acababa de nacer. Tenía la piel nívea y suave. Sin una sola arruga. Como una niña.

Abracé a mi madre mientras dormía, brevemente, como ella lo había hecho cuando yo era un niño, para calmarme cuando estaba enfermo, esperando producirle el mismo efecto.

Los años en Sevilla me habían recalcado su ausencia. Volví a llorar por las noches reclamando su voz de violín en sueños. Mi compañero de habitación tenía que despertarme para que me callara. Mi madre nunca me había vuelto a cantar una nana desde que me escapé nadando de la burbuja de su vientre. Durante el tiempo que viví en Sevilla volví al sistema de los auriculares y el walkman, que había usado siendo muy pequeño.

Mamá abrió los ojos unos minutos más tarde. Yo me había sentado en la mecedora. Ella tenía una expresión aturdida en el rostro. Cuando giró la cabeza y me encontró sentado en la mecedora, dio un salto en la cama.

¡Fausto!

Tenía la voz áspera y casi inaudible.

No mamá. Soy yo.

Se me quedó entonces mirando con los ojos entrecerrados y casi sin parpadear, como si estuviera cerciorándose de que era yo.

Sigo viéndole en ti, después de tantos años.

Mamá empezó a llorar. Parecía que cada vez que me dirigía la palabra acababa llorando. Era un llanto agudo y lastimero, un llanto que me recordaba a algo...

Lloras como lo hacía tu violín.

¿Recuerdas el violín?

Mi madre estaba perpleja. Asentí. Cerró los ojos y su semblante estaba lleno de paz.

Intenté que fueras mi hijo, sólo mío, a través de él. Mientras lo tocaba, deseaba muy fuerte que no te parecieras a él. Que no me recordaras ese dolor que aún hoy no puedo olvidar. No me he dado cuenta en tanto tiempo de que siempre has sido mi hijo.

En ese momento, el que tenía un nudo en la garganta era yo.

¿Me traes el violín?

Me levanté con el alma ligera y el cuerpo pesado a coger el artefacto que nos unía inexorablemente, más que la genética y la biología. Cogí la pesada funda del violín y se la entregué.

Este violín era lo que yo más quería en el mundo. Quería quererte como a él. Pero lo cierto es que siempre te he querido más.

Cuando el arco tocó las cuerdas del violín, no sonó nada. Pero el brazo oscilante de mi madre arrancó del violín desafinado la desidia que se había acumulado en su interior durante todos esos años. La que se había acumulado en nuestras vidas. Empezó a tocar aquella melodía. La misma. Aquella que se había aprendido de memoria y había tocado en la cama por las mañanas para arrullar a su pequeño bebé no nato. Hundí la cabeza en mis manos. Era la primera vez que sentía el amor de mi madre en veinte años. Volví a ser ese feto que ella había alimentado y acunado en el interior de su frágil cuerpo.

Dio una última sacudida al arco y se detuvo.

Perdóname, hijo.

# MODALIDAD D

(profesores en activo)

Primer premio

Autor: **SANTIAGO CASERO GONZÁLEZ**

Título: Vida de silencio

Centro educativo: IES Miguel Cervantes Saavedra. ALCAZAR DE SAN JUAN.

## Vida de silencio

*Alemanes, en vano esperáis ser nación;*

*formaos para ser, en cambio, hombres libres.*

Goethe

Seguro que en la existencia habría otras cosas. A Aníbal, sin embargo, ninguna forma de vida le parecía más deseable que la que incluía el partido del domingo en el estadio. Desde chico había acompañado a su padre a sentir el pulso orgánico que empezaba a cuajarse ya en el veintiuno, el autobús urbano que lo dejaba, tras atravesar la ciudad, apenas a tiro de piedra de lo que todos llamaban sin inmutarse “el coliseo” con esa fruición despreocupada que necesitan las emociones que se hacen costumbre. Su padre, don Santiago, ya murió, y, casi hasta el final, cuando una esclerosis nerviosa, a traición, le postró para siempre junto a una ventana y un canario en la cocina, estuvo asistiendo como a un sacramento no sólo a los partidos de los grandes sino también a las matinales del filial, de donde a menudo regresaba con un pronóstico, hay un volante zurdo que nos hará campeones, seguro, y en el aguanoso invierno del norte invariablemente también con un constipado de pecho. Aníbal había heredado la nitidez insobornable de su juicio y el carné de socio, tan conspicuo sobre el aparador del salón, donde resplandecía los días laborables siempre en el mismo sitio, no fuera a ser que se perdiera sin necesidad.

No fueron siempre, sin embargo, gloriosos los días de militancia, ejercida por su padre ora arrimado a la valla del segundo anfiteatro lateral los domingos, frente a la tribuna donde se presentía la figura oronda del presidente como un muñeco de cera al que se le adivinaba de lejos una respiración afanosa al compás de los avatares del encuentro abajo en el césped, ora en el bar "El chopo", en la industriosa pausa del café, y en el taller mecánico donde trabajaba entre semana: un descenso a segunda en el 97, abismo donde nunca antes se había asomado el equipo en su centenaria historia, y una ridícula leyenda que anunciaba frigoríficos sobre la sagrada elástica de los muchachos habían empujado a su padre hasta el borde de la renuncia, esto ya no es lo que era, sentenciaba, como esto siga así me borro, amenazaba, pero, quién sabe qué nos tiene encerrados en las inercias que son testigo un poco engañoso de que un día fuimos felices de alguna extraña manera, lo cierto es que nunca nada pudo consumir el desapego anunciado por don Santiago salvo la enfermedad y el ocaso. Ley de vida.

Así es como Aníbal había terminado acudiendo religiosamente al estadio, cargando intencional con el peso de una herencia hecha de un depósito de domingos sin más horizontes que los márgenes de tiza de la cancha, sin que ningún acontecimiento de los que en su vida habían ido acumulándose de manera natural conmoviera esa certeza: el noviazgo con Arancha, el matrimonio, los hijos, una migraña insidiosa que, casualidad, le había empezado a atormentar en las plácidas mañanas dominicales, entregadas a la dulce espera del partido y poco más... Nada había jamás alterado en fin la rutina de su sencilla dicha. Respecto a Arancha, dicho sea de paso, si bien ella compartía cierto apego por una afición y un equipo en el que veía plasmados los rasgos de su confusa identidad (Arancha no poseía cien por cien las raíces cantábricas que al parecer nutrían la sangre insurrecta del equipo), había aprendido a guardar una doméstica vigilia que sabía proteger la permanencia de las razones de la felicidad de su marido.

Ese domingo, como tantos, Aníbal subió al veintiuno en la parada de la cercana plaza del Comercio, bajo la marquesina del Capitol. Empujado hasta el fondo del autobús por una marea humana que desprendía ya el asomo de un destilado

corporal en el que se intuían tanto el alcohol como una exaltación muy cercana al arrebató místico, se volvió hacia una amplia ventanilla del vehículo que hacía las veces de salida de emergencia y allí permaneció imaginando las jugadas imposibles de sus ídolos con las que todo devoto sueña con los ojos abiertos. Aunque no era muy tarde, había caído ya la húmeda oscuridad del anochecer septentrional y el calor de los cuerpos dibujaba sombras de vapor sobre los cristales, de manera que el autobús llevaba ya las luces encendidas y a esa hora todas las ventanas son espejos. En el que tenía ante sí entreveía su propia imagen un poco metida en kilos y embutida en la camiseta listada de los suyos, y, a su alrededor, un magma borroso de conmitones que se habían entregado abiertamente al canto y al exabrupto. Tanto valía en ese caso la ponderación de unos éxitos propios que caían más bien en el terreno de la mitología y la hipérbole como la reducción incontestable de los méritos de los demás, incluyendo tanto al equipo de la capital que hoy los visitaba como al club que rivalizaba con ellos en la misma región. Nadie se conocía de verdad en ese cocido de pasiones, todos se aceptaban como afines.

La marcha al principio ufana del vehículo empezó a verse pronto enredada en la densidad del tráfico que anunciaba la proximidad del estadio. Aníbal nunca dejaba de sentir una emoción jubilosa ante la visión del monstruo de cemento que se alzaba junto al río, simultánea con una impresión un poco triste de pequeñez que se apoderaba de él cuando la alzada del estadio lo miraba desde los orificios por los que la construcción respiraba la mezcla de anhelos y temores que se iban mezclando ya en su interior, vamos, vamos, oe, oe, oe..., una sola garganta, compleja, como engrosada de un humor seroso adherido a sus paredes. Igual que habían subido al autobús, bajaron: resueltos, ruidosos, tal que arrastrados por un sino.

Aníbal habría sabido alcanzar con los ojos cerrados el vomitorio por el que siempre accedía a su grada, a su fila y a su asiento, donde tenía la impresión de que hallaba cada vez el molde tibio de su cuerpo. Aunque ya se había acostumbrado a la perspectiva que se extendía ante su mirada ávida, colmada de verde y de apetitos, lo cierto es que ocupaba esa plaza desde hacía sólo un par de temporadas: del asiento en que su padre había gozado y padecido en parecidas proporciones había ido

siendo desplazado, no sabía cómo, hasta encontrarse en una esquina del graderío lindante con uno de los fondos donde se arracimaban los aficionados más vehementes, aquellos con los que el espectador de ocasión experimenta una suerte de sensación oscilante entre la admiración y el rechazo pero que, justo es decirlo, alientan al equipo con la constancia y el arrojo de una falange espartana.

Aún faltaba más de una hora para que el partido diera comienzo y la platea del infierno ya rugía como un solo cuerpo y ondeaba irregular, sobresalían de ese organismo atroz algunos artejos en forma de brazos tatuados, palos de bandera en los que flameaba un trapo, manos retorcidas que se agitaban y hacían pinza sobre presas de aire que la masa engullía como si fueran moscas que han caído en una telaraña... Aníbal se sentía abrigado en los márgenes de ese hálito; oe, oe, oe, el pecho le vibraba como una caja de resonancia; ...etic, ...etic, ...etic, fluía el verso bárbaro culminando en un yambo un poco forzado. Qué felicidad, no habría sabido explicarla, excedía su instrucción. Y el tiempo entretanto pasaba, mero, puro tiempo, lo más parecido a que la dicha se entretuviera a su alrededor: un rumor sordo llenando el graderío; el pasto, con ese olor a tierra húmeda a duras penas escondida bajo la hierba; las expectativas halagüeñas del choque, todas abiertas aún; mero, puro tiempo en suspenso: las gradas pacientes colmándose de los colores que el aficionado, en su número excesivo, portaba consigo: paraguas, chubasqueros, bufandas y elásticas franjirrojas...; tic tac tic tac, las seis menos cuarto, a ver qué nos hacen estos hoy, una voz a su lado, de pronto, me da mucho miedo la banda derecha, no veo fino a Koldo, una voz familiar muy cerca, como si fuera su propia voz, las palabras que él mismo tenía en la cabeza a punto de ser pronunciadas, me da miedo la banda derecha, con ese carrilero brasileño que es un demonio, ahora los llaman así, carrilero, qué hostias, extremo, lateral, lo que quieras, pero ¿carrilero? Ni que fuera un tren... Durante los dos últimos años en que un corrimiento invisible de cuerpos le había enviado al corner, Aníbal había coincidido domingo tras domingo con un individuo del que apenas sabía nada, más bajo que él mismo, aparentemente – sólo lo conocía anhelante y sentado -, tal vez por fornido, un tronco macizo cuyos músculos dorsales lo proyectaban ligeramente hacia delante, como si quisiera patear él mismo un saque de esquina, un individuo algo mayor que él, tal vez; más triste, a

saber de qué pozo bebía esa tristeza, aquí todo es alegría, el zumbido constante de la afición, unas trompetas que ni las de Jericó, cantos, oe oe oe... Había compartido con él regocijo y zozobras y apenas sabía su nombre, Antón, más de una vez se habían abrazado, confortado, claro, claro, claro, esa es la jugada, abriendo a los extremos, abriendo, abriendo, con las manos haciendo aspavientos para exhortar al mediocentro y que abriera a los extremos... Como él, un aficionado solitario, Antón, un destilado de la auténtica afición a la que le sobran las peñas, la cuadrilla estridente que a lo mejor no sabe de fútbol sino los nombres de los jugadores, Pepu, ¡Bieennn!, Kusto, ¡Bieennn!, Zavaleta, ¡Bieennn!, Izaguirre, ¡Bieennn!, Javi Reverte, ¡Bieennn!, Cortina, ¡Bieennn!, Txema Grande...; el aficionado que no precisa de otra certidumbre que su pasión a solas, eventualmente confundida en el éxtasis con todos los demás, gol gol gol, todos los demás emitiendo un estertor ronco durante noventa minutos más los prolegómenos; a Aníbal le agradaba verse como una humilde porción de ese cuerpo hinchado que es la afición, una célula, necesaria, callada, pero en fase de mitosis, ofreciendo ya al tejido de la hinchada otras células nuevas... Sus hijos, sin embargo, no acababan de responder como quisiera y como él mismo respondió cuando le llegó la hora de suceder a su padre en la fidelidad de esos colores: su hijo varón, aún muy niño; apenas había conseguido hacerle balbucear el himno del equipo ante la tele. Aníbal recordaba en medio de esas otras evocaciones más bien parecidas a presentimientos, que esa misma tarde, al despedirse de su mujer y de su hijo, éste, al verle ya envuelto en su camiseta y cubierto con un gorro de lana a juego que le ocultaba el rostro hasta las cejas, se había vuelto contra el pecho de su madre llorando igual que Astianacte, ante su padre Héctor, que, tocado con un yelmo de plumas, marchaba a enfrentarse al cruel Aquiles. En cuanto a su hija, había visitado el estadio poco más de unos meses, ni siquiera una temporada completa, tras la huella del joven y hermoso canterano Xabi López, emblema de una generación emergente que ofrecía la promesa de un éxito que nunca se cumplió: a López le había terminado por quebrar la rodilla un central uruguayo en un campo minado de la Copa y allí acabó la leyenda recién nacida del hermoso Xabi López y con ella su corte de adolescentes que migraron a otras latitudes más nítidas que el fútbol en busca de los significados de que está

necesitada esa edad. “ Estos traen a un francés en la mediapunta que nos va a hacer la puñeta; como no le pongan encima a Ruiz y a otros dos...” De su vecino vislumbraba además una relación un poco gastada, si no abiertamente amarga ya, con su mujer, que, a decir del propio Antón, despreciaba su afición al fútbol y tal vez cualquier otra cosa que tuviera relación con su vida; en cuanto a sus hijos, dejaba entrever de cuando en cuando un problema con las drogas, unas veces en vías de solución, otras enquistado sin remedio: un surco profundo, del color que tiene el agua de un charco, hendía entonces verticalmente su frente desde la raíz del cabello hasta el entrecejo y le cerraba el gesto de esperanza con el que habitualmente se presentaba en el estadio.



Por fin los jugadores se hicieron vivos sobre el terreno de juego para efectuar unos ejercicios de calentamiento que tenían menos de gimnasia que de rito: la afición, entonces, elevaba el nivel de su zarabanda insistente y zumbona y rompía en vítores y silbidos esperanzados que se apaciguaban un tanto cuando el equipo retornaba al

vestuario y se rehacía en forma de reverberación estrepitosa tan pronto como reaparecía de nuevo por el foso ahora en formación castrense, uno tras otro, con un uniforme que daba gusto verlo, tan planchado, y los colores de las rayas tan vivos, como de sangre, y daban saltitos tras una corta carrera hasta el centro del campo, donde se bifurcaban alrededor del círculo central y desde allí saludaban al público, que decían respetable; y tras ellos, el equipo contrario, haciendo una maniobra semejante pero acomplexada, los brazos al aire simulando un aplauso tímido y furtivo, bajo una tormenta de silbidos como alacranes. Algunos de los jugadores del equipo de Aníbal, a medida que iban apareciendo sonrientes en los marcadores del estadio, eran recibidos con una ovación mayor, cargada de sentidos: eran aquellos más jóvenes que, recién ascendidos del equipo filial, no sólo encajaban en el molde

que la afición traía idealmente forjado de los héroes que los representarían como muchedumbre heterogénea, sino que parecían prometer, si bien incierta y vagamente, el sudor y la gloria. A estos muchachos los llamaban “cachorros”, como si mamaran aún; a Aníbal le satisfacía más la imagen del equipo como un haya vieja de la que en septiembre, con el inicio de la temporada, brotaban los retoños. Y, con las mismas, los veteranos equivaldrían a esas hojas exangües del árbol que, pendientes sólo de un pedúnculo que las une precariamente a la rama, están a expensas de un golpe de viento que las haga caer para siempre. Era el caso del mencionado Koldo, que de centrocampista fajador había devenido central y, si su póstuma vanidad le seguía engañando, acabaría refugiado bajo el palo del larguero. A Aníbal le recordaba la figura del rey del ajedrez cuando se enroca y se encierra atrás, entre piezas más ágiles por encima de las cuales, en cambio, asoma un palmo su cabeza.

Ya va a empezar, dijo inesperadamente Antón, transido de una exaltación de pronto común a tantos, con el timbre de voz una octava por debajo de lo deseable, como si se ahogara en sus propios sentimientos. El corazón de Aníbal se había en cambio deshabitado de las primeras emociones, siempre le pasaba unos instantes antes del comienzo del partido; la espera lo colmaba de dicha pero también lo tranquilizaba, preparaba a su espíritu para turbaciones de orden diferente, sabía trazar una raya entre la vigilia y el propio partido sin dejar de sentirse implicado. Vio entonces al árbitro, en quien nadie reparaba nunca hasta que cobraba la primera falta en contra, dirigirse con el balón bajo el brazo al centro del campo y depositarlo allí. Ya habían tenido lugar la rutina del sorteo de la parcela del terreno, los saludos, las fotos de los capitanes y el trío arbitral que nadie sabe nunca para qué se hacen, a dónde van a parar ni quién las mira; todo estaba en fin preparado para que el partido empezara cuando desde la megafonía del estadio se reclamó de repente un minuto de silencio, que a causa del griterío sostenido y de la ineficacia de la propia megafonía Aníbal no fue capaz de acabar de entender a quién iba dirigido, aunque supuso que sería a una vieja gloria del equipo sepultada ya por el olvido de las generaciones nuevas: sólo vio al público ante sí ponerse cansinamente en pie y dejar al instante de agitar sus banderas y bufandas, y a los futbolistas detenerse alrededor

del círculo de yeso del centro del campo y comprendió que debía hacer lo mismo, fuese quien fuese el interfecto.

No habían pasado sin embargo unos segundos de la señal que ponía a rodar marcha atrás el reloj en el instante en que, a su lado, un coro desabrido de unas miles de gargantas rompió el extraño mutismo en que había quedado sumida la olla del estadio: gritaban consignas obviamente contrarias a ese homenaje y al propio difunto. Presos a la calle, le parecía que decían; Sebastián, devuelve la bala, creyó entender Aníbal; y así, entendiendo, acabó de saber que el muerto a quien se trataba de evocar era un asesinado por ciertos patriotas y convecinos del muerto y del propio Aníbal, algunos de los cuales, incomprensiblemente, el domingo venían al fútbol y sentían, al parecer, lo que Aníbal sentía. El resto de la gente del estadio, que había permanecido guardando el respeto solicitado, empezó entonces a silbar y a agitar las manos desde lejos en dirección a los espectadores del fondo que habían roto el silencio. Éstos, inmovibles, continuaban con una letanía que a Aníbal le recordaba a alguien que gritara desde dentro de un saco de cemento, independencia, independencia, creía oír en sordina pese a que los que tronaban lo hacían a escasos metros de él. La cabeza le daba vueltas, se sentía confuso, era un niño con fiebre. No sabía a quién mirar, qué hacer: el minuto de silencio se había convertido en una eternidad, igual que si lo midiera un reloj de arena con los granos mojados. Le dio entonces por pensar en sí mismo como en el asesinado, se vio tendido en la calle con un agujero en la cabeza de donde manaba un líquido oscuro y pegajoso; se acordó, no supo por qué, de su padre. Miró al anfiteatro desde donde don Santiago contemplaba el partido y lo vio allí sentado. Le sonreía y le saludaba afectuosamente con la mano. Aníbal le devolvió el saludo y miró luego a los jóvenes que seguían coreando vilezas a las que extrañamente no les faltaba poesía; a veces pasa, pensó, a veces el arte es como una pistola, y la música, los libros...; hasta el fútbol puede ser un pudridero de emociones si cae en manos de imbéciles, de canallas. Aníbal notaba que el cuerpo no le respondía, experimentaba involuntarios visajes en su rostro, en sus labios; volvió a mirar a su padre, pero ya no estaba. Entonces, se giró lentamente en dirección a la multitud enviscada que tenía a su derecha y comenzó a silbar mirándolos directamente a los ojos, a todos los que pudo

mirar, sus propios ojos buscaban la mirada de los jóvenes y saltaban de un rostro a otro, los tenía muy próximos pero sus labios y su mirada no podían dejar de ponerse en evidencia, no respondían a la jerarquía de la inteligencia y la prudencia. De la grada de alborotadores comenzaron enseguida a desviarse hacia él miradas peores, ya no indiferentes, ahora cargadas de significados que Aníbal comprendía bien, que todo el mundo que vivía en esa ciudad comprendía bien, de manera que, con una parsimonia que juzgó póstuma, se ajustó el gorro de lana, recogió una bolsa de plástico a sus pies donde llevaba un bocadillo y un plátano y comenzó a subir la escalera en dirección al vomitorio de salida, dejando el agitado océano de la muchachada airada a su izquierda; perro, lo vas a pagar, le gritaban mientras subía la escalera de piedra como si subiera por la ladera de un volcán en erupción, estás muerto, el próximo eres tú; comenzaba a llover, la lluvia fina del cantábrico que atraviesa la piel como un cuchillo; Aníbal se detuvo entonces en mitad del trayecto de ascenso, le parecía que la piedra de la escalera era de cemento fresco pero era el peso de sus propias piernas, se volvió y echó un último vistazo a su asiento: estaba muy vacío, vacío para siempre. A su lado, Antón miraba obstinadamente hacía el césped con el cuerpo rígido. Aníbal llegó al fin a lo alto de la escalera y entró en las tripas del estadio buscando la salida. Desde allí oyó cómo el silbido del árbitro ponía fin al minuto de silencio.

VII edición, 2008

# MODALIDAD A

(hasta 16 años)

Primer Premio

Autora: **SOFÍA SARSA GIL**

Título: Génesis

Centro educativo: MM Escolapias Calasanz. ZARAGOZA

## Génesis

Hay veces en que la cordura puede verse seriamente cuestionada por culpa de una existencia aparentemente insignificante. Hay veces en las que un amor imposible puede conducir lentamente al olvido.

El segundo no es mi caso.

¿Quién soy? Depende de a quién le pregunte usted. Para algunos loco, otros dicen perdido; alienado, aseguran. A pesar de tan duras críticas, ustedes, si crédulos, pueden considerarme un visionario, un viajero conquistador de nuevos universos dentro del suyo propio. Un soñador enamorado.

Supongo que nada hubiera ocurrido si la repentina muerte de mi padre no me hubiera dejado a mí al frente de toda la economía familiar. "Serás como tu padre, estudiarás Química"- decía mi madre. Pero lo cierto es que en aquellas circunstancias, el costearme yo solo la Universidad sin ayuda de papá era casi imposible.

Busqué un empleo de esos que ahora ya no quedan, de esos que por aquel entonces la brisa marina traía a la costa para disfrute de sus trabajadores. Era buscador de perlas.

Me levantaba temprano, todavía de noche y, antes de entrar en la Universidad, buceaba por el arrecife hasta que amanecía. Ese era todo mi trabajo. Las perlas eran

vendidas en mercados clandestinos al atardecer, y yo recibía una buena parte del beneficio.

Aquella mañana el mar estaba revuelto. Con gran esfuerzo pude conseguir una pequeña perla, por la que no esperaba recibir grandes beneficios. La llevé al taller. El joyero la examinó con detenimiento, la pesó y la depositó de nuevo en mis manos.

- No me sirve. No es una perla limpia. Es más, dudo que sea verdadera.

Estuve a punto de lanzarla de nuevo al mar, cuando, observándola, advertí un pequeño punto oscuro en su interior. La llevé a casa y la miré con detenimiento bajo el microscopio de mi padre. Raspé la superficie de la perla para un mejor acceso al pequeño punto. Usando el mínimo de aumentos conseguí distinguir diferentes elementos en su interior. Pequeñas esferas en tonos marrones y negros, cubiertas de denso polvo gris. Me acerqué más a ellas. Las observé una a una en busca de detalles que me permitieran saber sobre su naturaleza, hasta detenerme en una de ellas, que, aunque no pudiera albergar vida, estaba llena de volcanes activos que lanzaban grandes nubes de humo negro. Aumenté de nuevo mi visión de la pequeña esfera.

La oscuridad absoluta que reinaba en mi pequeño universo destruía mis esperanzas de encontrar vida. Pero aún así decidí, al igual que en mi universo, que las pequeñas esferas se llamarían planetas. Me centré en aquel que más activo me había parecido, lleno de volcanes y densos gases.

Al cabo de una semana, pude observar como mi pequeño planeta se iba tornando azul cielo. Seguía existiendo una densa nube de polvo y gas sobre él, pero quedé asombrado y entusiasmado ante la posibilidad de que mis anhelos quizá fueran factibles.

A los quince días aumenté las lentes del microscopio y, para mi sorpresa, descubrí pequeños cúmulos de vida verde sobre la superficie del planeta. Me acerqué más a ellos y comprobé que realmente eran plantas. Surgían por toda la superficie, ahora inundada de líquido y libre de gases tóxicos. Seguí observando.

Escondidos entre las ramas de los árboles, encontré, asombrado, pequeños pajarillos que se alimentaban de los frutos. No podía creer lo que veía. El pequeño mundo podía ser perfectamente una réplica del mío propio. Sólo faltaba una cosa...

La encontré tras varias semanas estudiando la evolución del planeta. Eran diminutos, primitivos, pero inteligentes. De día caminaban por vastas praderas verdes en busca de alimento, pero por la noche se refugiaban en sus cuevas, protegidos de las bestias salvajes.

Yo me dedicaba a mirarlos, asombrado de su rápida evolución. Era como ver el pasado de mi civilización, pero a un ritmo vertiginoso.

En verdad, observarlos era fácil. Ellos sabían que no era mi imaginación la que me estaba jugando una mala pasada. Sólo ellos sabían comprender, aún sin conocerme, cómo me sentía; ignorado, desapercibido, loco.

Pero llegar a comunicarme con ellos era algo que superaba mis expectativas. No podía hablarles, un solo ruido podía matarlos si comparaba su tamaño con el mío. Tampoco podía cogerlos, no existía instrumento lo suficientemente fino como para no dañarlos.



Autor: José Miguel Hernández Albuquerque

Pasé semanas discurriendo sobre cómo diseñar un artilugio que me permitiera conocerlos más a fondo. ¿Cómo podía mandarles señales? Entonces observé sus noches, sumidas en la más profunda oscuridad. Tenían miedo. Quizás yo pudiera...

Pasé semanas intentando hacer algo. Veía los demás planetas y yo también sentía miedo imaginándome el penumbroso silencio que debía reinar allí. Decidí, con sumo

cuidado y finísimos instrumentos que mi padre dejó, pintar de colores el resto de planetas. Naranjas, marrones, rojos apasionados. Pero faltaba luz.

Los pequeños habitantes del planeta habían aprendido que, si no miraban al cielo nocturno, no tenían miedo. Me dí cuenta que la mejor señal que podía hacerles era demostrarles que algo fuera de la superficie velaba por ellos.

Abrí la vieja caja de madera de papá y, con sumo cuidado, extraje un frasquito de cristal que contenía polvo de plata. Decoré muchas pequeñas esferas con él, y esparcí el polvo sobrante formando bellos remolinos plateados. El cielo del planeta quedó salpicado de refulgentes puntos color plata, que acabaron con la soledad de sus habitantes.

Albergaba la esperanza de que alguien se percatara de mi obra. Al fin y al cabo, una de mis pretensiones era comunicarme con ellos y darles a conocer mi existencia. Por suerte, se dieron cuenta. Los niños estiraban la mano intentando tocar los pequeños puntos que adornaban el cielo.

Tras un mes de investigación, la pequeña civilización seguía evolucionando a un ritmo vertiginoso. Sus habitantes aprendían, inventaban, construían. Habían creado grandes ciudades y la población había aumentado considerablemente desde que la descubrí.

En el pequeño planeta los años pasaban en cuestión de horas, un milenio era apenas medio día en mi realidad. Eran débiles, diminutos e indefensos, pero parecían felices. Al igual que yo lo había sido antes de descubrir la perla.

Un día encontré una isla verde. En ella, unas diez personas que parecían aisladas del resto del mundo. No tenían grandes edificios y usaban instrumentos muy rudimentarios. Eran todos ellos hermosos. Tenían los ojos grandes, negros como el ébano. Sus cabellos eran oscuros, y su piel dorada y brillante. Apenas llevaban unas ropas que les cubrían, aunque el cálido clima de la isla les hubiera permitido no llevarlas.

La población de la isla iba creciendo cada día. Los niños pequeños jugueteaban en la verde orilla del río, los mayores pescaban en barcas hechas de caña. Mientras, un grupo de mujeres tejía a la sombra del bosque.

Ese día me sentí feliz por verlos a ellos. Pinté varias estrellas más en el firmamento, una por cada uno de los niños que me habían hecho sonreír con su mirada. Aunque era un poco triste verlos mirar al cielo y saber que no me miraban a mí.

Me fijé en una de las jóvenes que se bañaba en la playa. Llevaba varios días observándola. Ella era diferente a los demás. Era igualmente morena, pero sus ojos tenían un color violeta extrañamente bello. El cabello, largo y rizado, caía sutilmente sobre sus hombros. Tendría unos veinte años.

Le encantaba mirar el cielo. Era como si pudiera sentir su extraña mirada en mis ojos. Pero nuevamente era frustrante sentir que no me miraba a mí. Le encantaban las estrellas, la Luna, el azul nocturno.

Dejé de ocuparme de mi vida. Pasaba las horas contemplando la perla bajo mi microscopio. Ya no recibía visitas de nadie. Mi madre, rota de dolor tras contemplar mi locura, se había ido a vivir con mi hermana. La única persona que tenía era la joven de la isla, aunque no pudiera comunicarme con ella. ¿O quizás sí podía?

No sé cómo no se me había ocurrido antes. Si podía controlarlos, observarlos e incluso destruirlos, ¿por qué no iba a poder comunicarme con ellos? Con mucha paciencia y buen pulso, cincelé sencillas formas sobre el firmamento, alineando las estrellas y el polvo plateado. Creé figuras de animales, sentimientos, cosas que les eran familiares. La joven de la isla los contemplaba extrañada y fascinada. Ella me comprendía.

Cada noche añadía una nueva obra de arte al cielo nocturno. A veces para todos, a veces sólo para ella. Me escuchaba. Sabía que existía. Me quería.

Conforme iban pasando los días, sentía cada vez más que podía hablar con ella. Su curiosidad parecía buscar más allá de las estrellas, intentando encontrar mi rostro en el cielo. Reía cuando contemplaba mis dibujos estelares, me lanzaba sonrisas

tímidas cuando descubría un corazón escondido entre las nubes, porque sabía que era sólo para ella.

Ella ya no era tan joven como antes. Cada día que pasaba, las líneas que surcaban su frente se hacían notar más. Su cabello comenzaba a tornarse plateado y su piel se oscurecía. Pero aún podía contemplar el brillo violeta de sus ojos, como el primer día que posé mi mirada en ellos. Aún podía mirarlos, y en ellos contemplar mi propio reflejo.

Sabía que le quedaba poco. Llegado el momento, se tumbó en el lecho de arena y miró el cielo estrellado. Yo la miraba con los ojos llenos de lágrimas. Esa noche esparcí lo que quedaba de polvo plateado sobre la isla. Sus manos lo acariciaban conforme iba cayendo.

Me pareció ver como pronunciaba una palabra mientras se dirigía a mí. No pude oír lo que decía. Durante horas estuve investigando la forma de conseguir escucharla. Cogí el estetoscopio de mi padre y lo acerqué a la perla. Podía oírla.

- Sé que puedes ofrecerme todas las estrellas del cielo. Mas mil veces preferiría poder simplemente contemplarlas a tu lado.- dijo con voz cortada.

Una lágrima brillante cayó sobre la perla.

- ¿Quiénes sois?- grité.- ¿Cómo os llamáis?

Fue lo último que pude decirle. Ladeó la cabeza y cerró para siempre sus grandes ojos violetas. Desconecté el microscopio. No tenía ganas de nada. Me acerqué al mar y arrojé la perla al agua. Finalmente la perdí bajo el suave balanceo de las olas.

Supongo que tenía envidia del pequeño planeta feliz. Pensé en la joven anciana de ojos violetas. Quizás adentrarme en la perla no hubiera sido mala idea. Era un mundo del que podría haber aprendido mucho. Era un mundo feliz.

*Y lo llamaban Tierra.*

Segundo Premio

Autora: **CLAUDIA ABELA GRANOLLERS**

Título: Rojo

Centro educativo: IES Joan Puig y Ferrer. La Selva del Camp. TARRAGONA

## Rojo

Prisas, ajetreo, vestidos, colorete, pintalabios rojo, lápiz de ojos, perfume... Me llaman para salir, pido un segundo para acabar de ponerme bien los zapatos rojos de tacón e inspirando y expirando rítmicamente me coloco en el escenario, en mi posición. Se apagan las luces, unos segundos de silencio y se abre el telón que va a juego con mis zapatos. El público me aplaude y, ahora sí, empieza la función. Respiro profundamente y cierro los ojos para concentrarme: suenan las notas del piano que está situado a mi derecha. El público emocionado aplaude, ahora con euforia, y mis primeras notas salen de mis labios pintados de rojo.

Ya ha terminado la primera parte de mi concierto. Vuelven los pasos frenéticos en el *backstage*. Un piano negro como el azabache, acompañado de dos hombres, pasa delante de mis narices privándome el paso. Mientras yo ando, una persona me sigue a todas partes diciéndome qué tengo que hacer ahora y antes de que vuelva a empezar la función. Yo voy asintiendo con la cabeza. La persona que me seguía y yo llegamos al camerino. Abro la puerta. Encima de una silla, permanece perfecto el vestido que me tengo que poner. Me quiero maquillar otra vez, pero me tiemblan las manos de los nervios: de hecho, no soy la única que está nerviosa, sino toda la gente que está a mi alrededor. Controlando mi pulso, me repaso los labios casi despintados con mi pintalabios. Mientras tanto, una peluquera me arregla el pelo transformándolo en un moño alto y deslumbrante, con tirabuzones sueltos. Cuando

ya tengo mi pulso controlado, me miro al espejo revisando mi precioso moño y me maquillo otra vez. Un grito me sobresalta y hace que mi corazón se paralice durante una fracción de segundo. El personal corre aún más deprisa que antes. Yo intento ignorarlos, pero no puedo y, jugándome el tiempo que me queda para vestirme, pregunto a la persona que me sigue a todas partes qué es lo que ha sucedido. Me mira con sus ojos oscuros e indecisos, como si me quisiera ocultar algo, y me contesta que no ha pasado nada y que siga vistiéndome porque en cinco minutos tengo que volver al escenario. Yo, sin creermelo lo que me ha dicho, sigo vistiéndome pensando qué podría haber sucedido detrás de las cuatro paredes del camerino. No hay tiempo para pensar más. Otra vez la misma voz estresada me llama y yo pido unos segundos para ponerme mis zapatos de tacón, ahora de color azul oscuro.

-Perdone, ¿me podría decir qué es lo que ha sucedido en el teatro y a dónde me lleva?

-De momento no le puedo decir qué es lo que ha pasado en el teatro, y tampoco le puedo decir a dónde nos dirigimos. Su *manager* me ha llamado para protegerla-. Yo abro los ojos y subo una ceja:

-Protegerla, ¿protegerla de qué? ¿Y por qué?

-Señorita, en ningún lugar de esta ciudad está segura, no le puedo decir más, pero le puedo decir que me llamo Eduardo y mi deber es protegerla-. Esa última frase me impacta. Hace poco que he entrado en el mundo del espectáculo y no estoy acostumbrada a que alguien me proteja. Pero creo que no me protege porque soy famosa, sino porque alguien me persigue. Esa conclusión me hace estremecer y el vello de mis brazos se me pone de punta.

-Ya hemos llegado-, dice Eduardo.

Hemos llegado al final del callejón y, por lo que puedo ver, entramos en alguna sala que pertenece al mismo teatro. Sigo a Eduardo sin dejar de pensar quién puede perseguirme y, sobre todo, por qué a mí... Mientras tanto, Eduardo abre la puerta de un ascensor y me hace pasar a mí primero. El ascensor desprende un fuerte olor a perfume y a la vez a cigarrillo, exactamente, a puro. Aprovecho que el ascensor tiene

espejo para mirar, pero no para mirarme a mí sino para observar a Eduardo sin que se dé cuenta. Tiene el pelo corto, recio y de color negro. Tiene los ojos negros como el azabache. Son como dos fortalezas, todo lo que observaban esos ojos se quedan dentro de su memoria sin soltar palabra alguna. Su tez marca alguna arruga que delata su envejecimiento y tiene una única peca detrás de su oreja derecha. Mi escáner termina cuando me informa de que ya hemos llegado. Cuidadosamente abre la puerta que da acceso a la sala donde se supone que estaré segura.



Autor: Antonio García López

Un hedor desagradable e indescriptible me envuelve. El ambiente de esa única habitación es húmedo. El moño que me había hecho la peluquera cuidadosamente se me deshinchó debido a la humedad. Un clic hace desaparecer toda esa oscuridad. El antiguo color de las paredes, que imagino blanco, se ha convertido en negro debido a la humedad. Eduardo deja descansar mi brazo aún sujeto y me dice que, si quiero, puedo ir al baño y allí asearme y descansar un poco. Entro y me sitúo delante del espejo,

saco del bolsillo de la chaqueta un pintalabios rojo. Cuando empiezo a perfilar mi labio inferior una foto enmarcada en un portarretratos pequeño atrae mi atención: es una mujer joven que se está pintando los labios en este mismo camerino, me llama la atención porque el color de esos labios pintados es muy parecido al mío. Durante unos instantes me cuesta pensar y, para relajarme, intento razonar por qué

esa foto podía estar allí, en un antiguo camerino de un teatro. Me mareo, me miro a mí misma a los ojos, me tranquilizo y salgo del baño. Eduardo me mira preocupado al ver cómo mis ojos están llenos de incertidumbre y como mis mejillas están rojas como mis labios y me dice:

-¿ Puedo hacer algo por usted? ¿Está bien? ¿Quiere algo para beber?

-No, estoy bien, pero hazme un favor, tutéame.

-De acuerdo, Noelia. Cuando llegue mi jefe idearemos el plan más seguro para ti, para que no te encuentren-. Él mismo se ha delatado. Para que me encuentren primero me tienen que buscar y esto es lo que están haciendo, pero, ¿quién?, ¿quién me está buscando?

Mis pensamientos se interrumpen cuando alguien llama a la puerta. Eduardo coge su pistola y, sigilosamente, se dirige hacia ella. Se abre la puerta y se sienta a mi lado un hombre que supuestamente es el jefe de Eduardo. No sé cómo se llama y tampoco me lo dice en ningún momento. Es un hombre de unos cincuenta años, de estatura baja. Tiene los ojos de color ceniza y me imagino que su pulmones también, porque lleva enganchado a los labios un pequeño puro que consume muy lentamente, igual que mi tiempo dentro de esas cuatro paredes cubiertas de moho. El jefe de Eduardo me sonrío y me estrecha la mano, yo le correspondo con una sonrisa triste.

Eduardo y su jefe empiezan a hablar sobre el plan. Al acabar, mi moño ya está completamente deshecho y, al notar que el pelo toca mi nuca, me vienen unas ganas de llorar horribles. En ese mismo instante el ruido acompasado de unos tacones pisando el suelo mojado se acercan a la puerta. Alguien con mucha fuerza me coge del brazo. Andamos por unos pasillos del interior del teatro. Entre la oscuridad me habla muy bajo al oído. Por el tono de voz sé que es Eduardo:

-Bien, esto no forma parte del plan, pero es la única manera de que corras más rápido. Está a punto de matar a mi jefe, pero no lo quiere a él, te quiere a ti.

-Perdona, pero eso ya lo sabía... ¿Algo más que yo ya sepa?

-Si, señorita impertinente. Como no corras más deprisa nos va a alcanzar.

Entiendo que no le puedo contestar y me quito los zapatos para correr más deprisa. El suelo que piso es de madera, así que puedo oír mis pasos, los de Eduardo y los de otra persona que está a mis espaldas. La angustia empieza a correr por mis venas y empezamos a correr, los tres. Eduardo me frena y me da paso para que entre a otra habitación. Esta me suena, me recuerda algo por el olor. No puedo ver nada porque estamos completamente a oscuras. Eduardo me comunica que no enciende la luz para no levantar sospechas. Entonces reconozco un olor, el olor de mi perfume. Estoy en mi camerino. Noto cómo se acerca a mí y me dice:

-Dame tu pintalabios. -Me toco el bolsillo que contiene el pintalabios.

-¿Por qué?- Ahora Eduardo vuelve a pronunciar las palabras pausadamente pero gruñendo. -Dame... el... pintalabios-. Suspiro y resignadamente le doy el pintalabios.

-Bien. ¿Por qué siempre usas el mismo pintalabios?- Me tiemblan las piernas. No quiero verbalizar mi único temor. Pero Eduardo tiene mucha facilidad en sonsacar los temores más íntimos de las personas. Cierro los ojos y con mucho cuidado empiezo a relatar toda la historia que envuelve ese pintalabios.

-Por que está hecho especialmente para mí. Es de un tono de color único, con un olor determinado y un diseño exclusivo para mis labios. Si me miro al espejo y no tengo los labios pintados con este pintalabios tengo miedo, mucho miedo, entonces me cuesta respirar y me siento muy insegura. Me fijo mucho en el color de los pintalabios de las demás personas.

-Muy bien. Sabes que esto que acabas de contar es una fobia, ¿verdad?- Empiezo a llorar silenciosamente. -Pero ¿conoces a alguien más que tenga esta fobia?

-No. Esta fobia no tiene remedio, es única.

-Mentira. La persona que está corriendo desesperada hacia aquí tiene la misma fobia que tú. Es capaz de matar para conseguir este color. Hace más de diez años que busca sin encontrar. Y debido a esta fobia nunca ha podido salir a un escenario. Y ahora, tú llegas a esta ciudad, ella te ve actuar y ve ese color tanpreciado.

Se abre la puerta y una luz cegadora da paso al cuerpo de una mujer. La misma mujer fotografiada en el camerino. Tiene los ojos vidriosos, las mejillas rojas y una

expresión de desesperación en toda la cara. Me coge por el cuello y con voz angustiada me pide el pintalabios. La ignoro. Me apunta con una pistola y busco en mi bolsillo izquierdo; no está. La mujer me estampa contra la pared y me registra la chaqueta. Mientras tanto me doy cuenta de que Eduardo ha desaparecido y al instante recuerdo que lo tiene él. La mujer suelta un grito de cólera y se va en busca del pintalabios. Mi corazón se para. Eduardo tiene mi pintalabios y esa mujer es capaz de matar. Esa palabra me inmoviliza las piernas. Pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto hace que estoy en esta habitación negra, clavada en el suelo. Mis sentidos vuelven a funcionar cuando una mano me coge suavemente por el brazo y me dice:

-Vamos. Ya ha pasado todo-. Es la voz de Eduardo. Tiene una nota de tristeza.

Andamos por el mismo pasillo angustioso. Llegamos a la sala donde antes se suponía que estaría segura. Un hombre uniformado nos cierra el paso. El jefe de Eduardo ha muerto. Pensando que la mujer lo ha matado, busco con la mirada la sangre del impacto de la bala en el cuerpo. Mi búsqueda termina de repente cuando oigo al médico forense informando de que ha muerto debido a una parada respiratoria. Esta última palabra me hace recordar la imagen del jefe con ese pequeño puro enganchado a los labios. Eduardo me entrega el pintalabios, habla con el hombre uniformado y nos deja pasar. Salimos a la calle y se abre un sol brillante.

Prisas, ajetreo, vestidos, colorete, lápiz de ojos, perfume... Me llaman para salir, pido un segundo para acabar de ponerme bien los zapatos rojos, me miro al espejo y retoco mis labios con mi pintalabios rojo.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autor: JAVIER PÉREZ HERNÁNDEZ

Título: Kane Loethe

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA

## Kane Loethe

El Doncella de hierro corría, no, volaba sobre las olas de las Islas Ahorcadas, persiguiendo a una carabela que se mostraba ya bien visible. En ese momento, una figura apareció sobre la cubierta mientras el vigía gritaba:

-¡Kane, la tenemos a 500m!

Exacto, el hombre de cubierta era Kane Loethe, el pirata de ojos glaucos, que destilaba odio por la mirada, pero también, si era necesario, por cualquier arma de su arsenal. Este hombre, llamado demonio por toda la gente del Mar interior y el Reino de plata, era, sin embargo, querido por sus camaradas, gritó:

-¡Zafarrancho de combate! ¡Preparad las barricadas a ambas bandas! ¡Cien granadas de mano a los gavieros! ¡Culebrinas a cubierta!

En ese momento, todo fue agitación en el barco pirata, se colocaron pequeñas bocas de fuego a ambos lados, cubiertos por maderos, restos de toneles, lonas mojadas, y todo lo que pudiera bloquear el paso de los marineros del barco enemigo, pero, en ese momento, el vigía alertó:

-¡Un galeón, a la izquierda, por los pasos!

Kane gritó:

-¡Desplegad las alas! ¡Fuego a la izquierda!, ¡Virad! ¡Desplegad mi bandera!  
¡Desarbolad la carabela!

Los cañones del Doncella de Hierro dispararon sobre el galeón, que se acercaba por los pasos entre Isabela y San Marcos. El barco pirata se acercó al maltrecho galeón, abordándolo sin que se diera cuenta, mientras Kane gritaba:

-¡Fuego de mosquetería!

Los marineros del Doncella de hierro asaltaron el galeón. Después, tras quitarle el botín, y asaltar también la carabela y hundirla en el fondo del mar, llevaron el galeón a su ciudad, en la isla del Sable.

Esa tarde, los marineros de Kane llegaron a la Isla: vendieron el galeón y dividieron el botín entre los marineros. El jefe de artilleros se dirigió a los almacenes de munición. Entre tanto, Kane se fue a hablar con su viejo amigo Fígaro. Atravesó la ciudad, para llegar a la casa, que era una construcción indígena. Cuando llegó, lo vio.

Desde lejos, y para alguien que no le conociese, Fígaro parecía un agradable alemán que no había empuñado una espada, y no el sanguinario corsario del Sable.

Su barco, el Bailarín Demoníaco, era igual, ya que parecía un mercante, pero llevaba escondidos en las tres bodegas casi 80 cañones para destrozarse lo que se acercase.

Encontró a su amigo sentado en una mesa, con la compañía de dos mujeres con jarras de ron en las manos. Una era Morgana, una pirata emprendedora poseedora de dos barcos y temida en el Reino de Plata; amiga y deudora de Fígaro, que la usaba para costearse y tener apoyo en sus incursiones.

Otra era una pirata de su tripulación, de ojos negros, piel dorada, pelo corto, de un color marrón claro, tenía un mosquete al hombro y un sable en la cintura; Morgana le dijo:

-¡Ah! Kane, esta es Caris, la capitana del Verdugo de la Luna, mi segundo barco, pero hablemos de ti, creo que es la primera vez que la ves, pero parece que traes noticias. ¿Qué quieres?

-Vamos a asaltar Tudmir, en el Mar interior, preparad la expedición, botín equitativo.

-Por mí, de acuerdo, pero vamos a tener que conseguir algunos barcos más.-dijo Fígaro

-De eso me encargo yo, y cuenta con mis dos barcos, Kane.-dijo Morgana.

-Eso es discutible, jefa.-dijo Caris.

-Harás lo que yo te diga.-Le respondió Morgana.

-Pero el barco es mío.

-Te lo llevarás al volver al Sable desde Tudmir, y no antes. ¿O lo discutimos espada en mano?-dijo Morgana mientras desenvainaba su acero

-De acuerdo jefa, el barco será mío al terminar la misión.

-Nos vemos en el muelle Kane.-Dijo Morgana dando por terminada la conversación.

Ella y Caris se fueron hacia el muelle para preparar la expedición, dejando las jarras, mientras Fígaro y Kane se quedaban en la casa, Fígaro le preguntó:

-¿Ha vuelto Robert?

-Sí, envía galeones por las Ahorcadas para frenar nuestros asaltos a las rutas comerciales, quiere exterminar a los piratas del Sable-respondió Kane.

-Hablaré con Antoine de le Seine, preparará a la flota, les daremos un sustito, y así haremos que las flotas del Mar Interior, el Fuerte del Río y el Reino de Plata se desplacen, y dejaremos Tudmir libre para asaltarlo.

-No creo, Robert mantendrá al Segador y una flota a la defensa de la niña de sus ojos.

-Bueno, entonces el Doncella de Hierro podrá medirse al fin con el Segador.

-No tenemos barcos suficientes, casi preferiría posponerla.-dijo Kane con gesto ceñudo- creía tener más apoyo en la ciudad.

-¡Y lo tienes, amigo mío! ¡Déjame una noche en las tabernas de la ciudad, y mañana tendrás veinte barcos, más otra flota de sesenta y cinco bajeles para mantener ocupados a los soldados de la Alianza de los Mares, asaltando las islas Ahorcadas una por una.-dijo Fígaro golpeando la mesa con su jarra de ron.

-De acuerdo, pero rebaja algunos barcos, que si no, no habrá apenas botín. Mientras, yo iré a reclutar gente. Voy a sacar a flote de nuevo al Faraón-dijo Kane.

-¡El Faraón! ¡Entonces vas en serio! fue tu primer navío, cuando todavía no eras el terror de las Ahorcadas

-Lo sé, el Segador se encontrará con un viejo amigo, pondré a Johans Van Possel, mi segundo de a bordo, al mando. Es un hombre competente, y los hombres le obedecen como si fuera yo mismo.

-Eso es tu decisión, amigo mío, pero permíteme preguntarte: ¿a quién reclutaras?

-A gente de las tabernas, todo el mundo querrá navegar después de lo que propongo, e intentaré conseguir alguna tropa de élite...-dijo Kane, dejando la frase a medio, como que no quería continuar hablando, cosa que Fígaro captó al instante, respondiendo:

-Bueno, hemos perdido demasiado el tiempo ya, mañana, con el disparo de cañón, partiremos al asalto. Les apoyaremos por un par de días, mientras que las flotas salen del Mar Interior.

-De acuerdo. Hasta mañana.

-Al día siguiente, se oyó un disparo de cañón que retumbó en la isla del Sable. Mientras, miles de piratas se apresuraban a avituallar a sus barcos para el asalto a las Ahorcadas; puesto que la noticia de que el Mar Interior intentaba exterminar a los piratas del Sable, prestando barcos a las rutas comerciales, había corrido como la pólvora.

Había cerca de noventa naves preparadas para zarpar, y otras treinta, acercándose a los muelles por mar. Kane apareció en el muelle, montado en un bergantín de tres palos que hizo recordar tiempos pasados a muchos de los

capitanes. Y otra noticia corrió por los muelles del Sable, que Kane Loethe, el Terror de las Ahorcadas, había desempolvado su segundo barco, el Faraón.

Kane se dirigió al embarcadero, cerca del Doncella de Hierro. Allí, se apresuraron a cargarlo de municiones, trozos de madera y lonas para reparaciones rápidas; y todo lo necesario para la expedición a Tudmir. Al mismo tiempo, desembarcaron treinta y cinco Arachés, una tribu de nativos resultante de una vieja unión de otras dos tribus, los Arakunes y los Acheseres. Los Arakunes eran fornidos, cargaban arcos cortos



y espadas de hierro, con armaduras de cuero y yelmos. Los Acheseres eran altos y veloces, con gran vista; portaban armaduras de algodón, arcos largos o cerbatanas, y portaban falcatas, espadas cortas curvas y katars, dagas largas con una empuñadura abierta de madera. El jefe era un mestizo, alto y fornido; con un arco largo y una espada de acero, y una falcata pequeña a la cintura, un yelmo y una armadura de cuero y algodón.

Los Arachés subieron al Doncella de Hierro, mientras los marineros se repartían en los dos barcos, uno de los marineros dijo:

-Jefe, nos faltan gavieros, no hay suficientes para los dos barcos

-Los Arachés se pasan la vida en los bosques, saben trepar, enseñadles lo básico y subidlos a los mástiles, y decidle al jefe que le necesito a él y a cuatro de sus hombres como guardia personal, el resto, a mi barco. Sólo los marineros a los que

no les interese compartir navío con los Arachés pueden hacer dos cosas: subir al Faraón hasta que este esté lleno o quedarse en tierra.-Respondió Kane.

-De acuerdo, jefe.

Dos horas después, tras el arreglo de las tripulaciones y el avituallamiento, sonó otro disparo de cañón que daba salida a la flota pirata del Sable.

Después de treinta y cinco millas, la flota de Kane Loethe se separó del convoy, eran en total diez barcos.

El Doncella de Hierro iba en cabeza, con el Faraón en la cola y el Verdugo de la Luna y el Neptuno, de Morgana, a los flancos. Terminaban el convoy el Bailarín demoníaco, el Fígaro, y otros cinco barcos de distintos capitanes en busca de fortuna segura y alejada de los riesgos de la flota de asalto a las Ahorcadas, que no servía sino de celada para el asalto de Tudmir.

Tras cuatro días de navegación, la flota cambió sus pabellones por los del Reino de Plata. También cambió los nombres a los barcos, gracias a placas falsas. Fingirían ser una flota en busca de apoyo para el Reino de Plata. De esa guisa, llegaron de noche a Tudmir, quedándose dentro del puerto por muy poco y junto a los muros exteriores, lo que les garantizaba seguridad para desembarcar.

Kane y sus hombres bajaron del navío, y los Arachés formaron un rombo defensivo entorno a Kane, que tenía desenvainadas unas cuchillas enormes. Estas le cubrían los lados del brazo, terminando en punta. Completaban el atuendo algunas pistolas y una armadura de cuero y malla de hierro, junto a dos puñales y un estoque, por si las cuchillas fallaban. Así mismo, Morgana y Fígaro desembarcaron y llevaron a sus hombres por todo el puerto sin disparar una carga de pólvora, que sólo sería usada en caso extremo.

Tras un avance silencioso por la ciudad, los piratas se encontraron en palacio, tras eliminar a toda su guarnición, salvo la destinada a la salvaguarda del gobernador.

Los piratas treparon por las murallas, eliminando la posible resistencia en lugares altos, los Achereses, eliminaron a la guardia de las murallas. Después, Fígaro se llevó a su tripulación sobre el jardín.

Morgana le proporcionó cobertura con unas ballestas que su tripulación había encontrado junto a un cuartel. Entre tanto, Caris se adentraba en la casa y Kane corría hacia su parte trasera, seguido sólo de los Arachés.

Van Possel se había llevado a su tripulación y a la del Doncella de Hierro hacia la ciudad, para defenderla

Aseguraron los muelles y encendieron las almenaras de socorro, ya que Kane les había avisado de que lucharía con el Segador aunque fuera lo último que hiciera en vida.

En palacio, el gobernador veía asombrado como su guardia de élite perdía posiciones dentro de la casa, ya que unos piratas y unos indígenas les destrozaban en combate abierto. Kane, que se encontraba luchando, ordenó por primera vez desde el inicio del asalto un disparo de los mosquetes, así como la retirada de Morgana y Fígaro con sus hombres para asegurar la ciudad.

Caris se quedó, mientras sus hombres disparaban sin tregua sobre las barricadas y las puertas cerradas tras las que los hombres de Robert Black, gobernador de Tudmir y Señor del Mar Interior, se refugiaban.

Finalmente, y tras la puerta del despacho, los hombres de Robert se unieron a su señor, que había desenvainado su estoque, la puerta del despacho era más resistente; pero no por ello sus hombres dejaron de reforzarla y de colocar una barricada detrás.

Kane cogió a su guardia personal, dejando al resto de Arachés al mando de Caris, que ordenó continuar el ataque con furias renovadas, y se dirigió fuera de la mansión.

-A ver si Kane soluciona ya el problema, no sé si podremos aguantar mucho más.

Esto pensó Caris tras veinte minutos de asalto, ya que la pared del estudio tenía agujeros por los que los hombres de Robert disparaban sin peligro.

Los piratas caían por balas despistadas, y la puerta no se dejaba destrozar por el ariete improvisado hecho con una columna decorativa, en ese momento, Caris pensó:

-¿Por qué no la hacemos estallar?

-Ordenó a los piratas cercanos que vaciaran sus cargas de pólvora en una caja de música cercana, y que improvisaran una pequeña bomba. Así mismo, ordenó que dejaran de usar el ariete y que se refugiaron detrás de las mesas, sillas y demás elementos que habían usado como pantalla contra las balas.

Enseguida, vio como un pirata se acercaba hacia la puerta y que sus compañeros hacían una cobertura con una mesa redonda. El pirata dejó la caja de música junto a la puerta y encendió una mecha que habían conseguido añadir. Colocó otra carga de pólvora encima.

Después, él y sus compañeros salieron de la zona de la puerta con la mesa y se colocaron junto al resto de los piratas. Esperaron, pero las alfombras impidieron que la mecha, llegado a un punto, continuara encendida.

Un Arakune lanzó una flecha con la punta en llamas hacia los depósitos de pólvora haciéndolos estallar en pedazos.

Los piratas entraron en el despacho como una exhalación. Lejos los mosquetes, ahora empuñaban sables, pero fueron repelidos duramente por salvas de mosquetería provenientes de las tropas de élite, que se enfrentaron a ellos duramente.

Seis sombras entraron por las dobles vidrieras del fondo del despacho.

Kane y sus Arachés entraron por las vidrieras, cayendo sobre las tropas de élite. Robert, sin embargo, se escapó por las mismas vidrieras, cayendo al jardín, Kane saltó detrás de él, pero Robert ya escapaba por otra puerta directo a los muelles, montado a caballo. Kane cogió otro caballo y le persiguió, sólo para ver cómo Robert, tras burlar a las patrullas de la ciudad y el puerto, montaba en el Segador, que llegaba en ese momento alertado por las almenaras. Kane sonrió, corrió a palacio y ordenó a su tripulación que prepararan el Doncella de Hierro.

Kane vio finalmente, tras tres horas de navegación, como el Segador se introducía en una flota de naves mercantes, con dirección a la isla interior de Lurtalla, y a la ciudad de Bajbal.

Kane dijo al segundo de a bordo:

-Nos dirigimos a las Artlas.

-Sí, señor-. Respondió el segundo de a bordo.

Dos días después llegó el Doncella de Hierro a las grandes montañas Artlas, allí, en una pequeña cala, se unió al resto de la flota que había huido de Tudmir, ya que ya no había nada que les interesase, tras el botín, Morgana le dijo:

-Kane, Robert habrá huido al Fuerte del Río, para preparar el asalto a Tudmir.

-Saldremos en una semana a las Ahorcadas, fletaremos una flota y volveremos a asaltar el Reino de plata, Robert ha visto al lobo, ahora, que venga a cazarlo.

Una semana después, en una noche de luna llena, la flota del Diablo de los Siete Mares zarpó rumbo a su destino, las Ahorcadas, la piratería.

# MODALIDAD B

(de 17 a 19 años)

Primer Premio

Autora: **PAMELA FERNÁNDEZ TOVAR**

Título: El Dios de la muerte

Centro educativo: Facultad de Filosofía y Letras de VALLADOLID

## El Dios de la muerte

Sólo podía correr. Sentía el aliento de la muerte rozándole el cuello y enviándole escalofríos por toda la espalda. No quiso mirar atrás. Sólo siguió adelante con las palabras que él dijo taladrándole la mente.

¡Cómo pudo haberle creído! ¡Cómo pudo ser tan estúpida y obtusa! Sólo quiso tener a alguien a su lado. ¿Y qué había de malo en ello? ¿Quién podía culparla por no querer estar sola? De repente oyó a ese diabólico ser gritar su nombre con un cierto matiz de desesperación bajo toda aquella ira. La había visto.

¿Qué podía hacer? ¿Dónde se iba a esconder? Resonantes pisadas la persiguieron por toda la oscura callejuela. Se acercaban demasiado deprisa. ¡La iba a atrapar! Intentó acelerar el ritmo pero se resbaló con un charco de agua sucia.

Él estaba cerca. Podía oírlo. Sentirlo. Se levantó y siguió corriendo pero, antes de que pudiera doblar la esquina, una gran mano la agarró por el codo y la frenó bruscamente.

Has sido una niña mala, ¿lo sabías?. Y las niñas malas se merecen un castigo.

¡No, por favor! No diré nada. No he visto nada. ¡No me hagas daño, te lo suplico!

Él esbozó esa sonrisa sesgada que la había enamorado y que ahora solo conseguía darle más miedo aún. Serás una buena chica ¿verdad que sí? -dijo él en

tono amable. Sí, lo seré. Lo prometo. -respondió ella histéricamente. La sonrisa de él se hizo más amplia antes de contestar: ¿Sabes una cosa? No te creo. -levantó el arma y disparó.

\*\*\*\*\*

Una llamada de teléfono me despertó. Miré el despertador con el ojo que había conseguido abrir y vi que los rojos números marcaban poco menos de las seis de la mañana. Mal asunto.

– Boudreaux.

– ¿Inspectora? Soy el agente Smith. El capitán ha dicho que debe presentarse en la calle Richardson inmediatamente.

– ¿La calle Richadson? ¿Y dónde diablos está eso?

– Cerca de la antigua cervecería Guinness, en el viejo distrito comercial.

Suspiré audiblemente mientras me levantaba de la cama. Tiempo libre, me lamenté, ¿algún día llegaría a saber lo que era?

No tardé ni veinte minutos en llegar a la escena del crimen. Enseñé mi identificación al agente que estaba allí y pasé por debajo de la cinta amarilla.

– Hey, Ryssa. Tienes un aspecto horrible – me saludó mi compañero. Ya podía buscarse una frase más original, la verdad.

– Sí, bueno. Tú tampoco eres mi cita soñada. -Jason sonrió mientras me dirigía hacia donde estaba el cuerpo. -Hola, Dick. saludé al forense. -¿Qué tenemos?

– Mujer blanca. Sin identificación. Entre los veinticinco y los treinta años. No lo puedo decir con seguridad aún pero estimo la hora de la muerte entre la una y las tres de esta madrugada.

– ¿Alguna marca? ¿Algo característico?

– Nada aparte del disparo a quemarropa. Pero como ya te he dicho más de un millón de veces, hay que esperar...

– A que la niña hable – terminé yo por él. Siempre me dice que aunque los muertos no pueden pronunciar palabras, sí que hablan a aquellos que sepan escucharlos. -Gracias, Dick. ¿Puedo retirar el plástico?

– Por supuesto. En cuanto hayas terminado levantaremos el cadáver de esta pobre desgraciada. Era muy hermosa, por cierto, si uno mira más allá de la suciedad.

Asentí y retiré el plástico empezando por los pies. Era una manía mía. Voy poco a poco de los pies a la cabeza para apreciar todos los detalles sin que la vacía mirada del difunto me distraiga.

– Tiene un tacón roto, le dije a Jason. Hay que buscarlo.

Mi compañero mandó a un par de ratas de laboratorio (llamamos así a los de la científica) a reconocer el terreno. Seguí levantando el plástico. Piernas con medias negras agujereadas. Vestido negro de una pieza, liso, de líneas puras, sencillo pero elegante. Justo el estilo de... Sentí un escalofrío y empezó a temblarme la mano mientras terminaba de retirar el plástico.

Solo podía pensar: ¡Que no sea ella! ¡Por favor, que no sea ella!

Pero lo era. Mi mejor amiga. Mi única amiga. Elisabeth Sterling. El recogido estaba deshecho pero se veía que había puesto mucho esfuerzo en peinarse. Estaba finamente maquillada aunque, como me había dicho Dick, la suciedad prácticamente la tapaba.

– Ryssa ¿qué pasa? Estás muy pálida. -me dijo el forense.

Por detrás de mí oí un ¡Dios mío! y luego sentí una fuerte mano en el hombro. Era la de Jason.

– Lo siento, Rys. No sabía que era ella. No le vi la cara.

– ¿La conocías? -me preguntó Dick con cara de espanto. Ignoré su pregunta y formulé la mía:

– ¿Quién la encontró? ¿Alguien ha visto algo?

– Un vagabundo. No vio nada. Aquí nadie nunca ve nada.

– Llévatela ya, Dick. -me recompuse como pude. -Su nombre era Elisabeth Sterling. Lizzie – se me quebró la voz.

– Era huérfana. No tenía enemigos que yo supiera y hace nada empezó a salir con un hombre, un tal Jack Fresham.

Jason y yo hablaremos luego con él.

– ¿Qué haría Lizzie en un lugar como este? -me preguntó Jason.

– No lo sé. Esto está muy lejos de su apartamento y de su trabajo. Y no es precisamente un sitio idílico.

Antes de que él pudiera responder, los de la científica dieron el aviso de que habían encontrado el tacón. Estaban en la puerta de atrás de la cervecería.

Era obvio que Lizzie había estado allí. La puerta estaba cerrada pero no con cerrojo.

– ¿Te apetece pillar algo? -intentó hacer una broma mi compañero.

Se lo agradecí de corazón. Debía distanciarme de la víctima para atrapar al culpable. Se lo debía a mi amiga. Le seguí el juego. Él siempre sabía qué decir para calmarme, era un cielo.

– ¿Me vas a invitar a unas ratas a la plancha? ¡Qué romántico!

Tú sí que sabes tratar a las chicas.

– Y ¿desde cuándo tú eres una chica?

– Desde que nací, y entré a la fábrica antes de que pudiera responderme.

Lo primero que sentí antes de que la vista se me adaptara a la oscuridad, fue la putridez del ambiente. Allí había algo muerto, eso seguro.

Me puse los guantes y saqué la linterna del bolsillo del abrigo. Siempre llevo una por si acaso.

No tardamos mucho en dar con el origen del mal olor. Un cuerpo yacía descomponiéndose a merced de las ratas dentro de una bañera. Había un montón de sangre por todas partes. Era una escena realmente repulsiva.

– Avisa a Dick. Me temo que la fiesta aún no se ha acabado.



Mientras Jason iba a buscar al forense yo me dediqué a inspeccionar la zona. No había nada en los alrededores que me ayudara a identificar al psicópata. Tenía que esperar a que la muerta (sí, era otra mujer) le hablase a Dick. Me fijé en que la ropa era bastante cara aunque informal. Vaqueros de diseño y camiseta y playeros de marca. Tenía anillos en la mano y un par de pulseras. Todo de oro. El móvil no había sido el robo. Tal vez

Lizzie había visto algo que no debería haber visto. Puede que hubiera presenciado el asesinato de esa pobre desgraciada, sin embargo, seguía sin saber cómo diablos había terminado en ese lúgubre vertedero.

Unos extraños ruidos me distrajeron. Era como un ronroneo, solo que más fuerte, como si estuvieran royendo algo. Busqué con la linterna y al final encontré la fuente del molesto ruido. Una rata enorme estaba mordiendo una cartera a todas luces de piel. Le arrojé un tubo que encontré tirado y la alimaña salió corriendo.

– Recogí el hallazgo y miré en su interior.

– ¡Pero qué diablos...!

Parecía que me estaban jugando una mala pasada. La mujer era Christine Morrison, una periodista sensacionalista que no hacía más que incordiar-me. Llegaron los de la científica junto con Jason, Dick y sus chicos.

– ¿Sabes quién es? -preguntó Jason.

– Christine Morrison. Una rata se estaba comiendo su cartera, contesté.

Mi compañero me miró estupefacto y luego adoptó un semblante grave.

– Hay que informar al capitán de esto. Sea lo sea lo que está pasando es obvio que tiene que ver contigo.

Terminamos de revisar el lugar. Tampoco había nada.

A eso de las diez de la mañana llegamos a la comisaría. Tenía la impresión de que todo el mundo me miraba por encima del hombro pero seguramente eran paranoias mías. Era imposible que se hubieran enterado aún.

Como todos los días el capitán estaba en su despacho bramando por teléfono. No sé por qué siempre me recuerda a una de esas películas policíacas de Hollywood.

Cuando colgó, fue Jason el que hizo la explicación y como era de esperar, me retiraron del caso y me dieron el resto del día libre.

– Vamos. Te llevaré a tu casa, me dijo Jason.

Asentí. La verdad es que no sabía qué más podía hacer. Solo llevaba cuatro horas despierta pero me habían parecido una eternidad.

Arrastrando los pies llegué hasta el coche y cuando lo abrí, me dejé caer como un peso muerto.

Apenas fui consciente del trayecto a mi casa.

– Lo cazaremos, Ryssa, -me dijo – Ya lo verás. Tarde o temprano cometerá un error.

– ¿Y cuánta gente tendrá que morir para que podamos cogerlo?

Oí cómo suspiraba. Estaba pagando mi mal humor con él, no era justo y lo sabía pero no estaba de humor para disculparme.

Llegamos a mi casa pasadas las once. Me fui directa a la cama. Jason se quedó un rato más pero al final se marchó. Sabía que no me quería dejar sola pero ahora que yo no estaba, era él el encargado del caso. Intenté dormir pero no pude. Solo conseguía pensar en Lizzie. En lo buena que era y en lo mucho que la iba a echar de menos.

Sentí que se me escapaban las lágrimas. Me levanté de la cama. Si seguía así me iba a deprimir.

- Me voy al gimnasio -dije de repente. No había nadie pero aun así necesitaba decirlo en alto.

Recogí mi bolsa y me puse el chándal. Fui a salir pero a punto estuve de chocarme con un niño que iba a llamar a mi puerta.

- Perdona. ¿Querías algo, chiquitín?

- No soy chiquitín. Soy "gande". Ya "teno" "etos" - y con la pequeña manita levantó cuatro dedos.

- ¡Caray! Eres muy mayor. ¿Cómo podía estar tan equivocada?

El niño se rió y luego me miró fijamente.

- El señor "dito" que es "mu" bonita. Es verdad.

- Vaya, gracias. Tú también eres muy guapo.

Lo cierto es que tenía tan poquita vida social que el que un niño pequeño me dijera que era hermosa me mejoraba bastante el autoestima.

- ¿Qué querías?

- Un señor amigo suyo me "dito" que le "entegue" "eto".

Me dio un sobre, se despidió con la mano y se metió en uno de los apartamentos del otro lado del pasillo.

Con curiosidad abrí la carta pero no entendí nada. Estaba en otro idioma, que si no me equivocaba, era griego.

Llamé a Jason:

– Davis.

– Jason, soy yo.

– Rys, ¿qué pasa? -me preguntó preocupado.

– Me han enviado una carta que creo que está en griego...

– Y quieres que te la traduzca. ¿Es que tienes a algún Cirano guardado bajo la manga del pijama?

– Para dormir no llevo nada. Bueno, ¿me la vas a traducir o no?

– Claro. ¿Qué te parece a la hora de comer? Todavía estoy esperando a que Dick me diga algo.

Suspiré. No quería ponerme a hablar de eso precisamente ahora que había conseguido un minuto de paz.

– Te espero donde siempre a las dos. No llegues tarde o tendrás un lugar especial en el despacho de Dick.

– No pego con el decorado, princesa. Nos vemos. Y colgó.

Cuando guardé el teléfono me di cuenta de que estaba sonriendo. Hacía solo diez minutos pensaba que no lo volvería a hacer. Metí otro tipo de ropa en la bolsa de deporte. Pensaba ir directamente del gimnasio al restaurante. Y aquí viene la parte de preguntar escandalizados “¿con el macuto?”. Pues sí, con el macuto.

A las dos y cuarto ya empezaba a imaginarme la mejor manera de matar a Jason. Detestaba con toda mi alma la impuntualidad

– Perdón. Perdón. Sé que llego tarde. No lo pude evitar, me dijo en cuanto llegó.

– Nada te salvará salvo que me digas que estabas en la consulta del médico y que te ha diagnosticado una grave enfermedad incurable y que solo te quedan tres horas de vida.

– No es eso. Es que fui a hablar con el señor Fresham y se me hizo tarde.

– ¿De verdad? ¿Y por qué no empezaste por ahí?

– Porque no me dejaste.

Le miré con cara de pocos amigos y él levantó las manos en señal de rendición.

– Resulta que el bueno de Jack estaba fuera de la ciudad por negocios, ¡qué predecible! ¿No te parece?

– ¿Has podido comprobarlo?

– Sí. Por los billetes de avión, la facturación de la maleta y que su secretaria con medidas de 100, 60, 90 ha ido con él.

– Así que solo es culpable de engañar a Lizzie con una tía operada.

– Eso parece.

- No estás muy convencido.

- No tengo nada que pueda demostrar pero no me da buena espina. Suspiré. Lástima que no pudiéramos encerrar a la gente solo con corazonadas. Cuando fui a enseñarle la carta apareció la camarera y nos tomó nota. Una vez se fue me di cuenta de que Jason llevaba tiempo mirándome fijamente.

- ¿Ocurre algo? -pregunté yo inocentemente.

- No es nada. Solo me preguntaba si te encontrabas bien.

- Hombre, no estoy para echar cohetes pero mejor que esta mañana, fijo.

Y con esa respuesta me sonrió e hizo que sus chispeantes ojos verdes (¿no lo había dicho antes? Unos preciosos ojazos verdes para quitar el aliento) se iluminaran como dos velas reflejadas en hermosas esmeraldas pulidas.

- Bueno – me dice -¿qué querías que viera?

- Le tiendo el sobre y mientras lo hago le explico lo del niño de esta mañana.

- Qué raro ¿No te parece? -me pregunta.

La verdad era que sí que me parecía muy extraño por eso lo había llamado en cuanto el niño desapareció. Abrió el sobre y empezó a mirarlo.

- Es griego pero es antiguo. -me dijo – La suerte es que no ha cambiado mucho a lo largo de la historia.

Como lo miro desconcertada me explica:

- La lengua hablada sí ha evolucionado pero la escrita no tanto, por eso es relativamente fácil comprender lo que pone.

A medida que lee se le va oscureciendo el semblante. No es buena señal y menos cuando me fijo que con la otra mano sujeta el borde de la mesa tan fuerte que los nudillos se le han puesto blancos.

- Jason ¿qué ocurre?

Levanta la mano para pedirme que me calle unos minutos más. Al poco deja la hoja en la mesa y me pregunta:

- ¿Quiénes la han tocado?

- No lo sé. El niño, tú, yo...

- Y el que la envió. -termina él. -Vamos. Tenemos que ir a la comisaría.

Me levanto. La camarera nos echa una mirada severa y levanta una bolsa. Yo la sonrío mientras le pago la comida y me la llevo.

Jason ya está en el coche. Me siento a su lado y me quedo callada esperando a que hable, me entrega la carta y me dice que mejor me lo explica delante del capitán para no tener que repetirlo. Así que como es obvio, me quedo con las ganas.

Llegamos en menos de diez minutos y pasamos directamente al despacho del jefe.

- Esa carta la ha escrito alguien que se hace llamar Hades y según lo que ha puesto, piensa que Ryssa es su Perséfone.

Lo miro como si me hablara en chino, igual, igual.

- En la mitología griega – explica con paciencia – Hades era el Dios del Inframundo, el Señor de los Muertos. A su servicio tenía incontables hordas de

monstruos, dioses menores y seres oscuros. Era el encargado de los Campos Elíseos...

– ¿Eso no está en Francia? -pregunto intentado hacer un chiste pero por cómo me miró yo diría que no tuvo ninguna gracia.

– Como iba diciendo, es el encargado del Elíseo, los Campos Asfódelos y el Tártaro. También era conocido como uno de los Tres Grandes, uno de los hijos del Titán Cronos.

– Perséfone – continúa con la explicación (un poco aburrida, por cierto) – era la esposa de Hades. Eso sí que capta completamente mi atención. No me hacía ninguna gracia que un chalado homicida me considerara su mujer.

-Según el mito, Perséfone era la hija de Démeter y Zeus. La versión resumida es que Hades la ve, se enamora de ella y decide secuestrarla. Se la lleva al Inframundo. Démeter le pide a Zeus que haga algo y al final queda todo en un pacto; tenía que pasar seis meses en el infierno con su esposo y otros seis con su madre en el Olimpo...

– ¿Y qué tiene que ver conmigo y con los asesinatos?

– Para Hades, Perséfone es la personificación de la luz que había perdido muchísimos eones atrás. Para ese psicópata tú eres exactamente lo mismo y por lo que dice, no va a permitir que nadie le quite o manche su luz.

– De ahí las muertes de Lizzie y Christine. -medité en un murmullo.

– También dice que vendrá a buscarte para llevarte a casa.

Estupendo, el pirado también me quiere secuestrar.

– Te pondremos vigilancia, dijo el capitán.

– Se viene a mi casa. Allí le será más difícil cogerla, dice Jason.

– De todas formas voy a poner un par de agentes fuera vigilando.

Por lo visto, aquí solo soy una mera espectadora. No importa que sea cinturón marrón en kárate ni cinturón negro en judo. Bueno, si así se sienten más tranquilos...

y para que mentir, si voy unos días a casa de Jason, él cocinará para mí y lo que prepara está riquísimo (lo reconozco, soy una aprovechada).

A las nueve de la noche ya estoy instalada en la pequeña casita de mi compañero. Es preciosa, de madera y decorada con estilo sobrio y elegante. En realidad, es un lugar muy reconfortante.

Jason está en la cocina haciendo la cena (¡Bien! Punto para él) y yo me entretengo zapeando en la tele pero la verdad es que no me estoy enterando de nada. Estoy pensando que algo se nos escapa.

Paso unos días en la casa de mi compañero, no sé cuántos exactamente. Cuando no se tiene nada que hacer el tiempo se distorsiona.

Es por la noche. Jason me ha avisado que tardaría en llegar a casa (adiós a la cena. ¡Qué mal!) porque ha surgido una pista. No me ha dicho de qué se trata aún pero de mañana no pasa que me entere. De todas formas, no estoy sola. Tengo dos agentes apostados fuera de la casa, cámaras de vigilancia en todas las habitaciones (salvo el cuarto de baño, obviamente) y un sistema de alarma.

A eso de las diez y media llamaron a la puerta. Cogí mi arma. Una cosa es confiar en los agentes y otra muy distinta es ser tonta de remate.

Miré quién era.

– Hola. No molesto ¿verdad?

– ¡Dick! Pasa. ¿Qué haces aquí?

– Hablé con Jason por teléfono y me dijo que estabas sola así que vine a hacerte compañía.

– Gracias. ¿Te apetece tomar algo?

– Si tienes algo de vino...

– Creo que en el frigo. Ponte cómodo.

Fui a la cocina. Mientras sacaba la botella del refrigerador, llamaron por teléfono. Contesté inmediatamente.

- Boudreaux.
- ¡Rys! Gracias a Dios que me contestas. ¿Dick está contigo?
- Sí, ¿qué pasa?
- ¡Tienes que salir de la casa ahora mismo!
- ¿Pero qué dices?

Antes de que me pudiera contestar, el teléfono perdió la línea. Cuando miré a mi alrededor vi a Dick sosteniendo un cable arrancado. Por mi mente pasaron un montón de pensamientos y ninguno de ellos fue halagador.

- He venido para llevarte a casa. -me dijo.

\*\*\*\*\*

Lo cierto es que aún hoy no recuerdo bien lo que pasó. Todo sucedió muy deprisa. Solo sé que él se me echó encima y que yo lo esquivé y luego todo estaba lleno de policías y Dick no estaba en ninguna parte.

Jason me dijo que consiguió escapar en medio del caos que se formó. Cuando llegaron me encontraron desmayada en el suelo con un golpe enorme en la cabeza. Mi compañero en un principio se temió que estuviera muerta. No estuve en el hospital durante mucho tiempo. Me dijeron que tenía una cabeza muy dura.

– ¿Cómo supiste que Dick era el malo?, pregunté a Jason unos días después (todavía seguía viviendo en su casa, ¡bien!).

- Fui a hablar con el niño.
- ¿Y lo identificó?
- Eso fue pura suerte. No conseguí sacar nada en claro pero cuando me iba se me cayó la cartera y el niño, que por cierto se llama Mike, me la recogió y vio la foto que nos hicimos en el cumpleaños de Cramer. Cramer era un compañero.
- Y entonces fue cuando me llamaste y me gritaste como un poseso.
- Sí

Suspiré.

– ¿Y ahora qué vamos a hacer?

– Por lo pronto tú te reincorporas mañana y en cuanto al psicópata de Dick, te juro que lo atraparemos. Y pagará por lo que ha hecho.

Me miró a los ojos y dijo con determinación.

– Te lo prometo.

Y le creí.

Segundo Premio

Autora: **MÓNICA OLCINA PÉREZ**

Título: Gritos de silencio

Centro educativo: IES . Cotes Baixes. Alcoy (ALICANTE).

## Gritos de silencio

Ya son las tres de la madrugada, no consigo conciliar el sueño, últimamente me cuesta recordar qué era aquello de dormir. Hace frío, llueve fuertemente sobre la ciudad, sobre ese manto gris que me rodea. Me acerco a la ventana de mi escritorio y la abro dejando pasar un viento frío, casi limpio que invade la estancia. Entonces al cerrar y mirar hacia un lado te veo, veo tu cara dentro de ese marco, tan llena de vida que parece que me mires con esos ojos verdes capaces de iluminar esta noche oscura de lluvia, parece que me estés sonriendo, si es que aún puedes sonreír...

Aún recuerdo cuando te conocí, al menos cuando te conocí realmente, porque éramos vecinos de toda la vida pero nuestra máxima conversación había sido hasta aquel día: ¿a qué piso vas? Mientras bajábamos la mirada violentamente observando el suelo del ascensor. Pero el destino lo quiso así y tuve que irme a estudiar a Madrid donde tú ya llevabas un año estudiando y tenías un piso. Nuestros padres lo arreglaron todo para que acabáramos compartiendo piso como si fuera por decisión propia.

Recuerdo cuando entré al piso y te vi y sólo pude articular un "hola" a medias, tú sonreíste y me invitaste a pasar a mi habitación en la que empecé a deshacer la maleta guardándolo todo en armarios y cajones, ingeniándomelas como podía con tan poco espacio aunque tampoco tenía prisa por salir al salón dónde te

encontrabas, dónde se encontraba ese auténtico desconocido que conocía de siempre.

Llueve cada vez más fuerte, es como si mis lágrimas golpearan el suelo con fuerza, con la presión de este dolor que me invade con cada recuerdo. Tengo tu fotografía entre mis manos, ese es el único recuerdo físico que me queda de ti, una maldita fotografía, que no dice nada, que no me hace reír, con la que no puedo hablar y contarle mis problemas para que haga que desaparezcan como hacías tú, sólo es eso, una fotografía.

Salí hacia el salón, se había hecho de noche y estabas preparando la cena, recuerdo la gracia que me hizo verte hecho todo un "cocinillas", aunque el plato exquisito de la casa fue una pizza de jamón y queso a mi me pareció la mayor delicia del mejor chef. Esa noche empezamos a hablar y a conocernos un poco más, sobretodo hablamos de lo absurdo de nuestras conversaciones, si es que eso eran conversaciones, en el ascensor, o al cruzarnos en el portal.

Así iban pasando los días, me enseñaste a moverme por Madrid, el paseo de la Castellana, la plaza de la Cibeles, la calle Alcalá, la Puerta del Sol y otras tantas, además de no perderme en las enormes estaciones de tren. Qué pequeña me sentía en ese Madrid que se había hecho tan grande ante mis ojos, pero ahí estabas tú, para reírte cuando perdía un tren o me perdía en la propia estación, yo me enfadaba y al final siempre acababa riéndome.

Al cabo de unos meses ya éramos como dos hermanos, eras el mejor amigo que podía tener, confiábamos el uno en el otro, nos lo contábamos absolutamente todo, nos ayudábamos en los malos momentos, reíamos juntos en los buenos, siempre estabas ahí, en la habitación de enfrente.

Estábamos ya en marzo y llegó el día en que cumplía diecinueve años, no lo sentía como un día demasiado especial la verdad, la tan ansiada espera de la llegada de los dieciocho no era comparable a nada, los dieciocho habían sido la edad del cambio, me había ido a vivir a Madrid, había conocido gente nueva, había aprendido a conducir, y tantas otras cosas que me harían no olvidar jamás esa etapa que se cerraba con la llegada de los diecinueve.

Llegaba cansada de un largo día en la facultad, el calor sofocante de aquel día me hacía más largo el camino de regreso al piso que estaba tan solo a unos metros. Por fin llegué y al abrir estaba todo oscuro, pero casi agradecí la frescura que me daba esa penumbra que invadía la casa. De repente las luces se abrieron con un enorme grito de “¡¡¡sorpresa!!!” No lo podía creer, una fiesta sorpresa, y todo gracias a ti que hiciste que mis diecinueve años fueran inolvidables, a la fiesta vinieron tantos amigos: Raquel, Lucía, Blanca, Miguel, Álex...En fin nunca olvidaré ese gran cumpleaños ni los que vinieron después. Porque hubo tantos más, pasamos tantos años juntos uno enfrente del otro que no podía imaginarme que un día desaparecerías con esa rapidez.

Aquel día también había tormenta en Madrid, ya había terminado la carrera y ese era el día de mi primera entrevista de trabajo en la que esperaba encontrar un puesto como diseñadora gráfica en una prestigiosa empresa. Los nervios me invadían, mi cuerpo se movía por libre sin hacer caso a mi mente mientras esperaba. De repente un hombre alto y delgado, más bien estirado diría yo, con el pelo negro y lleno de gomina, ojos pequeños, aún más pequeños por las gafas de vista y bigote se acercó a mí diciéndome que ya podía pasar que me iba a entrevistar. El tipo en cuestión me pareció algo más amable que a primera vista pero no tenía muchas esperanzas tras la entrevista, me había puesto nerviosa y no estaba segura de haberlo hecho bien. Llegué a casa destrozada y ahí te encontré, sentado en el sofá leyendo un libro. No hizo falta mediar palabra para que vinieras a preguntarme qué me pasaba y yo acabé discutiendo contigo y gritándote sin motivo. Lo siento tanto, siento tanto no haberme disculpado en su momento por haberte culpado de mis problemas y haber dirigido contra ti toda mi frustración...

Al día siguiente era el cumpleaños de Raquel, habíamos quedado todos para comprar los regalos que finalmente fueron un enorme oso de peluche y un álbum lleno de fotos de todos juntos que no hizo llorar a la mayoría. Tú y yo apenas mediamos palabra hasta llegar la noche, cosa increíble entre nosotros, me sentía fatal porque sabía que yo era la culpable pero mi maldito orgullo me impedía acercarme y disculparme. Recuerdo que me llamaron de la empresa diciéndome que

¡¡¡estaba contratada!!! No lo podía creer eso era un sueño, empezaba al día siguiente a primera hora, me sentía tan feliz y a la vez tan triste por no poder compartirlo contigo.

En la cena te sentaste a mi lado y empezaste a hacerme bromas como si no pasara nada y ahí se quedó todo estuvimos como si no hubiera pasado nada bailando y riéndonos con los demás. Recuerdo cuando te conté lo del trabajo y te pusiste casi más contento que yo, ahora trabajaríamos muy cerca los dos y podíamos comer juntos, cosa que hacía mucho ya que no hacíamos.

Esa noche nos pasamos con la juerga y tuvimos que dormir en casa de Raquel para no coger el coche. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, como si te estuviera oyendo decirme: “no es una buena idea que cojamos el coche, quedémonos en casa de Raquel, total hay una estación de tren cerca para ir al trabajo mañana...”

Qué caras nos han costado esas palabras, una frase puede cambiar el curso de nuestras vidas, pero claro, nosotros no podíamos saberlo...

A la mañana siguiente escuché tu voz tu voz despertándome, me era imposible levantarme, habíamos dormido menos de cuatro horas, y lo único que podía repetir era: “cinco minutos más, por favor”. Mientras Raquel y tú os reíais de mí. Al fin me levanté y me arreglé como pude para ir algo decente el primer día de trabajo. Llegando a la estación y mientras esperábamos el tren recuerdo como se



nos cerraban los ojos hasta el punto de que casi perdemos el tren, tuvimos que correr como locos para acanzarlo y no llegar tarde.

Una vez en el vagón miré a todos y cada uno de los que nos rodeaban, no era nuestro tren habitual por lo que cada pasajero era un completo desconocido antes mis ojos. Es como si lo viera ahora mismo: ese anciano con su boina de cuadros y su bastón jugando con su nieto al “veo veo”, esa mujer embarazada que tal vez conocería ese día el sexo de su bebé, ese bebé dentro de un carro llorando sin consuelo ante una madre que no sabía cómo hacer para calmarlo, esa chica de mediana edad escuchando música y metida en sus pensamientos, esos y tantos otros a los que me contenté con observar desde mi asiento sin ni siquiera plantearme dirigirles la palabra, saber algo sobre sus vidas y contarles algo sobre la mía.

El tren avanzaba y cada vez tenía más sueño, tú me miraste y me dijiste que tenías que decirme algo y yo me limité a decir: “al llegar a Atocha me despiertas y me lo cuentas”. Cerré los ojos y me dormí pensando en el sonido de tu voz despertándome para bajar y decirme eso que querías comentarme, pero no fue tu voz la que me despertó, esa voz dulce y familiar, sino la voz del odio, del fanatismo, del dolor, esas tres explosiones acompañadas de gritos, esos gritos que han quedado en silencio, fueron mi despertador aquel día.

Recuerdo que abrí los ojos y no lo podía creer, estaba todo oscuro, se oían gritos, yo sólo podía llamarte y no encontraba respuesta, tenía tanto miedo, estaba llena de sangre pero no era mi sangre si no la de otros pasajeros, entre ellos tú, que me servisteis de escudo y me salvasteis la vida. Yo sólo quería llorar, dejarme caer hasta desaparecer, aquello me superaba, tú no contestabas no sabía si te volvería a ver, si sabría alguna vez qué era aquello que intentabas decirme en el tren y que no te dejé, no sabía si aceptarías mis disculpas por aquel enfado tras la entrevista de trabajo, no sabía nada porque no te veía, no te oía, no te sentía ya, y esa idea me aterraba. Sólo pude tirarme en el suelo junto a ti y abrazarte mientras repetía indefinidamente: “despierta por favor, despierta”.

Pero eso no consiguió cambiar nada, logré levantarme y sacarte de ese tren, no se de dónde saqué las fuerzas pero te agarré de debajo de los brazos y te arrastré hacia la salida dónde ya habían varias ambulancias, bomberos y de más. No les dejé que me ayudaran, les dije que no estaba herida que la sangre era de otros y volví a

entrar, volví a oír ese llanto, ese llanto del bebé del carro, me acerqué a él y lo cogí para sacarlo y una vez fuera sólo recuerdo que me desvanecí.

Al despertar me encontraba en la camilla de una ambulancia, tenía heridas superficiales y me había desvanecido por la impresión del momento, la primera palabra que pronuncié fue tu nombre, sólo quería saber dónde estabas, si estabas bien, si aún vivías. Nadie me contestaba y eso me hacía esperar lo peor. Salí de esa ambulancia y la imagen del horror apareció ante mis ojos, trenes completamente calcinados, cuerpos por todas partes, gente herida, familiares desconsolados, me hubiera gustado volver a esa ambulancia y encerrarme allí un año entero para no saber nada de lo que ocurría en el exterior.

Entonces alguien se acercó a mí, era un hombre alto y rubio con unos ojos claros llenos de lágrimas y un bebé en brazos, era el padre del bebé que yo había sacado del tren antes de desmayarme. El hombre se acercó y no pudo decir palabra, solamente me abrazó y los dos lloramos, su mujer había muerto, pero yo había salvado a su hijo.

Eso me dio fuerzas para seguir luchando, para ayudar a los demás voluntarios y para atreverme a preguntar por ti. Me acerqué a ese tren, al último vagón, a ese vagón maldito dónde se habían quemado miles de sueños, aún había allí cerca un equipo sanitario, el mismo que me atendió al salir del tren cuando caí al suelo rendida. Me acerqué a ellos con una mezcla de admiración por el gran trabajo que estaban haciendo, y un temor enorme a lo que me pudieran decir. Vino hacia mí una enfermera, una chica joven, de unos veinticinco años, con el pelo largo y negro, a medida que se acercaba su cara cambiaba por momentos, en un principio venía hacia mí con una media sonrisa cómplice, supongo que por lástima, después se fue poniendo seria y cuando ya estábamos frente a frente se inundaron nuestras pupilas. Sólo pude pronunciar tu nombre, y ella no contestaba, sólo negaba con la cabeza.

Finalmente vino un compañero de ella que me dijo: "lo hemos perdido". Y yo mientras lloraba y gritaba, sólo podía repetir: "no lo hemos perdido, nos lo han quitado". Porque así era, yo no perdí un amigo, a mí me lo robaron, me lo robó el odio, la cobardía, la maldad, la rabia, la violencia...

Tantas cosas pasaron ese día y los siguientes, tantas vidas y tantos sueños se truncaron en ese tren. El día 12 de marzo de 2004, tú ya no estabas aquí para verlo, pero España entera salió a la calle pidiendo paz, porque ese jueves 11 de marzo todos íbamos en ese tren, todos fuimos uno y la pregunta que resonaba en todas partes era: ¿por qué? Y sobretodo en mi cabeza pero con una doble dimensión: ¿por qué matar gente inocente? ¿Por qué sobreviví yo y no tú? Esa pregunta me ha martirizado tanto tiempo, tú me salvaste la vida, junto con otros pasajeros que me hicieron de escudo, pero ¿por qué tuve que sobrevivir yo y no tú? ¿Acaso yo lo merecía más? Lo dudo.

No he podido encontrar una explicación, y tras varios años de terapia psicológica he conseguido mejorar, pero aún sigo viviendo en nuestro piso y sigo acercándome a tu habitación, a la habitación de enfrente, para darte las buenas noches como si todavía estuvieras allí y pudieras responder.

Y un día como hoy en el que hace justo cinco años de aquella tragedia, sigo recordando aquello como si hubiera pasado hace cinco días, y aún son las cuatro o las cinco de la mañana, ya ni siquiera sé qué hora es, pero sé que hoy no quiero enchufar la televisión, que no voy a ser capaz de soportar cómo los medios reproducen ese dolor una y otra vez por ser hoy el aniversario. Llevo cinco años sin estar ese día en Madrid este día, huía de estar aquí, pero este año me he prometido que tengo que luchar contra mis miedos y permanecer aquí.

¿Sabes?, hace unos meses cogí mi primer tren desde aquel día, cosas de la terapia, al principio me sentía muy mal, no quería mirar alrededor para no ver a los demás pasajeros y así no recordar sus caras como recuerdo las caras de todos aquellos que murieron. Pero poco a poco todo fue mejorando, llegué a mi destino y no pasó nada así que la segunda vez iba ya más tranquila, pero sigo siendo incapaz de sentarme cerca de gente que lleva mochilas, bolsas de deporte, me veo obligada a cambiar de vagón constantemente, pero espero ir superándolo poco a poco. Eso sí, nunca corro detrás de un tren, si veo que lo pierdo pues lo he perdido, porque me viene nuestra imagen de ese día corriendo detrás del tren, corriendo tras ese destino que tal vez podríamos haber evitado, nunca jamás lo volveré a hacer.

Y te recuerdo, te recuerdo cada día con más fuerza. Muchas veces no puedo evitar sentir odio y rabia hacia los que realizaron esa masacre, cuando me recuerdo a mí misma llena de sangre de gente inocente, cuando recuerdo la impotencia que sentí, ese dolor y sobre todo, cuando miro en tu habitación y allí no hay nadie.

Dejo de pensar ya y me dirijo a mi habitación, no sin antes acercarme a la habitación de enfrente, esa habitación llena de recuerdos e imágenes, para decirte: buenas noches Dani.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **AYNABEL GALERA HURTADO**

Título: Who I am

Centro educativo: IES Miguel Espinosa. MURCIA.

## Who I am

Alguien puede hacer cambiar con facilidad tu forma de pensar. Consigue que no logres dormir. Que se te quite el apetito. Una persona puede hacer que todo lo que tenga sentido para ti, desaparezca. Pero rara vez hay un individuo que logre lo más importante: Que se desvanezca el miedo.

Cerré la puerta de mi habitación con estrepitoso ruido. Permanecí apoyada en ella con un ligero temblor en las piernas, haciendo que la sangre que circulaba por todo mi cuerpo, se escurriera hacia mis pies.

El fuego crecía en mi interior. El vacío se hacía más intenso. Mi cerebro empezaba a desconectarse.

Torpemente, fui atravesando el cuarto, palpando los muebles que encontraba a cada paso a causa de mi ceguera, producida por las lágrimas que corrían abismo abajo por mi rostro. Un pequeño hilo de sangre permanecía tras mis pisadas.

Me senté de un porrazo en la silla, agonizando por cada poro de mi piel. Reviviendo mentalmente lo que no quería que hubiese ocurrido. Lo que había suplicado; rogado. Y me había sido denegado.

Inconscientemente mi mano se fue deslizado hacia la derecha, dejando a la vista su debilidad en cada movimiento. *Hazlo. Acaba ya con todo esto.*

El cajón del escritorio se deslizaba al compás de mi pulso discontinuo. El chirrido de la madera desgastada removi6 una peque1a a1oranza a mi ni1ez, pero aquel posible recuerdo esperanzador fue truncado con una imagen. M1s bien con un objeto. Un utensilio que en poco menos de cinco minutos habr1a zanjado todo lo que no deber1a de haber empezado. 1Deber1a llamar a aquello, "mi salvaci6n"?

Palp6 con mis ensangrentados dedos la forma de un c1ter amarillento, desgastado por los a1os, y con cierta mugre y oxidaci6n en la cuchilla. 1Realmente alguien te echar1 en falta despu6s de esto?

Baj6 la vista, y llor6 desconsoladamente. Ya no importaba que me oyeran. Ya no necesitaba guardar las apariencias de una persona fuerte, segura de s1 misma, y a la que nada le afectaba. Una persona intocable emocionalmente.

1Eso era yo? Comenc6 a soltar una extra1a risa entre mis agrietados labios, haci6ndola cada vez m1s fuerte. Una parad6jica situaci6n ba1ada en l1grimas y comedia.

1Qu6 m1s daba ahora lo que opinasen de m1? 1Importaba acaso mi derecho a pensar en eso? 1A simplemente pensar? 1Verdaderamente ten1a derecho incluso a respirar el ox1geno que hab1a a mi alrededor? Eso no era m1o. Quiz1s alguien lo necesitara m1s que yo. Y no quer1a quitarle ese privilegio. No quer1a ser castigada por ello.

Ten1a fr1o. Me sent1a tan confusa y atormentada por los recuerdos, que una parte de m1 se hab1a desprendido completamente de mi ser, dej1ndome inm6vil.

Recordar. Vivir. Sentir. Sufrir. Recordar. Vivir. Sentir. Sufrir.

Probablemente hab1a nacido para ello. Exactamente en ese orden.

Es posible que mi destino fuera lo que me negaba a creer que ocurr1a en mi vida. Lo que cada madrugada me hac1a despertar empapada de sudor, lo que me hac1a estremecer cuando escuchaba una pandilla de gente cerca de m1. Lo que me evitaba vivir. Ahog1ndome en mi soledad y lamentaci6n. Siempre con miedo.

*//Un autobús. Una carretera. Un País. Unos profesores. Unos alumnos. Un viaje de estudios.*

*Prometían diversión, aventura y risas durante una semana. Algo demasiado atrayente para cualquier niña de doce años, la cual había superpuesto aquellas falsas promesas sobre algo que debería de haber tenido en cuenta antes que nada: Su seguridad.*

*Desde que empezó el instituto todo habían sido problemas. Parecía como si fueras a empezar una nueva vida, en vez de un nuevo centro. Todo era diferente de la escuela. Las personas que aparentaban una bonita amistad, clavaban*



*espadas. Te quitaban la autoestima con múltiples críticas. Tenías que tener buen cuerpo, una personalidad de hierro y autoconfianza para hacerte hueco en aquella selva. Algo que no siempre está al alcance de todo el mundo, y menos de alguien tan benévola, inocente y confiada como Amanda. La cual había sido utilizada, tratada como se había querido, y cuando se había terminado de usar para limpiar todos los problemas de los demás, se habían reído de la mierda que le cubría la cara.*

*Pero Amanda quería dejar todo lo que ocurrió durante el curso para ir a aquel viaje. Quería olvidarlo, como si nunca hubiese existido. Como si yendo a ese viaje todos sus problemas se fueran a resolver. O quizás porque se sentía obligada en cierta manera.*

- *Me quiero quedar en casa – Susurró medio sonámbula a las cinco de la mañana, empezando la cuenta atrás.*

- *No, Amanda, ahora no me vengas con esas, el viaje ya está pagado – Le respondió su madre.*

*No es que en realidad quisiese quedarse. O puede que sí. Pero la verdad es que para ella era un suplicio madrugar. Era su gran debilidad.*

*A pesar de que debería de haber insistido en permanecer arropada entre las sábanas, se levantó, dispuesta a enfrentarse a la mentira tan fantástica que se había creado en su joven mente. Pero un extraño estremecimiento en el cuerpo la acompañó hasta el despido de sus padres, quienes alzaban su mano efusivamente hacia la ventana del autobús que daba a Amanda, la cual lloraba en silencio.*

*Nada más posar los pies en la calle del instituto –que era dónde se iba a recoger a los alumnos- su instinto había dado un vuelco rotundo, y se había dado en las narices con la realidad.*

*Sus “amigas del alma” cuchicheaban entre ellas, mirando de reojo a la solitaria Amanda. Ella no entendía nada, pero en su interior deseaba que en algún momento la necesitaran, aunque tan sólo fuera para usarla, como tantas veces habían hecho antes. Todo con tal de no estar sola.*

*Sin embargo y curiosamente, un pálido y delgado chico con el cual apenas tenía trato, se sentó al lado de ella, que obviamente había estado sola hasta entonces, en las primeras filas del autobús, pegada a los profesores.*

*Congeniaron. Fueron prácticamente todo el camino a la grandiosa Francia charlando y haciéndose fotos. Amanda se lo pasaba bien después de todo.*

*Un viaje de estudios no es un viaje de estudios sin discutir quién va a ir con quién en la habitación del hotel, que normalmente suele ser de tres o cuatro personas.*

*En este caso nadie contaba con Amanda. Prácticamente se le había quitado el derecho a expresar su opinión, sus sentimientos. No existía para intervenir en una jornada con diversión, tan sólo para ser objeto de desprecios, vejaciones e insultos.*

*Ya no eran sólo sus "amigas". El resto del curso se había unido a la gran aventura. ¿Que por qué? ¿Realmente tiene que haber una respuesta lógica?*

*Te sientes fuerte cuando estás por encima de alguien, y sobre todo, cuando ese alguien no hace nada por defenderse. Lo más triste es que no sepa cómo hacerlo.*

*¿Cómo puedes sentirte cuando todo el mundo te odia? Acabas odiándote tú también. Te repugnas. Te quitan la identidad; el nombre. Sólo eres un mote con adjetivos humillantes. Nadie te dice lo contrario, a nadie le importa cómo te puedas sentir. Eres la mala hierba, aquello que sobra en un jardín lleno de caléndulas, rosas y bellas enredaderas trepando por muros de hormigón. Te pisotean, te acabas pudriendo, y mueres.*

*Así se sentía Amanda. Cada segundo se hacía más eterno, más temible.*

*Aquel chico que creía su amigo - el único amigo que habría tenido de verdad en aquel viaje a las tinieblas- era un impostor. Todo el mundo era falso. Todo el mundo quería reírse de ella.*

*Su familia la llamaba todos los días, pero Amanda no tenía ocasión de decir en el infierno en que vivía. No tenía momentos de intimidad. Siempre tenía a alguien que le advertía con tan sólo una mirada que cualquier error que cometiera lo pagaría caro. Así pues, siempre acababa contestando con lágrimas en los ojos "Estoy bien". Pero para ella esa palabra tenía otro significado. Un significado tan desesperante que nadie hubiera podido descifrarlo. "Estoy **Baldía**, **Insegura**, **Excluida**, **Neurótica**."*

*Llegaba el final. Lentamente Amanda iba viendo la luz de la salvación. El despertar de su pesadilla.*

*Su cumpleaños se había producido recientemente. Trece años recién cumplidos y la famosa superstición de aquel número se había visto reflejada en su historia.*

*Lo más bonito que había recibido aquel día habían sido insultos envueltos en lazos rojos, y la felicitación entusiasta: "Si le toca ponerse conmigo en la habitación, la ahogo en la bañera".*

*Sin embargo, Amanda sonreía esperanzada cada vez que el autobús avanzaba unos kilómetros más de vuelta a casa. Todo se iba a acabar. Todo estaría bien de nuevo. //*

Nada cambió. Nada había sido diferente a mi vuelta a casa.

Estar encerrada en ella, con las persianas echadas, y escondida en un rincón, era en lo que se había convertido mi vida en los siguientes tres meses de vacaciones de verano.

Pero el tiempo no se iba a detener. El tiempo me iba a obligar a salir de algún modo de mi guarida. Y eso hacía que las manillas del reloj avanzaran con más fiereza de lo normal. La vuelta al precipicio estaba cerca.

Apreté con más fuerza el cúter, el cual no se había movido ni un milímetro de mi puño cerrado a presión. Lo miré con acritud, y suspiré, aún emborrachada en mis lágrimas.

*Ellos no desaparecerán, hazlo tú.* Las voces en mi cabeza iban ganando terreno en el control de mis acciones.

- ¿Por qué a mí? – Musité para mí misma, haciendo mi voz inaudible. Contraje mi rostro en un indicio de romper a llorar, y caí entre mis brazos, sollozando de desesperación.

Mis padres no habían sido informados de lo que había vivido hasta final de verano, que es cuando me vi atropellada por lo que tanto había temido que llegase. Un paso complicado, conociendo el factor “venganza” y dando fe de que ocurriría.

¿Me tocaría vivir el resto de la vida tapada con una sábana?

Preocupaciones. Denuncias. Indiferencias. Miedo.

Esas cuatro palabras resumieron mi continuación. Preocupación por mis padres. Denuncias por nuestra parte. Indiferencia de los culpables. Miedo de lo que se avecinaba.

Apreté la cuchilla contra mi piel, oyendo un leve crujir de ésta. Respiré entrecortadamente y me incorporé de la silla, asustada, tambaleándome segundos

antes de sentir el equilibrio. Mis pies avanzaron con cuidado, quedando destrozados por el peso de mi cuerpo. Gemí, lloré, y me desplomé sobre el suelo, soltando un leve grito de dolor.

Mi rostro giró inconscientemente hacia mi izquierda, haciendo que se me encogiera el corazón por unos segundos.

El reflejo. Una imagen de un rostro idéntico al mío, en un espejo que decoraba la habitación, fruncía el ceño sin dejar de mirarme. La sangre que caía por mi frente me impedía ver con claridad, pero la chica que se imploraba delante de mí, tirada sobre la alfombra de su cuarto, y girada hacia mi persona, tenía un aspecto limpio, con el pelo recogido en una coleta mal colocada, y un casi imperceptible corte en su muñeca izquierda. Pero sus ojos estaban absortos por las gotas de agua que se desprendían de su lagrimal.

Me arrastré por el suelo, y ella hizo lo mismo. Nos fuimos acercando poco a poco la una a la otra, y alcé mi mano en un intento de palpar la suya.

Sentí una extraña felicidad. El contacto de su piel fría y blanquecina con la ensangrentada y moribunda de la mía, irradiaba en mí una desconocida tranquilidad, haciendo que todos los miedos concentrados en mi apretado estómago se difuminaran lentamente.

- Una parte de ti está en algún lugar profundo debajo de tu piel, desentiérrala –  
Murmuró aquella dulce chica.

Y me desmayé.

- ...Cumpleaños feliz! – Terminó de cantar Mar, la cual abrazaba con entusiasmo mi espalda, esperando a que soplara las velas de aquella tarta de nata y chocolate que había preparado ella misma, antes de venir de Sevilla.

- No quiero envejecer.

- ¿Dieciocho años? ¿Envejecer? – Su rostro se comprimió en una pequeña mueca de incredulidad.

Reí y me apoyé sobre mis brazos, los cuales se posaban placidamente sobre aquella mesa de madera, quedando adormilada por la brisa de la playa que entraba por la ventana.

Palpó mis manos e hizo un fallido intento de elevarme.

- Sopla las malditas velas pedazo de vaga – Bromeó tirando todavía más fuerte de mis extremidades.

Un frívolo cosquilleo que nació de mi muñeca me hizo incorporarme bruscamente, tirando al suelo a mi mejor amiga.

- Perdona – Masculló, rompiendo aquel lapidoso silencio que perturbó la habitación, quedando nuestras miradas en tensión. Sin hacer el más mínimo movimiento.

- Lo siento – Balbuceé volviéndome a sentar en la posición inicial, con la vista perdida, aterrada.

No era la primera vez que experimentaba aquel hecho inexplicable. Cada vez que alguien me rozaba un punto exacto de mi muñeca derecha, mi cuerpo apreciaba una sacudida, dejándome aturdida y con la mente llena de recuerdos indeseados.

Había luchado por salir adelante, apoyándome en las personas que poco a poco - y para mi sorpresa- habían aparecido a lo largo de mi adolescencia.

Intentaba cada día olvidar lo que había vivido. Sentía vergüenza de mí misma. No quería que la gente me recordara por algo que no había provocado yo.

Lo aceptado y lo que no llamaba la atención en la sociedad era haber tenido una infancia normal y sin preocupaciones. Feliz y desenfadada. Con muchas amistades y grandes recuerdos de la escuela. Y quería pintar aquella evocación inexistente en mi vida, formando a ser parte de mi recuperación. Al fin y al cabo te lo vas creyendo, y llega un momento en que sonríes sin dificultad, y tu grado de desconfianza en la gente que te rodea no es tan grande. Sin embargo, cuando tienes algún recuerdo real producido por cualquier objeto, palabra, o imagen, el sentimiento de angustia es mayor.

- En serio, disculpa, no me había dado cuenta – Se levantó con facilidad del suelo y se apresuró a abrazarme, dándome un pequeño beso en la sien.

- ¿Por qué no se borra? ¿Por qué sigue volviendo a mí? ¿Por qué experimento de nuevo ese miedo? – Le pregunté con ansiedad.

- Afróntalo – Susurró, masajeando mi pelo con suavidad – Supéralo. Ellos son los débiles por dentro, tú eres fuerte. No tienes necesidad de hacerle a nadie lo que te han hecho a ti para hacerte sentir mejor – Cogió mi humedecida cara y la elevó para mirarme a los ojos – Y te aseguro que jamás estarás sola.

Bajé la vista, y me aclaré la garganta. Mis ojos quedaron fijados en la tarta, la cual lentamente iba derritiéndose, quedando una bonita imagen superpuesta de marrón con blanco.

Respiré hondo, y toqué mi corazón. Seguidamente me dispuse a tomar aire en mis pulmones sintiendo la mano de Mar sobre la mía, estremeciéndome. Le dediqué una pequeña mirada de agradecimiento, y centré mi atención en aquella llama de fuego que se tambaleaba ante mis ojos, burlándose en sus movimientos. Soplé hasta llegar al éxtasis.

# MODALIDAD C

(de 20 a 23 años)

Primer premio

Autor: **MARÍA JOSÉ FERNÁNDEZ VERDÚ**

Título: La mala sombra

Centro educativo: Facultad de Comunicación. Universidad de SEVILLA.

## La mala sombra

La vida de antes, cuando la lectura o el quehacer se sostenían simplemente hasta el consumo del aceite de la lámpara, oponía una paciencia infinita a la urgencia que venían trayendo de fuera los tiempos modernos. Usted lo recordará, cuando lo ordenaron, toda la familia recopilando agua con que adecentarse la condición ahora que había un vástago ocupado en los ministerios de Nuestro Señor, pero todo hecho con paciencia, detenidamente, repeinada la raya transversal del pelo una vez almidonado el traje. Maquinaria no había sino la imprescindible. No se veían coches como hoy día, si acaso algún mulo ayudaba a dar portes de pueblo a pueblo. Tampoco necesito recordarle el aspecto desportillado de mi pieza, ni el rezumar del óxido en los quemadores del infiernillo de carbón y en los calderos. Y pese a todo vivía. A los niños les daba miedo pasar por mi choza, la vista desde fuera de mi cocina, y atribuían el poder devastador de la pobreza más a un aura maligna de obligada presencia resultante de mis supuestos convenios con el averno. Cuando bajaba a comprar al pueblo gritaban a mi paso ¡ahí viene la bruja, la bruja! Pero lo cierto es que era pobre como un roedor de alcantarilla, una desheredada en el sentido estricto del término, porque su madre (que fue la mía) me expulsó de la casa donde vivíamos apenas cumplidos los veinte años. Mas gozaba de otra clase de favores, para algunos ciertamente inadecuados. Usted y yo sabemos, en cambio, que no todo el mundo tenía esa opinión, pues en el pueblo mi baraja fue muchas veces

consultada, y asimismo se me encargaron sortilegios de toda clase con los que aviar uno u otro inconveniente.

Fui bruja desde siempre, si gusta usted de tan cursada nomenclatura. Sabía componer cataplasmas para el alivio de diversas dolencias, brebajes mágicos y salmodias con que incentivar la suerte y el cumplimiento de los propósitos. Cuando mi madre, la suya, se percató de mis habilidades y de la asiduidad con que las vecinas recurrían a ellas, siendo como era quizás la beata más dedicada del pueblo, me echó a escobazo limpio de su casa con la advertencia de que no volviera a acercarme a ella, o de lo contrario acudiría al cuartel de la Benemérita para levantar acusación formal contra mi persona. No fiándome de la justicia humana mucho más que de la divina, terminé por acatar la orden y no poner un pie más en el que había sido hasta entonces mi domicilio. El resto de la familia, supongo, incluido mi padre, que la secundaba en todo, debió de cumplir con su parte y olvidarse de mi existencia, pues no volví a ver a ninguno de mis parientes salvo a usted, que desafió la ley materna durante un tiempo con la bondad que le fue innata, y de vez en cuando me acercaba si podía las malogradas sobras de alguna matanza. Eso hasta que lo hicieron cura. Porque fue calzarse la sotana y perderlo a usted también de vista, se convirtió para mí en otro extraño, un desconocido presuroso que enfilaba en diagonal el empedrado de la calle si nos cruzábamos por un casual. Los vi entrar a todos juntos ese día en la iglesia, la familia completa, feliz, el fotógrafo preparado para cuando terminara la ceremonia de investidura, y ustedes acicalados para el retrato y dignos como si fuesen casta de zares. Se creían acaso responsables de algo, ejemplos de algo, unguidos tal vez con algún poder. Pobres ilusos, se me ocurría, viéndolos tan rectos por la calle farfullando en lengua muerta, como yo misma solía hacer con frecuencia, sólo que ustedes la empleaban para conjurar los demonios y yo para invocarlos.

Ahora, al cabo del tiempo, le hago llegar estas líneas porque a mi juicio no ha dejado de ser mi hermano, mi mismo plasma, a pesar de que a la hora de emplear el vocativo nos llamemos de usted por obra quizás del vernos cual extraños. Me pregunto si en lo más hondo de su ser no habrá anhelado alguna vez tener noticias

mías, saber algo, al margen del presunto cometido celestial que le viene ocupando desde la juventud y que le impide relacionarse con magos apóstatas y hechiceros de proterva circunstancia. Yo sí le andaba espiando en un principio, triste y quejumbrosa pero habituada en definitiva al desprecio. Solía apostarme detrás de las cortinas para verle pasar con el cortejo que venía en procesión al monte todos los años pidiéndole la lluvia a San Restituto, nimbado por la ávida humareda que resulta de la combustión del incienso y guardado por las varas de conífera y los escapularios de las mujeres. Visto así, inmersos usted y la plebe en ceremonial tan solemne, no me parecía que distasen mucho en maneras y procedimientos su liturgia y su misión de las mías. De hecho, muchas de las que le acompañaban en la ascensión de la peña oteando el cenit y con las manos enredadas en las cuentas del rosario, tenían por costumbre acudir a consultarme el futuro y a comprarme la magia. Con usted pedían borrascas, que es al fin y al cabo tarea que compete al cielo, pero a mí venían cuando necesitaban hablar con los muertos, saber la conveniencia de sus decisiones o descubrir si el marido les era infiel. La mayoría de las veces terminaban por ahorrar unos cuartos de más para que les urdiese una venganza, ya fuera contra el esposo si resultaba ser adúltero o contra una vecina especialmente afortunada. Durante años estas actividades me sirvieron de sustento, y lo cierto es que no me siento orgullosa de haberlas llevado a cabo, pero tampoco me arrepiento. De algo tenía que servirme para poder comer, y qué mejor que mis naturales dotes para comunicar con el bajo y valerme de sus recursos. Usted no solía censurarlas cuando venía a visitarme, después de mi marcha. Tenía tan asumido que su hermana era bruja como el que su padre fuese jornalero. Pero imagino que le fueron educando a la par para hombre de bien y para religioso, y su tolerancia se vio disuelta en un torbellino de fe, mitología y dogma.

Hace días quise ver mi antigua casa, la choza medio en ruinas que me valió de vivienda sita a las afueras del pueblo, en el camino hacia el monte, algo escondida para que el ajetreo de lo consuetudinario no me espantase a las ánimas. Allá al socaire de su maltrecho esqueleto inventaba y practicaba yo mis encantamientos y recitaba los ensalmos que iba componiendo. Por desgracia descubrí que terminó por venirse abajo después que el tiempo la empolvara y descascarillara la estructura. Ni

una sola piedra vi con el fin de marcar el lugar en el que vivió y ejerció su profesión una reputada bruja. Han dejado que la casucha se arruinara y se abatiese sobre los pocos objetos que todavía sabían recordarme, lapidando así mi vida como si yo jamás hubiese existido, como si nunca les hubiese levantado los naipes, leído las manos o embrujado a sus hombres con sangre del menstruado. Pueblo de desagradecidos. Pero he decidido no enfadarme sino lo justo. A estas alturas poco sentido cobra ya el conmemorar la deuda que ese vulgo de zopencos contrajo conmigo en cierta hora. Sin embargo, el motivo de esta misiva no es otro que el hacerle conocedor de esa deuda, y en consecuencia del trato previo fijado entre sus feligreses y yo, así como de algunos hechos que usted atribuye a la obra feroz de la Providencia y que no pertenecen a más manufactura que a la mía. Pero vayamos por partes.

Usted llevaba poco tiempo ordenado cuando se nos murió a ambos la madre, ¿verdad?, atacada de una enfermedad pulmonar de ésas que tanto abundaban entonces. Yo lo supe mucho antes de que ocurriera, porque confieso que a menudo consultaba el Tarot para saber de ustedes. Vivía obsesionada con seguirles la pista y soñando las desgracias que tendrían que sobrevenirles por haberme tratado con tamaño menosprecio. No obstante, no quise que nuestra madre se muriera, porque el destino tenía previsto



obsequiar a la familia con una serie de acontecimientos que me hubiera gustado

verla protagonizar. Intenté alargarle la vida con toda suerte de recursos y peticiones a las calderas de abajo, pero al final las tinieblas hubieron de tragársela sin remedio. Piense que la tuvo en este mundo unos años más gracias a mí y a la prórroga que le logré, de lo contrario se habría muerto la primera noche que la vieron esputar sangre. Eso sí: de cielo nada, se achicharra viva en los infiernos de los que tanto despotricaba.

Al morirse ella, padre se desentendió de la economía de la casa y de la educación de los menores de nuestros hermanos. Iba y venía del campo a la taberna sin exigir siquiera la pitanza del día cuando llegaba de madrugada a dormir, pues nuestro linaje es de estómago cerrado cuando bebe. Usted todo esto lo sabe bien porque tuvo que hacerse cargo de costear la supervivencia de los más pequeños, cuyos mínimos sueldos no daban para lo fundamental que requiere una institución de tan copiosa militancia como lo fue invariablemente nuestra familia, dotada desde siempre de una matriz que paría con más facilidad que las gatas callejeras. Al menos, una vez muerto el perro se terminó la rabia, y no volvió a nacer en años otro crío en esa casa. De modo que la situación pudo ser controlada, pero costó. Me hubiera encantado ver en ésas a mi madre, presintiendo cómo su marido se daba a la dipsomanía y más tarde a la procacidad, que es adonde todo el mundo sabe que conduce la borrachera. Aparte de mi maña con las cartas tenía tan pormenorizado conocimiento de las vidas de ustedes debido a las visitas que con frecuencia recibía de las mujeres del pueblo, que me contaban con pelos y señales las andanzas y desventuras del progenitor y la progenie.

Un día vino una muchacha a la que no reconocí, algo lógico si se tiene en cuenta que, desde mi marcha, los niños del pueblo habían tenido tiempo más que suficiente de hacerse adultos. Llamó a la puerta de la cabaña con un golpe flojo y trémulo, como si en el fondo esperara no encontrarme dentro. Al abrir la puerta la hallé atemorizada y medio temblando, así que la hice entrar y le serví una infusión de yerbas. Ay, señora, perdone pero es que siento mucha vergüenza, no tenía que haber venido, se excusaba, pero es que quiero saber algo de una persona, adelante, decía yo, haciéndola arrimarse a la mesa donde echaba las cartas, y luego ella

sofocada, con la respiración exhausta y rota, puro nervio, no sé si debería, no lo sé... Tardé al menos un cuarto de hora en convencerla de que me dejara mirar si ese hombre era o no de su conveniencia, frase que en cuanto pronuncié la hizo enrojecer. Finalmente accedió, y tuve que pedirle que me revelara algunos datos sobre el enamorado en cuestión: estuvo casado pero ahora es viudo, trabaja en la hacienda de don Pedro, tiene diez hijos..., once, pensé yo, la gente habla y se dice que es un pependenciero, que cierra todas las noches las tabernas... Yo asentía en tanto le iba leyendo primero los ojos que la baraja, se la puse delante y la hice cortar, desplegué la primera tirada y ella no dejaba de hablarme y de ponerse colorada, buscando más la confianza que el augurio y la lectura. Bueno, reina, mira: aquí te sale el colgado, ¿pero eso no es malo?, pregunta ella en su inquietud, no, no, mi vida, no, depende de la postura en la que salga y de muchas cosas, te ha salido bocabajo, mira, me está diciendo que a lo mejor ese hombre es un poco dado a la jarana, le gusta hablar con la gente y divertirse, nada malo, pero le da a diario la una de la mañana y no sabe cortar, se enreda, ¿lo ves?, no tiene límites, pero tú sabrás hacer que eso cambie, lo dice la sacerdotisa, que podrás controlarlo con paciencia y él renunciará a esa costumbre y sólo tendrá ojos para ti, mi niña. La tonta se reía en vilo, cegada por la niebla que trae la inexperiencia. ¿Y le has dado ya el virgo, muchacha, o todavía te lo guardas?, ay, no, señora, por Dios, eso no, me guardo para cuando me case, una cosa es hablar y otra muy diferente... eso, pues ahí está el origen de tus problemas, mi niña: ese hombre no se ata a ti porque no te dejas, lo estás privando de lo que más codicia, tu cuerpo, y eso no puede ser, tienes que entregarte a él, es la única manera de que se tire a tus pies, así son los hombres, mi amor, no como nosotras, que nos enamoramos y nos vale con su compañía, su palabra, con un beso tal vez pero nada más, ellos en cambio lo quieren todo, meterse en nuestra ropa, en nuestro cuerpo, es lo único que les hace venerarnos, así que si quieres retenerlo y que no se te encabrite y vuele, que eso es lo que quieres, ¿no?, pues dale todo, todito, y no seas tonta, que Dios hizo al hombre y a la mujer animales por algo, si no los habría hecho de aire... Al salir de mi choza la pobrecita iba corriendo en busca de mi padre, su amante, roja como un tomate pero decidida

a que esa noche le entregaba al desgraciado su más preciada virtud en Dios sabe qué rincón a oscuras.

Usted, que vivía en el refugio de su sacristía, un tugurio más lúgubre si cabe que el mío, lleno de polvo, con olor a humedad, a naftalina y a viejo, no sabía nada de nada, ¿cierto?, o no quería saberlo. Se limitó a limpiar su conciencia pagando una comida al día para su parentela, sin querer en el fondo averiguar la naturaleza de los pecados de su padre ni aconsejarle la redención, porque pecados que no se oyeron nunca existieron. Él, pobre hombre, no hizo sino librarse del yugo de la mojigatería que durante décadas había imperado en el hogar, convencido de que teniendo un hijo cura jamás podría acabar en el infierno. Como es lógico, se equivocaba.

Una mañana venía yo del monte de coger setas y semillas de estramonio, y allá me lo encontré en mi puerta, agazapado como un animal, confuso. Le apestaba la ropa a humo del tabaco y llevaba la camisa sucia, el pelo revuelto y las comisuras de la nariz a la barbilla llenas de llagas. No estaba borracho pero andaba mareado y con fatiga por la resaca. ¿No ha ido a trabajar hoy, padre?, le pregunté, como si lo hubiera visto por última vez el día anterior en lugar de hacía ya diez años, y él se limitó a negar y agachó la cabeza, luego quiso decir algo y se le quedaron la lengua trabada y los labios pegados de lo seca que tenía la boca. Lo hice pasar y le di de beber agua, amén de ofrecerle algo de comida fría que rechazó alegando malestares estomacales producto del exceso. Lo senté en la mesa de las cartas y ninguno dijo nada, barajé, tendí, cortó, dispuse, levantó, leí, se sorbía los mocos y tuve que darle un trapo viejo que tenía a mano. Aquí está la sacerdotisa bocabajo, sin lugar a dudas mi madre, que lo sigue manejando a usted desde el infierno, sentencio, y él, no digas eso, tu madre era una santa, imposible que no fuera a parar al cielo, y está seguro de que el fanatismo extático de mi madre era un trampolín directo al paraíso, pues le sorprendería saber, padre, cuantos santos creyeron que lo eran y fueron a caer de boca en el fuego eterno... Él se remueve en la silla porque no sabe pero empieza a saber, ¿y ahora qué viene?, se enjuaga la boca con otro sorbo de agua, ahora el ermitaño, padre, invertido otra vez, y tiene que ser usted: vicio, inmadurez, falta de prudencia y un enemigo oculto, alguien que usted no imagina espera

tenderle una trampa, el hombre se encoge de hombros, la palidez le viene con la resaca, de serie, no se asusta, ¿no tiene miedo, padre?, y niega con la cabeza, todo lo que me pase me lo tengo merecido, concluye, frotándose la boca con la mano como si quisiera quitarse el regusto a alcohol viejo y deshidratación. Ahora la justicia, al derecho... Después de diez años le dediqué la tarde que su confesionario jamás le había ofrecido, jugué su papel, porque el páter aquí es usted y tenía que haber sido usted quien oyera aquel día sus golpes de pecho y su reconcomio tartamudo, pero fui yo quien le extendió finalmente la receta, no de un avemaría ni de tres padrenuestros, sino de la única medicina que logra reanimar a un hombre que tiene el pecado por costumbre: siga usted pecando, padre. El único fin que había llevado a aquel pobre diablo hasta mi casa era la gana de oír algo semejante, y de conseguir de paso un remedio que le ahorrara las habladurías, no más, procure evitar la luz del día, vaya a la taberna si le place, beba hasta derramarse usted mismo por el suelo, pero al caer la tarde vuelva a su casa y haga como que se duerme, luego se levanta con sigilo, de madrugada, coge la escopeta, se echa una sábana clara por la cabeza a la que habrá abierto dos agujeros pequeños previamente a la altura de los ojos, para poder ver, luego campe por el pueblo a sus anchas, reclute su séquito de crápulas, visite a las viudas en sus dormitorios, cite a las amantes donde sea que las suela ver normalmente, todo en secreto, que nadie sepa, siga usted pecando, padre. Él se limitó a asentir, ni me miró, dejó un billete encima del tapete de la mesa, poco dinero para tanto tiempo de carencias, y farfulló otro me lo tengo merecido, con los ojos clavados en la tela negra, no crea que me trago lo del arrepentimiento, los borrachos sólo se arrepienten un rato por la tarde del día siguiente. Luego se fue, y no volví a verlo hasta unos años más tarde, cuando entró por la puerta del averno reservada a los muertos por coma etílico o enfermedad hepática y cardiovascular.

He aquí el origen de los fantasmas que ocupan las calles del pueblo hoy todavía. Por los alrededores se empezó a extender la leyenda de que en la madrugada las ánimas salían a rehacer sus vidas truncadas con aire inextricable y níveo, y en su etéreo paseo ahuyentaban a los vivos con terribles alaridos. No era ni más ni menos, páter, que el cortejo de rijosos tontos del haba que nuestro padre logró reunir para continuar con sus fechorías nocturnas y que nadie les pudiera delatar ni desbaratar

la parranda. A ellos se sumaron viudas lascivas ávidas de clandestina cópula, que transitaban rúa por rúa en la búsqueda de algún macho solícito. Todo cristo acabó por hacerse con el disfraz de camuflaje para bogar la noche e irse de ronda. Y hasta las putas, tentadas, pese a que poco les quedaba ya que esconder, se sumaron a la costumbre por diversión. Todos conocían el origen del invento, y me consta porque los más me lo vinieron a aplaudir a mi misma casa. Pero también porque algunos no supieron apreciarlo, y así me lo hicieron constar de igual modo.

Un día volvió la muchacha que acudió a mí una vez en busca de ayuda, pero en esta ocasión golpeó la puerta fuerte, clavando los nudillos en el material astillado. Tenía algo distinto en la cara, los ojos hundidos, los pómulos convexos sobresaliendo de la calavera. ¡Ha sido usted, ha sido usted!, le dio por gritar a la pobrecilla, de modo que me vi obligada a arrastrarla dentro de la choza y la hice sentarse, ¡no, yo ahí no me siento, ahí se sienta el Diablo!, le puse a hervir la infusión de yerbas e intenté calmarla tomándole las manos, pero me las rechazó, ¡no me toque, no me toque, me ha robado a mi hombre!, gritaba como loca, poseída, y yo no lograba entender qué había visto en nuestro padre para desearlo con tanto ahínco. Yo no te he robado nada, mi niña, simplemente el Diablo le quitó el juicio definitivamente, y tú no supiste encauzar su comportamiento por lo que veo, sorbió la primera cazada que le fui colando en silencio, dime, niña, ¿qué es lo que te ha hecho?, ¿se ha ido acaso con otra mujer?, ella asintió recuperando el llanto, pero vamos, no llores, no te tortures, ya vendrá otro que sepa ocupar su sitio, que querrá ser tu marido y no te abandonará por el Demonio, maldita sea la leche que le dieron de mamar mil veces, puro teatro el mío, pero usted no ha visto como está el pueblo, otra vez ella, la gente entra y sale de sus casas por las noches cubiertos con sábanas y armados de escopetas para verse y fornicar en cualquier parte, y beben, se caen por el suelo, lo llenan todo de vómito y al día siguiente ni las bestias quieren pasar por los caminos por cómo huelen, mientras ella bajaba la cabeza para que no la viera llorar en mi boca se iba perfilando la sonrisa acreedora, el olor de la venganza, ...y el cura no dice nada, no se lo cree, el muy tonto, mantiene correspondencia con el arzobispado, que le ha pedido cuentas del asunto, y todo lo que sabe decir es que son almas atormentadas que se ve que han encontrado en este pueblo su idóneo

refugio, así lo dice, y por más que las mujeres se lo repiten día tras día en confesión, que no, páter, que son nuestros hombres y las putas que los buscan, van disfrazados, si se los cruza en la calle le encañonan a uno y lo repelen a aullidos, para que se vaya, pero el cura que no y que no, obcecado, que son almas en pena, fantasmas que deben hallar reposo... ¿Sabes qué vamos a hacer, mi niña?, vamos a dejar que el pueblo se despache a gusto, que los maridos cometan adulterio y las fulanas ganen su jornal, pero vamos a vengar tu honra y será como volver a ponerte en su sitio el virgo, porque yo no diré nada y tú tampoco, y si ambas callamos serás pura como el primer día para todos los demás, y Dios no te lo tendrá en cuenta porque has sido burlada por un pecador, de modo que arrepíentete, reza y que Él te alivie, pero de momento vamos a dejar a ese hombre incapacitado, que no fornique más, ni con las decentes ni con las otras, sí, señor, ¿ves como ya sonrías?, muy bien, así, bebe un poquito más, sólo un sorbo, mira, te diré lo que tienes que hacer, tienes que meterte en su casa, cuando no haya nadie o con cualquier excusa, te vas y le quitas del peine varios pelos, cortos, asegúrate de que sean suyos, ¿me has entendido?, y cuando los tengas me los traes y yo me encargo de su sino, por la Virgen que le haremos pagar su pecado...

Ella se fue, tardó unas horas y volvió con un hatajo de pelo castaño con algún brote ya cano envuelto en un pañuelo de tela. Allí me lo dejó temblando, tan recelosa como el primer día. Y no era para menos, qué razón tenía. Se bajó al pueblo en seguida, la muy desconfiada, otro día vengo y le pago, señora, que no he podido traer el dinero, y yo, nada, no te preocupes, mi niña, te pensaba dejar la faena gratis, como regalo. Debí suponer que aquella sonrisa torcida traería consigo algo malo. Y digo que si lo trajo, porque la desgraciada corrió a su casa y se sentó a esperar en la cocina, y yo fui a lo mío, y al cabo de medio litro de agua cogida del manantial los idus de marzo, una raíz entera cocida de mandrágora arrancada durante las calendas, un escupitajo y varias piedras del monte de color amarillo, volqué en el caldero los pelos y recité el conjuro mágico. Los chillidos de la infeliz se oyeron desde mi cocina, y en un principio creí culminada mi empresa. Mas cuando vino la Guardia Civil a prenderme supuse que alguien no había cumplido con su parte del trato. La muy miserable, con el miedo en el cuerpo, había arrancado los

pelos de una pelliza de chivo que tenía el padre guardada en el ropero para el invierno. Cuando la vio trotar escaleras abajo dándose golpes contra las paredes supo cuál era la naturaleza de mi plan y, ni corto ni perezoso, me denunció a las autoridades. Después de unos días en el calabozo, donde no hallé ni un triste trapo con el que hacerle vudú a esa mal nacida, la Benemérita me soltó en mitad de la plaza, dejándome al recaudo de una horda de pueblerinos coléricos, que por cierto supieron olvidar con increíble presteza la multitud de cosas que una servidora había hecho por ellos con anterioridad, especialmente lo de darles ideas para que pudieran seguir pecando.

Como ya podrá imaginarse, desde ese día habito en el infierno, con su padre, con su madre y muchos más que usted ni se figura. Esta carta tiene como fin ponerle sobre aviso: hermano, no luche, no desperdicie su vida durante más tiempo, porque por más que se arrepienta ya tiene catre y colchón aquí abajo. Si su religión se lo permite, expíe sus pecados y arrepíentase para limpiarse el pecho. No habrá sido en balde el rezo, pues de esa manera. Mas la eternidad, convéznase, habrá de pasarla al abrigo de la mala sombra, como la vida, ya que parece que ésta ejerce sin remedio su influencia sobre las ramas de nuestro árbol de la genealogía, desde siempre y hasta el Día del Juicio. Espero verle pronto, pues.

Su hermana que lo quiere.

Segundo premio

Autor: RUT SANZ MONTAÑA

Título: Hiperversiones y perversiones

Centro educativo: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de VALLADOLID

## Hiperversiones y perversiones

Acariciar arrugas al otro lado de la cama. Saborear nostalgias mal cocinadas, poco hechas. Oler a rancio por angustia tan experta. Mirar en el espejo una imagen jamás conocida. Escuchar compases desiguales y caóticos. Desnúdese de cosas. Lucía. Lúcida. Lucida.

### 1. Tacto.

Caos. Empujones. Gritos. Multitud. Bombines y bombones. Chocolate. Humo y malos humos. Cachis. Rayas. Rojas y negras. Emociones y decibelios desbordados. Espacio vital: cero. Entre la masa heterogénea de almas aullando versos de Sabina, lo desarmé por dentro entrevistando sus miedos vulgares y su profundo amor gratuito. Qué desigual. Qué injusto. Qué adolescente. Salpicados de alcohol lo miré: días de desenfreno, locura positiva, sueños de neón, habitaciones ventiladas y no pocos puntos suspensivos que siempre habían continuado con capítulos mal hechos desde que yo había regresado. No era la misma. No podía desatarme de ningún instante que había pasado allí, contigo. No podía y no quería. Que no. Pero me regalé una diminuta tregua: igual era solamente la resaca emocional de mi vuelta. Ya veríamos.

*Más de cien palabras, más de cien motivos / para no cortarse de un tajo las venas, / más de cien pupilas donde vernos vivos, / más de cien mentiras que valen la pena.*

Escuchando ese estribillo en medio millón de bocas desconocidas, supe que no estaba haciendo las cosas bien; pero, ¿acaso había forma alguna de hacerlas mejor? No. La crudeza de las últimas semanas me había dado una buena lección: patadas en el estómago que alcanzan el pecho hasta prohibir respirar durante un rato largo. Y fue entonces cuando la tormenta de nervios se deshizo en lágrimas, ocultando un infierno interior sin poder evitar acurrucarme, desesperada, en el suelo, desahogando silencios obligatorios. Mi caja de Pandora se abrió un poco. Fede me preguntó qué me pasaba sin mucho interés, haciendo un teatro malo de títere asustadísimo: él estaba a lo suyo, con sus colegas borrachos. Le contesté que nada, llamándole idiota cariñosamente para que me dejara tranquila. Me pidió serenidad y ausencia de pensamiento: "Tú no lo pienses y disfruta, ¿eh?". Yo me limité a asentir con la cabeza ida. Él, cómplice facilón de mi sonrisa cierrabocas, me besó como quien lame un sobre para una madre y siguió pendiente del concierto. Era un buen tío. Yo sabía cómo lograr que continuara siendo esa marioneta acartonada de alma blanda. Joder, casi nunca se enteraba de nada, aunque esta vez era mejor así. Si hubieras estado tú, aquella conversación jamás habría tenido lugar: habrías libado mis lágrimas y me habrías llevado en brazos hasta el coche para desnudarme por fuera y por dentro. Pero el escenario mágico era una mentira. No valían mis esfuerzos forzados. Únicamente quedaban las trampas de un sueño roto. Ya no disfrutaba de las pequeñas cosas desde que probé, contigo, las grandes. Tenía unas ganas terribles de salir de aquel estadio. Qué agobio. Aguanté estoicamente las ganas de vomitar obligándome a respirar profundamente para que pasara el efecto del alcohol mientras rezaba, estúpida, que no volvería a beber. Tan típico. Hasta la próxima: más y mejor. En realidad lo sabía. Lo que me atormentaba no era dónde sería la siguiente copa ni el siguiente desfase con música y bebida barata en plástico con olor a bolsa de basura. No. Lo que me atormentaba era la idea de buscarte sin descanso en cualquier rostro no conocido, en cualquier tierra que no era la mía. ¿Y el siguiente polvo? Dios, no me reconocía. Era ridículo no creer en el amor y, paradójicamente, nunca haber dejado de buscarlo. Una realidad bicolor que me frustraba desde que nuestra historia se deshizo entre las nubes. Me sentía a destiempo de mi generación. Siempre había necesitado compartir a otro nivel, con

gente que me adelantaba en años y en altura – nunca fui muy alta – pero no en ideas ni perspectivas. Y fue así como descubrí el Amor. El Amor con mayúsculas. El Amor y el dolor. En ti. Dos caras de una misma moneda. Y fue así, también, como perdí la inocencia transparente. Y así como entendí que todas las historias tienen, invariablemente, principios y finales. Y así... Y así... Así, así, así. Ah, sí. Ah. ¡Ah! Contacto y sudor. Dos siluetas ardiéndose imantadas.

## 2. Gusto.

Mirando su cuerpo dormido sabía que era una de las últimas veces. Con Fede todo estaba vacío de importancia: puro sexo. Tenía una forma tan cómoda de ver el mundo que terminaba agotando. Era prisionero de manías tontas como dormir con los pies fuera de la cama: descubrí una espiral tatuada en la planta de su pie izquierdo. Debían ser las cinco de la madrugada. El desorden invadía la habitación azul: ropa tirada por el suelo, cenicero rebosante de colillas y un olor a fiesta posada que se mezclaba inarmónico con el incienso de lavanda. Me di media vuelta buscando ansiosa un lugar independiente. Imposible. Acompasé sus ronquidos a mi respiración y soñé despierta un rato con los ojos como platos. Un poco de paz o algo, ¿no? Lo peor de la rutina era cuando se nos caía la cara de vergüenza y, poco a poco, ella, fulana, iba perdiendo su sentido. Sabía que no era tarea fácil olvidar, así que planteé hipotecar mi vida al recuerdo de un alguien que no podía ver: tú. Un alguien que no podía regalarme una caricia aquella mañana. Tú me contabas al oído maravillas de una atmósfera construida por ti y por mí, cuando el sol se colaba por los agujeros de las persianas lunareando las sábanas de la cama arrugada después del sueño y los sueños. Castillos en el aire tiritando al amanecer. Sentía dentro una vorágine de soledad acompañada. Me acordé, entonces, de una bonita guerra de besos y cosquillas matinales. Reí a gusto hasta despertar del trance gozoso y descubrir que no eras tú. Qué locura. Era él acariciando mi espalda desnuda.

– ¿Qué haces? ¡Quita! – me aparté con desprecio sin darme cuenta.

– Pero Lucía, ¿se puede saber qué coño te pasa?

– Nada, anda. Déjame. ¿Me acercas el tabaco?

– Sí, bueno. Mira tía, estás muy rara. Primero que sí, luego que no, luego que sí otra vez... ¿te decides, o qué? Desde anoche no te sigo. Desde anoche y desde que has vuelto.

– ¿Pero de qué hablas? – cínica de mí, intentando salir airosa.

– Pues eso. Que estoy hasta las pelotas. ¿No eres tan lista? Pues mira a ver. Echar un polvo está bien pero, a estas alturas, yo no tengo ganas de ser el mayordomito de nadie. Este rollo me cansa un poco – argumentó serio.

– Bueno, perdona. No te pases. Anda, ven. No te enfades... – dije intentando atraparlo.

– Que no, que no. Yo me abro, colega – contestó escurridizo y enfadado.

– ¿Y dónde vas a ir, a ver?

Qué retorcida soy a veces, sabiendo que no tenía dónde caerse muerto. Fede, rebelde orgulloso nato, fumó una última calada. Se dio media vuelta y se sentó en la cama. Suspirando todo el humo, tras dos o tres segundos, se incorporó y mirándome, dijo más con los ojos que con la voz:

– A la mierda. Dándome un largo paseo. ¿Qué te parece? – sermoneó irónico.

– ¡Qué cosas dices! – reí sin sentido mientras él recibía mi actitud aparentemente muy tranquilo.

– No voy a volver, Lucía – dijo tierno, dándome una beso en la frente.

– Anda, no digas bobadas – no me lo podía creer, seguro que era otro berrinche de tío de veintitantos.

– No son bobadas. ¿Qué pasa? ¿Todo lo que yo digo son bobadas? Me voy.

– Haz lo que quieras. Hay dinero en la mesa de la entrada: cógelo – advertí.

– Que te vaya bonito, linda – terminó mientras dibujaba noes con la cabeza.

Dios, qué daño hicieron las palabras. Verdades como puños. Él siguió soltando variedades de barrio muy bajito, mientras escogía rápido su ropa. Yo, desde la cama, observaba su belleza escultural casi perfecta. Sabía que no estaba hablando en serio.

Daba vueltas por la habitación hasta que tropezó su melena con el atrapasueños. Sentado en la silla, se ató sus deportivas.

– Fede, venga. Escucha. Escucha un momento.

– Ahí te quedas tú con tu vida bohemia y tus canciones sin terminar, princesa – despreció mientras salía de la habitación y se adentraba en el pasillo.

– ¿A quién coño quieres impresionar, nene? – grité.

– A ti no, desde luego. A ti no te impresiona nadie, ¿uhm? – habló alto desde la puerta del apartamento.



Autora: Sabina Antón Cardenal

Preferí quedarme callada. Mi talón de Aquiles era tan fácil... Debió lanzar un beso al aire del que sólo me llegó el ruido. Fue lo último que nos dijimos ese día. Respiré aliviada, egoísta. Sabía que volvería. Tenía un nombre en la cama y otro en la cabeza y no quería, ciertamente, desquitarme de uno u otro porque necesitaba lo que ambos podíais darme. Qué rastrero. Pero ya había tomado una decisión. Sólo un día más.

Por querer... – pensaba mirando por la ventana el mar de asfalto – por querer... quisiera ser... contigo, en otro lugar. Cualquiera.

*Por querer, quisiera ser viento / para estar presente sin ser vista. / Y quisiera ser sal / para tener siempre sed de otros / y limpiar muy bien algunas heridas. / Por querer, quisiera ser poeta / para escribir canciones / menos azucaradas y con mucho hielo argumental. / Y quisiera ser cuerda primera / para llorar agudo sin estar loca. / Por querer, quisiera ser polvo errante / para no sentirme atada a ningunos ni nadie / acomodándome en cualquier rincón. / Quisiera, algún día, ser kilómetro / para sumarme o restarme al gusto / y salvar egocéntricas distancias. / Por querer, quisiera ser candil pequeño, / luz útil de oscuridades negras y buscadoras. / Quisiera ser fuego artificial, / desnudo integral de colores epidérmicos / y durar un poco más que una larga nada.*

Ay... esa canción, ¿te acuerdas? No me quiero poner estupenda. Noté cómo se me había ido toda la juventud en alguno de esos versos. Qué obsesión. Me hice un ovillo en el colchón esperando, así, tener un modo más fácil de encontrar tu esencia y revivir algún abrazo. El primer día de ensayo y la primera noche. Y todas las noches que después vinieron. Los paseos verdes y azules con tacto de arena entre los dedos. Y el olor del café. Y el sabor del ron. Me fui yo. Te quedaste tú. No soportaba estar sin tu sombra. Qué vacío. Te buscaba y te intuía en cada recoveco. No sabía cuál era tu camino; pero desde luego sabía bien cuál no quería que fuese el mío. Se encontraron un día y volverían a hacerlo. Yo me encargaría. Dormí plácidamente con la ventana abierta. El viento acunaba las cortinas y el vaivén mecía mis sentidos entre este mundo y el nuestro, entre mi cachito de habitación y nuestro viaje.

### 3. Olfato.

Dormí hasta el mediodía. Mi cabeza empezó a vibrar. No era una migraña, no. Era la dichosa manía de dormir con el móvil bajo la almohada. Me despertó la llamada de Helena, una amiga de muchos años con rizos desobedientes que cubrían un cerebro maraca; pero tan buena persona... Me desperecé enseguida.

– ¿Qué pasa, Helenita?

– Buen día. Oye, Lu, tengo muchas ganas de verte, ¿dónde estás?

– En la cama, Helena – dije con la esperanza vana de que desistiera.

– Pues voy a tu casa – contestó sin dudar.

– No... bueno... es que... no tengo ganas de ver a nadie – patético argumento.

– Ah... entiendo. Pero me da igual. En media hora estoy, así que espabila – tan implacable, siempre.

Aseo de la habitación por encima, ducha fría y desayuno a destiempo. Vaqueros, camisa blanca y collar largo de cuentas de colores. Por alegrar. Y bambas verdes. Se pasó el rato y llamaron al timbre. Dándome un último retoque en el espejo del mueble de la entrada, supe que Fede no se había llevado el sobre preparado. Pequeño vuelco pero Helena ya estaba al otro lado de la puerta: ¡hola guapa! Hacía dos meses que no nos veíamos, justo desde mi vuelta. Teníamos que contarnos tanto... Pedimos comida en casa: menú para dos y pan chino con sabor a churro, por favor. Gracias. Y llévese el chupito de flores que me provoca acidez. Planeando bajito entre retales de cosas usadas sin temor alguno a las turbulencias, se nos pasó la tarde. Era lo bonito de la gente como ella: sin callar. Caos de secretos en los posos del té de vainilla y conexión sin electrocircuito. Rapidez asombrosa para captar a la legua – sabía mirar muy bien – y mil ganas de compartir colores y formas, fotografías y nuevos temas que, tal vez, no terminarían en la papelera. A cien por hora sobre odios diminutos y almas gigantescas. Disposición y sonrisas, quién primero era lo de menos; pero sin que se encallara la piel, que el vaho empañaba pero no empapaba. Una confesión a tiempo, una cara de póquer y una petición: cuídame la casa hasta que vuelva. Una copia de llaves en mano y un abrazo tranquilizador a pesar de no entender casi nada.

– Regreso, Helena. Tengo que volver – horizonte de expectativas muy claro.

– Tú siempre con tus historias, Lu. Te quiero – se despidió acariciando mi barbilla como si fuera una chiquilla asustada.

– Yo también – respondí obligada al listón alto que ella había colocado con todo el amor del mundo.

– ¿Quieres que me quede y te ayude con el equipaje? – negándose un poco a marcharse.

- No, gracias. Prefiero hacerlo sola – necesitaba tanto aquella noche...
- Oye, ¿y Fede? – se le ocurrió.
- Ah, sí. Viene luego, claro – ojalá, amén.
- Te echaré de menos.
- Adiós, Helena – sonreí desde la puerta, viendo cómo se cerraba el ascensor.

Me senté en el sofá y fue la primera vez que odié el salón. Tan lleno de recuerdos, de viajes, de personas y detalles que siempre me había encantado conservar. Reliquias que impedían avanzar en temporadas de blanco y negro. Blanco y negro. Sí o no. Sin medias tintas. Fede. Probé a llamarlo: “El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento”. Dancé por el salón con el móvil en la mano... Mierda, había olvidado dar el libro a Helena. Bueno. Lo intenté de nuevo: “El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento”. En este momento, en este momento... Se acabó. Yo nunca insistía tanto. Opté por apagar el mío y dedicar esa última noche a preparar todo. Vestido de color naranja para estar en casa, calcetines suaves, música ajena y perfume caro por si aparecía. Por si aparecías.

*¿Quién se va? ¿Quién se queda? / ¿A quién le duele más la soledad? / Si todos los rincones de mi vida tienen algo tuyo... / ¿Cuál es tu camino? ¿Cuál es el mío? / ¿Dónde se encontraron? ¿Dónde se han ido?*

Organicé la maleta – sólo ropa ligera, allí nunca hace frío – y el cuaderno de notas que me habían regalado todos antes de irme. Decía: “Si confías, podrás cruzar”. No me detuve en la emoción ni quise jugar al “Qué hubiera pasado si...”... si no me hubiera ido. Seguí. Sólo me llevaría material para una temporada corta y allí podría comprar de todo. Tampoco había planeado no volver a Barcelona. Anochecía. La Avenida de Paralelo estaba preciosa en otoño. Fumé un cigarrillo en la ventana. Pensaba tantas cosas a la vez... Extrañaría mi ciudad: el ruido de las fuentes de Montjuic, el olor a flores de Las Ramblas, el sabor a pan recién hecho de la pastelería de la esquina de Gracia, el señor Manel haciendo la reverencia cómica para dar los buenos días, el agua salada y caliente del Mediterráneo... y extrañaría a Fede, sin

duda. Pero tenía que irme. Toda mi vida se justificada por haberte conocido a ti. Cosas nuestras. Llamaron a la puerta. Qué extraño. No esperaba a nadie. Ni rastro de persona ni personaje. En el suelo, una caja envuelta por un precioso lazo negro. He de reconocer que me asusté un poco: ya sabes cuánto odio las sorpresas. Me quedé pensando en musarañas amarillas hasta que opté por coger la bendita caja. La otra opción era pensar en un paquete bomba, o algo así. La caja era pequeña, no cabía una bomba. Claro que yo nunca había visto ninguna. Entré en casa.

#### 4. Vista.

¿Qué habría dentro? Dejé la caja en la mesa del salón para un después cercano y terminé de organizarlo todo. Puse mi equipaje en la entrada: la maleta y el bolso encima, que se cayó empujando el jarrón africano. Me lo había regalado Fede. Añicos. Qué cabreo. Un ron con hielo, no podía ser de otra manera. Bueno. Me senté en el sofá frente al misterioso recado. Desaté el lazo negro y quité la tapa: una nota. ¿Una nota? Menuda cosa. Esperaba encontrar algo mucho más interesante: “La mentira somos los tres: inútil como el descubrimiento de América”. ¿Qué mentira? ¿El descubrimiento de qué? ¿El descubrimiento de América? ¿Y qué narices tenía que ver conmigo? ¿Y con nosotros? Porque desde luego, el triángulo estaba excesivamente claro: Fede, tú y yo. No cabía duda. ¿Qué habría detrás de una frase como esa? Noté entre ilusión – si es que aquello había sido cosa suya – y tomadura de pelo. Encendí el móvil y llamé de nuevo: “El teléfono marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento”. De puta madre. ¿Y entonces qué? Necesitaba encontrarlo. Podía llamar a Helena, tal vez ella supiera decirme dónde estaba. Pero no, no. Quita. No quería organizar un revuelo: conociéndola, al día siguiente habría cincuenta y cinco versiones distintas difundidas por nuestro círculo, cada una más retorcida y morbosa. Así que terminé la copa de un trago y me dispuse a salir: los vaqueros de antes y la camisa blanca con una mancha de vino tinto en una manga. Salí a buscar al mundo un poco de orden para el mío propio, para irme sin dejar asuntos pendientes. El ascensor estaba ocupado así que bajé por las escaleras los nueve pisos que me izaban de la cotidianidad urbana. Llovía a

cántaros y no tuve forma de encontrar un taxi. Sentir la lluvia sobre la piel me espabiló sobre quién era y qué estaba haciendo ahí: tenía que encontrar a Fede.

*He debido perder el paraguas y me empapan palabras amargas. / En el mes de los desencuentros me han herido a pecho descubierto. / Mi dolor de cabeza, la falta de certeza no me dan tregua / y me duele la lengua de hacer preguntas, de dar respuestas.*

Fui rincón por rincón, sin descanso. Estuve en cuatro o cinco garitos que él frecuentaba. Empapada hasta los huesos me cansé, definitivamente, de buscar a un alguien que no eras tú. Era desperdiciar el tiempo cuando podía dedicártelo a ti. Me daba igual no saber quién había sido el artífice de la nota en el felpudo. Paró de llover y preferí volver caminando. Despacio. Un coche frenó a mi altura y ralentizó el avance. El conductor bajó la ventanilla del copiloto y llamó mi atención pidiéndome disculpas. Era un tipo sesentón de cara aburrida. Seguro que dudaba de cómo llegar a alguna parte.

– Perdone, señorita.

– Buena noche.

– ¿Podrá ayudarme?

– Dígame – me esforcé amable a pesar de mi derrota calada.

– ¿Cuánto cobra?

– ¿Cómo dice? – respondí desconcertada, separándome la camisa mojada del pecho.

– ¿No es puta usted? – preguntó esperando un sí contundente.

– Pues no, ya ve – terminé la conversación extremadamente molesta.

– Pues está usted de toma pan y moja.

Me dejó con la palabra en la boca. El abuelo cebolleta aceleró. Corte de mangas. No te jode. Puta yo. No sabía si reír o llorar, aunque tuvo su gracia. No quiero frivolarizar – o sí – pero en realidad hay infinitas maneras de prostituirse. Desde mi vuelta sí estaba siendo un poco alcahueta con todos. Las putas tenían su mérito:

exponerse cada día para dar de comer a sus hijos hambrientos de sociedad, ponerse unas tetas nuevas o conseguir un gramo de coca que meterse. Olé. Cuestión de complejidades. Seguí caminando. Pasé por una librería que se llamaba Merienda en el Tejado y me acordé de mi abuela. De los veranos al sol comiendo tostadas de aceite con miel. Tenía alzheimer y en cada visita me bautizaba con un nombre distinto. Iría a verla muy pronto... cuando regresara a Barcelona. Más adelante paré en un escaparate. Una tienda de sombreros. Yo nunca había usado sombrero. Aquello de tapar la mirada no me entusiasmaba en absoluto; pero te imaginé a ti con uno blanco de ala corta y me pareció elegante. Sí, el próximo regalo sería un sombrero. Y fue entonces cuando recordé una boa que se manducaba un elefante. En casa había un Principito envuelto para Helena. Tendría que dárselo... a mi vuelta. Cerca de mi avenida, el café Nicastéc estaba cerrando. Lola barría la entrada mientras Josep recogía la terraza. Era un escritor excelente que abandonó los mundillos editoriales por continuos Lamentamos Rechazar de su mejor obra titulada Hiperversiones y perversiones. Qué buena. Protestaba con Lola sobre si borrar o no un graffiti que les habían plantado en la fachada principal del local. Ella lo calificaba de guarrada y vandalismo; él, de verso milagroso. "Poesía contra todos los muertos", contaba el spray. Era una pareja encantadora, los que me dieron la primera oportunidad de tocar. Desde entonces, cada domingo me invitaban a tomar café mientras Lola cocinaba tartas y Josep contaba historias de mar y filósofos. Desde mi vuelta no había ido. Ya iría. Me senté en un banco del parque para fumar un cigarro tranquila. Última parada antes de volver a casa. Justo enfrente había un mendigo acostado. Su perro velaba por él. Era un anciano de ojos tristes. Nos encontramos en la mirada, no sé por qué. Tosía mucho y muy profundo. Sonaba a pulmonía. Sus cartones estaban mojados por la tormenta de antes. Tuve impulsos de acercarme y hablar; pero no me atreví. No era asunto mío. Ya era momento de volver a casa aunque nadie me esperase. Definitivamente Fede no iba a volver y yo, a la mañana siguiente, tomaría rumbo a tus brazos. Me levanté y crucé el parque entre árboles frondosos de cuyas hojas colgaban pensamientos, pecados, reglas, moldes, notas y palabras: testigos legendarios de millones de paseos solitarios, compañeros mudos de tardes componiendo en la hierba. Mientras me acercaba al portal

vislumbré una sombra sentada que no se metamorfoseaba en figura: cosas de la miopía. Parecía vapor oscuro y no había luz suficiente que convirtiera mi temor infundado en sensaciones concretas. Era él. Se levantó chulo.

– Pero mírate. Estás horrible – sentenció suave.

– Mira, mono, llevo buscándote toda la noche – contesté brusca.

– ¿Ah, sí? ¿Y por qué me buscas? – dijo rascando gustoso.

– Olvidaste... el dinero en casa – no podía confesar que lo necesitaba.

– No quiero tu dinero. Eso no te supone ningún esfuerzo – retó.

– ¿Y entonces qué quieres? – dije mientras me subía un gusanillo hasta el estómago.

Me agarró por la cintura hasta pegar nuestros dos cuerpos y me besó como nunca antes lo había hecho. En ese beso a estrenar tradujo avatares que jamás podría contar nadie. Luego nos miramos muy cerca, con las frentes siamesas, capaces de sentir la respiración del otro y oler el deseo. Pensé que ya estaba, que se quedaría.

– Cuando vuelvas, aparece.

– ¿Y si no vuelvo? – contesté rápido procurando que no se fuera.

– Entonces, te escribiré una canción – dijo apartando mi pelo mojado de la cara.

– ¿Y cómo se llamará? – me daba lo mismo, era para retenerlo más tiempo.

– Mientras existas – tituló sin pensar.

– ¿Mientras exista qué? – pesquise intrigada.

– No quieras saberlo todo siempre, princesa.

– ¿A qué juegas? – dije perdiendo el control de la conversación.

– A que te creas tú misma – contestó firme.

– Fede...

– Schhh... A veces pasa. Calla.

No pude seguir hablando. Me tapaba la boca con su dedo índice. ¿Quién puso la caja en mi puerta? No esperó ni atendió. Se marchó avenida abajo cruzando los dedos un poco hacia el cielo mientras yo esperaba una versión distinta a la que estaba sucediendo.

## 5. Oído.

Subí perdiendo el control. Me ahogaba que el rumbo de Fede no hubiera sido directo hacia mi casa, hacia mi cama. Él habría dicho, haciéndome girar como a una bailarina principiante, algo así como “esta noche se improvisa”. Cerré la puerta. Miré a la izquierda: equipaje listo y pedazos de un jarrón sin recoger. Miré al frente: la mesa del salón sustentaba un vaso de ron vacío con dos o tres dedos de hielo deshecho y una maldita nota junto a un lazo negro arrugado. Todo en orden. Miré a la derecha: rompí el sobre rabiosa. Con dinero se podían comprar muchas cosas pero jamás el amor esclavo de nadie. Ahí estaba yo, frente al espejo, con los ojos embadurnados de negro. Y fue entonces cuando te percibí después de tanto tiempo. Deseé odiarte por no tener la posibilidad de tocar más allá de mi reflejo. Éramos tú y yo, por fin. Tras tan codiciada búsqueda no quise tu presencia. No reconocía tus rasgos. Demasiado tarde. Enloquecí. Rompí el espejo. Aún no sé qué fuerza se tomó la libertad de ayudarme. Avancé por el pasillo reptando las pisadas, dejando miguitas de sangre, quizás confiada en encontrar un camino para volver. ¿Por qué había hecho semejante salvajada? Mis brazos eran dos bultos bermejos.

*Empezar de nuevo, sin destino y sin tener / un camino cierto que me enseñe a no perder la fe; / y escapar de este dolor sin pensar en lo que fue... / ¿Cuánto aguanta un corazón sin el latido de creer? / En lo bello, en la verdad, en la esperanza de esta sed de amar / en los sentimientos que se quedan y sueños que perduran...*

¿Por qué no sabía lo que quería? ¿Por qué se me iba el mundo en un pestañeo? ¿Por qué había días en que lo único difícil era escoger el sabor de un caramelo? ¿Por qué componía canciones simplonas en las que nunca contaba nada? ¿Por qué mi voz se apagaba? ¿Por qué siempre quería una siguiente copa? ¿Por qué no había dicho a Fede que era la mitad necesaria para una experiencia compartida? ¿Por qué

me costaba valorar tanto a Helena y los demás? ¿Por qué demonios tuve que hacer ese maldito viaje? ¿Por qué no me cayó un rayo aquella noche en el parque? Quise quedarme. Te lo dije, pero no contestaste a ninguna de mis preguntas. No me oías. No me escuchabas. Nunca lo hacías. Sólo me querías cerca, sólo me querías tuya. La intensidad se rompió cuando descubrí tu contrato de ataduras que gritaban una dictadura cruel. Incepé que te largaras. Fue inútil, seguías ahí. En el espejo de mi cuarto volví a verte. Te negabas a marcharte mientras yo, necia, me negaba a permitirte estar cerca. Por tu culpa había perdido el equilibrio de una vida fácil y casi completa. Lancé agresiva un cojín contra el espejo. Tú carcajeabas. Di mil y una vueltas alrededor de mi cuerpo y de tu sombra inalcanzable. Solamente burlabas mis movimientos como un payaso de circo, imitando mi ritmo y estrujándome las entrañas. Caí rendida en la cama. Lo único que deseaba era que él volviera a buscarme. Pero no había nadie. Teñí las sábanas con el líquido de mis años. Sola.

– Hola, ¿qué tal? – susurraste en mi oído transmitiéndome el fuego de tu polvo blanco.

– Tú ganas, empieza – te dije sin aliento.

– Érase una vez... – se te oyó.

Así empezaba tu cuento. Así terminó nuestra historia: contigo al otro lado del espejo y él curándome las heridas. “No te vayas, princesa”, oía...

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **CARIDAD GÓMEZ SÁNCHEZ**

Título: Los callejones del alma

Centro educativo: Facultad de letras. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## Los callejones del alma

Cuando el sentimiento es inefable, la incertidumbre impide saber si es la vida quien golpea a una persona, o es esta persona la que golpea su vida. Sea como sea, cuando llega ese momento, lo único que queda son vástagos de hombre, pasos sin camino, caminos sin rumbo, tu “yo” como enemigo, vivencias marchitas, luchas en vano, ilusiones perdidas, fuerzas desquebrajadas y miedo, ante todo, miedo.

Con ese sentimiento sobrevivía Mateo desde el día en que su mente lo traicionó e hizo que dejase de ver el mundo como un reto al alcance de su mano y pasara a convertirse en el espectador de su propia vida, una vida en la que ya no había estaciones, ni ciclos, ni subidas ni bajadas. No obstante, una vida.

Muchas veces las consecuencias no son proporcionales a su causa, y quizá por ello, las fuerzas de la persona se desvanecen con mayor énfasis aun con todas las contradicciones que esto conlleva.

Los padres de Mateo se separaron cuando él disfrutaba de sus quince primaveras, su único hermano decidió seguir los pasos del corazón desolado de su madre, que se marchó a otra ciudad en busca de la distancia como forma de olvido, mientras que él, dolido por esa huída, se quedó junto al cabeza de familia, que pronto mostraría su egoísmo y acabaría por marcharse también. A pesar de todo, nuestro protagonista apenas tuvo tiempo de sentirse desierto, ni de añorar los pilares que lo sustentaban, pues a los pocos meses se cruzaron en su camino unos ojos claros

lentos de ternura, que le concedieron el más dulce de los tragos: la ventura de poder contar con esa fuerza hermosa llamada amor que cura cicatrices, restaura los destrozos, e invade de placer la existencia, hallando en este milagro todo cuanto necesitaba.

A partir de ese momento, Mateo se volcó de lleno en la niña de sus ojos, lanzándose con ella a la aventura exuberante de los amantes, pletóricos de deseo, de sueños, de ilusiones, locuras, escapadas, pequeñas peleas, grandes reconciliaciones, risas, confesiones, poemas con miradas, infinitos besos, sábanas ardientes...y sin darse apenas cuenta, maduraron juntos, sumergiéndose así en el oleaje de lo cotidiano. De manera que, con la misma facilidad que un día llegó el amor, una noche amarga se apagó la llama que lo mantenía.

La que hasta ahora había sido su sustento, interrumpió fríamente la pasión que compartían dejándole a Mateo una nota a los pies de la cama en la que tantos anochececeres se habían dedicado al amor y su trabajo. Escuetas las palabras y duro el contenido:

*“Aunque ahora no lo creas, lo he intentado, pero no puedo seguir con lo nuestro. No me busques. Ya no siento lo suficiente para estar junto a ti, por ello es mejor que me aleje; siento la forma de hacerlo, pero la cobardía me impide enfrentarme a tu mirada. Fue bonito mientras duró.” Paula.*

Lectura empañada de lágrimas, muerte de los motivos que dan sentido al amor, un instante de perplejidad, y la mente de Mateo invadida por un sentimiento de culpa irracional pero destructiva. Unas voces interiores lo atormentaban por haber dejado escapar su razón de existir y se sentía el causante de que Paula, como mencionaba en su carta, ya no sintiese lo suficiente, obstinado en que no la había cuidado lo necesario.

Producto de la situación, buscaba desesperado en cada hueco de su cabeza algún por qué evidente que aliviara su conciencia, porque afrontar los problemas es difícil pero todavía lo es más cuando te consideras, aunque sea ilógico, el causante de ellos. Intentó ver algo de luz entre las sombras, pero la ausencia de respuestas lo

derrotó, y de la misma manera que Paula había renunciado a él, se abandonó a sí mismo.



Autor: Cristina Osuna Miqueles

El dolor que le produjo este cómputo de sentimientos fue tan inmenso que, por miedo a volver a experimentarlo, se incorporó a un modo de vida neutral, dedicándose única y exclusivamente a su trabajo, sin aceptar cuentas con el resto del mundo, utilizando de este modo una especie de coraza para evitar daños, lo que conlleva también evitar alegrías y, por tanto, no disfrutar de la vida.

Pasó a hacer por inercia todo lo que antes hacía por motivación y con la ilusión propia de un joven lleno de inquietudes y de delicias por saborear. Fue atrapado por el temor, y se refugió en los rincones vacíos del alma, donde no tienen cabida los sueños ni anhelos que aportan las dosis de ilusión necesarias para no morir en vida, y que impiden, a su vez, correr los riesgos que inevitablemente se precipitan para alcanzar estos logros, sin ser consciente de que uno no puede huir de sí mismo.

Sumergido en un caos interior, pasaban los días y con ellos los meses simplificados en pura monotonía, recorriendo rutinariamente los mismos trayectos. Todas las mañanas salía de su apartamento a las 7:45 para ir al trabajo, cumpliendo previamente, con un perfeccionismo exacerbado, los hábitos que él mismo se había

impuesto. Anotaba en su agenda todos los pasos que daría durante la jornada, algo un tanto innecesario, pues apenas había diferencias entre un día y otro. Por regla general, aparecían anotados los archivos pendientes por encuadernar, los pedidos de material previstos para realizar, la lista de los suministros necesarios para la semana, y como mucho, lo único que podía aparecer fuera de lo común en alguna de sus hojas era una cita en la barbería, algo que podía considerarse un evento entre la multitud de cotidianeidad que impregnaba su historial.

Con noticias catastróficas tomaba el desayuno, fumaba tranquilo en la inquietud, una ducha rápida y se marchaba del apartamento con su inseparable amiga: la soledad; eso sí, siempre abría la puerta y esperaba que ella saliese antes, ¡las damas primero, por supuesto! Cabizbajo, sin prestar atención a nada, se ensimismaba entre las calles que le llevaban a la copistería; cuatro metros cuadrados invadidos de máquinas fotocopadoras, ordenadores, y un espacio mínimo para moverse entre ellos; saludaba con desgana al resto de la plantilla constituida por el dueño, un hombre de espíritu y cuerpo potentes, y dos jóvenes empleadas desmesuradamente dicharacheras. Llevaban tantas jornadas de trabajo juntos, que el afecto ya brotaba entre ellos como algo habitual, por lo que todos habían percibido el abatimiento que acompañaba a Mateo los últimos meses, de hecho, todas las mañanas, cuando entraba en la copistería, su jefe se dirigía a él con la misma expresión: “¡El día que te incorpores al trabajo con una sonrisa te subo el sueldo!”. Pero ni siquiera las palabras de ánimo estimulaban una mente abatida que se reafirmaba continuamente en la imposibilidad de sonreír cuando has dejado escapar a la mujer de tus sueños arruinando tus amaneceres.

Como concierne la amistad, intentaron animarle en numerosas ocasiones pero él nunca estuvo por la labor, de modo que acabaron por acostumbrarse a su enigmático estado anímico

El crepúsculo de su vida daba un aire de desasosiego al ambiente laboral. Limitaba su estancia a enredarse entre la multitud de papeleos que salían de las máquinas fotocopadoras a un ritmo tan pesado como el de su estado en el mundo, se perdía entre apuntes estudiantiles por encuadernar, documentos para imprimir,

un folio, otro folio, y más papeleos. Las jornadas se precipitaban unas tras otras a la espera de impresiones para evadir sus pensamientos mientras las organizaba, porque si algo no soportaba desde que se vio en el abandono eran las constantes obsesiones sentimentales que fluían por su cabeza sin darle tregua alguna.

La vida no espera a nadie, de modo que el tiempo transcurría; la lluvia salpicaba por momentos la ciudad, caían las hojas, el viento estremecía las calles, se escondían las nubes, el sol salía, y Mateo seguía arrastrando su vorágine interior. Pero justo cuando sus fuerzas comenzaban a culminar y sus pies desesperanzados empezaban a enervarse de caminar por la vida sin aflicción ni aureola, un incidente imprevisto le aguardaba para rescatarlo del naufragio.

Los clientes más habituales en su trabajo eran los estudiantes, y la llegada de verano aminoraba los quehaceres en la copistería, pues éstos abandonaban por un tiempo sus apuntes sustituyéndolos por días de playa, ocio, jolgorios, diversión...evadiéndose, unos más que otros, del esfuerzo mental de los estudios y enseñanzas a los que se sometían todo el año.

Aquel verano, el segundo después de su caída existencial, Mateo no cogió las vacaciones que le pertenecían, pero quizás, sin ser consciente, fue la decisión más acertada, porque aunque su intención era estar ocupado el mayor tiempo posible, la estancia en la copistería le sirvió más que cualquier distracción vacacional.

Una tarde calurosa, cuando Mateo se disponía a apagar las máquinas fotocopadoras y dar cierre al local, entró un chico apresuradamente pidiéndole por favor un instante para imprimir un documento que debía enviar con urgencia. Como Mateo no tenía planes mejores, atendió al chico con total disponibilidad.

–No se preocupe chaval, ¡el que paga manda!, –exclamó Mateo con un tono que evidenciaba su dejadez para todo.

–Disculpe que retrase su salida, –dijo el joven mientras depositaba su vieja y pintorreada mochila sobre el mostrador. –Voy a participar en un certamen de microrrelatos, y debo imprimirlo hoy porque el plazo de entrega se cumple mañana. Sólo se trata de un folio, lo iba hacer en casa, pero justo cuando lo he acabado me

he quedado sin tinta en la impresora, desde luego ¡hay días en los que es mejor no levantarse!

Mateo miró detenidamente al chico y articuló en voz baja:

–¡Qué me lo digan a mí!– Y seguidamente metió en el ordenador el Cd que el chico le había dado previamente. En la pantalla aparecieron gran cantidad de carpetas entre las cuales se encontraba la del microrrelato, la abrió y encontró una única página mecanografiada bajo el título “La Dicha”. Hacía tanto tiempo que Mateo no escuchaba esa palabra que verla provocó en él una necesidad imperiosa de leer el contenido que aguardaba.

–Esa es – indicó el joven–. Necesito dos copias.

–¿Puedo hacer una copia para mí? – preguntó ansioso Mateo.

–¡Mientras no lo plagies!, aunque bueno, no podrás hacerlo ¡me he quedado con tu cara! –contestó el chico suspicazmente.

–Descuida, no aspiro a ser escritor, además ¡me has caído simpático!

–Espero que te guste entonces. ¿Qué te debo?, –añadió el joven.

–Estamos en paz, ¡mi copia por las tuyas!

–Gracias, muy amable. –exclamó el chico mientras guardaba su escrito en la mochila y se disponía a salir de la tienda.

–Gracias a ti chaval, y ¡mucho suerte en el concurso! –se despidió Mateo.

Bajó la persiana mientras observaba como se alejaba aquel joven desconocido lleno de vitalidad, y se quedó solo en la copistería con una luz tenue, un silencio intacto, y entre sus manos, el microrrelato de aquel joven al que acababa de despedir.

En medio de aquella calma comenzó su lectura.

“La Dicha”

No debes ser consciente del fulgor que conlleva la estancia en un mundo que no avisa del momento en que tendrás que abandonarlo. De ser así, no pasarías tus días perdido en una guerra vacía esperando que yo aparezca.

Mentiría si te dijera que la vida no tiene adversidades, pero todas se superan y cuentan conmigo para que regrese a ellas la primavera. Sin embargo tú te acomodas en la espera, esclavizado en el tiempo, sumergido en tus problemas. Te aferras a preocupaciones que son absurdas comparadas con la paz que deja mi presencia. ¡Qué equivocada está tu alma y tantas otras como la tuya! Abre los ojos y te darás cuenta que sólo ves dificultades porque te aferras a ellas, complicando de esta manera mi llegada.

Soy la dicha y puedo llegar a ti como a cualquiera, pero ¿por qué no me buscas cuando no me encuentras?, ¿por qué te convences de que tengo que ser yo la que aparezca? Egoísmo por tu parte. Piensa un poco más en mí, sólo es cuestión de dejarse llevar y no pasar por alto que me debes de cuidar, pues yo también necesito que me abracés, que me mimes y protejas si me quieres conservar.

La lucha está para algo, no la dejes a un lado.  
¡Si la vida te golpea, golpéale tú a ella con más fuerza,  
si la mente te la juega, rétala en otra partida y hazte con ella,  
si perdiste su mirada búscala en otros ojos que estén dispuestos a darla,  
si te equivocas rectifica, no te lamentes y da la cara,  
y si no puedes regresar, vuelve a comenzar ahora y haz un nuevo final!

Pregúntate, además, con qué facilidad llenas tu vida de problemas, y si no sería más fácil llenarla de dicha, que soy bastante más placentera.

Si dudas de lo que te hablo, te reto a ponerme a prueba. Comprueba por ti mismo que no soy pasajera, que estoy a todas horas en cualquier lugar de la tierra.

Como buena compañera, he de hacerte una advertencia; si comienzas tu búsqueda en la cima, te costará más alcanzarme, si por el contrario, te centras en los detalles me hallarás en cualquier parte. Puedo estar en un aroma, en un paisaje, en una nota. Puedo ser una canción, un instante, un beso, una reconciliación. También

puedo ser un gesto, compañía, un abrazo, una palabra bonita. Soy y estoy en tantas cosas que no hay nada que lo impida.

Déjate la cobardía y búscame con coraje, con vigor, con tu aurora cada día en mí hallarás la solución. No importa si hasta ahora no has sabido darme amor, precisamente me llaman "dicha" por no tener odio ni rencor

De vuestras almas depende que os acompañe o no, pues sólo emigro a otras laderas cuando os dejáis vencer por el dolor.

Una lágrima frágil se deslizó rociando aquellas palabras que por instantes empezaban a cobrar vida dando paso a grandes emociones que Mateo hace tiempo había dado por perdidas. Nunca imaginó que unas simples palabras pudieran conmoverle de tal manera, y mucho menos, encontrar sentido a su vida mediante ellas. Siempre pensó que necesitaría un gran golpe de suerte para salir del pozo en el que un día cayó, pero a veces, son las pequeñas cosas las que restauran las almas destrozadas.

Volvió a ojear una y otra vez el breve relato de aquel joven autor del que ni siquiera sabía su nombre, y conforme avanzaban sus lecturas, pudo comprobar y ser consciente de todo el tiempo que había perdido encerrado en sí mismo y todas las cosas a las que había renunciado por la marcha de una persona, que había decidido por voluntad propia no estar a su lado. Y comprendió entonces, que él no era el culpable de aquella decisión, quizá Paula simplemente fue a buscar la dicha en otras cosas, porque todas las personas no la encontramos en el mismo lugar y nadie debe resignarse sea cual sea el motivo. De modo que se dio cuenta que su chica hizo lo correcto buscando su propio bienestar y que él tendría que hacer lo mismo a partir de ahora. Ella fue en su día la dicha que lo acompañó, pero nadie es imprescindible, y si no podía mantener su dicha en Paula, podría encontrarla en miles de cosas más que te depara la vida.

Mateo se sentía el destinatario de aquel escrito, porque sin ninguna duda fueron las palabras más necesitadas que jamás había escrito nadie. Le hubiese gustado darse cuenta mucho antes, y haberse evitado tanto sufrimiento, pero a veces para

aprender tienes que caer primero, y ahora que ya había aprendido aprovecharía con intensidad cada instante de su existencia.

Dobló el relato y lo guardó en su bolsillo para releerlo en cualquier momento que pudiera olvidar su propósito vital, haciendo de él su credo, y por una vez al fin de la jornada se atrevió a hacer frente a su monótona vida. Salió a la calle como un explorador, ambicionando emociones, pues ahora estaba convencido de que podría encontrarlas en cualquier parte. El sol ya se estaba poniendo sobre la ciudad, pero para sus ojos volvía a salir de nuevo iluminando todo cuanto le rodeaba.

Mateo nunca supo si el joven chaval obtuvo algún premio en el certamen con su microrrelato, pero fuese como fuese, ¿puede haber mayor logro que devolverle las ganas de vivir a una persona sin ilusión?

# MODALIDAD D

(profesores en activo)

Primer premio EX–AEQUO

Autor: **MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ GÓMEZ**

Título: Encarna la Peo

Centro educativo: IES Santa Pola. Santa Pola (ALICANTE)

## Encarna la Peo

De la radio del bar salía el rumor de una voz que hablaba de corazones solitarios, de historias de amor moribundas y de desasosiegos en las largas noches de verano, en las que los suicidas dan las gracias al pronto amanecer. Era la tarde de un jueves de septiembre, emborrachado de nubes y olores de hierba recién cortada, cuando mi amigo Mario, que me acompañaba tomando una mirinda en la terraza, me señaló el brusco balanceo de una mujer que cruzaba la calle.

-Esa mujer, es puta-me dijo.

-Mi madre dice que sólo son putas las mujeres que cobran, y esa mujer, no cobra.

-Pues la mía dice que son putas las que sienten el gusto. Las mujeres decentes no tienen que sentir el gusto cuando están con los hombres- aclaró, después de dar un trago a la naranjada.

Mario y yo, mantuvimos esta conversación sin saber, ninguno de los dos, el significado que da el diccionario a la palabra puta y lo que era eso que los mayores llamaban el gusto.

Unas horas más tarde, después de cenar, busqué en el diccionario la palabra puta. Me remitía a prostituta. Pasé las hojas rápidamente y allí estaba. Prostituta: mujer que se dedica a la prostitución. El término prostitución me confundía aún más.

Prostitución: acto por el cual una persona mantiene habitualmente relaciones con un número indeterminado de personas mediante remuneración.

¿Y el gusto? Del gusto no decía nada. Después de marear la perdiz con el diccionario ya no sé si entendí lo que buscaba o me quedé peor de lo que estaba.

El aire, de este jueves de septiembre de 1960, traía un olor a flores, frutas y leche fresca. Yo tenía doce años y la puta era conocida en el pueblo como Encarna la Peo.

En el cine de La Cadena estrenaban *Vértigo* de Alfred Hitchcock.

Han pasado los años, ahora ya sé el significado de la palabra puta, sé lo que es el gusto y he aprendido a entender y recuperar recuerdos de la puta que salpicaban en mi memoria. Todos la llamábamos la Peo porque decían que era más fea que un pedo. ¿Cómo se mide la belleza o la fealdad de un pedo? Lo cierto es que su cara semejaba el gesto de una persona cuando huele las ventosidades que se expelen por el ano. Los labios no eran paralelos, el superior formaba una bisectriz con el inferior. La nariz, mal angulada, se resistía al conjunto. La piel cetrina daba un aspecto enfermizo al rostro. A una edad temprana, las arrugas se habían adueñado de su cara y parecía el dibujo cartografiado de los Andes. El pelo, ralo y escaso, le caía como jirones. Un leve estrabismo acompañaba todo ese desaguisado. Mi hermano decía que eso no era una cara, era otra cosa. El andar vacilante le daba un aspecto encorvado que sólo disimulaba cuando se subía al zapato plataforma y se dejaba llevar por el deseo.

Vivía con su madre en una casa de planta baja. Trabajaba donde la llamaban y servía para todo. Limpiaba por horas en algunas casas del pueblo, abría pimientos en temporada, cogía limones, iba a la fábrica de conservas a trabajar la fruta y alguna que otra vez recolectó patatas. Con lo que ganaba tenían bastante para vivir las dos.

Dicen que se hizo puta el día que recibió una carta de Argentina anunciándole la muerte de su padre. Éste había emigrado en busca de fortuna. El infortunio llegó a su vida en forma de unas fiebres que lo llevaron a la tumba. Entre las vecinas se rumoreaba que su marcha apresurada de España se debía a que su mujer lo había sorprendido deslizando la mano por debajo de la falda de su hijita. Encarna

guardaba pocos recuerdos de su padre, pero su madre alimentó todo el amor que ella sentía y lo trasladó a su hija. Después de leer la carta, su madre tomó varios optalidones y arrastró su dolor a la oscuridad de su habitación. Ella se puso su mejor ropa y se marchó buscando el abrazo de un hombre, no importaba quién.

Esa misma noche, en la televisión, Marlene Dietrich cantaba, sentada sobre un barril, una canción de la película El ángel azul.

Algunas noches de verano, cuando habíamos cenado y nos disponíamos a sacar las sillas a la puerta de mi casa para tomar el fresco, Encarna, nos sorprendía y saludaba. Iba llena de luz y de colonia barata que a mi madre le producía arcadas y a mí me embriagaba. Entre dientes, mi madre le comentaba a la vecina, que también se encontraba en la tarea de sacar las sillas, el paso de la puta.

-Ya va a darse gusto-murmuraban.

-Siempre habrá un roto para un descosido-comentaba la vecina.

-¡Qué estómago tienen algunos!

Cuando hablaban, lo hacían con medias palabras y algunas frases me llegaban ahogadas por el ruido de los coches que circulaban. Intentaban ocultar los detalles más escabrosos, que para ellas podían ser: que hacía el amor desnuda, que tocaba el miembro del hombre o que besaba metiendo la lengua hasta el galillo. Que sabrán ellas de lo que en el sexo puede ser escabroso...

A la vuelta de su safari del amor todavía tomábamos el fresco y observábamos su desaliño en el vestir y la sonrisa en la boca.

- Si hasta parece guapa- se atrevió a decir alguno con un deje de envidia en sus palabras.

Yo imaginaba si habría tenido suerte en el safari. Los indicadores siempre eran los mismos: el pelo revuelto, los labios sin carmín y los zapatos manchados de la verde lujuria que llevan consigo todo safari. Aquella noche volvía a casa con más de un aroma de hombre pegado al cuerpo. Otras noches arrastró los olores putrefactos del alma humana que se le adherían al cuerpo en forma de moratones y heridas.

A la mañana siguiente cuando iba al mercado, al sequero a abrir pimientos o a cualquier tienda, era la comidilla de las señoras, que especulaban sobre el ojo morado, mal disimulado con las gafas de sol o los cardenales de los brazos y piernas. La noche había terminado como el rosario de la aurora, comentaban todas.

Encarna nunca sufrió por amor porque nunca lo tuvo. Lo buscó en cada hombre que gemía en la cabina de un camión, debajo de un árbol o sobre la hierba mojada de la noche. Nunca pasó por su cabeza que era utilizada como carne. Nunca pensó que su doble condición de puta y fea le valiera para no ser querida por ningún hombre.



Ahora, me vienen a la mente recuerdos de un pequeño romance que tuvo. La quiso Andrés el Pipero. Lo llamaban así porque siempre iba comiendo pipas. Era de un pueblo cercano y venía los sábados y domingos al cine.

Todos pensábamos que le faltaba un hervor. Yo, cuando pasaba por mi calle, lo miraba e intentaba comprender el juego de colores con que desafiaba el buen gusto y la armonía en el vestir. Con camisa naranja y chaqueta azul columpiaba de su cuello una corbata rosa. El pantalón verde, descombinaba con los zapatos marrones y el calcetín blanco. A pesar de lo grotesco de su vestimenta, el Pipero siempre tenía un aire de seriedad

que chirriaba con su indumentaria. Serio, como un soldado de infantería, recorría las calles del pueblo y se sentaba en un banco a esperarla. Cuando abandonaba el banco, dejaba tal cantidad de cortezas de pipas en el suelo que parecía que había nevado en el mismo mes de agosto con una temperatura de cuarenta grados a la sombra. El noviazgo duró poco, unos meses, y de él sólo quedaron cuatro besos, seis cines, unos cuantos paseos y muchas bolsas de pipas comidas a la luz de una farola del paseo. Nadie supo decir cómo, ni por qué se rompió la relación. Andrés comentaba entre risas que Encarna pedía más de lo que él podía dar.

El dos de julio de 1961, Hemingway decidió que ya no quería escribir más y se disparó con una escopeta. No hubo nota de suicidio.

Además de no tener amores, tampoco tuvo muchas amigas. Las chicas decentes no querían ni debían andar con Encarna. Ellas no buscaban placeres furtivos en la carretera. Ellas nunca buscaron nada. Alguna vez, salió con Lola la Sin Memoria. La llamaban así porque nunca recordaba adónde iba y de dónde venía. Siempre iba acompañada de una urna de madera con un San Francisco dentro y a sus pies una ranura para depositar dinero. Dejaba el santo, en las casas que lo solicitaban y, a la semana volvía a recogerlo. Decía que el dinero era para la iglesia. Sabíamos que ella, apenas malvivía de esas monedas.

Se entendían con sólo mirarse a los ojos. Ninguna reprochaba a la otra su manera de entender la vida. Cuando la malmetían a Lola sobre Encarna, ella sólo decía que la Peo era una mujer con mucha luz y que encaraba la vida a golpe de coño.

Cuando quedaban, los días de fiesta, Encarna se ponía las medias de seda que le había regalado un camionero que las trajo de Suiza. La Sin Memoria callaba y no le quitaba la ilusión, las dos sabían que se las había comprado en Simago o en Almacenes Arias ¡Cuánto lloró aquellas medias Encarna cuando un amante arrebatado se las rompió una noche de sexo apresurado!

Me gustaba mirarlas por la ventana cuando pasaban con sus maquillajes de guerra, sus ropas endomingadas y sus risas picaronas que aventuraban secretos ocultos. Esa ventana fue para mí un escape durante la enfermedad que duró siete meses y que me hizo engordar doce kilos. La enfermedad la sufrí siendo un niño y

cuando la dejé era todo un hombre. Ya repuesto de la enfermedad, fui a la tienda de la tía Patrocinio, compré una chocolatina y me salió el cromo que no salía y con él pude completar el álbum Vida y Color.

En el transcurso de nuestras vidas, todos tenemos un miedo atávico a la soledad. Palabras como abismo, silencio, cuneta y sótano, a mí siempre me han sugerido desamparo, a Encarna también, por eso asistía a todos los entierros. Ese miedo le hacía comentar que no le gustaría, el día que ella muriera, encontrarse sola. Cuando las campanas de la iglesia tocaban a muerto, salía a la calle y preguntaba por el difunto. ¿Por qué preguntaba, si fuese quien fuera, asistiría? Anocheciendo, visitaba el duelo y los dolientes, se sentaba en un rincón y observaba las entradas y salidas de las vecinas. Si alguien le hacía algún comentario sobre el muerto, ella ponía una cara muy triste y agachaba la cabeza. Le gustaba pensar que era la viuda de todos los muertos y, si el sexo del difunto era femenino pensaba en ser la madre o la hermana. El sábado en que un camión atropelló a su vecino Juan el Talabartero, mientras barría su puerta, le pilló abriendo pimientos en el sequero. Ese sábado no fue a buscar amor entre ortigas y verdolagas. Era lo menos que podía hacer, todos sabían que entre herrajes y cueros, más de una vez se lo tiró. Se sintió más viuda que nunca ¡Descanse en paz!

De las fiestas que se celebraban en el pueblo, las que más le gustaban, eran las procesiones de Semana Santa. Las Navidades la deprimían, le parecían frías. Las fiestas patronales le pillaban entre camiones, casetas de campo o cuevas y entre los gemidos y balbuceos compartidos le llegaba la música de la orquesta en la plaza del pueblo.

Las procesiones eran otro cantar. Se colocaba la mantilla, negra por supuesto, la teja y los zapatos de tacón. Maquillada ligeramente, cogía un buen sitio detrás de la Dolorosa. Junto a todas las demás se sentía arropada. Tenía ese aire solemne que sólo sabe dar a una procesión la trilogía del pueblo: la puta, el tonto y el maricón.

Las mujeres de moral intachable, comentaban la de procesiones que necesitaba Encarna para limpiar sus distracciones respecto a la moral. ¿Y ellas? ¿Por qué seguían a la Virgen? ¿Qué tenían que limpiar ellas? Pobre Encarna, no conocía el

pecado. Las procesiones, las misas, las novenas y demás abalorios religiosos sólo eran fruto de la rutina, el hábito y el desasosiego que nos acarrea el no cumplir lo que nos han enseñado nuestros mayores.

A mí la Semana Santa sólo me provocaba tedio. En los cines sólo pasaban películas relacionadas con la Biblia. En la radio cesaba la música. Las únicas canciones que se escuchaban eran las de mi hermano en el interior de un armario, encerrado por mi hermana, que hacía las veces de radio. Mi hermana hacía como que giraba un botón y empezaba el repertorio. Esa Semana Santa la más solicitada fue la Campanera de Joselito. Yo, para gran disgusto de mi madre, me pasé esa semana poniendo en el picú Anduriña de Juan y Junior.

Encarna, a fuerza de insultos y golpes, fue desengañándose de los hombres. Ella sólo buscaba un poco de amor y sexo. Hubo algunos episodios donde descubrió, como la princesa que descubre que sus joyas son pura bisutería, que los hombres no daban lo que ella entregaba. La primera noche que fue agredida entre limoneros, fue consciente que entre el deseo y el amor hay abismos insalvables y que entre la carretera y la cuneta la gravilla se te mete en el zapato y va dañando las ilusiones de nuestra vida. Encarna fue llenando su corazón de esguinces.

Todas las noches de Encarna eran noches de soledad. Las pasaba con su madre junto a la chimenea, acompañada de los bufidos de los animales, separados por una puerta que daba a la cuadra. En silencio miraban los leños que se consumían al ritmo de rojos. No tenían nada que decirse. La rutina, el conocimiento y la desgana habían alejado las palabras.

Donde sí que hablaba Encarna era en la peluquería. Las mujeres, entre secadores, rulos y laca, preguntaban detalles morbosos sobre sus escarceos nocturnos. Las más atrevidas hacían comentarios sobre sexo. ¡Ay! El sexo de aquella España. Lo ignorábamos todo y al mismo tiempo todo se mitificaba.

-Eres la que más pichas has visto de este pueblo- decía Fina la del estanco.

-¿A qué juegan los hombres bajo tu falda?- preguntaba otra humedeciéndose los labios con la lengua.

-¿Qué hombres te lo hacen mejor?-preguntó Lola, la mujer del panadero, que siempre tenía la pregunta más indiscreta y más incisiva.

Siempre recordaré la noche que mi madre le contaba esto a mi padre, como tampoco olvidaré la respuesta de Encarna a Lola.

-Quien mejor me folla es tu marido- contestó Encarna sujetando una redecilla entre las manos.

Dicen que hasta los bigudíes enrojecieron.

-Mi marido no se tira a las putas- repuso Lola, con un aire de derrota en sus palabras.

Todas sabían que había perdido la batalla y que a partir de ese momento su vida no sería la misma. Subieron el volumen de la radio, se oían consignas y noticias sobre París: "seamos realistas, pidamos lo imposible", decía el locutor. Era mayo de 1968.

Ese mismo día, al volver a casa después de hacer los recados, mi vecina Mercedes se encontró a su marido Ángel colgado de una colaña de su habitación. Llevaba puesto el pijama de rayas que le regaló por su santo. Al igual que Hemingway, tampoco dejó nota de despedida.

Cuando alguien se suicida y, no deja algo escrito, seguramente siempre será recordado. En el pueblo será tema de conversación. La familia sentirá el peso de la responsabilidad. Encarna también fue a este entierro, donde se especuló sobre los motivos del suicidio. El comentario general era que la familia estaba llena de secretos. Pero este es otro tema.

Lo que todos esperaban que sucediera, sucedió: con tanta ida y venida, se quedó embarazada. El hijo de Encarna fue creado por la lluvia, por las noches de luna llena, por el silencio de los árboles que nunca la acusaron de nada y por el asfalto de la carretera que supo silenciar sus pasos. Aunque la gente era más prosaica y decía que era hijo de mil padres. El hijo nació sano y lo cuidó lo mejor que supo. Ella siempre decía que era hijo de un médico, muy inteligente, que le habló de amor en una

noche fresca de primavera. Seguramente, fue fruto de la corrida apresurada de un borracho, en cualquier esquina de cualquier calle ¡Vaya usted a saber!

El niño creció y nunca se avergonzó de su madre. La acompañaba a todas partes, menos cuando se iba a tomar una horchata, que es lo que contaba a su hijo en esas noches que se ataba la luna a la cintura y se iba a buscar la vida.

De las muchas anécdotas que se narraban sobre Encarna, la que más me gustaba era la que contaba mi abuela: salía de un huerto gritando, despeinada y balbuceando que quería su collar. Encontró a una mujer que se dirigía al trabajo, se abrazó a su cuello y le suplicaba que buscara su collar. Le contaba lo valioso que era y de cómo se lo habían arrancado del cuello. Se lo había regalado un pretendiente la segunda noche que se vieron. Ella sabía que era mentira, pero a fuerza de contarlo se había convertido en una realidad. Todos sabíamos que se lo había confeccionado su madre con las perlas que salían en el detergente Tú-Tú y que eran tan falsas como las promesas que le hacían.

-Quiero mi collar-volvió a repetir, mientras trataba de arreglar la ropa en su cuerpo. La mujer que la ayudó contó que en sus ojos estaba toda la desolación del mundo, el desengaño por la vida y unas cuantas lágrimas haciéndose las remolonas por salir.

Tómate las pastillas de proteínas. Ponte el casco. Intenta arrancar la máquina. Esto le decían al mayor Tom desde la tierra. La capsula se está destruyendo y Tom va a morir. Tu mujer nunca te olvidará. Era la letra de Space Oddity, una canción de David Bowie que siempre ponía en el tocadiscos cuando recordaba esta anécdota.

La calurosa noche de agosto que murió Encarna, le sorprendió a toda mi familia en la puerta intentando refrescar el cuerpo antes de irnos a dormir. Como siempre, a la hora que cerraban los bares y los hombres abrían sus braguetas, Encarna se subió al tacón, atravesó el pueblo y pasó por delante de nosotros, saludó y balanceando su cuerpo hacia la derecha nos dejó, como prenda, su olor a colonia barata. Me quedé mirando como se perdía entre la noche y la mortecina luz de la bombilla última que daba paso a la oscuridad más absoluta. No había luna, lo que hacía que la noche pareciese más trágica. Hacía diez minutos que había pasado Encarna, cuando de

pronto oímos un ruido, como de un golpe seco. Pensamos en ramas de árboles caídas, en piedras rodadas de la montaña, en algún perro atropellado por un coche, pero ni se nos ocurrió pensar que la atropellada era Encarna. La noche avanzaba. Los coches pasaban, mi hermano y yo jugábamos a contarlos. Antes de irnos a dormir habíamos contado cuarenta y cinco.

El alba gritó junto con el hombre que encontró a Encarna en la carretera. La mitad estaba destrozada en el asfalto por los coches que habíamos contado, la otra mitad en la cuneta. Omitiré los detalles más escabrosos que se contaron sobre el accidente pues sólo quiero quedarme con la sonrisa que alguien contó que había en la boca de Encarna.

El día que la enterraron llovía. No acudió casi nadie al entierro. Tanto miedo que tenía ella a la soledad del último día. La madre movía los labios y mascullaba palabras inconexas, el hijo lloraba pausadamente, el resto de personas rezaba.

Recuerdo muy nítidamente que, cuando en casa se perdía algo, mi madre decía que le atásemos los huevos a San Cojonato. Esto consistía en hacer un nudo en un pañuelo. Pasado un breve periodo de tiempo, el objeto perdido aparecía. Ahora, instintivamente he sacado un pañuelo de mi bolsillo y le he hecho un nudo para ver si vuelve a mi recuerdo la sonrisa de Encarna, su andar vacilante y su olor a colonia barata que tanto me gustaba.

Primer premio EX–AEQUO

Autor: **LUIS DEL ROMERO SÁNCHEZ-CUTILLAS**

Título: La sisle

Centro educativo: Escuela de adultos de Quart de Poblet. VALENCIA

## La sisle

La Sisle, la comarca situada al pie de los montes de Toledo, tiene nombre de camino, de calzada romana, de cañada de ovejas merinas, de ruta de tercios y legiones en pos de una gloria cada vez más esquiva. En uno de sus recodos, y a dos leguas escasas de la imperial ciudad, se alzaba en otro tiempo un viejo caserón de piedra, tapial y ladrillo, demasiado pobre para palacio y asaz suntuoso para alquería, propiedad de uno de esos hidalgos que llevaban el honor en la punta de la espada y, en la sangre vertida al servicio de Su Majestad, la alcurnia.

Del camino que lamía los portones de la casa tomó ésta su nombre, como si con ello pudiera acogerse a la protección del Monasterio de Santa María, aquel en el que el ínclito Carlos se encerró para rumiar su dolor a la muerte de la emperatriz Isabel, la más bella de sus esposas. Mas de nada le sirvió a la casa semejante patronazgo pues la muerte viaja también por los caminos, sin bula que la detenga, y las miasmas nunca se paran a sopesar la alcurnia de los portales.

En 1599 la Peste cruzó el Tajo demorándose, tañendo apenas la campana de la Sisle. Lo suficiente como para llevarse consigo a la dueña de ese modesto cigarral, la gentil doña Inés, esposa del hidalgo Don Nuño González de Zenete, su más rendido enamorado. Dos años de luto no bastaron para desterrar el dolor y el señor de la Sisle huyó de la casa dejándola constituida en convento, tal vez para acallar así el pecado de soberbia, la terrible maldición que pronunció al ver en el lecho de muerte

el cadáver de su amada. Murió al poco Don Nuño, de pena y de rabia, pleitearon sus deudos y el litigio se adormiló casi un siglo en las estanterías de la Audiencia mientras las monjas rezaban para que el Espíritu Santo iluminara las mentes de los doctores que habrían de confirmarles al fin la nuda propiedad de una casa que ya iba necesitando más de un remiendo.

En la Sisle los años se parecían como una gota de agua a otra, se rezaba en el coro por unos monarcas cada vez más débiles, entonábanse misas de difuntos por tantos infantes malogrados, caían los validos, menguaban las posesiones de la imperial casa y hasta llegó el día en el que un rey extranjero dio un nuevo aire al Alcázar de los Austrias. Mas en la Sisle el tiempo se contaba por lo menudo, como si los días fueran las cuentas de un interminable rosario, y sólo los cañones de los franceses, allá por el año doce, estuvieron a punto de desmigajar estos muros que el sol parecía haber tostado.

Contagiado acaso del primitivo palacio, desde fuera no era fácil adivinar su arquitectura. Protegido de las miradas de los curiosos, un pequeño patio adornado con cipreses y jazmineros - extraña mezcla para este cigarral de gentilhomme convertido en fortaleza de la fe - circundaba el pozo de ladrillo en el que los árabes conservaban la nieve para el verano.

El generoso huerto, cercado por tosco tapial, albergaba las horas de las novicias que penaban su devoción demasiado estrecha para el mundo. Discreto encanto de las horas que transcurrían, pausadas, entre el toque de oración y los frugales refrigerios en común, entre las disciplinas y los cánticos en el coro. Los minutos se complacían, dilatándose, como si aspiraran a fundirse con ese paisaje monótono, apenas ondulado, de allende los muros del convento. Sólo de vez en cuando alguna monjita, embobada en el quehacer del dedal y la aguja, rompía el silencio de la tarde al sofocar una risa cuando recordaba que al cura, al arrodillarse, se le vieron las ligas del tobillo.

En el jardín de las monjas los estorninos volaron en primavera. Ya estamos en Julio y la ropa se seca pronto en los cordeles. Una Sor pasea leyendo un libro. La Superiora la reprende, pues no son éstos tiempos de lecturas sino de oraciones y

penitencias. Las paredes del convento no son tan fuertes como para desterrar las voces del mundo. La soledad del jardín, tan inalcanzable. Tan sólidos los silencios de su clausura. Dicen que hay una guerra y los soldados desfilan, como tantas otras veces, por el camino que pasa por delante de la Sisa.

-- *Mire, madre. Vuelven los soldados.*

Los soldados vuelven del África Isabelina, cubiertos de cicatrices los más afortunados. Las monjas saben de antiguo que tras cada victoria se repiten estas macabras procesiones de tullidos.

"¡Qué diferencia con las orgullosas columnas de hace tan sólo unos meses", piensa la Superiora mientras ordena rezar una novena a Santa Bárbara bendita.

Cuatro monjitas, casi ciegas, bordan escapularios y detentes entre respingos y murmullos a la escasa luz de una lámpara de petróleo. Anochece pesadamente, como en una oscura visión del Greco.

Correa de presos hacia Ceuta. Pasan por delante de la Sisa y las monjas curiosas son penitenciadas por la Madre. Cuando se pone el

sol, un vientecillo inoportuno viene a turbar los rezos de las santas - dos llagadas y una que levita. No en vano estamos en los tiempos del milagro y la impostura. ¡Tal ejemplo da la Corte!



Autora: Aurora Alcalde Ramirez

El río Tajo se aleja. Un caballero enjuto, de negro, sudando por el calor y el peso del equipaje, fija sus ojos de azogue en el empedrado de la antigua calzada romana. Se diría un lunático o un anticuario. La campanilla sobresalta a la monja portera que cabeceaba - ¡Dios bendito! -, a la hora del rosario. Acude presurosa tras signarse tres veces, levantando con el frufrú de las faldas una mueca de desaprobación en el rostro de la Superiora.

-- *Ave María Purísima.*

El inglés vendedor de Biblias, apercebido de su error, se despide de la monja deshaciéndose en excusas. La Sor vuelve a sus rezos mientras la luz del atardecer va estirando, hasta romperlas, las oblicuas sombras de las rejas.

Pasan los años y vuelven los hombres a tomar las armas, pero en esta ocasión no se dirigen a tierra de infieles, sino a Madrid, a la corte. Dicen que la Reina ha huido a Francia y que a partir de ahora gobernarán en España los herejes. Pero no son los malos gobiernos los que echan el candado al convento. Apenas tienen tiempo las monjas de hacer el equipaje, pues las menguadas rentas no alcanzan para mantener abierta esta casa de santidad y oración, que sólo unos meses después se ha de convertir, por una amarga burla del destino, en casa de latrocinio.

-- *Sé de buena tinta que la caída del gobierno es inminente, y mucho me extrañaría si no recuperáis muy pronto el mando de aquella casa* -- cuchichea el atildado párroco al tiempo que se lleva una cucharada de chocolate a los enmohecidos labios.

-- *¡Al fuego con ellos!* -- brama la monja --. *Habría que quemar en una hoguera a todos los políticos que consienten el escarnio de ver un convento en las garras del Anticristo.*

El sacerdote acudió solícito a dar la razón a la religiosa. Finada la plática, de regreso a casa, el tripudo cura entonó la cotidiana jaculatoria de hipos y eructos mientras pensaba que la diatriba de la monja le había arruinado la digestión de nuevo.

A la Superiora, en su humilde destierro, no le enfurecía que la chusma campara por sus respetos. Para eso estaba el Gobierno, bien provisto de palos y de brazos que los empuñaran. Lo que la hacía indignarse hasta la acrimonia era el ver su casa en manos de otra mujer. Había en ello un sospechoso olor a azufre, pues sólo el diablo podía arrebatarse las llaves del convento para entregarlas a esa sierpe. Y aún le dolió más la forma de su huida, de noche, precipitadamente, con sus hijas agolpadas en una carreta, tan asustadas y persignándose a cada momento, las infelices.

Calzada romana. Frontera con Dios y con el pecado. La Sisle, convento de carmelitas, devino con la Primera República casa de regocijo regentada por una Doña, viuda de Coronel, gracias a la ayuda de una alta autoridad cogida entre la espada del Obispo y la pared del embarazo de una de las pupilas, un turbio asunto capaz de arruinar su carrera política.

En apenas un mes la Coronela puso patas arriba el antiguo convento. La Biblioteca, presidida ahora por una descacharrada mesa de billar, reliquia de algún Casino, quedó convertida en sala de juego y fumador. El patio se pobló de asientos de mimbre discretamente repartidos entre los cipreses. Pero de lo que más se enorgullecía la Doña era del aspecto que ofrecían las antiguas celdas, transformadas en nidos de amor con sólo algunos retoques que no eliminaban del todo el aire ascético de antaño.

Primero fueron los mayores quienes husmearon el nuevo servicio que se les ofrecía inusualmente en medio de los cotos de sus amos. De los cercanos cuarteles venían los oficiales, hambrientos y chulapones, mostrando con orgullo las cicatrices de apócrifas batallas y huyendo de la parienta, cada día más ajada y viperina con su monserga de los ascensos postergados. Pronto la noticia se extendió como la pólvora y no era raro ver a los señoritos perdularios, y aún a jueces y otras alcurnias, llegar en coche a la puerta de la Sisle protegidos por las sombras de las miradas de los curiosos.

Vanas fueron las protestas de las matronas de la ciudad, orquestadas por el antiguo cura del convento y dirigidas con sabia indignación por el obispo de la diócesis. Vana la desaprobación de los caballeros, esposos de beatas y padres de

novicias, que llegaron hasta el extremo de nombrar una comisión con el encargo de llevar el caso hasta Madrid, aunque la comitiva no tardó en naufragar contra los duros arrecifes de las covachuelas ministeriales.

La Sisle, el viejo convento de monjas carmelitas, había torcido sus beatíficos rumbos para caer en el más abyecto de los pecados, el comercio de la carne, en frase celebradísima del docto cronista local, el cual, no obstante, era uno de sus más fervorosos parroquianos. Se había convertido en un alegre lupanar donde cualquiera podía elegir entre el amor ceceante de la morena andaluza, la parla chabacana de la rubia teñida, hija de comerciantes vizcaínos, o el burdo acento francés de la asturiana de exóticos reflejos.

-- *¡Nanette! Te busca don Froilán.*

-- *¡Florita, Charitín! Haced el favor de acompañar a estos caballeros.*

Pero la más solicitada era la Novicia, una muchacha hermosísima, de pelo negro recogido con una cinta carmesí, muy blanca de piel, figura anforada, pechos erguidos y un murmullo en la voz que más parecía un surtidor por su repiqueteo armonioso. Tenía en los ojos, pardos y acariciadores, una chispa de ansiedad, como si quisiera arrancar el corazón de cada amante y descifrarlo.

El apodo respondía a su pasado de novicia auténtica que se negó a abandonar el convento cuando llegó la orden de excomunión. La Doña le tomó cariño y la medio adoptó, apartándola obstinadamente de la mano de los hombres. Pero una noche ella misma se entregó a un indiano y desde entonces venía siendo la más frecuentada de las alegres mujeres que se paseaban semidesnudas por la casa.

"Diríase que los abrazos la embriagan", pensaba la Doña, a quien embargó una tierna tristeza cuando se le pasó la cólera de ver a su hija adoptiva lanzada a la vida.

Y fue la Novicia, sin quererlo, la causa de su ruina. Una noche de viento y lluvia se acogió a sus muros un hombre enjuto, malencarado y pendenciero. Le llamaban el Puto, pero delante de él nadie se atrevía a mentarle el apodo. Aquella noche venía negro de vinacho, había perdido a las cartas y tenía el mal fario de los feos. Nada más ver a la Novicia se encaprichó de sus maneras suaves, de sus pechos de nieve,

de sus ojos de gacela aprisionada, y la pidió a gritos. La Novicia, con todos cariñosa, le volvió la cara, y eso un hombre de su calaña no puede resistirlo. El Puto quiso tomarla por la fuerza y la Novicia le escupió su desprecio con estas palabras:

*-- Me podrás forzar, Puto, pero no tendrás mi tibieza.*

Y ella misma se clavó unas tijeras en el sexo sin que la Doña pudiera hacer nada por evitar que se desangrara.

Escándalo tan gordo no lo pudieron tapar ni los clientes de más alcurnia y al poco la Doña, gimiendo como una viuda, partió de la Sisle acompañada de sus hijas. Al Puto lo prendieron en Burguillos y, cuando la Guardia Civil lo llevaba en correa, la ley de fugas dio buena cuenta de sus crímenes.

Desde que el gobierno de la Restauración cerró las puertas del lupanar, la Sisle fue escondite de amoríos, cueva de gitanos, refugio de pastores y de poetas encendidos por el recio vino de las tabernas, desorientados en curdas magníficas por los campos.

La Sisle, abiertas sus heridas por el polvo castellano, ofreció todavía una terca resistencia al embate del viento, de la lluvia, de las plantas rastreras, postergando en vano su ruina definitiva. Y de nuevo la pólvora se acercó a sus muros. Lejanos truenos de batalla, fugaces relámpagos reflejaron en el cielo, como una aparición, la siniestra mole del Alcázar. Y de allí vino el fragor del combate, el silbido de los obuses que amenazaban con agujererar la tierra.

Pero de noche las balas callan dejando paso a la charla de los centinelas que guardan, sin saberlo, un rastro de lo que fue calzada imperial junto a la Sisle.

*-- Pues ahí donde la ves, esta casa fue en tiempos burdel y convento.*

*-- ¿A la vez? -- pregunta el más joven.*

*-- No seas burro. Primero fue convento y luego puterío... Más de una cana al aire echó aquí mi abuelo.*

Tras un breve silencio en el que los soldados apuran el cigarrillo, el muchacho pregunta:

*-- Oye, y tu abuelo, a quién se tiraba, ¿a las putas o a las monjas?"*

A la luz de la fogata, el joven centinela ahuyenta con sus risas el miedo pues ha creído ver unas sombras desfilando por esta calzada romana, esta cañada de la Mesta, esta transitada ruta hacia las Indias.

Horas después el soldado se adormece, arrebuñado en su manta, mientras la brisa gélida del alba repite, al peinar las ruinas, el nombre de doña Inés, aquella dama arrebatada tempranamente por la peste cuya muerte prematura acaso impregnó para siempre los muros de la Sisle con el acre aroma del desamor, con el denso acíbar de la tristeza.

VIII edición, 2009

# MODALIDAD A

(hasta 16 años)

Primer Premio

Autora: **ROSALÍA GARCÍA GARCÍA**

Título: Euterpe

Centro educativo: IES Los Molinos, Cartagena. MURCIA

## Euterpe

En bastidores todo es emoción. Susurros entrecortados animan a los músicos a recoger cuanto antes sus instrumentos. Se apresuran a subir y bajar escaleras, llevando y trayendo mensajes, afinadores y un vaivén de voces nerviosas, rápidas, fugaces... Muchas partituras yacen en el suelo, olvidadas o perdidas. Todo el mundo se apresura a apagar los móviles. Las chicas se maquillan, apretujadas frente a un diminuto espejo. El ruido y la agitación hacen crecer el nerviosismo de los presentes.

Hay una figura detenida entre la multitud. Vestida con unos pantalones y una camisa de color negro, como sus compañeros. El pelo oscuro recogido, la piel blanca. Se arrodilla delante de un estuche. Mete la llave en la pequeña cerradura y la gira. Después, abre las cremalleras. A continuación, levanta la parte de arriba. Quita la pieza de tela que protege al instrumento. Terciopelo negro forra el estuche por dentro, aunque el que acaricia la viola es granate. Desabrocha el velcro que encadena el mástil y la alza en silencio. Ajusta la almohadilla. Entonces coge el arco y lo tensa. Lo frota con resina.

Coge el afinador y lo enciende. Roza las cuerdas, produciendo un sonido casi inaudible. Al tocar, el afinador da una luz verde. Entonces lo deja y vuelve a cerrar el estuche con llave. Se levanta. ¿Por qué tanta tranquilidad? ¿No debería estar tan nerviosa como sus compañeros? Sin embargo, no lo está.

Se mueve entre los demás, en silencio. Baja las escaleras rápido. Se coloca entre los demás músicos. Y aunque aparente tanta serenidad, tanta concentración, en realidad su corazón late más veloz que ningún otro. Su respiración es lenta. Sus ojos miran a la nada. Y sólo escucha sus propios latidos. Sólo faltan dos minutos para salir a tocar. Alguien grita. Se oyen risas. Pero a ella no le importa lo que haya pasado, sólo quiere el último minuto de tranquilidad.

Es la hora. Se oyen aplausos detrás de la puerta que, en ese mismo instante, se abre. La gente empieza a salir, esta vez serios, con sus instrumentos en la mano, llevándolos como si fueran tesoros. Se coloca detrás de su compañero de atril y lo sigue. Sale al escenario. Los focos la distraen por un momento, hay demasiada luz naranja. Los espectadores aplauden entusiasmados. Los músicos se sientan en sus sillas y preparan las partituras. Ella encuentra su lugar sin problemas. Se acerca esquivando los atriles y las sillas. Se sienta en el primer atril, en la silla de la izquierda. Es la jefa del grupo de violas. Abre las partituras por la primera pieza. Mira a la gente.

Su corazón late más fuerte ahora. Si todo quedara en silencio, el espectador de la última fila podría oírlo sin dificultad. Los músicos de viento afinan. La concertino se levanta y repite la operación con la cuerda, grupo por grupo: contrabajos, violonchelos, violas, violines segundos y primeros. Se sienta. Afinan el resto de las cuerdas. Se hace el silencio. Sale el director, vestido de traje. Saluda al público y después los mira. Cierra los ojos y se concentra. Levanta los brazos, los instrumentos suben al cuello, a la boca y a las manos de los músicos. “Preparados, listos...”, parece decir el público. “Ya”. Y empiezan a tocar. Y su corazón deja de latir.

Los arcos rozan las cuerdas, el aire las boquillas y los instrumentos de viento, la percusión da el toque final a la melodía. Todo coordinado por los movimientos del director. Pero por encima de todo eso está ella. Recta, sentada al borde de su asiento. Mira la partitura y de reojo ve al director. Los *piano* a la punta y los *fuerte* en el talón, abarcando todo el arco. Se mueve lo suficiente: un cambio en la música, un cambio en la expresión. La viola parece una prolongación de su cuello y el arco,

de su mano derecha. Forman parte de sí misma, completándola, haciéndola sentir viva.

Tras poco más de diez minutos, se hace el silencio. Ha acabado la primera obra. Aún quedan otras dos. La gente aplaude. Nadie ha reparado en nadie. No han fijado la vista en un músico concreto y menos en ella. Como es obvio, tampoco nadie se ha fijado en el color de su instrumento; dan por supuesto que todos son de color marrón rojizo.

Empieza la segunda obra, todo fuerza, todo color. Su cara es la viva imagen de la rabia. No hay nada en su mente, ni palabras ni sentimientos. Sólo vive para la música en ese momento.

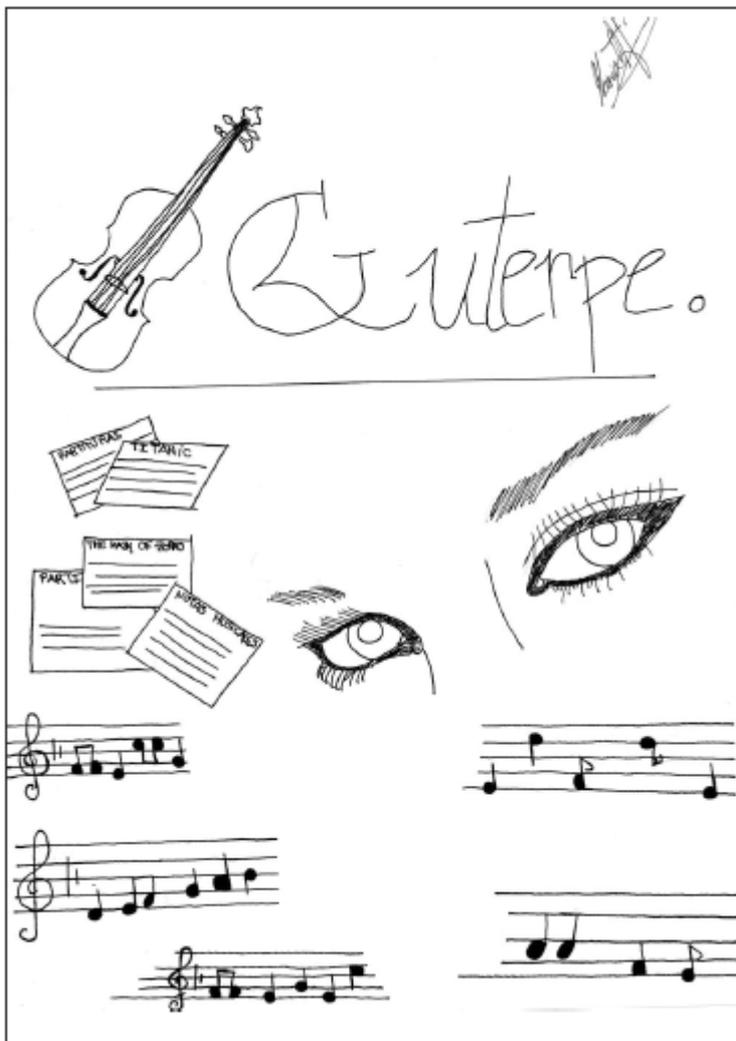
Mientras la orquesta toca, los espectadores no pueden ni pestañear. El espectáculo es demasiado bonito para perderlo de vista por nimiedades como esas. La imagen es impresionante, todos los arcos moviéndose al mismo tiempo, en la misma dirección, propiedad indiscutible de una gran orquesta.

Acaba la segunda obra. El director parece haber decidido terminar sin la tercera y hace levantar a todos los músicos. Los espectadores aplauden fuerte, dejándose las manos rojas. Ella mira con preocupación al director, quiere tocar la tercera obra. Éste sale. La gente sigue aplaudiendo. A lo lejos se oye un débil *“¡Otra, otra!”*. De nuevo sale el director. Saluda al público. Se vuelve hacia su orquesta. *“Zorro”*, susurra. Las partituras vuelan hacia su presa. **“The Mask of Zorro”**, se puede leer en todas ellas. El director levanta los brazos, pero los instrumentos no se mueven.

Empiezan las castañuelas. Luego el viento, seguido de los chelos. Finalmente la cuerda. Todo es emoción, a todo el mundo le gusta esa pieza. Si cierras los ojos, puedes ver al mismísimo zorro con su espada, dibujando en el aire una Z de fuego. El ritmo contagia a los músicos. Sus labios forman sonrisas felices. Pero ella nunca sonríe mientras toca, por lo que su cara tan sólo muestra concentración. Antes de terminar, un leve gemido escapa de su boca. Se acabó. Tanto tiempo esperando para que ya termine. Se levantan. La gente aplaude a más no poder. El director se retira, seguido de los músicos. Ella echa un último vistazo a los espectadores, una mirada triste, desolada. Y se va.

No se despide de sus compañeros, no es amiga de ninguno de ellos. Camina sola por las calles hasta el siguiente escenario, donde tendrá que demostrar de nuevo sus dotes ante un público mediocre, que no entiende ni de música, ni de belleza.

Todos han pagado para verla. Los folletos y carteles la describen como la reencarnación de una musa. No hay fotos de ella y sólo tres o cuatro espectadores la conocen. Sólo hay veintitrés espectadores, un concierto más bien privado. Hombres de negocios, adinerados e infelices, esperan para verla tocar. Una noche para olvidar los problemas, para que el humo del tabaco borre las penas, para dejarse endulzar por el sabor del alcohol y las mujeres.



Autore: María Tadea Torres

Introduce la llave y abre el estuche de su instrumento. Al abrir el velcro, las cuerdas vibran, produciendo tres segundos de música. Acaricia el mástil mientras en su cara se dibuja la felicidad de quien se reencuentra con un viejo amigo, aunque sólo hayan pasado un par de horas desde que se vieron. Afina las cuerdas de nuevo, aunque no haga falta. Aplica resina sobre el arco, no mucha. Limpia la viola de nuevo con la bayeta. Se mira en el espejo una última vez. Sus ojos negros brillan en el

reflejo. Ciertas diseñadoras de no sé qué han querido maquillarla y vestirla, pero las

ha despachado con educación. ¿Pretenden que parezca una muñeca? No, gracias. Se ha vestido, peinado y maquillado ella misma, sencilla pero elegante.

Los cuchicheos de los espectadores se van apagando conforme las luces van bajando su intensidad hasta hacerse el más absoluto silencio. Un foco ilumina el centro del escenario, punto fijo de todas las miradas. Ella camina por los pasillos de paredes blancas y finalmente sale al escenario. Todos contienen la respiración.

Nadie se figuraba que sería así. La imaginaban guapa, con un talento especial, pero no tan perfecta. El vestido negro, de tirantes y hasta las rodillas, en pleno invierno, los hace estremecerse. Los lazos de los tacones suben por sus piernas, anudados por encima de los tobillos. El pelo rizo le cae ahora por la espalda, cubriendo parte del maravilloso tatuaje que la abertura del vestido deja al descubierto. Un cuerpo perfecto y una faz angelical, sólo falta oírla tocar. Todos contienen una exclamación al ver el instrumento, también de color negro, brillante, hermoso.

Alza el instrumento y se lo coloca al cuello, gesto que hace que el público se fije más en ella. Sitúa el arco sobre las cuerdas, procurando comenzar lo más piano posible, en la punta, para aprovechar todo el arco en un *crescendo* espectacular. Respira hondo, sabe que todas las miradas están fijas en ella, cierra los ojos y se concentra. "*Vamos, pequeña, hoy tienes que estar espléndida*", le dice a su viola.

Coge impulso y comienza la obra, tocándola de memoria. Mientras que ella se convierte en el centro del mundo para los espectadores, el mundo deja de existir para ella. La música avanza, tomando posesión de todas y cada una de sus mentes, de sus cuerpos, de sus vidas. Es indescriptible, pero con decir que no hay ni un solo pestañeo os lo podéis imaginar. Ella comienza a dejarse llevar, sintiendo las vibraciones de las notas como un pequeño movimiento de su corazón, entrelazándose con sus latidos, haciendo de él un metrónomo.

En los últimos compases comienza a flojear, la música parece volverse más lúgubre, oscura y melancólica. Pero vuelve a salir a la luz, vuelve a brillar, en un último esfuerzo. Y termina con un acorde en dos arcos, abajo y arriba. Se queda quieta, respirando entrecortadamente después de los ocho minutos que ha durado

la obra. Ocho minutos llenos de tensión por parte del público y por su propia parte. Ocho minutos llenos de belleza momentánea, de música en estado puro, de placer. El público sigue sin respirar, sin pestañear, sin hacer ningún ruido.

Entonces, ella baja su instrumento y un tímido aplauso comienza a expandirse en la sala, ganando velocidad y sonido. Dibuja una sonrisa torcida en su cara, da las gracias con una reverencia y sale del escenario.

La misma figura se encuentra de espaldas, frente a un estuche. Se agacha. Introduce la llave en la pequeña cerradura y la gira. Abre las cremalleras. Quita la almohadilla a su instrumento de madera negra y la coloca en un pequeño compartimento del estuche. A continuación, coloca la viola dentro. La cubre con la tela de terciopelo granate. Guarda también el arco. Cierra las cremalleras. Da otra vuelta a la llave y se la guarda. Se levanta y coge el estuche. Se lo echa a la espalda y baja las escaleras. Sale al frío de la noche. Camina por los pasillos desiertos hasta salir fuera del teatro.

El público ha quedado maravillado, pero nadie, absolutamente nadie, la ha felicitado nunca. Tampoco nadie la ha reconocido. Los únicos de entre los espectadores que la conocían eran dos amigos de la infancia, que nunca antes habían ido a verla. Se sorprende pensando en cuántas veces los invitó a que fueran, de sus promesas de asistir. Se acuerda de cuántas veces lloró porque no comprendían su amor por la música. Le había alegrado verlos allí sentados, con sonrisas de disculpa. Sin embargo, pensándolo fríamente, era demasiado tarde para que asistieran. Ahora que había conseguido una buena reputación no valía con que fueran a sus conciertos y le dijeran después: *“Sabía que lo conseguirías, sabía que cumplirías tu sueño”*.

Camina por las callejuelas, las calles prohibidas por donde nadie va. La música todavía acompaña a su figura, a su forma de andar. No sabe que llevo todo el rato siguiéndola. Tengo que acercarme, hablar con ella, saber su nombre. Sin pensarlo, obedezco a mi primer impulso: correr. Cuando faltan unos metros para alcanzarla, se da la vuelta. Yo paro en seco. En sus ojos hay lágrimas. No sé qué decir.

-¿Estabas en el concierto? –pregunta, con un pequeño temblor en la voz.

-Sí... Sí, te he visto tocar, en los dos conciertos. Yo... nunca había visto a nadie tocar como tú. Todo el sentimiento que emanabas, es algo maravilloso.

-¿De veras? –dice tras una risa sarcástica-. Tú no sabes nada...

-No sé de música, pero no hace falta saber mucho para darse cuenta de todo el talento que posees –me defiende.

-¿Talento? A veces, el talento convierte nuestras vidas en el mayor de los infiernos –susurra.

Se da la vuelta y comienza a andar de nuevo. Me quedo quieto, sorprendido. Necesito preguntarle una última cosa.

-¿Cuál es tu nombre? –grito.

Ella para y me mira. Su imagen se graba en mi retina.

-Euterpe –dice.

Segundo Premio

Autora: **MAITANE MUÑOS BASAGOITI**

Título: La tercera estrella a la derecha de la luna

Centro educativo: El Salvador, Maristas. BILBAO

## La tercera estrella a la derecha de la luna

Un terrible olor a antiséptico invade el ambiente. Las parpadeantes luces de neón que cubren el techo dan un aspecto celestial a la habitación, aunque el sufrimiento, dolor y angustia que puebla en ella son los personajes más antagónicos en esta triste historia. Los cuadros, que luchan por no caer de las ya avejentadas paredes, tratan de alegrar la pena que ronda por los pasillos de este edificio; una pena que, maliciosamente, se burla de cada hombre, anciano, mujer o niño que encuentra a su paso. Mi corazón late desbocado. Tengo la impresión de que la suerte ha decidido mirar hacia otro lado, aunque, hace años que se olvidó de mí. No le guardo rencor, yo también lo haría.

Nunca me han gustado los hospitales. Es como si la propia muerte te esperase a la entrada, recordándote que el hecho de estar allí no es más que un atajo para llegar a ella. Hace años que la muerte llama a mi puerta. Al principio llamaba una vez y esperaba impasible bajo el umbral; poco a poco comenzó a golpear varias veces la carcomida madera; ahora, arroja su negro cuerpo contra mí y grita, cada vez más alto, que el tiempo se agota. La batalla es cada vez más agotadora y las lágrimas han comenzado a asomarse al balcón de mis ojos para deslizarse su húmedo cuerpecito por mis mejillas. Cada vez soy más consciente de mi situación. Mi reloj de arena se ha quedado sin granos; mi tesoro pirata ha perdido por el camino casi todos sus doblones de oro...

El doctor mira por encima de sus gafas la letra del informe, arrugando el entrecejo al llegar al segundo párrafo. Luego, posa una mirada de compasión sobre la niña que, sentada en mi regazo, navega por el universo de la imaginación. Dormida parece un ángel con las alas cortadas para evitar su huida a las nubes. La impaciencia ha comenzado a apoderarse de mi marido que, habiendo acabado de morderse las uñas, trata de encontrar un lugar en el que descargar su impotencia. Siempre se ha sentido inútil viéndome padecer en silencio este mal. Nadie ha podido hacer nunca nada por mí. La soledad ha sido el único amigo que me ha acompañado en este terrible viaje. La soledad ha sido mi mayor compañía; la soledad nunca me ha dejado sola.

El silencio aguarda, sabiendo que, en unos minutos unas simples palabras lo destituirán de su trono. Pero hoy, las palabras se demoran demasiado, y necesito saber si aún puedo proteger la tenue llama de la esperanza que arde en mí, o si por el contrario, yo misma he comenzado a soplar fuertemente para lograr extinguirla.

–Lo siento.-dice el doctor con una falsa y ensayada voz.

No, él no lo siente. Sólo cumple con el protocolo, tratando de mostrar su cara más solidaria, algo que, tristemente, habrá puesto en práctica incontables veces. La frase carece de sentido para el hombre que, protegido por una impoluta bata blanca, observa el mundo tras unas lentes de alta graduación. Las próximas palabras habrán danzado desde sus labios en una cifra tan elevada como desagradable:

–El cáncer ha recidivado.

Se dirige a mi marido, como si yo no comprendiese la gravedad de la situación. La enfermedad ha afectado mi capacidad para pensar, recordar y ser persona, pero no soy estúpida. Me trata como si fuese una niña a la que le anuncian que le han robado su caramelo. Yo no soy una niña, y no me están arrebatando ningún caramelo, sino el dulce néctar de la vida.

A continuación vienen los posibles tratamientos, las posibles vías de escape para seguir jugando al escondite con la muerte. No quiero tener que buscar otro escondrijo bajo algún robusto roble o tras una roca. Es hora de que alguien grite “te

pillé” y me lleve. El juego ha acabado y no quiero volver a echar otra partida. Me rindo; me dejo llevar...

Mi marido trata de mantener intacta su virilidad conteniendo los llantos que, desesperados, luchan por salir del fondo de su alma. Siente cómo me voy lentamente de su lado. La puerta ya está abierta, la guadaña ya está dentro.



Cuando crucé por primera vez la puerta de la consulta el destino decidió cambiar de rumbo, pensando que mi vida había llegado a su fin. No necesitaba tener un futuro, porque apenas tenía el presente. Me anunciaron que tenía un tumor maligno en el cerebro, y que apenas me quedaban tres meses de vida. Sentí cómo por un cortísimo instante de tiempo mis pulmones dejaban de funcionar y el latido del corazón se iba debilitando lentamente. El tiempo comenzó a reírse y me entraron ganas de gritar, pero, a diferencia de lo que siento ahora, una enorme valentía surgió de mi interior. Al grito de guerra de “sobreviviré” el tiempo comenzó a caminar, perezoso pero con la velocidad adecuada como para que decidiera someterme a la radioterapia. La caída del cabello no me supuso ningún problema, la belleza nunca había sido mi mejor amiga, y no me preocupaba en absoluto el hecho de haberme convertido en un ser extraño que atemorizaba a los más pequeños por la calle y apiadaba a los más adultos. Mi mente estaba segura de que lograría salir adelante; pero fue la mente, ella, que con su interminable sabiduría me había acompañado durante tantos años, la que me falló. Comencé a olvidar cosas; todos los pequeños momentos, todas las delicias que la vida deja esparcidas por el suelo fueron desapareciendo; las personas

a mi alrededor dejaron de ser amigos, y pasaron a la categoría de desconocidos; olvidé a mi hija, a mi angelito, y a mi marido; me olvidé de mí misma... Las noches, aliadas de la oscuridad, supusieron para mí el segundo infierno. Apenas podía conciliar el sueño; corría delante de mí, y no me permitía alcanzarle, todavía era un niño, y todavía quería seguir jugando. El día era la prolongación de lo que debería pagar por retrasar un poco más mi final, con la única excepción de que el cáncer me permitía ser por un momento yo: una mujer moribunda, dolorida, pálida, y con el rostro marcado duramente por el dolor.

No siempre había sido así. A veces, la vida te lo da todo, para quitártelo después, aunque, es placentero ver cómo todo parece ser perfecto por un cortísimo instante. El amor ha sido, sin duda alguna, el obsequio más valioso que me ha otorgado. Amar es precioso, increíble, y como muchas canciones replican, te eleva a tu esencia. Todo lo que necesitas para completar el rompecabezas de tu corazón es el amor.

Cuando era joven, no hace muchos años atrás, había amado a mi marido con locura. Las tardes de verano que pasaba junto a él, junto al mar, aspirando el olor a salitre que arrastraban las olas, acariciados por la suave brisa del atardecer, despidiéndonos, una noche más, de los últimos rayos de sol, forman parte de los escasos recuerdos que conservo en un cajón. La enfermedad todavía no los ha encontrado, aunque sé que lo hará, y los quemará para siempre. Ya lo ha hecho con mi infancia. La ha reducido a vagas visiones de los regalos recibidos por Navidad, y algún cumpleaños. He olvidado ser niña, he olvidado lo que es ser caprichosa, impredecible, libre. Todos los años pasados dentro de un minúsculo e inocente cuerpecito vestido con trajes de franela y canalé rosas han partido en un viaje del que todavía no han regresado. No tuve oportunidad de decirles adiós, ni de poder agarrar una vez más las muñecas con las que tantas veces había jugado, ni de poder volver a sonreír emocionada al ver como un payaso de circo, haciendo divertidos malabares caía estrepitosamente al suelo. Ahora es cuando puedo decir que no tengo pasado, y que el futuro está demasiado nublado como para seguir caminando; tal vez sea mejor parar para descansar un momento, llenar los pulmones con un poco de vida, caminar firmemente por la oscuridad...

Nos levantamos sin apenas mirarnos. Mi marido agradece al doctor haber hecho todo lo que estaba en su mano y nos vamos. Mi pequeña todavía duerme, ajena a lo que su madre padece. Nunca volveré allí. No quiero volver a cruzar la puerta de un hospital nunca más...

De camino a casa, las palabras muestran respeto y prefieren permanecer calladas, sabiendo que el silencio es el mejor presente que pueden entregar. El coche avanza veloz por la carretera, y las tenues luces de las farolas callejeras nos indican lentamente el camino como si hubiéramos perdido por completo el sentido de la vista. Somos en total cinco dentro del vehículo: mi marido, quien ha entendido finalmente que es imposible evitar la desgracia; mi dulce ángel, que perezosa, aún pide a Morfeo que le permita columpiarse en su sueño un rato más; la enfermedad, feliz sabiendo que ya no tendrá rival alguno en la conquista de mi ser; la muerte, que espera su oportunidad, cansada ya de recorrer tanto camino, y yo...

Al entrar en casa, poso mi rostro sobre el espejo y permanezco inerte, mirando, observando cada arruga, cicatriz, cada curva de los labios, cada pigmento de unos apagados y amarillentos ojos. Veo un rostro derrotado, abatido, y sin embargo, algo me dice, quizás por el brillo en la pupila, o por la suave línea que marca la boca, que soy feliz, que ya no voy a sufrir más, que todo se ha acabado para mí. Y hoy, más que nunca, veo que la carretera está cortada y que estoy llegando a mi meta, y, sin embargo, algo está floreciendo dentro de mí, lleno de júbilo, de bienestar. Una lágrima brota de mis ojos y resbala por mi mejilla. Por fin. Al final, la enfermedad ha decidido por unas horas darme tiempo para despedirme, para demostrar que no todo está dibujado en colores grisáceos y oscuros. Con aquella lágrima, mi alma ha dado, por primera vez desde hace mucho, muchísimo tiempo, muestras de su existencia. No me había abandonado; había estado aguardando el momento de salir a la luz, radiante.

El sol hace tiempo que regresó a casa, agotado por una dura jornada laboral. La luna ocupa ahora su puesto en el firmamento, y brilla, como no lo había hecho antes, sólo para mí. De pequeña, cuando mi abuela murió, me contaron que las personas no mueren, sino que vuelven al principio de la casilla de salida, vuelven de

donde vinieron: el cielo. Vuelven a tener una nueva oportunidad para echar los dados y seguir avanzando por el tablero. Me dijeron que las almas de los muertos se convertían en brillantes estrellas, y que permanecían durante siglos observando a sus descendientes, velando por ellos, acompañándolos en la más tenebrosa oscuridad. Veo un hueco entre dos estrellas, un espacio que parece susurrar mi nombre. Tal vez ese sea mi sitio en la vitrina de trofeos. La tercera estrella a la derecha de la luna. Un lugar privilegiado, el mejor asiento del palco para ver la armoniosa ópera de la vida...

Faltan pocas horas para que los luminosos rayos de sol vuelvan a teñir de amarillo el techo del mundo. Mi angelito, despierta, acurrucada sobre mi pecho observa conmigo la noche más bonita que sus jóvenes ojos han visto nunca. Mi marido me sujeta, apoyando su barbilla sobre mi hombro. ¡Inocente!, todavía cree que puede retenerme un poco más... El dolor ha remitido poco a poco, aunque sé que lo ha hecho por piedad. El aire va abandonando mis pulmones, y los latidos de mi corazón comienzan a ralentizarse. Ya está aquí, la muerte ha girado el picaporte y, saludándome con la mano, camina por el pasillo. En realidad, es más bella de lo que me había imaginado; es una niña, vestida con un pomposo camisón, que me da la mano.

–Esto no te dolerá-dice- Ahora tenemos que descansar, las dos.

Y me caigo al suelo. Y mi marido grita. Y mi hija llora. Pero yo ya estoy volando con esta niñita hacia el lugar en el que debo estar. Les digo adiós, me despido, recordándoles, que la muerte no es el final, sino el principio. Ya no tengo frío, ni dolor de cabeza, y todos y cada uno de los recuerdos que el cáncer había borrado de mi mente han vuelto a ser escritos. Ya recuerdo mi infancia, y todas y cada una de las muñecas que estuvieron allí conmigo; puedo saborear mi primer beso, el que me hizo darme cuenta de que la felicidad es siempre, siempre, compartida; huelo el embriagador perfume con el que solía abrazarme mi madre, y recuerdo las dulces cosquillas de mi padre. Me veo como niña, me veo crecer, me veo madurar, y ahora, me veo morir. Y me gusta morir; me otorga la paz de la que había estado tan necesitada.

En el balcón, donde mi cuerpo yace sin vida, abrazado por un hombre que ha permitido a su corazón expresar con lágrimas lo que siente, una niña, bella, aún protegida por su invisible ángel de la guarda y rodeada de un aura especial, señala algo en la estrellada noche. Sin duda alguna, es una noche preciosa y la luna está hoy más bella que nunca, pensando que quizás así pueda recomponer algún corazón roto. La niña, con su inocente rostro, observa fijamente algo, y sin saber exactamente lo que significa, una palabra brota dificultosamente de su desdentada boquita:

-Adiós.

Adiós, tercera estrella a la derecha de la luna.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **ALBA CARRILLO MARÍN**

Título: Karma

Centro educativo: IES Beniaján. MURCIA

## Karma

Las gotas de lluvia golpeaban el cristal con parsimonia, y aquella incansable señora desgranaba con rapidez todas las infracciones que su hijo había cometido durante el último trimestre. Se servía de una carpeta, de un amarillo descolorido, repleta de folios mal colocados y una pegatina arrugada, como guión. Se podía leer en la portada la palabra EXPEDIENTE.

Al mismo tiempo, la directora le observaba a través de sus gafas de pasta violeta, intentando descubrir con la mirada que estaba pensando el padre de aquel vándalo. En vano.

Lejos de prestar la mínima atención a la mujer, Saúl, progenitor de la pacífica criatura, reflexionaba y pensaba acerca del mismo tema que le asaltó esa madrugada, cuando se dio por oficial la fecha de hoy. Era un día muy singular para él.

Justo hace un año, Saúl comenzó a odiarse a si mismo. Justo hace un año, Saúl saltó al nivel de héroe local. Justo hace un año, aquella chiquilla de trenzas dormía sin despertar.

-¿No tiene nada que decir?- la directora le devolvió al despacho con una pregunta salpicada de acusación.

-Bueno,...supongo que son cosas de la edad. – se encogió de hombros.

La directora no tardó en mostrar su desacuerdo.

-Creo que usted ignora demasiado lo evidente. Es obvio que su hijo es un ser inquieto e inconformista que no soporta demasiadas responsabilidades. La prueba la tenemos ante nuestros ojos. – Meneó la carpeta amarilla.- Así que de momento, no veo otra opción que expulsarle durante dos semanas.

A Saúl, dado que ya conocía a la directora de otras ocasiones, y también debido a ese día, le abandonaron las ganas de discutir rápidamente. Era fácil adivinar que no habría posibilidad de convencerla.

Tras un breve saludo, Saúl abandonó el despacho, dejando a su hijo a merced de la directora. La verdad, no soportaba a ningún docente de aquella escuela. Todos demasiados secos.

Salió al aparcamiento, y abrió su coche rápidamente, intentando mojarse lo menos posible. Una vez en el interior, cerró los ojos y suspiró. Dejó que la calefacción hiciera su trabajo durante unos segundos.

“No pude evitarlo. No fue culpa mía...”

*Los nudillos le ardían debido a la fuerza con la que sujetaba el volante. ¿Cómo diantre se había metido ahí? Las ruedas rebotaban por las piedrecillas del camino, y los faros del coche iluminaban a duras penas el suelo a medida que avanzaba. Había bebido demasiado y la cabeza le daba vueltas.*

*Paró el coche durante un instante, lo dejó en punto muerto. Intentó ordenar sus ideas, pero no dio resultado. No podía ver más allá de la luz de los faros y no sabía adonde dirigirse para volver a casa. Arrancó de nuevo.*

*Durante unos minutos, no sabía a donde se encaminaba. Saúl avanzaba a través del sendero entre árboles y casas destartadas, pero ninguna imagen le era familiar. La cabeza le recordó lo mal que se encontraba. Estaba experimentando un estado de confusión, donde no sabía ni que hacía, ni a adonde se encaminaba, ni por qué seguía adelante. Llovía mucho.*

*De repente, percibió una luz al final del camino. Conforme avanzaba, los brillos se multiplicaban y se hacían más intensos. Cuando abandonó la espesura de los huertos, pudo ver claramente como la ciudad se erguía ante él. Sonrió satisfecho. Y aceleró.*

Saúl abrió los ojos de repente. Su maldita conciencia comenzaba a martillearle, sabía que durante ese día, tendría que soportarla. Con la respiración entrecortada, echó un vistazo a su coche. Flexionó los dedos para hacerles entrar en calor y agarró el volante con fuerza. Comenzó a recordar...

*Saúl conducía eufórico a través de aquel camino pedregoso, haciendo eses a toda velocidad y derrapando en cada curva. La tierra del camino se había convertido en barro debido al aguacero que estaba cayendo, lo que dificultaba aun más el control del coche. Había tenido un subidón de adrenalina y aceleraba sin pensar en las vallas que cercaban el camino. Dio varios golpes contra éstas, rayando la carrocería del coche, y activó sin querer los limpiaparabrisas. El alcohol le estaba haciendo efecto y de vez en cuando estallaba en inesperadas carcajadas. A ojos de cualquier persona parecería totalmente un loco que se escapó del manicomio.*

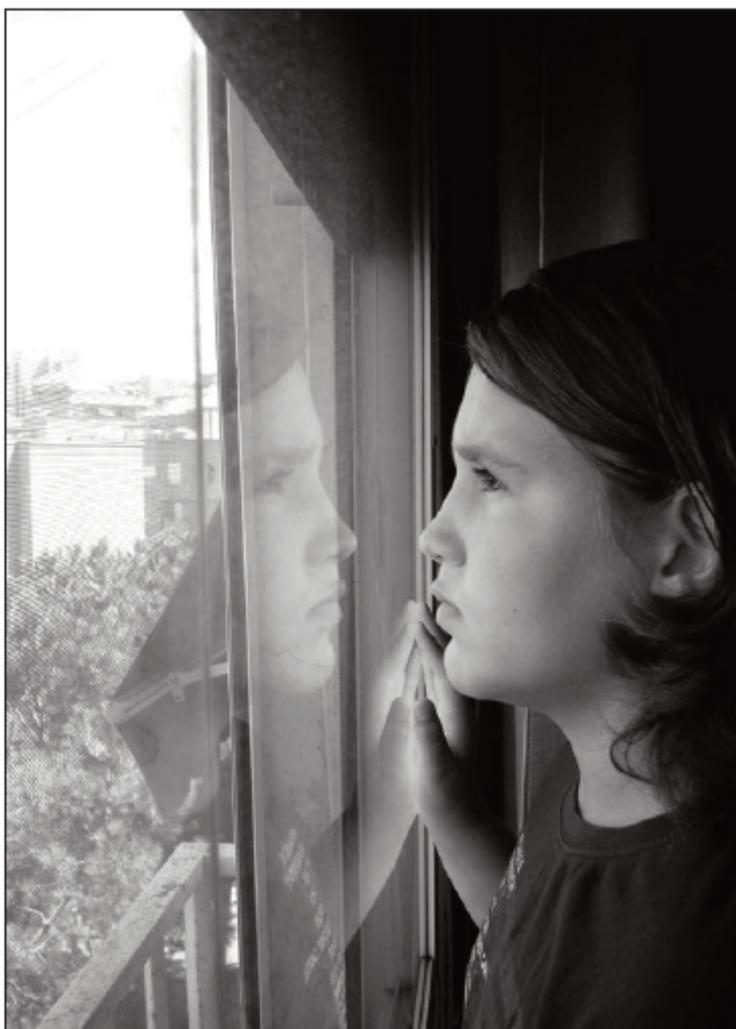
El sonido del motor le transportó a la realidad. Abandonó el aparcamiento a la vez que activaba los limpiaparabrisas. Al entrar en la autopista respiró profundamente, parpadeó un par de veces y meneó la cabeza para espabilarse. La lluvia arreció.

*Sin embargo, hubo algo a lo lejos que hizo callar las atronadoras risas del conductor. En la carretera, percibió un brillo dorado, iluminado por las viejas farolas del camino. Conforme apretaba el acelerador, el brillo se convertía en una línea, y la línea en una mancha amarilla. Cuando estuvo un poco más cerca, la mancha se dividió en dos...dos trenzas.*

*Al darse cuenta de la muchachita que le esperaba mirándole a unos cuantos metros, Saúl redujo un poco la velocidad. Aun se encontraba demasiado lejos como para distinguirla la cara, pero, a decir por su altura, no parecía muy mayor. Aquello, extrañamente, divirtió a Saúl. Su mente, completamente ebria, comenzó a imaginar*

*porqué una niña tan pequeña estaba sola, a esas horas de la madrugada, en medio de aquella huerta. Se le escaparon risitas, cínicas y escalofriantes.*

*Cada vez estaba más cerca de la desafortunada chiquilla, y decidió empezar a jugar un poco con ella. Apretó el acelerador y comenzó a dar violentas curvas, con intención de asustarla.*



Autóromo: Alejandra Isabel Madrid Ruiz

*La chiquilla de trenzas doradas, al ver a un coche que se acercaba a lo lejos, levantó el brazo esperanzada, pero al ver que se dirigía a ella dando tumbos, empezó a retroceder asustada.*

*Saúl tocó varias veces el claxon, y pisó con más violencia el acelerador. La niña comenzó a correr asustada hacia atrás, gritando y tropezándose contra la valla. Este hecho le divirtió aún más a Saúl, que en ese momento no respondía de sí. La bebida le había convertido esa noche en un*

*descontrolado juguista que no se reconocía a sí mismo, persiguiendo a pobres chiquillas. No se dio cuenta de lo que se arrepentiría de eso.*

*Cuando apenas les separaban veinte metros el uno del otro, la niña, que había estado gritando como una loca, tropezó con un surco de la tierra, se resbaló y se quedó tirada en el suelo, frente al coche. Gritó.*

Se dirigió hacia su casa, debía recoger una carpeta para una reunión muy importante que tenía esa mañana con los accionistas de la empresa y su jefe. Condujo intentando no pensar, dejando la mente en blanco. No le sirvió para nada.

*Saúl volvió en sí de repente, en apenas décimas de segundo, observó todo lo que ocurría con sus verdaderos ojos. Lo primero de lo que se percató, fue el grito de la niña, que desde ese día sería su nana de cada noche. Después, que estaba tirada en el suelo, cubriéndose la cara con el brazo, embadurnado de barro. Observó también, la alta velocidad de su coche, nada más lejos del máximo que se permitía por aquel sendero. Luego, apreció como sus brazos, actuaban inconscientemente, girando el volante bruscamente, intentando evitar el golpe...en vano. El coche derrapó, con un agudo chirrido, y evitó, relativamente, el golpe de lleno. Lo último que recordó, fueron manchas color carmesí que resbalaron por el cristal.*

*Saúl estuvo casi una hora inconsciente, empotrado contra el volante. Se había hecho un corte en la mejilla que sangraba abundantemente y que le había manchado las manos y el volante.*

*Cuando recuperó el conocimiento, y hubo comprobado que todo aquello sucedió de verdad desde el interior de su coche, Saúl se echó a llorar amargamente, nunca había sentido una sensación tan horrible, fusión entre culpabilidad, remordimientos y miedo. Mucho miedo. En ese momento, en el que tuvo que tomar una decisión, el miedo venció a los remordimientos, y la culpabilidad era mera espectadora de la batalla. Era muy competitivo, pero nunca odió más perder una partida. Así que, sin mirar ni una sola vez a la niña, que yacía en el suelo, dio media vuelta con rapidez, y se dirigió a su casa, en el trayecto mas duro que tuvo que conducir en toda su vida. Tuvo la impresión de que su Pepito Grillo se había suicidado.*

*Saúl se pasó toda la noche limpiando las huellas de sangre de su coche y de su cuerpo. Hacía muchísimo frío y la lluvia seguía arreciando. Se había ocultado entre los pinos que había en su pequeño jardín para realizar la tarea, pero no fue necesario, porque a esas horas de la madrugada, estaba todo completamente oscuro, y nadie de su humilde y trabajador pueblo trasnochaba esa noche. Fueron las peores horas de su vida.*

*Una vez terminada la tarea de limpieza, rondaban ya las seis de la mañana, y debido al invierno, todavía estaba de noche. Saúl escondió todo, y estuvo por lo menos durante media hora llorando a la vera de su coche.*

Al entrar a su casa, notó una extraña vibración. Todo estaba en silencio, cosa que le extrañaba, ya que su mujer a esa hora debería estar cocinando. Se acercó a la cocina, con pasos que resonaban por toda la estancia, y comprobó que no se hallaba allí. Buscó en la despensa, y tampoco. Comenzó a preocuparse.

Se dirigió hacia su dormitorio, ya algo inquieto, pero justo cuando iba a rozar el pomo de la puerta, se le paró el corazón. Había oído un ruido, seco y rápido. Al instante lo relacionó con su debido objeto, pero deseó haberse equivocado. Rezó por que su mujer no estuviera tampoco en la habitación... y entró.

*Miedo y remordimientos volvieron al campo de batalla. Durante esa media hora bañada en lágrimas y dolor, la pelea tuvo el mismo transcurso que la primera, pero sorprendentemente, la culpabilidad con una pizca de serenidad apoyaron a los remordimientos, y juntos, metieron a Saúl en el interior de su coche, camino del odioso huerto. Miró su reloj, le faltaba una hora y media de oscuridad.*

En los pocos segundos que estuvo en la habitación, la vida se le vino abajo. Simplemente logró ver a su mujer tapada hasta el cuello con la manta, el pelo alborotado y una mirada de terror en la cara, y la silueta de un hombre cubierta por la sombra.

Le bastaron tres segundos para confirmar sus sospechas, y salió de la habitación dando un portazo. Quiso alejarse lo más rápido de aquella espantosa situación, y subió al otro coche a trompicones. A pesar de que sabía que no estaba en condiciones de conducir, metió primera y enfiló toda la avenida superando con creces el límite de seguridad.

No era capaz de pensar con claridad... ¿cómo podía haber estado engañado tanto tiempo? Y precisamente aquel día... ¿Qué demonios estaba pasando?

*Durante una hora, Saúl estuvo rodeando todas las zonas de cultivo que había cerca del pueblo, pero no se acordaba de donde dejó a la chiquilla de trenzas.*

*Estuvo dando tumbos, e iba perdiendo la esperanza gradualmente, hasta que, en uno de los cruces, distinguió a su derecha lo que había estado buscando. No lo pensó mucho. Paró el coche, y fue corriendo hacia el cuerpo, rezando porque la niña respirase. Conforme se iba acercando a la muchacha, se iba derrumbando más y más, hasta el punto de que, al llegar a su lado, cayó de rodillas, hecho polvo. No podía evitar desolarse al encontrar el lamentable estado de la niña. Distinguió un largo y profundo corte en el brazo, y otro en el costado izquierdo. Tenía varios cardenales y moratones en el cuello y en la cabeza, tanto que daba la idea de que había sufrido una paliza. Soy un hombre horrible, pensó Saúl de sí mismo, y una vez superado la angustia de ver a la chica así, decidió que tenía que hacer algo. ¿Qué hora era? Las ocho menos cuarto. Joder. Esa vez actuó de manera automática, cerró los ojos, tomó al cuerpo rápidamente, intentando sentir lo más mínimo al llevarla en brazos y la metió rápidamente al coche.*

*Tardó menos de media hora en llevarla al hospital.*

# MODALIDAD B

(de 17 a 20 años)

Primer Premio

Autor: **DAVID MORAGAS LLEVAT**

Título: Esos días verdes de verano

Centro educativo: IES Joan Puig i Ferrer. La Selva del Camp. TARRAGONA

## Esos días verdes de verano

La tierra irlandesa cuesta de cavar. El exceso de vegetación, la lluvia constante y el frío hacen de esa tierra húmeda un cúmulo compacto resistente a palas. Eso hace que algunas tareas sean algo más complicadas de lo habitual. Como plantar un árbol, enterrar un tesoro o esconder un cadáver. Pero entonces yo aún no sabía nada de eso.

*«¿Café? Ah, no, no, gracias. No, tampoco té. Disculpe, ¿podría enderezar un poco su asiento? Gracias. ¿Qué puerta? ¡Ah! Fantástico. ¿Cómo dice? Oh sí, sí. ¿Tarjeta de embarque? Está por aquí, sólo será un segundo. ¿Dónde recojo mi maleta? Disculpe, creo que ésa es mi maleta. Gracias.»*

Green Trevo es una pequeña agencia de profesores de inglés, que tiene un programa de verano para estudiantes para ir a Irlanda y así aprender mejor la lengua y la cultura. Así es como llegué a Cobh por primera vez.

Cobh es un pequeño pueblo de costa, al lado de Cork, una de las ciudades más importantes de Irlanda. En Cobh la tierra se pisa verde, el cielo se ve gris y la cerveza se bebe negra. Tiene sus pequeñas casas, un par de pubs, una iglesia y un horizonte marcado por chimeneas negras donde los cuervos reposan la mayor parte del día, observando con detenimiento a cualquiera que pase por delante.

La primera vez que respiré el aire irlandés sentí un escalofrío denso por todo mi cuerpo.

Al bajar del avión, cogí mi maleta y un tren hacia Cobh. En aquel momento no tenía ni idea de donde me iba a hospedar. Las únicas instrucciones que había recibido eran que al llegar a la estación, debía coger un taxi y dirigirme a mi hogar provisional. El camino que llegaba a la puerta principal de mi casa era demasiado estrecho para el taxi, así que pagué y fui a pie con la maleta.

La casa, a simple vistazo, me pareció fantástica. Tenía dos pisos, una fachada de piedra roja y múltiples ventanas. Hacía de esquina en un pequeño cúmulo de casas de mismas dimensiones, con un pequeño recuadro de césped delante. A pesar de que caía una fina lluvia suave y fría, dos niños jugaban con una pelota roja. Cuando me vieron se juntaron y cuchichearon algo. Tuve la sensación de que sabían quién era. En ése mismo instante, bajo la mirada de un par de cuervos, sentí nervios por primera vez. Me acerqué a la puerta blanca y, sin dudar, llamé al timbre. No me di cuenta de que había una nota en el suelo hasta que no bajé la cabeza.

*«¡Bienvenido! La puerta está abierta. Entra, estoy en el jardín.»*

Con las manos temblorosas, abrí la puerta y pisé una moqueta de color rojo oscuro. Lo primero que sentí en hacer eso fue una ola de calor perfumada. Olía a canela. Cerré la puerta y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Me encontraba en la primera habitación de la casa. Una escalinata de madera conducía al segundo piso. Crucé ese pasillo sin fijarme en las puertas que me rodeaban. Al llegar al final encontré una cocina. Las paredes eran del mismo color que la moqueta. Los muebles eran de madera. Al centro, una mesa reposaba con comida. Todo estaba lleno de velas. De ahí el olor. Una ventana daba luz a la habitación, y una puerta abierta conducía al jardín. Dejé la maleta y salí afuera. En una hamaca de madera, tras un denso libro y un cigarrillo había una mujer.

Ésa fue la primera vez que vi a Louise. Su pelirroja melena volando al aire. Su mirada profunda. Su expresión natural. Una expresión que transmitía confianza.

- ¡Ah! ¡Tú debes ser Aaron! ¡Bienvenido a mi hogar! Soy Louise.

- Hola, hola. Encantado de conocerla.

- ¡Oh, ven aquí!

Se levantó de golpe y me abrazó, como si nos conociéramos desde toda una vida.

- ¿Cómo ha ido el vuelo? Debes estar muerto y cansado. Ven, ven, te enseñaré tu habitación.

Louise cruzó de nuevo la puerta de la cocina y yo me quedé quieto en medio del jardín. Pude constatar que las tareas de exterior no eran el fuerte de Louise. Pero de alguna manera en ése reducido espacio se respiraba una tranquilidad y serenidad muy reconfortantes. A lo lejos pude oír una niña reír. De repente la puerta se abrió una vez más. «¿Vienes?».

Louise me condujo al piso superior. Me enseñó el lavabo, su habitación y la mía, un comfortable espacio donde iba a dormir durante mi estancia allí. Louise también me enseñó una pequeña sala con un sofá, una estantería llena de libros, una televisión y un pequeño fuego. Todo el suelo estaba recubierto de moqueta granate.

- En fin, querrás deshacer tu equipaje. ¿Te apetece algo de comer o beber? ¿Agua, un refresco, una cerveza?

- No, gracias.

- Bien, entonces baja cuando quieras, yo estaré por aquí.

¿Una cerveza? Una cerveza. Me resultó chocante que Louise me ofreciera una cerveza. Tras un par de días en Irlanda, olvidé ese hecho por completo.

Desmonté mi equipaje en pocos minutos. Contemplé el paisaje que tenía en la ventana de mi dormitorio y una ola de preguntas se formó en mi cabeza. ¿Vivía Louise sola? Y de lo contrario, ¿dónde se suponía que estaba su compañero? ¿Un marido? ¿Hijos? Y posteriormente, ¿qué hago yo ahora? Decidí bajar al piso inferior. La madera de las escaleras crujió con cada paso.

Louise me propuso cenar. Eran solo las seis de la tarde, pero estaba hambriento y temía no saber qué hacer. De hecho, uno de mis temores de viajar en casa de un desconocido era no tener de qué hablar. Al cabo de quince minutos con Louise me di cuenta de que eso no iba a suponer un problema. Sin darme cuenta, estuve horas hablando con ella. Sobre mi cultura, la suya, anécdotas, filosofía... Louise respondió

a muchas de mis preguntas iniciales. Me contó que había estado casada, que se divorció y que nunca había querido hijos. Me contó que se apuntó al programa de Green Trevol para tener alguien con quien conversar, con quien compartir historias. También me contó su devoción por la literatura, que había heredado de su madre, y que actualmente era profesora en una escuela de primaria.

A poco a poco, fui conociendo a una mujer fascinante. No me di cuenta de que tras todo eso, escondía una información esencial. Un detalle importante. Pero sólo necesité un par de horas para saberlo. Un par de horas para verlo. Él.

A las once me fui a dormir. A las doce, un portazo me despertó de golpe.

La lluvia había ido creciendo a lo largo de la noche. Ahora unas gruesas gotas de agua

golpeaban mi ventana. En el piso inferior, no sólo el agua golpeaba la puerta.

*«¡Lou ábreme! ¡Venga, coño, estoy empapado! ¡Haz el favor de abrirme o te arrepentirás! ¡Soy tu marido!»*

Aquella voz hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Salí de mi habitación muy despacio, y vi que Louise no estaba en el piso superior. Temí bajar las escaleras, así que simplemente me abalancé para ver el piso inferior. Pude oír los



Autore: María Pina Funes

pasos de Louise. Pude oír como abría la puerta. No puedo constatar ni definir lo que oí después. Ambos se gritaron el uno al otro. Su acento irlandés me impidió entender el significado de los gritos. Fui consciente de que hubo una agresión. Nunca supe por parte de quién. Después de otro portazo, sólo la lluvia y los sollozos de Louise rompían el silencio. Pero él seguía dentro de la casa. Pude oír sus botas mojadas moverse hacia la sala donde la televisión estaba apagada desde hacía mucho.

Por mi parte me sentí algo mareado, pero aliviado de que los gritos hubieran ya terminado. Una paz tensa parecía flotar en el aire. Todo aquel que hubiera estado allí habría podido deducir que algo más tenía que ocurrir. Me planteé el hecho de bajar las escaleras y presentarme. Pero no podía plantarme allí ante un desconocido que, por lo poco que había oído, podía ser un asesino borracho. Lo siguiente que oí fueron los gritos de Louise, otra vez. Unos gritos ahogados que callaron de golpe. Un disparo. Silencio.

Me tambaleé y mi vista se nubló. Agresivos escalofríos recorrieron todo mi cuerpo hasta llegar a la cabeza. Luego sentí calor, mucho calor. Pasé los cinco minutos más tensos de toda mi vida. Pero algo tenía claro: debía moverme, debía huir de allí. Inmediatamente pensé en mis posibilidades. Intenté visionar la realidad. Louise estaba muerta, y no había oído la puerta otra vez, así que posiblemente el asesino aún estaba en la casa. Seguramente no sabía que yo estaba allí. Pero tampoco podía dejarle marchar.

Decidí bajar las escaleras.

Lo hice temblando. Cada paso que daba me resultaba un esfuerzo descomunal. El crujir de la madera me estremecía. Poco a poco, pude oír alguien llorar. El asesino estaba indefenso psicológicamente. Llegué al piso inferior dispuesto a fijarme sólo en él y salir corriendo. La puerta había quedado ajustada. La abrí lentamente.

Me horroricé al ver que no había un asesino a quien temer. No había un asesino con quien fijarse para reproducir después sus rasgos en un retrato robot. Había una asesina. Louise lloraba encima del cuerpo muerto de su ex marido, que aún sangraba.

¿Había previsto Louise un asesinato en su pequeña casa de Cobh? Lo dudo. Pero no pude dejar de preguntarme cómo la sangre podía tener un color tan idéntico a la moqueta. La lluvia continuaba siendo agresiva. El viento también hacía ruido. Un ruido suave, frío. Los dos estuvimos temblando unos segundos. Louise se giró de golpe, con los ojos hinchados e intentó dibujar una sonrisa torcida.

- Necesito hablar con alguien.

Sólo se me ocurrió abrazarla, arrastrarla patéticamente al sofá y tumbarla. Su pelirroja melena estaba algo mojada. Olía a alcohol. Luego, sin más, se quedó dormida. Pensé en tumbarme yo también, pero temía que si lo hacía, despertaría la mañana siguiente con la cara empapada de sangre. Sencillamente, me quedé de pie. Tenía miedo. Miedo de cómo todo iba a cambiar a partir de ése momento.

Pude reconocer un revólver en el suelo. Me pregunté por qué una mujer de cuarenta años viviría con un revólver en casa. Me pregunté también si era legal. Pero eso no importaba. Di un par de vueltas a la casa.

Desperté la mañana siguiente en el suelo de la cocina. La lluvia había parado, pero el cielo permanecía gris. Me dolía la espalda. En la casa se respiraba un silencio misterioso. Pensé por un momento que todo había sido un sueño. Fui directamente a la sala de la televisión. Louise no estaba allí. Tampoco el cadáver. Solo unas manchas oscuras en la moqueta distinguían realidad de ficción. Una vela reposaba encima del televisor. Fui otra vez a la cocina, al jardín, al baño, a su dormitorio. No había rastro de Louise. Tampoco del cuerpo. Una nota en la nevera llamó mi atención. *«Estoy en el supermercado, he ido a por leche. ¡Nos vamos de camping!»*

Camping. ¡Camping! El miedo se confundió con la intriga. Pero miedo real. Estamos acostumbrados al miedo ficticio, aquel que sentimos en oír ruidos por la noche, o cuando miramos debajo de la cama. No era ése miedo el que yo sentí. Louise abrió la puerta con una bolsa marrón en el brazo y un cigarrillo en la boca.

- ¡Buenos días!

- ¡Louise! Louise, ¿cómo te encuentras? ¿Estás bien? Llamemos a la policía. Terminemos con esto de una vez. Les diremos que tú no hiciste nada. Que fue un *accidente*.

- Pero Aaron, ¿no has leído mi nota? ¡Nos vamos de camping!

Con mi mochila lista, Louise puso en marcha el coche. Parecía un día perfecto para ir de camping. Abrí la puerta. Temí que me vieran. Los cuervos nos dedicaron unos agresivos aullidos que no resultaron muy reconfortantes. Estuvimos unos minutos sin hablar. No hacían falta palabras. Parecía que los hechos de la noche anterior no hubieran ocurrido nunca.

Por la ventana pude ver montes verdes. Un verde radiante que parecía artificial. El sol rompía el monótono gris del cielo. Las nubes permanecían densas, pero esa mañana no llovió. A medida que nos desplazábamos, el paisaje empezó a perder sus casas, sus edificios, su gente. Poco a poco, el espacio fue quedando reducido a simple naturaleza. Estuvimos en el coche durante una hora, más o menos, hasta encontrar un buen sitio donde acampar.

Louise desenfundó una hamaca de madera, y yo me ofrecí para montar la tienda. Necesitaba algo con lo que mantenerme ocupado.

¿Había sido todo un sueño? Al fin y al cabo, no había cadáver. No había revólver. No había mala conciencia. ¿Tan fácil era matar? Cada día muere un número espectacular de personas asesinadas. Visto así, me pareció ridículo temerle a una simple ilusión.

Louise había preparado comida en bandejas que acompañamos con cerveza. Una cerveza oscura, casi negra. Su sabor amargo me despejó un poco, y no fue difícil iniciar una conversación. Ninguno de los dos mencionó la palabra "muerte", ni "asesino". Comí mis empanadillas de carne con hambre. Me horroricé por un instante pensando en esa carne. Dejé la empanadilla por un instante. Me sentí completamente imbécil y continué comiendo.

El cielo oscureció deprisa, y encendimos una pequeña luz de gas. Fusionamos la comida con la cena. Para cuando llegamos al postre, la lluvia había empezado a

humedecer la tierra. Comimos pastel de chocolate con mermelada de fresa. Después de cenar, Louise fue a por una botella de vino e hicimos un brindis.

- ¡Por Irlanda!

Luego se excusó un momento, y nos quedamos solos el silencio y yo. Miles de imágenes pasaron entonces por mi cabeza. En ese mismo instante me di cuenta de que aquello no había podido ser un sueño. Me di cuenta de que yo era el único testigo. Que estaba indefenso. Que Louise se acercaba hacia mí.

Su pelirroja melena apareció entre unos arbustos. Su expresión no era violenta. Sencillamente, se acercó a mí y depositó una pala a mis pies. Volvió con otra, y empezó a cavar. Eso mismo hice yo. Fue entonces cuando experimenté que la tierra irlandesa cuesta de cavar. Aplasté tréboles silvestres, ignoré la lluvia y el frío y cavé con fuerza. Quería terminar con aquello. Pero eso no fue todo.

Louise había escondido el cadáver en el maletero. Tuvimos que arrastrarlo entre los dos. Lo depositamos en aquel agujero y seguimos tapándolo. Nos lavamos las manos de tierra y sangre. Ambos bebimos un par de copas de vino, y un par más. No recuerdo que pasó a continuación. Soñé que alguien tiraba de mi mano, y a media noche me desperté en la tienda a causa de la lluvia. Ya no temía la oscuridad absoluta. Nunca volví a temer por cosas tan insignificantes como aquella.

Me desperté con el sol bañando mi cara. Salí de la tienda y contemplé el paisaje. A lo lejos, los montes recubiertos de hierba y vegetación parecían un mantel verde. La lluvia había dejado sólo una fina capa reluciente transparente que hacía que la tierra produjera pequeños destellos. Parecía un paisaje surrealista. Mágico. El aire removía la atmosfera. Era un aire frío y cálido a la vez. Húmedo. Sólo un rojo intenso contrastaba con los colores del ambiente.

Louise.

Su pelirroja melena hacía misteriosos dibujos al aire, mezclándose con el humo de un cigarrillo rancio en su boca. La noche había sido intensa. La noche anterior, más.

Pero en aquel momento, bajo los susurros de mil *leprechauns* traviesos, y una nueva mañana, nada parecía poder desgarrar una felicidad incondicional que recorría todo mi cuerpo.

Irlanda siguió siendo Irlanda después de aquello.

La tierra siguió verde. El cielo siguió gris. La cerveza siguió negra.

Segundo Premio

Autora: **CARMEN M<sup>a</sup> LÓPEZ LÓPEZ**

Título: Prisa por vivir

Centro educativo: Facultad de Letras. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## Prisa por vivir

Esta es la historia de nadie, la que podría ser la historia de todos y de ninguno. Es la historia de cada tú que está leyendo, la historia de los vivos y de los muertos, la historia de los que sufren y de los que son felices, la historia de los que aman y se aborrecen. Esta es la historia humana de los que piensan, de los que no mueren en la tragedia del no saber, de los que luchan por no perderse en la ignorancia. Esta es la historia de hacer catarsis, historia incontestable para curarnos del temor y de la compasión que nos convertiría en enfermos síquicos. Escúchala: ésta es tu historia.

En el ático sombrío de la calle Arribau uno se queda mirando largas horas tras el cristal. Mira y remira a las gentes paseantes que, a tientas, recorren ciudades que nunca llegarán a conocer. Son las ciudades del mundo, ciudades de la humanidad que habitamos sin darnos cuenta y que ellas nos habitan dándose mucha cuenta de que, quizá mañana, ya no estaremos vivos, o lo estaremos, pero de otro modo. Uno puede pasar largas horas en ese ático de la Calle Arribau sin que parezca que han pasado segundos, minutos, horas, días, meses, años, la vida entera... (si es que hiciera falta). Ese uno puede ser cualquiera de nosotros, cualquiera de nosotros que no hace sino asombrarse cuando recuerda batallitas que contaba su profesor de Lingüística en primero de carrera. El honorable profesor relataba con pasión que Valle-Inclán aprendía de memoria cada noche una página del diccionario. Era una buena forma de ampliar el léxico. Ahora ya no aprendemos páginas del diccionario,

ni aprendemos léxico ni nada de nada. Ahora no aprendemos nada. Ahora desaprendemos y nos damos cuenta de lo bello –ironía al canto- que es hacerse daño, hacernos daño y dejar pasar la vida, dejando indómita esa derrota de labios y de besos que es no amarse.

Uno podría pasar la vida entera en ese ático de la calle Arribau. Sólo le haría falta una guitarra, un trago de ese coñac tan amargo que beben los padres en las reuniones familiares y algo de buena compañía. ¿Por qué no reconocemos en este siglo XXI que muchas veces lo único que nos hace falta es algo de buena compañía? Somos esclavos de eso que nos dicen, de eso que digerimos de a poco, como el último responso sin fe de una misa imaginaria. Es la plegaria que el protagonista de esta historia está escuchando desde la calle Arribau. Ese protagonista podría llamarse Marcos, Javier, Pablo o Stefano, pero sin embargo, se llama Julián. Con todo, lo que está claro es que el nombre no implicaría ningún tipo de cambio en el desarrollo de esta triste, alegre, mágica, eterna, indescriptible historia.

Mientras tanto, Julián se resignaba a vivir –impasible- mirando tras un gran ventanal, imaginando que la vida es maravillosa, o realizando un viaje imaginario a la ciudad veneciana de las góndolas. Este nuestro protagonista, Julián, posiblemente se sentiría maravillado al contemplar el rumor de las aguas y su condescendencia. Se sentiría tan feliz que no le haría falta pensar en nada más. La poesía tampoco podría sacarlo de ese estado de imperturbabilidad. Nada sería suficiente. Nada le sería suficiente. Sólo el agua, una góndola, el recuerdo de un amor... Los ojos se le llenarían de lágrimas y –muy posiblemente- comenzaría a entonar un canto en una tonalidad mayor. Se le esponjaría el alma. El corazón se le saldría del pecho como arsenal de pasiones indómitas. Ese alguien que mira por el ventanal de la calle Arribau no se imagina lo bello que sería amar a alguien despacio, muy despacio, tan despacio que el tiempo se dilataría, se haría inmenso: besar los labios de una joven, acariciar sus manos, tocar su pelo, rozar su piel... ¿Quién se considera tan sobrenatural para no sentirse capaz de amar a nadie? Sólo los dioses pueden permitirse el lujo de no sentir, de no dar, de no entregarse. Sólo los dioses se pueden sentir en calidad dioses. Nosotros, los “humanitos” hemos de conformarnos con

esta tierra, con esta vida que se nos presenta infinita al apuntar el alba y relámpago cuando nos besa el ocaso, y es tarde, demasiado tarde ya... Tenemos que conformarnos con ver la televisión y correr de un lado para otro: vamos al trabajo, al cine, al supermercado, al dentista, a la consulta del psiquiatra, al podólogo, a la peluquería. Como el protagonista de esta historia, atendemos a un espectáculo que se repite cada día. Estamos vivos porque vivir nos duele. Estamos vivos y sabemos que estamos vivos por cada punzada de dolor que sentimos a cada paso. Cuando caminamos también descubrimos que estamos vivos. Vamos escribiendo nuestra historia en renglones torcidos, con frases imborrables y algunos tachones. Vamos dilucidando ese algo que queremos divisar de a poco, mientras la vida nos pasa sin darnos apenas cuenta.

Somos mártires de este continuo aniquilarse que es vivir a contratiempo y a contra reloj (el protagonista de esta historia lo descubrió desde el primer momento que centró su mirada en aquel ventanal). Parece que le han puesto tiempo a nuestros actos. Vivimos siendo cómplices de esa pequeña muerte diaria de hacer lo que se espera de nosotros, lo que los demás esperan de nosotros. Sería bellissimo un país sin tiempo, un lugar sin tiempo, un limbo sin tiempo. Sería bellissimo



Autora: M<sup>a</sup> Asunción Pérez Macía

levantarse un día y descubrir que no estamos vivos porque respiramos, sino porque somos felices. Sería bellissimo rebatirle a los médicos que no sólo se vive por respirar.

No es sólo eso: respirar es condición indispensable, pero hemos de ser felices. Vivir en la infelicidad no es vivir. Y eso que el protagonista de esta historia sabe muy bien que la felicidad no existe. Como bien le dijo su profesor de filosofía: ¿Qué es la felicidad sino el hecho de asumir que dicha felicidad no existe y, con todo, seguir viviendo? Los humanitos hemos de descubrir que un día nacimos y un día moriremos y seremos capaces de llorar al sabernos muertos. Y borrar el dramatismo de la muerte, y borrar nuestros ojos de caballo blanquísimo y anestesiado. No estamos anestesiados. No estamos drogados. No estamos drogados porque tenemos los ojos abiertos, las ventanas de los párpados de par en par hacia un atisbo de esperanza. No estamos drogados aunque ante la sociedad así lo parezca.

Pero este protagonista que podría llamarse Marcos, Javier, Pablo o Stefano pero que, sin embargo, se llama Julián, sabía que nunca saldría de aquel ático de la calle Arribau, que salir de ahí le produciría un pánico inmenso, que no podría soportar salir a la calle y comprobar que la gente va de un lado a otro y que no son capaces de mirarse a la cara, los unos con los otros, los altos con los bajos, los ricos con los pobres, los rubios con los morenos, los chicos con las chicas, los blancos con los negros, y todos esos binomios absurdos que el protagonista de esta historia tanto detestaba. Él prefería seguir observando cómo las palomas se aquietaban en la plaza del pueblo y se posaban en el hombro de algún mendigo o, simplemente, comían migajas de pan frente a la fachada gótica de una catedral. Todo era más bonito en blanco y negro.

Julián recordaba con nostalgia aquella caja de madera repleta de fotografías que de pequeño le enseñaba su padre. Eran fotografías en blanco y negro, en un impecable blanco y negro. ¿Llegaría él a tener también una caja llena de fotografías? Al fin y al cabo, en ella se encontraba su vida entera y no tenerla significaría no haber vivido, no tener recuerdos, y sin recuerdos uno está abocado al más implacable desdén del tiempo, reducido a la nada, revestido de olvido. Tenemos el olvido y tenemos su fuerza arrasadora que devasta el espíritu y que no nos hace sino construir mazmorras de espanto.

Era admirable aquel ático barcelonés de la calle Arribau. Julián denotaba amor por el arte, por la lectura y por la música. En aquel ático se podían divisar infinitas colecciones literarias y figuritas que él mismo esculpía y que resultaban ser de una calidad inigualable. No faltaba tampoco un flamante piano de cola blanco. Era de su padre. Era el piano donde murió su padre dando su último concierto en una ópera parisina. Allí había pasado (quizá) los que serían los años más triunfantes e infelices de su vida: se enamoró de una cabaretera de un café francés ambientado en las vanguardias parisinas, terminó de componer su última ópera aunque nunca llegó a estrenarla y vio morir a su hermano instantes después de que interpretase la Elegía de Fauré. ¿Sería casualidad o todo estaba ya preconcebido? Quién sabe... Sucedió así y es inútil detenerse en los porqués.

Desde ese afecto paternal, Julián se sentía un ser mediocre. No llegaba a disfrutar de esa plenitud que le brindaba la música, la lectura, la contemplación de transeúntes ajenos. No sabía qué le faltaba a su vida, pero había de encontrarlo. Aquella tarde la pasó entera como un indeseado voyeur, contemplando cada uno de los movimientos de los cientos, miles de personas (quién sabe la cantidad exacta) que caminaban –más bien corrían- por las calles de su Barcelona natal. Quizá hubiera sido más fácil cerrar los ojos o volarse su magnífico cerebro de un disparo, pero no. Julián no podía hacer eso. El suicidio sería una opción demasiado fácil. No podía permitirse el lujo de irse de este mundo sin haber tocado con la punta de los dedos esa locura maravillosa que es el amor. Julián no podía dejar esta tierra que habitamos sin descubrir qué era eso que le faltaba a su vida. ¿Sería cuestión de una buena compañía? Ni él mismo podía atisbarlo, ni siquiera de soslayo.

Se complacía -o más bien se horrorizaba- vislumbrando el trajín de las gentes. ¿Estarían enfermos? Parecían anestesiados. Sí. Ellos sí que parecían anestesiados como ese caballo blanquísimo del que a Julián se le había venido una leve imagen anteriormente. Caminaban sin pausa, caminaban no ausentes de acelerero, sin descanso y cercanos al tedio. Eran cómplices de esa abulia existencial que provoca la rutina. De esa sensación enojosa mezclada con el empalago de una vida mecanizada. Estaban inmersos en esa aversión que provoca ser un puro autómatas.

-¡Autómatas! ¡Eso es! (se decía Julián –ahora sí- con un sentido de autocrítica mucho más lúcido).

Le hacía mucha gracia ver cómo una ejecutiva vestida de traje de chaqueta caminaba rápidamente subida en unos vertiginosos tacones de quince centímetros. Caminaba imparable hasta su lugar de trabajo. Iba arregladísima, guapísima, estupenda. Julián admiraba su capacidad para caminar a semejante velocidad con semejante calzado. Le parecía realmente admirable y vomitivo al mismo tiempo el modo de vida de aquella joven. Julián calculaba tendría unos veinte y pocos años. Era castaña, de ojos claros, de piel tersa. Maquilladísima, bellísima. A Julián le gustaría pintarla desnuda, hacerle un retrato análogo al que le había hecho a Mery, una joven prostituta que de vez en cuando venía a visitarlo. Mery sí que era dueña de una belleza sobrenatural. Si no fuera prostituta, muy probablemente Julián se hubiese enamorado de ella. Pero el destino nos encauza y nos dice qué hemos y qué no hemos de hacer, y Julián no podría enamorarse jamás de una prostituta. Su protocolo y normas morales se lo impedirían. Lo había pensado muchas veces. Son incontables las veces que Julián la había imaginado a su lado, como su pareja formal. ¡Quién sabe! Quizá como su esposa...

Aquella tarde/noche en el ático de la calle Arribau, Julián tuvo un sueño revelador. Le pareció haber encontrado el antídoto, la cura a tanta tragedia interior, a tanto sentimiento de mediocridad, de no-plenitud. Aquella noche descubrió la verdadera enfermedad del siglo XXI: "prisa por vivir". ¡Sí! ¡Prisa por vivir!

Todo volvía a tener sentido. Se había dado cuenta de que somos nosotros mismos los que a cada paso nos vamos matando, aniquilando, destruyendo. Vamos forjando nuestro camino pero en realidad no sabemos que caminamos. Vivimos sometidos al trabajo, a las obligaciones, a la rutina. Vivimos sometidos a horarios, a un reloj, a una cierta metodología y resulta horrible vivir sometido a ese tipo de cosas. Julián en su ático nunca miraba el reloj. Aquel lugar parecía el lugar sin tiempo. No hacía falta saber la hora: pintaba cuando tenía algo que pintar, comía cuando tenía apetito para comer, reía cuando tenía ganas de reír, estudiaba cuando de veras sentía que debía estudiar... No había nada ni nadie que le dijera qué hacer,

cómo hacerlo, cómo ejecutar una bellísima obra al piano. Era libre y era bellissimo sentirse libre. Julián experimentaba esa sensación mientras miraba por el ventanal de ese ático barcelonés. Había descubierto la enfermedad del siglo XXI, la enfermedad de la prisa. ¿Por qué negarnos a nosotros mismos esta derrota de almas que luchan contra relojes en el tiempo? Resulta absurdo seguir viviendo en esa entelequia que aniquila todo mundo interior.

Mientras pensaba todo eso se daba cuenta de lo muchísimo que echaba de menos a Mery. Hacía casi tres semanas que no sabía nada de ella, justo desde la última vez que vino a visitarlo. Julián recuerda ese último encuentro con gran lucidez. Ella estaba más bella que nunca. Vestida entera de cuero, se disponía a desnudarse: Julián le había prometido regalarle un retrato para su próximo cumpleaños. Así que Mery se fue desnudando lentamente. A medida que la joven se iba quitando la ropa, Julián sentía que el corazón le latía con más fuerza. Se sentía tan vivo que casi podía respirarla a ella también. Sentía que tenía oxígeno para los dos, que no se asfixiarían en esa galaxia rodeada de relojes acechantes que marcan la hora a cada instante.

Julián se quedó mirando largo rato el retrato de Mery: cada línea de su cuerpo era un abismo, un precipicio insondable, un despeñadero de ausencias. Era un retrato muy hermoso, pintado con tanto amor que los mismos trazos parecían finísimas hebras doradas de un lienzo de Velázquez. Julián seguía embobado y obcecado en su idea de transportarse al cuadro. ¿Qué mejor cosa que hacer? Nada mejor que dibujarse junto a ella en ese sutil retrato y amarla para siempre. Es curioso cómo los humanitos a veces tenemos que conformarnos con imaginarnos en un lienzo junto a la persona amada. ¿Tanta es la ausencia que devora nuestras almas? El pelo de Mery parecía una madeja de estrellas: era tan dorado que casi podría haberse confundido con los febriles rayos del sol. Su boca era de puro rojo, incandescente, ardiente en pasiones y hecha boca de labios carnosos, tan bellos que Julián se los besaría toda la noche, lentamente. Le diría al oído tantas cosas que de sólo pensarlo un tremendo escalofrío le recorría las entrañas. La sentía tan cerca que estar a escasos centímetros de ella era estar demasiado lejos, demasiado separados.

Julián quería convertirse en país limítrofe a su carne. Decirle que las noches con ella son menos frías y que el cielo es más azul desde que mira sus ojos. Decirle, además, que esta vida es una rejodida hijaputez, un totum sin sentido, y que hay poquísimas cosas que valgan la pena, poquísimas cosas por las que merece la pena levantarse cada mañana y darle los buenos días a un sol que nos mira con descaro y que se burla de nosotros. Decirle que todos aquellos que están en la calle viviendo a contra reloj son unos tarados y que jamás comprenderán el verdadero sentido de la vida, que en el momento de su muerte –como en El Club de los Poetas Muertos-, descubrirán que no han vivido y que entonces no habrá retorno. Le encantaría –incluso- decirle que la quiere, y confesarle que su mayor ilusión sería vivir con ella, levantarse con ella en aquel ático de la calle Arribau y hacer el amor todas las mañanas mientras desayunan tostadas, bizcochos o zumo de pomelo, ¡qué más da! Decirle que (sin embargo) no puede confesarle todo eso porque en el fondo no es más que una puta barata acostumbrada a retozar con cualquier clase de tipejos y que él no puede aceptar su modelo social aunque en el fondo se le caiga el alma al suelo cada vez que imagina cómo cualquier depravado la está amando, besándola, recorriendo cada esquina de su cuerpo. Le gustaría decirle que sin ella la soledad no es lo mismo, que la soledad –sin ella– se ha vuelto una amante inoportuna que le quita color a los días más soleados. En ese instante sonó el timbre. Julián se asomó por la mirilla: era Mery. Guapísima, deliciosa, exuberante, como siempre. ¿Le diría todo lo que llevaba guardado en su cajón de la memoria, en la cárcel sin piel de la memoria, tatuado a fuego en su alma? ¿Acabaría ya esta pesadilla de caer en el tedio y en la mediocridad?

Nadie lo sabe. Era jueves y en el piano sonaba una bella canción.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **SARA ALBALADEJO ALBALADEJO**

Título: Impávido caballero

Centro educativo: Facultad de Educación. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## Impávido caballero

Soy causante de desgracias y alegrías, puedo provocar la guerra entre naciones, familiares y vecinos, soy capaz de aplacar el hambre en el mundo, sumir al más valiente en la desesperanza y dar la vida a un miserable. Sobre mí se han impreso cientos de rostros y esculturas, de personajes nobles o de tiranos; mis formas han variado a lo largo de la historia y las civilizaciones; mi lenguaje es universal; soy azul, rojo, violeta; soy de plata y oro, bronce y metal.

Con voracidad siento que me mira, que sus ojos repasan la imagen impresa en mi dorso, las arrugas que cientos de manos, bolsillos y monederos han marcado en mí de esquina a esquina. Lo siento nervioso... desde la bandeja de la caja registradora presiento, percibo una vez más el influjo de la habilidad de la desesperación para atormentar al hombre. Mira a un lado y a otro y con torpeza saca un arma de debajo de la chupa carcomida. El tendero alza las manos instintivamente y retrocede, empezando a pedir por favor que no lo mate. *“¡Dame el puto dinero de la caja!”* A puñados y tembloroso, el pobre vendedor me mete en una bolsa de deporte que el otro le ha tirado a la cara. Todo es oscuro y no se oyen más que los gritos salvajes del atracador y los farfullidos del tendero hablándole de sus hijos, después estalla el sonido del cañón de la pistola al dispararse y el de un cuerpo al caer. Silencio.

Me esparce de golpe en la mesa de una cocina y con dedos de uñas sucias me apila en montones. Su sonrisa casi le desencaja la mandíbula, los ojos le brillan de

puro gozo y avaricia. Se ríe, me besa, y mete unos cuantos billetes en el bolsillo de sus vaqueros. ¿Qué tiene que hacer ahora? No, ¿qué *quiere* hacer ahora?, porque conmigo apenas nada es imposible. Puedo cumplir sus sueños de borrachera y adicción, rodearlo de placeres y lujos. Ya no hay familia que lo moleste, hace ya mucho tiempo que lo abandonaron, y diez años de consumir le han dejado la capacidad de razonamiento necesaria como para saber que lo que anhela es droga, droga y más droga, que su existencia se mantiene, titilante, gracias a esos momentos de perdición en los que cualquier aguja lo transporta más allá de la miseria de su mundo.

Me lleva hasta una calle de la zona marginal de la ciudad, donde sólo residen perros hambrientos y miserables diablos. Me palpa cada poco para comprobar que no me he esfumado... le doy seguridad. Con la cabeza algo agachada, se acerca a un hombre apoyado en la pared de un callejón mal iluminado. Ya se conocen y apenas necesitan las palabras. Le murmura algo al oído y cambio de manos, al tiempo que una bolsa de polvo blanco se escurre rápidamente dentro de mi anterior escondrijo. ¡Adiós, despojo de esta sociedad ávida de éxtasis y placer! Tú morirás de alguna disfunción hepática o de una sobredosis, quién sabe, pero yo seguiré imperecedero.

Risas, vino, joyas, poder. Una voz potente invita a otra ronda a los que ya están más que de sobra bajo los efectos del etílico. No le asusta el derroche, viste trajes de elegante corte o encarga que se los hagan a medida. Me apuesta sin miramientos en combates y carreras, me invierte en farmacéuticas y en boyantes empresas de tecnología.

Le rodean más hombres enchaquetados que sostienen copas con el mismo arte que las mujeres lucen brillantes joyas y verdadera manicura francesa. Esa noche celebra la venta de un gran cargamento de cocaína que se introdujo bajo la atenta mirada de policías sobornados. Primero soy dinero negro, luego blanco, el placer de conseguirme justifica los medios. Es respetado y temido a partes iguales, pero yo soy la razón de su éxito, el altar sobre el que se asienta su poder.

Con desparpajo, me introduce en el bolsillo del chaleco del camarero y le da unas rotundas palmadas en la espalda: *“Para que te des un capricho, chaval”*. Ignora que el otro le lleva veinte años vividos y que la cantidad que le acaba de conceder es casi la mitad de su sueldo, pero tampoco le importa.

Su mujer cree que está en el despacho, reunido con sus socios como tantas otras veces hasta altas horas de la noche, zanjando acuerdos, limando las asperezas con las compañías internacionales. Apenas se ven, pero mientras reluzca la plata de la cubertería, mientras me vea en cifras de seis ceros en la cuenta del banco, ella seguirá prodigándole atenciones y *felizmente* casada.

Varios compañeros de negocios llevan al magnate, entre chanzas, a través de un pasillo enmoquetado en suntuoso rojo. *“Ya verás lo que te hemos preparado, te vas a divertir”*. Él se ríe, se imagina qué le aguarda detrás de la puerta de roble.

La habitación se le presenta con iluminación cálida, cómodos y costosos muebles y una mujer en la amplia cama de matrimonio. Es joven, de piel atezada y ensortijado cabello oscuro. Su cuerpo de ninfa está cubierto de transparencias y lencería dorada, perfumada la piel sedosa.

Con una orden seca, le exige que se levante y ella obedece al instante, acercándose hasta quedar delante del hombre, dispuesta a satisfacerlo, pagada de antemano. A él le gusta mirar antes de tocar, devora su cuerpo curvilíneo con los ojos... sonrío. Sin una palabra, dispara un bofetón con el dorso de la mano hacia la cara de la mujer, que cae rodando por el suelo con un grito ahogado. A él le gusta sentir que le tienen miedo. Se recrea en la expresión de temor que transforma el bello rostro, en la sangre que mana de su nariz. Este es el poder que doy, convierto a las personas en esclavos o villanos. Ella sabe que no es más que un objeto que él puede someter y vejar, lo aceptó cuando me tomó en forma de billetes de cincuenta, porque para recibir siempre hay que dar.

El hombre la levanta del suelo por los brazos, clavándole los dedos ansiosos en la piel morena. Ella llora en silencio y se retuerce débilmente, escucha cómo rasga la seda y se baja la cremallera. De un empujón la tira en la cama y la fuerza frenéticamente, disfruta con su llanto y la vana resistencia que le hace pegarle otra

vez, hasta que permanece inmóvil y él llega al éxtasis expoliado con un gruñido, dejando caer gran parte de su peso sobre el cuerpo maltratado. Al poco se incorpora y mientras se arregla los pantalones la mira casi con desprecio. Tira un par de billetes encima del pecho tembloroso. *“No has sido mala zorra, pero he probado putas mejores que tú”*.

Siento latir desbocado su corazón de pájaro, me aprieta con rabia entre sus pequeños puños de muñeca rota mientras solloza. Con qué crueles propósitos puede usarme el ser humano, ¿tan dependientes de mí son?

Quince minutos después, se calma lo suficiente como para levantarse y mirarse frente al espejo. Se limpia la sangre seca de la nariz y se echa agua fría sobre los ojos hinchados; los moretones se pueden ocultar debajo de la ropa. Desparramado sobre la cama y manchado de su sangre estoy, escasos billetes de diez que no se puede permitir el lujo de perder. Le gustaría incinerarme, cercenar la necesidad que la hace buscarme bajo cualquier riesgo, venderse al mejor postor.



Autora: Cristina Merino Viserta

Sin siquiera contarme, me guarda en su bolso rojo de imitación y sale sin ponerse los tacones, vestida con ropa sencilla que la hace sentir ajena a lo que ha sufrido, como si de una vida paralela se tratara, un papel a interpretar para la supervivencia. A pesar de su trabajo durante las mañanas, no consigue afrontar los gastos que le crean sus obligaciones y se ve empujada a buscarme lo más fácilmente posible. Soy ladino y dulce a los labios de los que por primera vez me toman sin esfuerzo, no hay nada más adictivo que ganar y pocas cosas peores que ser presa de la propia debilidad.

Tras el tintineo del llavero del que cuelga un muñequito de felpa hecho por manos infantiles, entra en la casa vacía. Por el camino se ha detenido a gastar alguno de mis billetes en los ingredientes para una comida sencilla. Así es como funciona aquí: no padezco el derroche de los opulentos ni me consumo con la efervescencia del que me necesita para obtener su dosis. En este humilde hogar soy administrado con prudencia, difícilmente empleado en cumplir caprichos intrascendentes, sino más bien en pagar facturas de luz, agua y gastos diarios. No he llevado el glamour a esta casa ni llenado de anillos los dedos de las manos de la mujer. Estoy en una realidad muy diferente, una en la que prima la sencillez y la tolerancia, donde la vecina a la que ha saludado hace unos instantes conoce su situación y, de vez en cuando, le echa una mano cuidando de su hijo mientras ella se arriesga una vez más a entrar como un espectro de obsidiana en el mundo de la compra-venta de almas.

Sentada en la cama, vuelca el contenido del bolso y varios útiles de maquillaje caen junto conmigo. Ignorando lo demás, me mete en una caja metálica que alguna vez contuvo galletas y que sigue impregnada con su olor. Le trae recuerdos de su infancia, algo que yo nunca podré lograr, porque a veces de nada sirvo para reconfortar un corazón apaleado por el mundo.

Después de guardarlo todo donde las manitas de su pequeño duende no alcanzan, cubre su cuerpo amoratado con una bata de casa y se dispone a hacer la comida que le ha costado sangre, lágrimas y humillación conseguir.

El enorme grifo vuela con las alas desplegadas a ambos lados de su cuerpo, la velocidad le hace entrecerrar los ojos ambarinos pero disfruta con el viento que le acaricia las plumas. Emite un chillido de gozo y sobrevuela un acantilado de roca rojiza, por el que se deja caer en picado con gracia.

El niño-grifo aterriza en el suelo después de saltar del banco y sigue corriendo con los brazos extendidos, haciendo ruidos de pájaro. Con la pequeña mochila traqueteando contra su espalda, hace el camino de vuelta a casa después del colegio, imaginando aventuras mayores que las que sus películas de ficción usadas en largometrajes consiguen crear en Hollywood. Su creatividad desorbitante consigue ponerlo en situaciones de máximo riesgo: frente a un enorme león, gracias a la colaboración del perro atado a una valla, ser un Ninja en una misión secreta esquivando los charcos, o convertirse en un intrépido explorador entre las ramas de un seto.

Rápido como una ráfaga, cruza calles hasta llegar a su barrio, donde frena la carrera por si alguna vecina lo ve y corre a contarle a su madre que va hecho un loco por la acera. Pasa lentamente frente a la puerta de la pastelería que a veces se convierte en la guarida donde se esconde el tesoro. Intenta no detenerse pero el aroma del hojaldre recién horneado, las magdalenas jugosas, el pan tierno y el chocolate dulce le hacen pegar la nariz al cristal de la ventana, sintiendo la saliva correrle por la garganta y rugir el estómago. Se jura no entrar antes de darse cuenta de que ahora está mirando los pasteles desde primera línea, frente al expositor repleto de dulces de todos los colores.

Dejándose llevar de nuevo por la fantasía y por los recuerdos de aquel libro de una fábrica de chocolate que le leyeron en el colegio y esa misma tarde contó a su madre con los ojos como platos ante tanta maravilla y casi dando saltos, imagina que un montón de duendes trabajan detrás de las puertas, en la sala del horno de donde salen todas esas delicias. Casi puede oírlos canturrear melodías de su raza, su rápido parloteo en una lengua de sonido cristalino. Con cierto esfuerzo puede reproducir los misteriosos hechizos que hacen que la crema parezca derretirse en la boca, que la nata sea siempre esponjosa y ligera.

Desea tener un poco de mí para permitirse el lujo de comer cualquiera de aquellos manjares. No anhela una gran cantidad, no ruega que se los proporcione todos... muy al contrario, ansía sólo lo suficiente para tomar un bocado, sin egoísmo ni ambiciones de posesión. Realmente no le importo, no comprende bien por qué todo gira alrededor de mí, no alcanza a entender por qué todo tiene un precio ni por qué un niño de la escuela se ríe de él por llevar los pantalones con parches, chinchándole con su ropa reluciente. ¿Qué le importa a este espíritu intranquilo el significado de fortuna si el otro, a pesar de que lo he colmado de juguetes, sigue sintiéndose hastiado y solo?

Esperanzado, da la vuelta a los bolsillos, de los que lo más que cae es la estampa que ha logrado cambiar por la mañana. Mientras que la recoge del suelo piensa que ha merecido la pena tener que dar la mitad del bocadillo de tortilla por ella, pues le resulta asombroso que sólo moviéndola de un lado a otro el imponente robot parezca andar y lanzar un puñetazo al aire. Es la singularidad que esconde la capacidad de fascinación de la niñez, es algo que no puedo devolver a nadie, al contrario, representa algo que voy mermando con el tiempo, devorando poco a poco hasta que sólo les deslumbra una joya más grande, una tecnología más puntera.

Con cuidado de no arrugarla, la devuelve a su lugar y observa cómo una anciana le indica varios dulces a la dependienta: *“Mis chiquillos me vienen hoy a comer, algo tendré que darles pa’ después”*. Su madre siempre le había dicho que era de mala educación mirar fijamente, pero cuando la mujer saca el monedero con dificultades debido a un extraño temblor en las manos, no puede evitar quedarse mirando. Antes de que las monedas lleguen a su destino, algunas se resbalan de la palma espasmódica y resuenan en las baldosas. Con la agilidad que a ella le ha restado la vejez, el niño me recoge del suelo sin pensar en guardarse nada aprovechándose de que está de espaldas.

Con una sonrisa amplia y creyéndose esta vez ir vistiendo el uniforme de Scout, entrega con cuidado las monedas perdidas a la señora y la ayuda a ponerlas sobre el mostrador. Ella lo mira con cierta sorpresa, hasta ahora todos los niños que había

conocido no habían hecho más que mirar con estupor su *Parkinson* avanzado y reír si se le caía algo delante de ellos o no conseguía abrocharse los botones del abrigo. Sabía que incluso sus nietos solían hacer bromas a su espalda cuando iban de visita.

Después de unos segundos escrutando con desconfianza aquella expresión en el rostro redondeado de piel oscura, corresponde con otra sonrisa; la más sincera y pura desde hace mucho tiempo. Se dirige otra vez a la muchacha detrás del mostrador: *“Nena, ponle al crío el pastel que quiera, que se lo merece”*. La cara del niño se transforma en sorpresa y luego en enorme gratitud. Se lanza hacia la vitrina de los dulces y los mira todos, sin decidirse por cuál escoger entre tantos sabores, colores y formas mágicas. Mientras, la anciana lo observa con agrado y espera paciente. Sabe que a veces una decisión que parece nimia resulta muy difícil de tomar, y más tratándose de un chiquillo emocionado, que cuando la edad es escasa todo resulta grande, nuevo y excitante. No le supone un esfuerzo gastarme en agradecer ese inconsciente gesto de humanidad que para ella significa tanto, en cumplir un pequeño sueño infantil. Porque también puedo servir a personas de buen corazón.

Finalmente, el chico señala con el dedo un cucurucho de galleta y chocolate relleno de nata, casi saboreándolo al tiempo que la chica lo lía en papel y lo pone en sus manos inquietas. Después de un sonoro ‘gracias’ y una sonrisa que desarmaría al Diablo, desenvuelve el dulce y lo lleva directamente hacia su boca. Sin embargo, antes de que pueda saborear el azúcar se detiene, asaltado por el recuerdo de su madre. A pesar de los esfuerzos de ella por parecer siempre feliz, sabía inconscientemente que muchas veces no lo era, que sólo fingía para no preocuparlo. Recuerda su sonrisa forzada y los fuertes abrazos con que a veces lo rodea, como si fuera lo único sólido que tuviera para mantenerse. El amor, el afecto, es algo que tampoco puedo conseguir, escapa completamente de mis amplias redes. ¿Cómo podría algo material atrapar el más sublime de los sentimientos? Ilusos los que me creen suficientemente poderoso como para aprehender un sentimiento compuesto de rayos de luz y mariposas incandescentes.

Mira otra vez el pastel y lo envuelve de nuevo. Se propone ser mensajero de un poco de alegría, porque sabe que a su madre también le gustan los mismos dulces que a él. Se siente satisfecho con su decisión: *“Le voy a llevar un poco a mi mamá”*. Las dos mujeres lo ven salir disparado, casi pudiendo acariciar por un momento la estela de duende que deja su carrera.

# MODALIDAD C

(de 21 a 25 años)

Primer premio

Autor: JAIME SÁNCHEZ JIMÉNEZ

Título: El coto

Centro educativo: Facultad de Filosofía. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## El coto

...las mulas se asustaron al intentar beber en el aljibe. Fue en Coto Algarra. Allí fue...

Mientras los temporeros almorzaban, el arropiero, antes de aquello, azuzaba a los animales para salvar la enconada pendiente. Iban camino del pueblo, por la madre del caudal pedrizo que allá los llevaba, hacia el pueblo, y el arropiero, en el Coto Algarra, espoleaba a las mulas que colmadas de melcocha, intentaban ascender la pendiente en el ambiente sequizo de aquella mañana, inmóvil la postal debido al ardor creciente de la calima. "... *Harre ja'putas ... !*" decía este, Leocadio Gómez, el arropiero, "... *Harre ... gandulas ...!*", hostigando con la vara o soltando golpazos a las costillas, asidas sus manos a las bridas, para salvar el bulbo terroso. Tras éste, los campos de vid y almendros, de aceituna también en el Coto Algarra, donde aquello pasó, y las mulas, rebolonas, exhaustas por la melosa carga al enfrentarse malqueridas al promontorio, se encogían por los sablazos secos del arropiero "... *Harre ... ja'putas ...!*", les profería mientras donaba picadas y malsonares Leocadio Gómez, el hijo de Miguel Gómez, con la regalicia solapada a las comisuras, entre los flemones de pechuga seca que eran sus labios, gesticulando el a decir impaciente en el sonrojo del enfado, "... *Harre gandulas ....!*", bailando de cuando en cuando la regalicia en su boca, prensada la raíz entre los dientes azafranados, "... *Harre ... que me traéis ahogao!*", gritábales mientras las traía para

sí, como arriba, Leocadio Gómez Carrión, el arropiero, por el camino del Coto Algarra y los jornaleros, al tanto, tras el montículo, arremolinados a ras del camino en un rebolledo sombrero, exhalaban en silencio el epílogo del almuerzo, ya liando un cigarrillo, ahondando a chupadas centellantes el canuto yamoso, al consumirse, como terrones las bocanadas primeras, pesadísimas en la boca, o afilando la navaja untada de caballa, tufo que prendía la gana a las moscas, atentas a los rebajos del almuerzo en los pies de los hombres mientras los pájaros, en la congoja, esperaban impacientes en las copas, como los buitres a la Muerte, su turno al festín cómodo, a que se engancharan al tajo para picotear tranquilas las migas del suelo rapado de vida del Coto Algarra, donde pasó de las mulas ... " ... *Harre ... gandulas!*", se oía al fondo, tras la loma. Miraron los hombres de soslayo, ya sabiendo. Era Leocadio Gómez Carrión, el era, el marido de Jacinta, la costurera, que embestía cosiendo a palos a las bestias para ascender la pendiente grosera... "... *Harre ... desgraciás ... !*", les aullaba como un animal a las mulas, mientras las chicharras, que resonaban como maracas, hacían pronóstico de la parrilla de hombres que sería el Coto más asentado el día. " ... *Harre ... golfas ... , que ya estáis viejas!*", exclamaba el arropiero en la enjundia de la rampa, "... *desgacia la cuesta...*", donde el aire límpido, asorrotada, que era "*como una sogá*", decían, sin un resquicio de tramontana, en ese entorno ancho y rudo de pradería, aquí, en el Coto Algarra, fue donde pasó aquello ... al rato de que los campesinos continuaran la faena, pues Leocadio Gómez, el arropiero, el hermano de Pascual Gómez, al que decían "*Puñema*", mandó a las mulas a beber y éstas se asustaron , así fue, poco después de que se ensañaran con las bestias en el último repecho diciéndoles " ... *Harre .... asquerosas!*", para encanarlas y que auparan arriba, dejando atrás aquel cortado del Coto Algarra, donde el aire plumizo obsequiaba al tedio de los hombres una machacona rutina. " *Harre ... gandulas...* ", vociferaba todavía el arropiero cuando los temporeros, como esfinges de terracota, de "*mala sangre*" tozuda y bruta, agarraban las zaonas y miraban el rumor aún lejano de Leocadio Gómez, el arropiero, que en su quehacer, a hostias atiborraba a los animales, sin resuello, para coronar la repunta "*traicionerá*" acá, en el Coto Algarra, en el que parecía todo tan quedado, donde daba al verlo, que hubiera pasado el Tiempo sobre sí retratando a

todos en su cadencia pesada, como rueda de molino, en una pose arcana ... donde al verlo daba, que nunca pasara nada y aquí, sin embargo, aquí es donde aquello ocurrió, que Leocadio Gómez, el arropiero, el que encontró a su padre ahorcado en la *"Casa-Campo"* y quedó loquito a raíz de eso, mandó beber a las mulas y éstas, en la poza, se asustaron por lo que había en el agua, contaban, cuando iban camino del pueb.... *"Indalecio!"*, te gritaron ya a los lejos tus compañeros mientras rezagado recogías los aperos. Hiciste como que no oías. Tan estupefacto estabas, entimismado, tras el suceso de esta mañana. No hablaste durante todo el día, tras sacarlo del agua caldosa y meterlo en una caja arramblada, enmohecida, de fruta, al taparlo con un trapo sucio. *"Pues que venga el cura mañana con los civiles y el enterrador y que hagan entonces lo que deban..."*, dijeron los demás. Callaste. *"Indalecio!"*, gritaron de nuevo. *"Dime, Antón"*, contestaste al fin, sacudiendo de tus pies la tierra, calzándote el par limpio. *"Vamos ya, hombre, que de aquí a llegar .., ya es tarde"*, contestó aquel. El verano aun propinaba, en sus retazos últimos, un ápice grosso de luz, las ocho de la tarde eran. El arropiero huyó pronto, al ver aquello le entró el *"telele"*. *"Que el cura venga mañana, yo no me llevo eso a cuestras, con la peste .. o lo enterráis bajo una olivera, con el abono este os sale, seguro, la oliva gorda como sandías ... "*, había dicho ante la sugerencia vuestra, para que no pasara aquí la noche. Entonces se fue lisonjeando a los animales, acariciándoles el lomo áspero y sucio. Aún con el susto.

Te esperaban en el camino, fumando un cigarrillo, con las camisas remangadas y la piel encostrada, hablando quedo, mirando todos a la poza. Entonces, tú bordeaste la caja que habías cubierto con unos cuantos sarmientos, entre los olivos, para disimularla en la noche, mirándola de soslayo. El hedor te había embotado la cabeza. No querías oler esa melaza putrefacta otra vez. Te alejaste presto. Comenzasteis a andar hacia el pueblo, hundiendo los pies en la tierra dura, hundidos en cada pisada, segmentado el suelo en losas irregulares, vertebrado, mientras chupada a chupada, cabizbajo, escupías mudo el humo. El sol, impaciente en poco, orillaba vuestras sombras alargadas, endebles como juncos, apuntando a aquel monte tanto más oscuro por momentos. Llegasteis al pueblo. *"Indalecio, ¿te vienes a tomar algo fresco?"*. Rehusaste al principio, con discreción pero con el azogue de llegar ya a

casa. Las ganas de beber, quizá de enfrentarte borracho, te animaron a acompañarles. Copa tras copa, de vino o cerveza, cenando codorniz y sopadas de cocido, riendo, forzado las gracias o escuchando los detalles, cada vez más exaltados, del hallazgo, te hizo caer en el tedio, borracho y mohíno. Todo el pueblo sabía ya. *“El arropiero, que me ha contado al traerme el pedido”*, explicaba el mesonero, Jacobo Herreros, mientras hurgaba con el palillo, tras la barra, los recovecos de su dentadura. Hubo un silencio. *“¿Y tu hermana, Indalecio?, que hacía más de tres meses que no la veía... Esta mañana, esta mañana la vi, que iba a comprar ..., y que estaba enferma me dijo también, que venía de casa de tu prima, la que vive en \*\*\*\*\*, pues que ha venido hoy y eso, me dijo ...”* Notaste cierto ápice socarrón en las palabras del mesonero, o era tu embriaguez la que veía más allá? *“Ah, pues no sabía, Jacobo, que vendría hoy. La pobre no sale. Siempre en casa... Desde que murieron mis padres ... Jacobo ... , como está pachucha, y trabajando yo no puedo cuidarla, así que se fue a casa de mi prima...”*, le dijiste frío, estrujando tus manos, acodadas sobre la barra, mirando abajo como si con la punta de tu pie intentarás apagar una colilla tirada, sin intentar cobijar el miedo y la ira, ante las palabras inocentes de Jacobo Herreros. *“La vi bien, Indalecio, yo la vi bien, me alegro...”*, concluyó el tabernero, cubriendo su cara con las manos, limpiando el sudor que caía sobre su frente, luminada debido al calor que tiroteaban las brasas de la cocina. No quisiste mirarlo. Te incorporaste a tientas casi y dijiste buenas noches. *“Ya mañana nos vemos, vendré a almorzar a las diez, Antón, nos vemos, hoy ya no puedo más ...”*. Todos te despidieron al salir, viraste la manivela de la puerta del bar, saliste, bajaste los tres escalones y miraste el reloj. Las doce. Te acomodaste el bolso al hombro y comenzaste a andar. Tu aliento olía a cerveza, pensaste en tu hermana, en las palabras del tabernero, en su tono, en su intención, en las mulas coceando por el pánico, en el arropiero, en la caja de fruta, en el trapo, en las miradas que tus compañeros te habían hincado, entre bromas, al ver tu rostro pálido, fantasmal ... te vino a las mientes lo que había en la poza, en las susurros que oías tras saludar a las mujeres que a la fresca, ahora , te decían al igual que Jacobo, que hoy habían visto a tu hermana, tras *“tanto tiempo”* ... en los aspavientos o el *“buenas”*, sin más, balbuceante por los licores, que les proferías sin pararte a explicar, andando a

trompicones, beodo, buscando explicaciones que justificaran este miedo tuyo tan parco. El mareo te turbaba la mirada. Llegaste a casa y solo el escueto jardín, de nuevo armónico, limpiado de malezas, infestado de dondiegos, jazmines, rosales marchitos, petunias, de crisantemos y adelfas, te recibió en la entrada. En una luz cavernosa, tan solo su olor percibiste levemente, la fragancia de las flores, todavía pringado por el olor putrefacto pegado a tus cuencas. A tientas, palapaste: los chorrillos, lo ladeaste y sacaste la llave. *"Dormiré"*, pensaste. Al alzar tu mano para buscar la cerradura, el llavín, encontraste el vacío. La puerta estaba abierta. *"María?"*, diste un paso. *"Estás, María?"*, susurraste de nuevo ya dentro queriendo gritar. Te zumbaba la cabeza. Ningún llanto infante, pese a tus acertadas corazonadas en la alegría, pudiste escuchar, auscultar en la reserva absoluta del casucho, en tu embotada sordez. Tu corazón redoblaba, vibrante en tu pecho, un ritmo roto.

Tan solo oías el vaivén de los chorrillos al chocar, mientras tus ojos ciegos se amoldaban a la negrura, tintineando tras de ti.

Encendiste el interruptor del pasillo frente a ti, la puerta de la habitación, entornada. A tu derecha el aseo. Distes dos, tres, cuatro pasos, y con la punta de los dedos rozaste la puerta, desplazándola un palmo adentro. La luz mantequilla de la bombilla, tenue, esculpía sobre la cama la figura de tu hermana, de lado, mirando al ventanal dándote la espalda desnuda, cubiertas las piernas largas, transparentadas, por una sábana blanca que caía rolliza al suelo.

*"María..."*, susurraste de nuevo, temiendo despertarla, mordiendo el miedo, *"¿duermes, te he despertado..?"* Mudez. *"Hola, Indalecio, aún no, acabo de acostarme..."*, te dijo sin volverse, con una voz sedada, dulce. No quisiste entrar, todavía no. Entraste al cuarto de aseo, te duchaste con un agua que pese a la frialdad, la sentiste hirviente. Saliste envuelto con una toalla a tu cintura, el pelo aún mojado, y el flequillo enmarañado goteando sobre tu nariz, resbalando sobre tu cuello el agua. Fuiste a cerrar el portón del postigo y entraste en la habitación. La ventana estaba abierta. Un finísimo aliento caliente movía las cortinas, las oías rozar unas con otras. Cerraste ahora esta puerta, dejando caer la toalla al suelo y desnudo,

te tumbaste copiando la pose, de lado, que tu hermana tenía, sin atreverte a tocarla, a un segundo de ti, con la voluntad o la paciencia de callar unos momentos. *"Indalecio"*, te dijo al poco inesperadamente, mientras la oías, quebrándote al escucharte, al salir de ella.

Cada vez que pronunciaba tu nombre, tu sonrojo, ahora disfrazado por la oscuridad, te hacía erizar todo tu cuerpo endeble, destensado en la cama, porque al oírte en ella, en su boca, era como si te tuviera dentro, como si te pariera cada vez que te mentara, como si entre sus labios, al gestarse en sus boca te descosiera el pecho, masajeando tus dones, embalsamado en su lengua jugosa, rosa y húmeda, esponjosa, al posar en tu cuello sus dientes, blancos sin mácula y su saliva cálida, embriagante, te ahogara en el hillilo cálido que surcaba en tu pecho, en una caricia, al decir tu nombre en la noche, esta noche, *"...Indalecio"*. *"Dime, María"*. *"Fue un accidente..."* Te sorprendió la textura de sus palabras, tan distantes, exentas de preámbulos, en esa lobreguez tan hirsuta, que aun poseyendo luceros, sin duda, o teniéndola de frente y no de espaldas, escudriñando sus ojos y su pelo bermejo, hubieras podido conocer su sentido, con clarividencia su pensamiento, si mentía o si logra ría embaucarte con sus ojos. Enmudeciste.

Así, el arropiero dijo: *"¡Qué os pasa, cojones ..!"*, el Leocadio, mientras con sorpresa o broma, los hombres que trabajaban en el coto Algarra, se orillaron al camino para ver mas cerca el enfado de Leocadio Gómez, el arropiero. Las mulas coceaban, regurgitando en el asco una babilla que al rozarse al suelo, se rebozaba en tierra. *" Si veníais secas, ya no os traigo más..., por mis muertos, desgraciás, que no os traigo más...!"* Con los dedos agarró la hebra de regalicia de su boca y la arrojó al suelo, mientras andaba con desconcierto hacia ellas. Las cogió de las bridas roídas, color caoba, a unos metros de la poza, empujándolas hacia ella. Las mulas se parapetaron en el suelo, decididas, con los ojos fuera de las cuencas y el arropiero, ya confuso, las soltó dándose por vencido. Estas se alejaron mientras los hombres reían allá, al fondo, diciendo *"Este hombre está loco, el pobre, que loco está el Leocadito..."*. *" Leocadito, déjalas a las mulas, que las traes negras ... !"*, gritaron Indalecio Jiménez junto con Antón Domínguez, el capataz del coto Algarra, mientras

reían y ponían al arropiero de borracho, de loco. En esto, al arropiero le dio un vaho, un olor hediondo que venía de la poza. A unos metros, Leocadio Gómez se puso de puntillas, sin atreverse a acercarse, divisó el surco, en una pendiente leve de agua, el agua que había en la acequia del coto Algarra, como si fuera una plaga bíblica, se había trocado a sangre, de un color púrpura mate que le revolvió las entrañas. El arropiero, entonces, comenzó a gritar, “ *Venir, hostias, venir, que aquí hay algo ...!*” Las risas se cortaron, las chicharras enmudecieron con el grito de Leocadio Gómez, el arropiero, y los hombres comenzaron a correr, con incredulidad, hacia la poza. “ *Pero bueno... Qué pasa,? Qué pasa Leocadio...?!*” El arropiero, Leocadio Gómez, fue así, se acercó a la acequia como temiendo que el suelo se fuera bajo, sigiloso, prevenido al ver el arrobo de las mulas, en el coto Algarra, donde no había ni eco, y con curiosidad y asco se alvocó, echando sus ojos abajo, al ribete del aljibe. Apoyado a la polea lo vio. Se acercaban todos, avivando la tierra seca y quemada que era el coto Algarra esa mañana, hasta allí, a medio camino de la poza, levantando una polvareda con la tierra que se les metía en las alpargatas. Sobre el agua como en una balsa, miles de moscas zumbonas, sibilantes, asustadas por la presencia del arropiero, levantaron el vuelo dejando a la vista una cabeza chica, en la poza del coto Algarra. Los temporeros, ya a escasa distancia preguntaban insistentemente, mientras seguían la carrera “ *Qué hay, Leocadio, qué pasa ahí en la poza ... que mira a las mulas como las tienes....?*” “ *Cojones, venir...!*”, repetía Leocadio Gómez, el arropiero, “ *... que hay una criatura muerta ..., que está ahogado y las moscas se la están comiendo, que hay una criatura muerta acá colada en el agua...!*” decía el arropiero una y otra vez, alzando la mano en dirección a la poza del coto, mientras se alejaba de allí, tras las mulas...

“ *Un accidente, Indalecio, debes creerme, debes creerlo, no lo he matado por que fuera nuestro...*” La escuchabas recordando la noche en que se fue, encinta, y te decía susurrante, impertinente en el postigo, en la noche cerrada mientras ronroneaban los gatos engolfados rosigando la basura, alguna lata aceitosa, “ *No ... quédate, yo llegaré sola, será de día cuando llegue, lo pasaré en la casa de las primas, esto no puede esperar ya más ... y si hubiera complicación ... les diré que de alguna forma vengan a buscarte, te llamarán ... pero deja que vaya sola, Indalecio,*

*que esto no puede ser de los dos ... no hay manera .. no hay forma ya ...* "Entonces la viste andar calle abajo, torpe, pesada, con esos colores hermosos que engalanaban su rostro ahora brumados, su tripa, ataviada con ese vestido marinoscuro, delineando la falda sus rodillas recias, abotargadas, sus largas piernas. Así viste ir aquella noche. *"Las mujeres preñadas se ponen guapas ..., ya me verás, verás que color cojo..."*, te decía entonces, con una risilla pícaro en tu embeleso al mirarla, al empezar todo, en la aparente normalidad, en las primeras semanas.



Autora: Marta Vicente Sánchez-Migallón

Ahora, sin embargo, no te atrevías a tocarla, a palpar su cadera lozana, la piel tersa, finísima de su espalda, al apretar con saña amorosa, casi lírica su pelvis entre tus dedos, el balanceo de tus manos al masajear vivamente sus senos, seguramente muy hinchados ahora. Te recorrió un escalofrío, aun afectado por el licor mientras sazonabas el agror este, imaginándola otra. Riente, Balbuceaste, querías hablar, tos, tímida tos, pero antes de hacerlo notaste su intención y la dejaste. *"Y si yo ... -dubaba- y si yo hubiera ido tras él, si me si hubiera*

*abalanzado tras él y la poza se me hubiera tragado también a mi, fue al lavarlo, ... si los dos hubiéramos muerto, si te hubieras quedado solo ya, solo ..., Indalecio, sin nada y nadie..."* Tu cabeza temblorosa se acercó a su espalda olorosa, apoyaste tu barbilla, primero, luego tu nariz, plisando tus ojos, intuyendo su rostro al decirte, oliendo su aroma tuyo, paladeando el sonar temperado, amanerado ahora de sus

palabras. *"Imagina hermano..., - oíste como un punzón, pues sabía que detestabas eso, que te mentara así pues para ti era un símil nimio de algo más profundo, mas allá del lazo -, que te hubieras, como un perro arrastra, quedado contigo solo ... fue un accidente, te lo juro ... - y besó sus dedos entrecruzados- ... que al parir yo sola, al ir a lavarlo después, yo sola, así me pilló de camino, casi amaneciendo, a punto de llegar, por la tierra y la placenta se me escurrió abajo, entre los dedos se me coló al agua y la poza se lo comió.. si me hubiera tirado al aljibe, a por él ... qué, dime hubiera sido de ti...?"*. Te cuestionaba una y otra vez justo ahora que al oírla encarnada, el temple sacudía tus miembros mortecinos, al imaginarte así tal como decía, *"solo.."* y apoyabas una mano dejándola caer en su cintura plúmbea para oprimirla ora a su vientre hueco ... *"De ti, sin mí, que serías sin mí ...?"* *"Nada"*, dijiste mirando con lisonja su espalda tenue, tocando su cadera, asumiendo. Un zumbido revoloteó tu cabeza, velado. *"Al verlo supe que era nuestro. No sé ... Un impulso, me dio en el pecho que era el mío, que lo habías muerto, lo habíamos hablado, que eso no fuera así, que no acabara de esta forma ...Luego vi, o me lo imaginé, todos se dieron cuenta, mi reacción , María, sospechan..."* Ella te escuchaba parca. *"Esto no cambia nada, Indalecio. Nuestros padres han muerto. No tenemos por qué comulgar ante nada ni nadie. Y sí , demos ocultarlo, nadie sabe ni sabrá. Estaremos así, juntos, así estaremos..."* *"Siempre..."* prometiste mientras te apartabas de ella, mirando al techo. Todos los momentos pasados rezumaban su aroma, la desazón de cómo había acabado todo, la criatura, como si tu pecho fuera un puñado de tierra en el que ahora brotaran zarzales, terruño frondoso de humildad y nobleza también, en el que germinaba robusto cada gesto, cada palabra, confesión o secreto en tu matrimonio natural con ella, exento de falsa liturgia o comunión cristiana, carne de tu carne desde los anales de tu memoria, de tu vida y la suya en ese alianza eterna de vuestra sangre, en el voto perpetuo e inmune que os liga. *"Quién dudaría de esto? Quién?, qué podría separarnos, aún en la sospecha de la gente ...? Vergüenza? Crees que la vergüenza de asumir algo noble es tal vergüenza? Te avergonzaría lo nuestro, te avergonzarías de mí..., Indalecio?"* *"Nunca"* respiraste hondo al decir en la confesión. Al pudor queráis llegar. Pensaste un rato en tu respuesta. Ajeno. Otra vez volvió el reverbero molesto a tus sienes, en

tu tranquilidad convulsa. *“Creo que nos a entrado un mosquito... Con este calor ... Nos va asar a picotazos...”*, decías mientras te incorporabas con parsimonia de la cama y María, recostada de lado, movía sus miembros torpes por el sueño, reposando boca arriba ahora. No encendiste la luz. Abriste la puerta y a tientas corriste a la cocina a refrescarte. Ya vuelves. Presionas el interruptor y te percatas ahora claramente del cuerpo desnudo frente a ti. Ella te mira melosa. Una luz pastel cincela vuestros cuerpos en sombra mate. Te acercas a la cama, buscando con los oídos al insecto. La contemplas ahora de cerca, a los pies de la cama. *“No te muevas ...”*, dices. Andas sigiloso a su cuerpo, a su vientre, casi a su pubis y al verlo, golpeas suave, con prestancia al mosquito, agarbanzado, gordo, que con lumbre succiona la sangre de ella. La herida brota. El bicho aparece aplastado sobre la pulquérrima piel. Ella, con una súbita expresión de repugnancia tensa sus músculos. Te marchas de nuevo a la cocina y del aparador, al volver, coges unas gasas. Inmóvil te espera. Te sientas junto a ella, mirando sus muslos, sus senos, la travesía que son sus piernas. Untas en agua la gasa y presionas la herida que aún emana. María alzo su mano que notas gélida, que toca tu pecho. *“Te ha picado a ti también...”*, dice. Tu piel negruzca por el sol disimula el picotazo. Te levantas de nuevo, dejando la gasa solapada a su cuerpo. *“Voy a por alcohol, par desinfectarte la herida...”*. Dijiste eso sin saber, sin buscarle un sentido a tu comentario. Un detalle. Como sin con agua no se limpiara vuestra falta, la falta de ella, la tuya, la unión que erais..., como si con agua no purificaras y precisaras de alcohol, para crear el sopor necesario que conllevara o disimulara vuestra gesta culpable. Volviste. El insecto todavía reposaba torno al ombligo. Te acomodaste en la cama, de rodillas. La picadura había cesado su efluvio. Miraste con recelo el mosquito. Ahora notabas, mientras empapabas de alcohol su piel, el cosquilleo creciente en tu pecho sonrojado. María miraba dulzona, como masajebas cuidadosamente su piel, tus ojos lacrimosos de vicio al apreciar la tripa plana, tan cambiada y hermosa a su vez, el contoneo de tus brazos, tostado el bello rubio por los días de calor, tu mentón marcado, tu espalda tensa. *“Hay que ver .. si no lo llego a matar ... , María, lo golosos que son estos bichos con la sangre...”*, exclamaste sonriente, olvidado de todo.

Ella, de frente a ti, se incorporó. Acodada, ladeó su pelo mostrándote una sonrisa franca. La leíste. El insecto esperaba aún en su vientre. Brotaba de su cuerpo malforme, ya muerto, la sangre de ambos. No pensaste en esto, en que el mosquito, en su picadura, en su deseo, en su instinto tan animal como el tuyo, como el vuestro, había mezclado así mismo en su vientre vuestros humores, poseso extrayendo a ambos la identidad vuestra, juntándola en sí para vivir. Y no, no pensaste en eso. Sólo miraste sus senos desnudos, las aureolas en amable contraste castaño con su piel, su barbilla de tenue curva, sus orejas escuetas, sus lóbulos acotados con pendientes de plata, el pelo rubio cayente a sus hombros finos, sus ojos de ámbar, su nariz roma, sus labios gruesos forrados de saliva, brillantes, su semblante serio, soberbio, humilde, merecido y mereciente. Y con una sonrisa menina te dijo, *“qué no harás por mí...Indalecio...?”*

*“Todo...”* esputaste vendido, servil en el susurro, cuando te acercabas a su boca, con la gasa embebida de alcohol entre tus manos, desnudos los dos bajo la luz parda. Te detuviste aun palmo de su cara. Se te cruzaron los ojos al verla tan posible. *“Bésame...”*, te dijo abalanzándose a ti, mientras el insecto, bailante por la respiración sincopada, sobre su barriga, abombado y repleto de la ambrosía mutua, chorreaba vuestras sangres imbricadas. La abrazaste en el ósculo. Ciego, deslizaste tu mano sobre su pecho y busto abajo, maculaste dedos con el jugo de ambos, dejando un surco que escindía sus pubis en dos, hasta perderte en su sexo.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **ANA DEL AMOR PÉREZ**

Título: Simonetta

Centro educativo: Facultad de Educación. UNIVERSIDAD DE MURCIA

## Simonetta

*“Dalla più alta stella,*

*Disceso è in terra un divino splendore”*

Lorenzo de Medici

*Florenca, Palazzo Vespucci, 25 de Abril de 1476*

La noche es tenue, frágil su silencio. Florenca duerme, sumida en la penumbra. Los primeros vestigios de la primavera no mitigan la humedad ni el recelo, por eso en el palazzo siempre hay alguien dispuesto a cerrar una puerta. Aparentemente todo está en calma, pero la tragedia ocurrirá, inequívoca. Y expectantes la aguardan sus habitantes, que aún en sueños no escapan al poder del aciago presentimiento.

Carreras, luces, susurros, gritos. Alguien llega, y a juzgar por el revuelo, la visita no se esperaba. Al menos, no a tales horas. Todavía es temprano, aunque para ella, es indudablemente tarde. Se apresuran a avisar al dueño de la casa, el cual desciende de forma airada las escaleras. Una vez abajo, su paso se aminora, hasta cesar por completo. La ira debe ser apagada, el rencor oculto bajo una máscara de cortesía mundana. Él es allí el anfitrión, el patrón de sus dominios. Pero poco importan tales títulos ante su inoportuno huésped. Si hay alguna excelencia propia

de un florentino es su omnipresente y exquisito sentido de la política, y haciendo gala del mismo se saludan ambos personajes. Sin embargo, lo gravoso de las circunstancias no tarda en echar por tierra toda cortesía, todo reparo. Los dos hombres, ahora rivales, se estudian mutuamente. Sus rostros reflejan desvelo, cansancio, resignación y, sobre todo, miedo. El miedo ante lo inevitable. La certeza de la próxima pérdida. El dolor.

-¿Dónde está?

-Arriba, en sus aposentos. Ahora duerme.

-Deseo verla.

-Poco importa ya lo que deseéis.

-Ella querrá verme.

Y, como ambos saben, tal argumento da por zanjada la cuestión.

Marco Vespucci, influyente banquero y par de Florencia, franquea de mala gana el paso al recién llegado. Su mirada sigue, derrotada, el apresurado ascenso del otro, un camino que parece conocer tan bien que ni siquiera es necesaria indicación alguna. Cuando éste desaparece del alcance de su vista, Vespucci pierde parte de su aplomo. Se necesitan agallas para tratar con un Médici, aunque éste probablemente sea el más joven e inexperto de toda la familia. La deshonra aquí está fuera de lugar: ellos gobiernan y los demás acatan. La República se halla sin duda en una era gloriosa; pero ¿puede decirse todavía que sea auténticamente libre? Estas disquisiciones terminan por angustiarse, y decide retirarse. Pero antes, aún alcanza a vislumbrar en el piso superior el parpadeo de una luz nueva, en la ventana de Simonetta.

Ella ha despertado.

Giuliano Médici entra en la estancia, ricamente ornamentada con las maderas más nobles, los tapices más suntuosos. La dama se halla recostada en su lecho, su boca entreabierta en busca del preciado aliento, aquél que se le escapa por momentos. Giuliano la contempla y se estremece: su belleza agónica lo consume, lo

impulsa a retroceder. Desde la cama, Simonetta lo mira, sus cansados párpados fijos en el rostro amado. No hay sufrimiento en ellos, tan sólo pacífica constatación de una existencia necesariamente corta, dada su perfección. Extiende hacia él sus brazos, esta vez anhelante. Teme que se marche, que no sea capaz de ver en ella algo más que una mujer extenuada, una moribunda desprovista de toda esperanza, toda luz posible. Giuliano percibe este cambio y, sin mediar palabra, se abalanza sobre ella y la



estrecha fieramente, con la intensidad del desesperado. Su cuerpo está tan consumido que ha adquirido un tacto casi etéreo: un trazo que recuerda más que nunca a los esbozos de Botticelli. Pero Simonetta ahora respira de forma acompasada, hay algo de color en sus labios. “Es un error”, se dice él, “va a recuperarse”. Y besa la alta frente despejada y los desmadejados cabellos trigueños, ebrio de su falsa dicha.

La ventana entreabierta deja pasar una suave brisa. El palazzo se halla de nuevo en silencio, todo parece haber recuperado un orden no escrito. Una calma que embarga, que invita al sueño y al abandono. Y sin embargo, él sabe que debe mantenerse despierto, cueste lo que cueste. Son exiguos los minutos juntos; el tiempo es una bestia feroz que se obstina en arrebatarlos inmisericordemente. El alba traerá una nueva luz, más cruel y descarnada, donde quién sabe si la paciencia del marido agraviado no llegará a su límite. Al fin y al cabo, Vespucci es un hombre de honor, poco habituado a tolerar intromisiones.

Su hermano lo ha comprado bien, no cabe duda. Lorenzo nunca hace las cosas a medias, menos aún tratándose de Giuliano, al cual adora. Un afecto que nadie ignora, y que es ampliamente compartido por gran parte de la ciudad. El menor de los Médici ha sido siempre un joven alegre y despreocupado, capaz de encontrar

amigos en los lugares más inesperados. Esta imagen distendida y popular contrasta fuertemente con su presente estado de ánimo, por lo que no pasa inadvertida su desdicha, ni siquiera para aquellos ajenos a la misma. Giuliano no es el mismo: es un fantasma, un alma en pena. Vaga por los corredores ajeno a cuanto le rodea, la mirada perdida en un abismo infinito y tenebroso. Él, que nunca fue un hombre de penas duraderas, enzarzado en el fragor de la juventud y los tibios deseos. Qué vanos, qué fútiles parecen ahora aquellos días. Ahora la orgullosa frente se somete, los finos labios se curvan en un rictus amargo, un velado y sordo lamento. Mira los ojos verdes de Simonetta, un mar donde quiso perderse y en el que ahora naufraga, derrotado. La vida termina, el amor perdura, pero más allá de la pérdida, la cárcel del vacío y la memoria permanecen y esperan. No habrá lugar donde refugiarse, ni lugar libre de su recuerdo, a no ser la misma muerte.



La primera vez que la vio, el tiempo se detuvo. La segunda ya sabía que debía amarla, a pesar de todos los obstáculos. Se sentía estúpido, se sentía solo. La primavera era agonía, la poesía no bastaba. Paseaba inquieto, reía sin ganas; todo dependía del acostumbrado saludo que cada mañana le dedicaba ella, bajo el pórtico del Duomo, siempre acompañada por algún ufano Vespucci. Lejana como una estrella. Su marido se desvivía por complacerla, tanto en público como en privado. Extrañamente, tales atenciones no parecían turbarla, la disposición ansiosa de él no obtenía más respuesta que una sensata placidez, inmutable. Ella se dejaba querer, pero tal vez su condición no le permitiese entregarse jamás del todo. La belleza es cruel y engendra corazones fríos, despiadados en su condescendencia. Eso decía Lorenzo, despiadado también él, o tal vez harto habituado a un dominio similar. Giuliano, en todo caso, no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados. Donde otros fracasaban, él triunfaría.

Contaba además con la ocasión perfecta, en aquél entonces próxima a celebrarse. Conseguiría despertar su interés, costara lo que costase.

Entre las sombras, Giuliano sonríe, por primera vez en mucho tiempo. Recuerda...

*Piazza della Santa Croce, 29 de Enero de 1475*

*Se celebra la Giostra, el esperado torneo celebrado en honor de la alianza defensiva entre Florencia, Milán y Venecia, la cual ha resultado ser altamente productiva. Las calles bullen de excitación, los ciudadanos se agolpan impacientes en torno al recinto dispuesto para la justa. La mayoría de los jóvenes de buena familia participan en el evento, en lo que constituye una clara oportunidad para suscitar pasiones y desencuentros largamente incubados. El poder requiere reputación, y precisamente eso es lo que vienen a buscar los participantes, sedientos de gloria, henchidos como ranas. La fanfarronería pomposa de esos advenedizos lo divierte, más que cansarle. Aparentan ser algo que no son. Es curioso, el género humano. Piensan que sus actos en tal nimia ocasión perdurarán en el tiempo como si de un combate real se tratase. Pobres incautos. Como si la suerte fuera algo que pudiera labrarse con una lanza de punta roma.*

*Pero ese día, Lorenzo está dispuesto a ser clemente. Más aún, está de buen humor. Es un día de fiesta, la encarnación de otro triunfo diplomático. Saborea el éxito como quien degusta un buen vino: sin prisas; deleitándose en la cadencia de cada instante mientras observa el revuelo en la plaza, tratando de identificar a su hermano entre el grupo de caballeros. A pesar de que el palco es probablemente el mejor lugar para presenciar el espectáculo, su vista es débil y no alcanza a vislumbrar siquiera los objetos lejanos. Este hecho le otorga un permanente aire rapaz a sus ojos de antracita: la mirada inquisidora de un hombre habituado a adelantarse a los acontecimientos, a manejar perspectivas y destinos con el talento de quien ha sido educado a conciencia para ello.*

*Junto a él, el asiento de honor lo ocupa la reina del torneo. Permanece en silencio, quizás algo turbada ante su presencia. Lorenzo suele ser un magnífico anfitrión, y posee además el encanto subyugador del cortesano, del hombre de mundo. Pero nunca antes se han encontrado a solas. Ella suele estar acompañada por su marido y su familia. Y él, en las pocas ocasiones en las que se halla fuera del tumulto de la vida política, rara vez desea ser molestado por alguien ajeno al círculo familiar.*

*Lorenzo se da por vencido en su búsqueda, y se vuelve hacia el objeto de deseo de todos los combatientes. Simonetta Vespucci sostiene distraídamente lo que será el premio principal de la justa: un retrato de ella misma, pintado por la joven promesa del arte, Sandro Botticelli. Las dos Simonettas, la de carne y hueso y la del retrato, son significativamente idénticas: la idealización pictórica resulta superflua ante una hermosura semejante.*

*-¿Quién deseáis que sea el vencedor?- Lorenzo lanza la pregunta distraídamente, sin dejar de mirarla. El rostro de ella suele ser indescifrable, y encuentra un perverso placer en interrumpir dicha armonía, formulando una pregunta aparentemente rutinaria, pero de comprometida respuesta. Ella debe decidir entre ser sincera o prudente, y dicha elección dirá mucho de su carácter.*

*Simonetta observa a su vez a su interlocutor, consciente del alcance de sus palabras.*

*-¿Importa acaso? Muchos de los participantes poseen suficientes cualidades para ganar la contienda. Es un juego de habilidad, no de valía. Poco se aprecia el carácter en una justa semejante. La situación sería bien distinta en un campo de batalla. El valor de un hombre se mide entonces por la templanza de sus actos.*

*Lorenzo sonríe, apreciativamente.*

*-Seríais un magnífico soldado, no cabe duda. Sin embargo, y a pesar de que aquí nos hallamos ante una guerra ficticia, muchos de esos hombres han venido aquí por un motivo bien concreto: conseguir vuestro retrato. Deberéis admitir que tal deseo los convierte en auténticos rivales, y no en simples jugadores.*

*-Si el caso fuera tal en una batalla, gustosamente lo entregaría para evitar males innecesarios. Pero tal actitud no parece razonable aquí, ya que todos se hallan tan impacientes por hacer notar sus destrezas. Evitemos pues decepcionarlos, y dejemos que gane el mejor.*

*El Magnífico suelta una carcajada, encantado con el desparpajo de la dama.*

*-Verdaderamente sois una rara joya, Simonetta. Sin embargo, siento disentir de vos en un punto. No todos participan con el fin último de lucirse. Puedo aseguraros que mi candidato a ganador tiene en mente otras aspiraciones, seguramente más sublimes que la mera ostentación- Y al hacer tal sugerencia, el ambiente cambia, el aire parece repentinamente más pesado. El tiempo se ha detenido.*

*-Supongo que os referís a vuestro hermano.- Ella aferra ahora el lienzo, la tensión palpable en sus afilados dedos.*

*-En efecto. Giuliano es un avezado jinete, además de excelente poeta. Y sé bastante de su interés por vos. No habréis podido dejar de advertir su forma de contemplaros.-Aquí Lorenzo se detiene, y se inclina repentinamente hacia ella, tomándola del brazo paternalmente, pero con un ardor extraño en sus ojos.- Hay sentimientos que se expresan mejor a través de los silencios, que pueden dormir siglos y siglos bajo el polvo del hastío hasta que un fogonazo repentino los delata. Conozco a mi hermano, Simonetta. Es el hombre que yo no podré ser. Y por este motivo, su vida me es muy cara, al igual que su felicidad. Iría a los infiernos por él, si fuera necesario. Pero no puedo pedirlos que lo améis, si él mismo no os inspira tal afecto.*

*En ese instante, la plaza retumba con el sonido estridente de las trompetas, que indican que el torneo está a punto de comenzar. El momento de la confidencia ha pasado. Lorenzo se reclina de nuevo en su asiento, la máscara de placidez ocupa de nuevo sus ademanes. Nadie podría achacarle unos pensamientos más que benévolos, dada su magistral pose de relajación. "Es un actor consumado", piensa Simonetta, pero a continuación pierde el hilo de sus propios pensamientos. La sombra de una duda planea en el horizonte, el recuerdo de un latido, la calidez de las manos de Giuliano al estrechar las suyas, en el oficio del domingo. Giuliano.*

*Apenas se habían intercambiado unas pocas palabras, pero la conversación volaba, la transportaba a lugares recónditos de su niñez, a una dimensión de sí misma largo tiempo olvidada. Un lenguaje secreto, un ansia feroz. De alguna manera lo sabía, era plenamente consciente de él, de sus veladas aproximaciones; las esperaba con involuntaria avidez, sedienta de su cercanía.*

*Su marido, que ha notado la relativa frecuencia de estos encuentros fortuitos, no tiene en simpatía alguna al joven Médici. Demasiado apuesto, demasiado carismático. Marco Vespucci ha tratado inútilmente de encender esa misma llama en su esposa, y tal derrota no ha hecho sino acrecentar su frustración, su soledad rota y ensimismada. Se sabe el dueño de su cuerpo, pero el alma de Simonetta siempre le ha resultado inasible, ajena a sus necesidades mundanas. Por eso suele buscar los favores nocturnos de otras mujeres bien distintas, ante las cuales su rudeza puede ser bienvenida; donde no se siente obligado a pronunciar palabras de cortejo, suaves e inútiles arrullos de enamorado irredento. Luego vuelve a casa igualmente derrotado, buscando el frío abrazo de Simonetta, consolándose con las migajas envidiadas por tantos otros. Precisamente por serlo, esas migajas valen oro, y está resuelto a defenderlas...*

*Simonetta y Lorenzo fijan ahora su vista en una misma figura. Se distingue, semioculto, el perfil orgulloso de los Medici bajo el yelmo. Él les devuelve la mirada y saluda hacia el palco, solemne. Lleva, prendidos en su lanza, los colores de la reina del torneo. Junto a él, el perro fiel de Lorenzo. El temible Xenofón Kalamatiano, guarda personal de ambos Médici, quien procura que nadie con intenciones aviesas hacia ellos viva lo suficiente para ponerlas en práctica. Kalamatiano mira a su vez a su jefe, cambiando con él una mirada de inteligencia. Nada en la seguridad debe fallar. Ni el más mínimo detalle.*

*La justa comienza, y los caballeros se enfrentan sucesivamente entre sí. Aunque varios de ellos son hábiles, es Giuliano quien irremediabilmente vence en más ocasiones. Es sin duda el mejor, y su cortesía hacia el rival vencido es tal que éste último no puede irse ofendido en absoluto. El sol ya despunta en su cénit cuando*

*finaliza el penúltimo combate, y Lorenzo saluda pletórico a su hermano, tan entusiasmado con sus triunfos como si fueran propios.*

*Entre la barahúnda de gritos, el último rival de Giuliano sube a su montura, poco esperanzado con sus posibilidades. El joven Soderini no ha llevado a cabo una ronda afortunada, y tiene pocas posibilidades de tirar a su oponente del caballo. Con los nervios del momento, llama a gritos a su asistente, que repentinamente ha desaparecido del campo, probablemente en busca de su lanza. Pero la multitud es tal que resulta imposible localizarlo.*

*Una mano desconocida le alcanza por fin la pesada lanza. Con las prisas y la excitación, Soderini no se fija en el rostro de su nuevo asistente. Ni siquiera en la lanza misma. Lo importante es la concentración en el rival, el punto lejano de su armadura donde debe golpear. Por ello no repara en el extraño brillo del final de su arma, y menos aún en la sonrisa torcida de su antiguo portador, quien desaparece de nuevo entre la muchedumbre.*

*Giuliano, ajeno también a esta novedad, se prepara igualmente para el enfrentamiento. Pero no puede evitar distraerse con la cercanía de la victoria, y el dulce premio que sin duda le espera en el palco. Sólo por tenerla tan cerca y recibir de sus manos su viva efigie, ya valdría la pena morir en el intento. Una posibilidad que verdaderamente no contempla, sabiéndose el jinete más experto de una batalla ficticia. Saboreando tales mieles se lanza entusiasta a la carrera, a la par que Soderini.*

*Desde su posición privilegiada, Simonetta no ha podido evitar inclinarse un poco más de lo necesario sobre el balcón, para contemplar mejor la última y decisiva vuelta. A diferencia de Lorenzo, su vista es agudamente precisa, y con tal nitidez de repente advierte la trampa. La lanza de Soderini termina en una afilada punta de acero, una argucia totalmente prohibida dado el riesgo que supone para el rival. Súbitamente aterrorizada se vuelve hacia Lorenzo para indicárselo. El Magnífico se transfigura por completo. Sus manos aferran como garras la barandilla, mientras se precipita sobre el balcón rugiendo como un demonio hacia Kalamatiano. Demasiado tarde. Los jinetes están a punto de chocar entre sí.*

*A escasos metros del encontronazo, Giuliano vislumbra la amenaza. Soderini, consciente o no del alcance de su futura embestida, apunta directamente hacia su pecho. Como un fogonazo, las palabras de Lorenzo vuelven a sus oídos.*

*“Ella estará mirándote”.*

*Casi al mismo tiempo, el ágil y fuerte brazo empuña certeramente su lanza y logra desviar en el último segundo el choque mortal. Soderini sale volando de su montura y aterriza torpemente en la arena, donde Kalamatiano y sus hombres no tardan en rodearlo. Giuliano no alcanza a ver lo que sucede a continuación, ni quisiera estar en el lugar del pobre tipo cuando lo interroguen. Su caballo se detiene, extenuado, muy próximo a dos siluetas familiares que se le acercan apresuradamente, la sombra del pánico aún reflejado en sus rostros. Y algo más. El perfume de sus cabellos lo embriaga mientras ella le abraza, un círculo perfecto de causas y azares que se completa en sus labios. El paraíso.*

*Arriba, en la grada, un silencioso y noble espectador permanece ajeno a los acontecimientos. Más tarde maldecirá en sus aposentos, impotente ante las traicioneras veleidades del destino.*

\*

*Palazzo Vespucci, 26 de Abril de 1476*

Amanece. La ciudad despierta, se abren los postigos, vocean los primeros mercaderes. El palazzo, en cambio, permanece silencioso. Los dos amantes duermen, o tal vez sólo uno. Sin duda, Giuliano es feliz, sumido en sueños pasados: recuerdos que se desvanecerán en la conciencia, remotos e imperecederos. Somos esclavos de ese eco, que teje telarañas de alcance desconocido, que recorrerán los extintos pasos de nuestra vida mucho después de que nos hayamos ido.

La puerta de la habitación se entreabre, y alguien entra de forma sigilosa, tratando todavía de no hacer notar su presencia. Recorre despacio los pasos que le separan del lecho, casi como disculpándose por profanar el idilio mágico que transmite la escena. Es él el encargado de romper el

Autor: M<sup>a</sup> Asunción Pérez Maciá

hechizo, de hacer regresar al dolor de la vida al único de ellos que todavía respira. Se maldice a sí mismo por ejercer semejante papel ante su hermano, la única persona que le conoce bien y que le ama por encima de cualquier interés, de cualquier vínculo con la realidad cruenta y terrenal que les rodea. Pero debe despertarle. No soporta la visión de Giuliano abrazando el hermoso cadáver, como si Simonetta todavía formara parte de este mundo. Los dioses han debido acogerla en el Elíseo, y mercedamente. Callan los muertos y deben aullar los vivos, para cerrar el ciclo, para completar el camino. Quizá sobrevivan los sueños, las ideas, las criaturas leves de nuestros anhelos más secretos. El resto es polvo, y lo cubrirán las sombras. El resto es luz, y perdurará por siempre.

Lorenzo suspira, y quien lo conociera menos, vería una lágrima rodar por sus curtidas mejillas. El instante pasa. Después, solo queda el nuevo comienzo.

-“Giuliano” -susurra...

\*\*\*

*“Simonetta murió en sus brazos. Giuliano nunca volvió a ser el mismo, ni se recuperó de su prematura y trágica pérdida. Dos años más tarde, el 26 de Abril de 1478, la conjura urdida contra los Médici se saldó con el asesinato de Giuliano,*

*quien recibió diecinueve puñaladas asestadas por distintos enemigos y miembros de familias rivales.*

*Dicen que cayó gritando su nombre.*

*Y yo, Lorenzo, vengué, a hierro y fuego, cada gota de su sangre derramada.”*

IX edición, 2010

# MODALIDAD A

(hasta 16 años)

Primer Premio

Autor: **NORBERT MONTI**

Título: Cuartel de barro

Centro educativo: Herman Ottó Gimnázium. Miskolc. HUNGRÍA

## Cuartel de barro

Sangre roja. Sangre salió de la mano pequeña. Y una lágrima salió del ojo del niño, Dogo, cuando su ropa y su piel negra se engancharon en el alambre de espino. Un chaval mayor, Badawi, le dio la mano para ayudarlo. No era fácil llegar al otro lado de la empalizada. Y la posibilidad de que les viesan sus compañeros, los otros soldados jóvenes, no les tranquilizaba para nada. Podrían haber venido en cualquier momento para atraparles y llevarles al sargento. No querían regresar a los cuarteles de barro, no querían volver a hacer los ejercicios. No necesitaban las mentiras del sargento, su crueldad. No deseaban depender de la porción de pólvora mágica, o sea, de la droga que les otorgaba el sargento de vez en cuando. Y desde luego, no querían mirar nunca jamás los ojos de su jefe al dar sus órdenes brutales. Ninguno de ellos había nacido para matar... Al instante corrieron rápidamente a la selva oscura con la esperanza de encontrar un refugio...

-Rata asquerosa, ¡explícame inmediatamente dónde están esos dos muchachos!- gritó el sargento alto y negro, al chico todo despavorido. Su boca gorda temblaba de enfado. Su ropa, un uniforme viejo y roto, olía a sudor y alcohol. A su lado había un sabueso que gruñía como si tuviera los mismos pensamientos que su amo. Los otros mozos, el "ejército" del cuartel, estaban en fila esperando con miedo que pasaría.

-Señor, Dogo y Badawi se habrán escapado ayer por la noche... el hombre alzó al niño hacia su cara repugnante con un sólo gesto. Sacó los dientes amarillos y le miró a los ojos.

-Se-señor- dijo farfullando el chico. Por lo que sé, ellos dos ya habían pensando en huir antes. Una vez oí que Badawi contó a Dogo que había unos blancos con cascos azules que acogen a los fugitivos...- Y en un latido del corazón el sargento lo tiró al suelo y le dio un puñetazo en el vientre. El pobre mozo no podía hacer nada más que escupir sangre y gemir con dolor. Los soldados se reían a carcajadas.

- ¡Tiracantos! ¡¿Cómo os atrevéis a reiros?! ¡Callaos! ¡YO ME LLAMO OJORE, EL GUERRERO, Y NADIE HUIRÁ DE MI CUARTEL SIN QUE LE SALGA CARO!- los jóvenes se callaron inmediatamente. Mientras miraban al suelo con vergüenza y pavor, se oía el ruido bien conocido del todoterreno militar. Ojote se fue. Al menos se llevó consigo su chucho maldito...

Los desertores ya habían dejado atrás muchas millas desde la noche anterior. No se pararon ni una sola vez. La selva no era un lugar muy acogedor. Con el lodo y el sotobosque abundante no se podía avanzar tanto como habían imaginado. Sus alimentos escasos se les estaban acabando. En las hojas y en los árboles y por todos los lados había animales venenosos. La jungla no dejaba que los rayos del sol entrasen en el reino de la oscuridad. Dogo, el pequeño, no se enteraba de nada, sólo seguía a su amigo. Badawi, el chico mayor dijo que sabía donde estaba el campamento de los cascos azules. Dogo no podía hacer más que aceptar el plan de su compañero. Se sentía más seguro así que en la presencia de su perverso sargento.

Durante la noche se quedaron al lado de un ébano enorme. En la oscuridad no se veía lo suficiente como para seguir con su viaje. Badawi rápidamente preparó unas camas usando las hojas de palmera. Dogo estaba observando a su amigo con mucho sueño. Al poco tiempo su refugio improvisado ya estaba hecho. Se tumbaron bajo las ramas enmarañadas, parecidas al esqueleto de una bestia. Los niños escuchaban atentamente los ruidos del bosque. Bajo las hojas del sotobosque se movían bichos, las ramas de árboles gigantes estallaban al salto de los monos aulladores. Lejos, los pájaros coloridos cantaban y cantaban sin parar. Badawi todavía estaba despierto

mientras que Dogo dormía al lado. No tenían muchas perspectivas para el futuro... Pero debían intentar huir del infierno del cuartel. ¿Fue una buena idea llevar a Dogo en esta evasión?

-¡Sí, vamos a hacer los ejercicios que nos ordenó Ojore!- gritó un crío deforme. Los soldados del cuartel se reían de él. ¡Se reían del infame Babayeu! El peque de cara de mono era famoso por su crueldad y por ser muy joven. ¡Sólo tenía once años! Prácticamente este chiquillo feo era la diestra del sargento. Cumpliría cualquier deseo de Ojore. Lo disfrutaba... Entonces enseñó su puño delgado a los demás y repitió su orden. Pero el círculo de los muchachos se estaba cerrando cada vez más y más. El joven torturador se estremeció. Los infantes soldados sacaron piedras de su bolsillo. Llevaban un saco y una cuerda con ellos. Babayeu ya no dudaba de sus intenciones...

A la mañana siguiente se levantaron temprano. No habían dormido más que unas horas. Badawi incluso un poco menos. Pronto siguieron su camino por las sendas fangosas. Los chicos reconocieron el lugar. Quizá habían hecho ejercicios por aquí. En las rutas inclinadas se cayeron constantemente, las piedras afiladas les cortaron las piernas, o las manos al agarrarse a ellas. A mediodía tuvieron que parar a la orilla de un río rápido y ancho. Se lavaron con el agua fresca, quitándose la suciedad y el sudor. Pero no se atrevieron a nadar en ella. Podría haber cocodrilos esperando una nueva presa. Tenían que encontrar otra manera de cruzarlo. Sospechaban que había un puente colgante por allí. ¿Pero dónde exactamente? No teniendo muchas elecciones se fueron hacia un lado...

El sargento frenó el todoterreno. Ojore y el sabueso saltaron fuera. El chucho se puso a olisquear todo el terreno y buscar huellas. Él también olió el aire de tufo a tierra. El perro gruñó al pararse bajo las ramas de un ébano gigantesco. Ojore miró alrededor y mostró sus dientes imitando a su cachorro maldito. Sacó un trozo de carne de su mochila y se lo tiró al animal. Mientras que el hueso y la carne crujían, Ojore escupió al suelo y sonrió. Sabía que los fugitivos desgraciados no podrían haber ido más allá del puente...

El puente colgante se agitaba violentamente cuando Badawi y Dogo lo cruzaban. Las tablas crujían al pisarlas. No convenía mirar abajo, porque sólo se veían las aguas malignas a treinta metros. Iban lentamente. Pero de repente oyeron el ruido familiar del todoterreno del sargento... Intentaron correr rápidamente, pero las cuerdas oscilaban demasiado. Detrás de los árboles aparecieron el coche y el sargento. Disparó con su arma. Dogo se asustó tanto que no podía seguir. Badawi lo cogió, y con toda la fuerza de sus músculos cansados, llevó a su compañero en la espalda. Al ver al cachorro siniestro acercarse, se dio una prisa extraordinaria. Llegó al otro lado. El puente seguía oscilando pero la aberración se acercaba. El puente casi se dio una vuelta... De hecho, unos instantes justo antes de que el perro llegara a morder a los niños, el animal cayó al agua del río. Ojore, al gritar y maldecir a los refugiados, veía como los cocodrilos desgarraban a su sabueso.

El cuartel estaba algo tranquilo. Entre las cabañas y tiendas, sólo se oían los suspiros y bostezos de los soldados jóvenes. En la rama de un árbol viejo y seco temblaba un saco manchado de sangre... Desde que el sargento se había ido, la disciplina no era nada perfecta. Si nadie les gritaba, ¿para qué iban a esforzarse? ¿Organizar patrullas? ¿Hacer ejercicios? ¿Disparar? ¡Al demonio! Si no estaba el jefe, no había nada que hacer. A nadie le importaba qué pasaba en este campamento perdido. El sargento siempre hablaba de una guerra, de dominar a las tribus vecinas. Su sueño era convertirse en caudillo. ¡Qué gilipollas! Si hubiera sabido que a los soldados la única cosa que les volvía locos era la pólvora mágica, la cocaína. El sargento siempre les daba un poco. No suficiente... Quizás tenía reservas...

Dogo no respiraba bien, temblaba. Badawi le abrazaba para tranquilizarle. Este mocito pequeño no iba a sobrevivir mucho tiempo salvo que encontrasen comida y refugio. A lo mejor el campamento estaba cerca, ¿pero quién les diría cuántas millas quedaban atrás? No podían esperar mucho. Deberían seguir. El sargento les estaba siguiendo. ¡Y tenían que encontrar alimentos urgentemente! Badawi tampoco sabía hasta cuando podría aguantar el hambre. Se sentía muy débil...



Los escapados llegaron a un alijar donde había una manada de terneros. No había nadie más, sólo el ganado masticando lentamente la hierba. La lógica indicaría que los animales tienen amos y pastores... Quizás tendrían que buscarlos y pedirles ayuda. Dogo pensaba que tal vez sería mejor no encontrar a nadie, no fuera que Ojore supiera algo. Observando las vacas no

iban a sacar ninguna información... Dogo se acercó, y vio una bolsa dejada en una de las vacas. Dentro había frutas, como mango, plátano, cacao y algo más. ¡Comida que iba a salvar sus vidas! Pronto se fueron con su botín, para que los pastores no les encontrasen. No podrían haber percibido que al otro lado del pastizal, escondido en el césped alto, había un campesino joven. Sospechaba quienes iban a ser aquellos chavales. Ya casi sentía el olor del dinero del sargento.

El cuartel ya no se parecía para nada a lo que había sido antes, a este lugar horrible de gran disciplina. Los soldados mozos habían destruido todo. La casa del sargento fue quemada por los jóvenes descontentos que no habían encontrado la cocaína de Ojore. Se estaban preparando para elegir a un nuevo jefe que podría organizar un pillaje contra los pueblos cercanos, los campesinos y pastores. Se agruparon alrededor de las ruinas incendiadas. Sin embargo, no todos estaban de acuerdo con el plan. Todos querían otra cosa. Todos querían las cosas del otro... Ya llegó el tiempo de un poco de zipizape. Un trago de sangre...

Los fugitivos se pararon al llegar a una casa en ruinas. Se sentaron en el suelo y empezaron a comer las frutas sabrosas. Repusieron fuerzas almorzando. Aunque estuvieran acostumbrados al hambre, el peligro y la marcha les habían quitado mucha energía. La comida fresca y el vientecillo de la selva les puso algo alegres. Esperaban poder llegar al campamento de los blancos lo antes posible. Dogo no podía creer, que tal vez iba a salvarse. Quizás le esperaba una vida nueva entre los cascos azules... Ellos protegían a los niños menores y los mejores de los refugiados tenían la posibilidad de ir al país de los blancos.

El sargento tiró una bolsita al pastor. Éste, casi no creía lo que vio. Dinero, verdadero dinero. Estaba mirando atentamente las monedas sucias y el billete de banco arrugado. Nunca había visto tanto dinero... Le importaba un pimiento la vida de los dos chavales fugitivos si finalmente podía sacar a su familia de la miseria. Ya veía cómo iba a decir las noticias a sus queridos. ¡Comprarían tierras, más ganado! ¡Cuántas posibilidades! Le agradeció todo al sargento.

Ojore le miraba con desprecio. Sacó sus dientes y sonreía. No sabía ese pastor cretino, que con el dinero otorgado no podría comprar ni siquiera una azada. ¿Qué le importaba? Lo más significativo era que ya sabía dónde estaban los fugitivos. No les permitiría llegar al campamento de los blancos y no les permitiría dar información sobre el cuartel. Si los cascos azules llegaban a conocer sus planes, le encarcelarían sin duda ninguna. Y los niños estarían libres. Y él no podría ascender a caudillo...

Badawi y Dogo llegaron a los restos de una parcela de selva incendiada. Del suelo negro sobresalían los tocones de los árboles ciclópeos. Era una vista melancólica ese trozo de tierra conquistada por los pastores y campesinos. Antes aquí reinaba la naturaleza pura, las selvas infinitas. No obstante, el hombre ya se quedaba con todo aquello que deseaba... Lo necesitase o no... Los dos chicos caminaban atentos entre carbón y ceniza. Badawi sentía que esto iba a ser su último obstáculo, el campamento no quedaría muy lejos. ¡Llegarían a su destino! Pronto revelaría el lugar del cuartel de barro a los blancos, y rescataría a los demás soldados jóvenes. Acabaría con la pesadilla de Ojore. Él había vuelto retorcidos a muchos de sus amigos. Por ejemplo Babayeu, que venía del mismo pueblo que Badawi, era uno de

los torturadores más eficaces... Ese ser monstruoso sabía muy bien cómo hacer daño con sus dagas y cuchillos...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de un vehículo. ¿Tal vez era el coche de los blancos? Le sonaba muy familiar, y se acercaba rápidamente. No le cabía en la mente ver aparecer otra vez el todoterreno del sargento. ¡Justo entonces! ¡Justo antes de salvarse! Dogo se paralizó y se desvaneció. Badawi lo cogió y lo llevó en la espalda corriendo. No tenían ninguna posibilidad de sobrevivir. Pequeñas espinas le herían los pies, y no se podía moverse rápidamente en la ceniza que se hundía al pisarla. Y el todoterreno se acercaba brutalmente. Dogo, con ojos medio cerrados veía al sargento y su sonrisa espantosa de victoria y venganza. Badawi sospechaba que Ojore no iba a parar o frenar sino que tenía la intención de atropellarlos. ¿Qué podría ser más fácil? Matar así a dos jóvenes... No quería capturarlos sino reducirlos al polvo del suelo. Badawi con su última fuerza saltó pero se deslizó. Se rompió el tobillo y la nariz. Quedaron los dos en el suelo. Dogo tapó sus ojos con espanto y esperó su destino horrible...

Los soldados de la ONU llegaron rápidamente al lugar del incidente. No podían imaginar cómo había pasado algo parecido a unos cien metros de su campamento. Oyeron el ruido del todoterreno, el estallido de los árboles... Y la detonación. El coche explotó en pedazos al pasar sobre una mina militar. Del vehículo sólo quedaron el humo negro y el olor a gasolina quemada. La infantería inmediatamente fue a ver la situación. Entre los restos había un cadáver de un hombre adulto. Llevaba armas, y según sus tatuajes, era un soldado de un poblado cercano. Lo que hizo aún menos comprensible el caso, fueron los dos niños hallados a unos metros de distancia. El mayor tenía el tobillo roto y la cara llena de sangre. El menor estaba en estado de choque. Los dos estaban desvanecidos. Los enfermeros y los maestros tenían curiosidad de conocer a los dos pobres fugitivos y ayudarles a curar las heridas del cuerpo y del alma. Al comandante del campamento también le interesaba mucho saber cuál era la relación entre el cadáver y los niños. Tal vez todavía habría otros chicos en la selva esperando su salvación.

Segundo Premio

Autor: **DANIEL MORÓN GONZALO**

Título: Los últimos pasos

Centro educativo: IES Siglo XXI. Pedrola. ZARAGOZA

## Los últimos pasos

*“Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.”*

Artículo 3, Declaración Universal de Derechos Humanos.

De pequeño siempre me decían “oír, ver y callar”, pero mi naturaleza jamás me dejó ser como todos querían que fuese. Y por ello, a pesar de que pude haber llegado muy alto, mis ideales me han llevado hasta la situación más triste de mi corta y extraña vida.

Mi nombre no os hace falta saberlo, pues no quiero que podáis cogerme el suficiente cariño, como para que después de que mi historia acabe, sintáis tristeza por mí. Sabed que todo lo que me ha ocurrido no es culpa de nadie, es única responsabilidad mía, y no me arrepiento, aunque me vaya a costar la vida. Únicamente deberíais conocer de mí, que moriré por defender mis ideales, al igual que tantas otras personas han hecho a lo largo de la historia de este mundo, tan injusto y bello al mismo tiempo.

Muchos de vosotros os preguntaréis que cómo puedo estar tan seguro de que la muerte me está esperando, pues aunque a todos algún día acabará por llevarnos, a diferencia de vosotros, yo ya conozco la hora y el día. Sé que dentro de dos días, a las diez de la mañana, seré conducido hasta el cadalso, dónde para alegría de

algunos, que se sintieron incomodados por mis palabras, una soga acabará con mí. Pues éste es el único final que le puede esperar a un condenado a muerte.

### Día 1

Siento las frías y húmedas piedras, del suelo de mi celda, que traspasan los harapos en los que se han convertido mis prendas, llegando hasta mis huesos, helándome por dentro. Mientras que al igual que las anteriores noches, me despierto, cubierto por un sudor frío, que me bañaba la frente, y el corazón latiéndome totalmente desbocado, a la vez que las recientes pesadillas volvían a mi mente, vagamente, para atemorizarme por última vez antes de ser olvidadas y regresar a las profundidades de mi intranquila mente.

Después de aquella forma, tan poco agradable de despertarme, ya no pude volver a conciliar el sueño y decidí levantarme para pasar en mi oscura soledad el resto de la mañana.

La única y escasa luz que iluminaba el interior de la prisión, que constituían aquellas cuatro paredes de piedra, provenía de una pequeña abertura, a la que podría llamarse ventana, y que estaba totalmente fuera de mi alcance y cerrada por unos gruesos barrotes de hierro, que me hacían olvidarme de cualquier idea de posible huida. El tétrico y blanquecino haz de luz iluminó mi cara, cuando me coloqué en su trayectoria para aspirar los nuevos aromas que me traía una nueva mañana.

Conforme habían ido pasando los días, y se acercaba mi hora, me había dado cuenta de lo mucho que había desperdiciado mi vida y de que ahora cuando te vas dando cuenta de que tu tiempo espira, más intentas aferrarte a cada instante, a cada sensación, a cada pensamiento, para no rendirte, seguir creyendo que puedes tener alguna oportunidad y no hundirte, seguir avanzando y no abandonar, porque si te pones a pensar en lo que va a suceder, en la incertidumbre que te espera, más te desmoralizas y crees que no tienes nada porque luchar, y tan solo te queda una opción. Y jamás optaré por esa vía, si esta sociedad está dispuesta a hacer lo que pretenden hacer, no les adelantaré el trabajo y dejaré que sea sobre su conciencia

sobre la que descansa mi muerte, atormentándoles hasta el fin de sus días y haciendo que se arrepientan de lo que hicieron, aunque sé que esto jamás ocurrirá. Nuestro mundo ha llegado hasta unos límites tan inhumanos, que a menudo pienso, que si hemos olvidado todos aquellos ideales, que antaño nuestros antepasados defendieron para que nosotros viviéramos mejor, y los hemos sustituidos por aquella frase de que “el fin justifica los medios”, realmente, el progreso significa deshumanización. Porque si no es así, no le encuentro sentido a que yo, y tantos otros, nos encontremos en la situación en la que me encuentro yo. Por qué, alguien que simplemente decidió defender a su gente, alguien que no supo sobreponer su felicidad personal a la del resto, alguien que no aceptó el mundo tal y como es y que intentó cambiarlo para mejor, debe ser castigado de aquella forma.

Seguí de pié, con la mirada perdida, hacia el pequeño trozo de cielo azul que la pequeña ventana permitía contemplar. Aunque mi cuerpo seguía allí, encerrado y esperando su final, mi mente había conseguido escapar de mi cuerpo, de la celda y se había transportado hasta el lugar en el que desearía estar en aquel momento y pasar el resto de mi vida. Aunque por supuesto no existía, hubiera dado todo lo que tenía, que no era nada más que mi pobre e insignificante vida, por haber pasado aunque solo hubiera sido un solo instante en aquel lugar. Se trataba de los que muchos llaman paraíso, un conjunto de todo lo que uno desea en este mundo, y que es totalmente distinto entre una persona y otra. Para mí, representaba la tranquilidad, una inmensa pradera verde, que al igual que el océano, se extendía sin fin aparente describiendo una ligera línea ondulada en el horizonte. El ruido del agua, procedente de un riachuelo de aguas cristalinas, y el aroma de los árboles en flor, inundaba el ambiente, haciendo todo aún más magnífico si era posible.

No sé cuánto tiempo pasé así, en ese estado de melancolía y paz interior, pero cuando un ruido me hizo regresar y volví a ser consciente de donde me encontraba, sacudí la cabeza y me giré hacia la puerta, de la que procedía aquel sonido. Descubrí una mano, que se introducía en la celda a través de una gatera y dejaba sobre el suelo un pequeño cuenco de madera. Cuando el hueco se cerró, me abalancé, como un animal hambriento sobre su presa, y me llevé a la boca apenas un par puñados

de arroz frío, que no fueron suficientes para paliar el hambre que sentía, sino para incentivarlo y sumirme en un estado de total impotencia y sumisión.

Hasta el animal más salvaje se vuelve dócil, cuando el hambre se apodera de él. Y no era diferente en mi caso, como animal que era, aquél ayuno, al que estaba siendo sometido a la fuerza, me había dejado sin fuerzas, acuclillado en un rincón de la celda, con los hombros caídos y la cabeza entre las rodillas. La apatía que me había invadido, se había apoderado de todo mi cuerpo, llevándome a la mente aquellos sentimientos negativos, que había intentado alejar de mí todo lo lejos que pude. El miedo, era quien había tomado el poder de mi cuerpo y mente en aquellos momentos, tan poco honrosos, y quien comenzaba a dirigir mis actos.

Me levanté, erguido tan alto como era, y con mi pecho dando ligeras sacudidas de vez en cuando, al mismo tiempo que cristalinas lágrimas caían desde mis ojos para precipitarse sobre el suelo. Cerré los ojos, respiré hondo, cerré mis



Romira Saura Gálvez

manos, y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron al mismo tiempo, el miedo se había convertido en rabia, y antes de que pudiera evitarlo, toda la impotencia que sentía en mi interior se concentró, materializándose en un puño, que salió con toda la fuerza, que pude reunir, buscando algo capaz de detener la trayectoria, cualquier cosa, contra la que estrellarse.

Mis nudillos, impactaron contra la pared de piedra, provocando un extraño crujido proveniente de mis huesos, a la vez, que un caliente líquido carmesí manaba de bajo mi piel, tiñendo de rojo, todo aquello por donde pasaba. Un alarido de dolor, brotó de mi garganta, haciendo vibrar mis cuerdas vocales, mientras sentía como toda la furia, que quedaba dentro, salía para no volver jamás.

Sintiendo, por primera en mucho tiempo, una gran paz interior, quedé de pie, respirando agitadamente, con los latidos de mi corazón martilleando mi cabeza. Cuando ya no pude aguantar más, mis rodillas cedieron y quedé postrado en el suelo, mientras cientos de lágrimas caían desde mis ojos, limpiando mi alma y expulsando de mí todos los males que me atormentaban. Al poco, con los ojos enrojecidos, habiéndome quedado sin más lágrimas que llorar, quedé en silencio, mi respiración volvió a su estado normal, mi corazón fue ralentizándose poco a poco, dejándome sólo, en aquella lúgubre habitación, con la única presencia de mi consciencia, que me demostró una gran verdad.

Fuera, el sol había comenzado a ponerse, pues la luz, se había ido oscureciendo cada vez más, hasta alcanzar el característico color anaranjado del atardecer. Yacía tranquilamente en el suelo, y por sorprendente que pudiera llegar a parecer, no había lágrimas en mi rostro, sino una sonrisa de felicidad, o quizás, se trataba más de un gesto de satisfacción, como si por dentro me sintiera realmente lleno, por primera vez en mi vida. Había descubierto algo, que muy pocos averiguaban, algo por lo que muchos vivían atemorizados y que yo había conseguido, poco menos que, ridiculizar.

Había conseguido deducir por qué los seres humanos tenemos miedo a la muerte. Y había llegado a la conclusión de que, en realidad, no es a la muerte a lo que tenemos miedo, sino a la incertidumbre, el no saber qué es lo que nos sucederá o cómo ocurrirá. Desde tiempos inmemorables, los seres humanos, hemos querido conocer todo lo que nos rodea, y eso no es ningún secreto. Personas de todas partes del mundo, hemos querido averiguar más allá de lo que ya conocíamos, quisimos avanzar para plantearnos nuevas preguntas y no haber muerto sin saber qué es lo que se escondía tras ellas. Qué es lo que hay más allá de la muerte, esa es la gran pregunta que todos nos hacemos, nadie ha podido responder a esta incógnita, y es por ello por lo que no queremos morir, para no enfrentarnos a la duda de no conocer lo que nos aguarda detrás del umbral. Y por qué digo, que he conseguido ridiculizar esto, pues aunque en realidad no llego a comprender mis razones, simplemente me he dado cuenta de la ironía en la que me encuentro, por qué

debería preocuparme de que es lo que voy a encontrarme en el más allá, si voy a descubrirlo a las diez de la mañana. Y así, sin conocer del todo bien, como o por qué había llegado a aquel razonamiento, simplemente, lo acepté, como el que acepta que algo existe sin llegar a comprenderlo en su totalidad. Por poner un ejemplo, sé que la Tierra es esférica, pero jamás la he visto. Todo es cuestión de creer o no creer.

## Día 2

A la mañana siguiente, después de aquella revelación del día anterior, amanecí, una vez más, en mi celda, pero aquello no me preocupó. Aquella noche había sido la primera noche, desde que conociera la sentencia, que había podido conciliar el sueño, sin haberme desvelado ni una sola vez. Y eso solo indicaba una cosa, ya estaba listo para afrontar mi destino, fuese el que fuese.

Tranquilamente, me senté, con la espalda apoyada en la pared, a esperar la hora en la que mi historia terminaría. Y esta no tardó mucho en prolongarse.

La puerta se abrió tanto como sus goznes le permitieron, dejando ver a dos hombres uniformados y con idénticas porras levantadas amenazadoramente hacia mí. No hacía falta, no iba a revolverme por intentar recobrar mi libertad, ya era demasiado tarde para ello, ya me había dado por vencido. Pero ellos desconocían esto, por lo que no podían fiarse de mí y arriesgarse a que me escapar, simplemente cumplían su trabajo.

¡Date la vuelta y coloca las manos sobre la cabeza! ordenó uno de ellos, mientras sacaba unas esposas de su cinturón.

Hice lo que me ordenaron, y al instante sentí como de bruscas maneras me esposaban las manos tras la espalda, inmovilizándome e impidiéndome cualquier movimiento.

¡Camina! mandó de nuevo, al mismo tiempo que con el extremo de la maza me empujaba hacia delante.

Salí de la celda en la que había pasado tantos días, que ya los había olvidado, para ir a dar a un pasillo alargado, con puertas idénticas a las mías, donde supuse que

otros presos esperarían su hora, al igual que yo había hecho. Cuando el corredor llegó a su fin, giramos a la derecha, donde una puerta de hierro presidía, lo que supuse que sería, la sala donde me iban a ejecutar.

Uno de los guardias, se adelantó, sacó una llave de un enorme llavero e introdujo el artefacto en la cerradura y giró, por dentro, el mecanismo emitió un ligero chasquido. El guardia tiró de la puerta dejando ver lo que tras ella se escondía.

La intensa luz me cegó durante apenas unos instantes y me impidió ver lo había en aquel pabellón. Pero cuando mis ojos consiguieron adaptarse a la situación en la que me encontraba, pude ver que me encontraba dentro de un recinto con paredes bastante altas, paredes blancas y grandes ventanas que permitían que la luz entrara a raudales. La sala se encontraba casi vacía de no ser por un enorme armatoste que se erguía en medio de esta. Se trataba de una enorme plataforma metálica, sobre la que había un poste y del cual pendía una gruesa sogá que terminaba en una lazada en forma de ojo.

Cualquier otra persona habría hecho cualquier cosa para huir, pero yo a diferencia de esas otras personas, había afrontado mi destino, y cuando el guardia me empujó para que siguiese caminando, no intenté hacer nada para evitarlo y continué caminando.

Recorrí el tramo hasta el cadalso con paso constante, sin vacilar ni un solo instante, con la mente totalmente en blanco, no quería pensar o si no el resultado sería peor del que me esperaba. Cuando quise darme cuenta mi pie tocó algo, diferente a lo que había pisado hasta aquel momento, se trataba del primer peldaño de los que llevaban hasta lo alto de la plataforma.

Cuando mis dos pies estuvieron sobre el armazón, me giré para observar que sería lo que vería antes de mi final. No había nada ni nadie, en aquella sala, a parte de los dos guardias que me habían custodiado y otro que esperaba sobre la plataforma, y quien supuse que se trataba de mi verdugo. Aunque, por supuesto, mis verdaderos verdugos, aquellas personas, que incomodadas por mis palabras, habían ordenado mi muerte, para silenciarme, no se encontraban allí. Todo esto me

daba más confianza sobre el por qué de mi sacrificio y reafirmaban todas mis ideas y opiniones.

El verdugo se me acercó por detrás, cubriéndome el rostro con una capucha negra, que me impidió seguir viendo, cegándome para el resto de mi vida. Al mismo tiempo, que mi corazón, latía, cada vez, más deprisa, el pecho comenzó a agitarse, mi respiración se volvió más pesada y los tímpanos se me embotaron, mareándome e impidiendo el control de mi cuerpo. Creí que mis piernas cederían como consecuencia del miedo, repentinamente florecido en mi interior. Pero no fue así, para sorpresa mía, mis músculos continuaron tensos, y ni siquiera cuando alguien, que no vi, me obligó a andar, vacilaron con desplomarse.

Sentí un aliento en la nuca y como alguien colocaba algo alrededor de mi cuello, que poco a poco, fue oprimiendo mi cuello, haciendo mi ya difícil respiración aún más complicada.

Noté como una gota de sudor caía por mi frente, respiré una última bocanada de aire, experimentando todo aquello que me transmitía, alimentándome de las que eran las últimas sensaciones de mi vida. Escuché como mi corazón latía, cada vez, más deprisa, al igual que un siniestro tamboreo que anuncia un trágico desenlace.

Y finalmente, ahí llegó, un último sonido, apenas un ligero chasquido, que anunció el accionamiento del mecanismo, y, de pronto, el suelo, que había bajo mis pies, desapareció. Mi cuerpo cayó, como si flotara en el vacío, hasta que, de pronto, algo me frenó en seco, sentí un intenso y penetrante dolor en el cuello, y todo, se volvió negro, más negro de lo que ya estaba, no oía, no veía, no sentía nada.

## EPÍLOGO

La historia de este protagonista no es cierta.

Pero lo que sí que es cierto, es que, al igual que nuestro protagonista, cientos e incluso miles de personas son asesinadas como consecuencia de la pena de muerte. Esto ocurre en, tan solo, dieciocho países de todo el mundo, considerados entre sí como democráticos y civilizados. Irán, con 388, e Irak con 120 ejecutados, ocupan la

segunda y tercera posición de un pódium deplorable, encabezado por una de las mayores potencias mundiales, China, de la que no se conocen cifras exactas, pero que se aproximan a más de mil personas.

Y lo realmente cierto, es que estas personas son asesinadas en nombre del progreso, siendo o no culpables.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **ANA MONÍS GARCÍA**

Título: Un extraño jueves

Centro educativo: Colegio San Fulgencio-La Vaguada. CARTAGENA

## Un extraño jueves

Jueves por la tarde. Un jueves de una calurosa tarde de mayo. O, mejor dicho, una calurosa y aburrida tarde de mayo. Estaba sentada delante del televisor, viendo mi programa favorito en Telecinco, "Sálvame" (quiero aclarar el gran contenido de ironía de esta frase), con mi abuela. En realidad, en casa de mi abuela no hay muchas más cosas que hacer. Ahí estaba yo, repantigada en el sofá, deseando por primera vez en mi vida que pusieran anuncios de una vez. Y ahí estaba mi abuela, viendo, emocionada, cómo Belén Esteban cantaba una ridícula canción en medio del plató haciendo gala de su ya conocida incultura, y animándola con comentarios del tipo "ole, di que sí".

Miré de nuevo el reloj: las cinco y trece. Sólo habían pasado dos minutos desde que había mirado la hora por última vez. Desesperante. Pero, ¿qué hacer? Aquel horrendo programa terminaría tarde, y a ninguno de mis amigos los dejaban salir entre semana... ni siquiera a mí. Pero por suerte (o por desgracia) mis padres estaban de viaje, y sabía que mi abuela no tendría ningún inconveniente en dejarme salir, con la condición de que no volviera tarde. Así que decidí que cualquier cosa era mejor que aguantar aquel estúpido programa, y, con la aprobación de mi abuela (que en aquel momento era capaz de dar permiso hasta para que le hicieran un tatuaje en el trasero con tal de que la dejaran ver el programa), salí a la calle a dar una vuelta... sola.

El calor de fuera me golpeó fuertemente nada más abrir la puerta, lo que me hizo replantearme volver dentro con mi abuela... y con el aire acondicionado. Pero los berridos de Karmele me convencieron, y gritando un enérgico "¡adiós, abuela!" (está bastante sorda) di un portazo tras de mí. En realidad, no sé si llegó a oírme, porque ni siquiera contestó.

"Primero Hannah Montana, y ahora esto... deprimente. Tele, tú antes molabas", pensaba mientras me dirigía al portal vecino.

Allí vivía mi mejor amiga, Carmen, una chica de mi misma edad, morena, ojos claros, algo bajita y muy, muy empollona. Bueno, tal vez no tanto, pero no le ha quedado ninguna, y para estar en tercero está bastante bien, ¿no? Digo vivía porque realmente hace un montón de tiempo que no la veo, exactamente tres semanas.

Es raro, porque Carmen y yo nunca habíamos pasado más de dos o tres días sin vernos, y eso que nos conocemos desde que éramos pequeñas.

En todo esto iba pensando yo cuando llegué al portal. Llamé al timbre, con la esperanza de que mi amiga se encontrara en casa, pero nuevamente me abrió su hermano mayor, Toni.

-¡Ah, hola, Eu! –saludó alegremente, como solía hacer.

-Hola, Toni –contesté yo. Él sabía ya a lo que venía, pero aún así continué hablando-. ¿Está Carmen?

-No, ha salido –respondió él.

-¿Sabes cuando volverá? –insistí.

-Ni idea, pero ha salido hace muy poco, así que supongo que tardará en llegar. Ha ido a la playa con mis tíos.

-Bueno, gracias –dije, dejando que mi cara mostrara mi gran decepción, y continué mi paseo. Toni cerró rápidamente la puerta en cuanto me giré.

No llevaba ni cinco minutos caminando cuando me di cuenta que me derretiría si no encontraba una sombra en la que sentarme. Ya me caían enormes gotas de

sudor por la frente. En la acera de enfrente un edificio proyectaba su sombra en la carretera, y sin dudarlo me desplomé junto a su pared.

Carmen. Era lo único que se me pasaba por la cabeza. Sabía que todo lo que me contaba Toni no eran más que excusas; no podía creer que Carmen pasara de mí de esa manera... no quería creer que Carmen pasara de mí de esa manera. No, estaba claro que no podía haberse puesto mala dos veces, haberse quedado estudiando cinco días seguidos, no tener gana de salir otros tres, y haberse ido de viaje a Austria, todo en el mismo mes. Y ahora, haberse ido a la playa... un jueves. Carmen no, me lo habría dicho. Y estaba claro que no se había enfadado conmigo, la conozco lo suficiente como para saber cómo reaccionaría en ese caso. En realidad, llevaba sospechando desde hace ya bastante tiempo (desde que dejó de conectarse al Tuenti por las noches) que le ocurría algo extraño.

Miré el reloj: las seis menos veinte. ¿Es que esa condenada tarde no pensaba acabarse nunca, o qué? Levanté la cabeza; a mi alrededor no se veía un alma. Claro, nadie estaba tan loco como para salir a la calle en plena siesta. O sí. A lo lejos vi acercarse un coche plateado a toda velocidad. Se detuvo en el cruce que había a mi izquierda, y pude ver a través de la ventanilla que el conductor no era otro que el hermano de Carmen, Toni.

Sin saber por qué, empecé a ponerme muy nerviosa. Tras mirar el conductor a ambos lados, el coche aceleró de nuevo y se perdió en la lejanía. No me había visto. Sin embargo, podía oír los latidos cada vez más fuertes en mi pecho. Sabía lo que tenía que hacer; de hecho, llevaba tiempo planeándolo: tenía que entrar en casa de Carmen y averiguar de una vez qué le estaba pasando: si en verdad estaba enfadada conmigo, si era cierto lo que decía su hermano y no había de qué preocuparse... o si estaba en peligro.

Eso lo había aprendido de mi abuela: si puede pasar algo malo, pasará, lo que hacía que me preocupara mucho más por mi amiga de lo que cualquier otro lo habría hecho.

Estaba decidido, había que poner en práctica la Fase A de mi plan: "Allanamiento", y ¿qué mejor oportunidad de entrar en la casa que cuando estaba vacía?

Me puse en pie de un salto y corrí hasta llegar a la puerta de la casa de Carmen. Eran sólo unos cuantos metros, pero los suficientes para que llegara jadeando. No estaba en muy buena forma, en eso también me ganaba mi amiga.

Para asegurarme de que no había nadie más, llamé de nuevo al timbre. Nada. Insistí algunas veces más, pero nadie abrió, así que salté el pequeño muro que rodeaba la casa.

A primera vista, todo estaba como siempre: el jardín algo descuidado, la fachada impecable y el gnomo de jardín que tanto miedo me había dado desde pequeña... todo en su sitio. Miré al gnomo. Éste tenía la mirada fija en algún punto del rosal que tenía delante. Aún no me agradaba

estar cerca de él, así que me dirigí hacia el patio trasero, que comunicaba con el jardín por un pasillo lateral, ignorando al gnomo. Allí tampoco parecía haber nada fuera de lo normal. Busqué, miré, comprobé, volví a buscar... ¡nada! Pero, cuando ya iba a darme por vencida, al mirar por la pequeña ventana que daba al cuarto de baño, vi una toalla en el lavabo... manchada de lo que parecía sangre. El corazón me dio un vuelco. Cuando creía que ya no podía bombear más rápido, me sorprendió, acelerándose todavía más. Hasta entonces no había creído que Carmen pudiera estar en peligro realmente, pero aún así intenté hallar alguna otra explicación a aquella toalla sucia que no tuviera nada que ver con mi amiga. No la



Wilver Mamani Vásquez

encontré. De pronto, empecé a sentir una desagradable sensación mezcla de angustia, agobio, miedo e impotencia. Tenía que entrar en aquella casa como fuera. O a lo mejor sería más prudente llamar a Toni y contarle lo que había encontrado. Descarté rápidamente aquella idea. Desde la misteriosa desaparición de Carmen aquel muchacho me daba mala espina. A lo mejor había visto demasiadas películas. Aún así tenía que asegurarme.

Lo único que se me ocurrió para entrar en la casa fue desmontar la ventana del baño, que, aunque era la más pequeña, no estaba protegida con rejas, como las demás. No tenía tiempo de pensar, Toni podría volver en aquel momento, y tampoco estaba en condiciones de hacerlo, así que me dispuse a arrancar la ventana de cuajo si era necesario. Luché y luché contra la ventana, pero no hubo manera de desmontarla: parecía que estaba fija de alguna forma por dentro. Aquello era demasiado. Salí corriendo de nuevo hacia el jardín, buscando algo con que romper la ventana, y allí encontré al feo gnomo, mirando el rosal. No lo dudé ni un instante. Segundos después vi cómo la cabeza del gnomo impactaba contra el cristal y éste se hacía añicos. No sin esfuerzo, logré trepar hasta el interior del aseo. Me felicité mentalmente por mi valentía y el éxito de la Fase A... así como por no haberme quedado atascada en la ventana.

Una vez en el suelo, el sentimiento de impotencia fue perdiendo importancia y el miedo fue aumentando hasta límites insospechados. Si había alguien más ahí dentro, tendría problemas. Y graves. Volví a pensar en Carmen, y armándome de valor, comencé a registrar la casa en silencio.

Durante un buen rato estuve investigando allí dentro, pero pronto acabé por perder la paciencia; lo mío no es jugar a los detectives. Y tras convencerme de que si había alguien más ya me había descubierto hacía rato, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

-¡¡CARMEEEEEN!!

Nada, nadie contestó. Eso me preocupó aún más.

-¡¡¡CAAARMEEEEEN!!! –chillé, esta vez con más fuerza. Entonces oí un gemido lejano que me indicó que, efectivamente, no estaba sola. Me concentré en averiguar de dónde me llegaba aquel sonido, intentando ignorar esos impertinentes latidos que no dejaban de recordarme lo nerviosa que estaba.

-FFFÑU! –volvió a oírse, esta vez algo más fuerte.

Animada corrí hacia el lugar del que parecía proceder la voz. Me topé con una puerta que daba a unas largas escaleras que descendían al sótano. Respiré hondo un par de veces antes de bajar. Había bajado allí miles de veces con Carmen, ¿por qué me costaba tanto ahora? El gemido no dejaba de oírse. Sin dudarlo más bajé aquellas escaleras oscuras alumbrándome con la luz del móvil (la más útil, sin duda, de todas sus funciones) sin pararme a pensar en que no llevaba ningún tipo de arma para defenderme de lo que pudiera haber allí abajo. Sí, puede que haya visto demasiadas películas.

Cuando llegué abajo, me vi en una enorme sala en penumbra, solo iluminada por la luz que se filtraba a través de unos ventanucos al fondo, pero que no bastaban para hacer visible apenas una pequeña parte de la habitación. Pulsé varias veces el interruptor de la luz, pero no funcionaba, y desde luego la luz de mi móvil tampoco abarcaba aquella extensión. Estaba asustada, pero un nuevo sonido a mi derecha hizo que me olvidara de mis preocupaciones y buscara a tientas a la persona o lo que fuera que emitiera aquel sonido. Allí estaba Carmen mirándome, con los ojos rojos de haber llorado, y la cara ensangrentada, atada a una silla. La escena me produjo tal impacto que tardé aún un buen rato en reaccionar.

-¡Carmen! –grité, asustada-. ¡Ah! ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? ¿Cómo... dónde...? ¡Tenemos que salir de aquí! Yo...

Mientras le decía todo esto, y muchas otras frases incoherentes, la desaté de la silla y le quité un calcetín enrollado que llevaba metido en la boca.

-Jo, ya podían haberse currado la mordaza –se me escapó.

Carmen se echó a mis brazos. Y yo lloré. Y ella lloró.

-Fue mi hermano –pudo decir entre sollozos.

-¡Hay que llamar a la policía! –pero había visto suficientes películas como para saber que algo me lo impediría. Eso no me importaba ahora, teníamos que salir de aquel oscuro sótano. La Fase B, “Rescate”, había sido coser y cantar, excepto por la taquicardia que casi me provoca. Me moría de curiosidad por saber qué le había pasado a mi mejor amiga, pero no me pareció el momento adecuado para interrogarla, y me aguanté. Barajé mentalmente las posibles salidas (llevábamos siendo amigas el suficiente tiempo como para conocerlas todas) y los “pros y contras” que presentaba cada una mientras subíamos las escaleras. Carmen apenas podía avanzar, e íbamos muy lentas, pero por fin llegamos arriba.

-Por la puerta trasera –informé. Pero cuál fue mi sorpresa al ver que estaba tapiada.

-Lo suponía –dijo Carmen débilmente. ¡Ya podía haberlo dicho antes!

Probamos también con la puerta principal, pero estaba cerrada con llave... parecía que Toni también era espectador frecuente de películas policíacas; sabía como mantener encerrados a sus rehenes, o lo que quiera que fuera Carmen para él.

Arrastré entonces a mi desgraciada amiga a la salida que entonces era la que me parecía más rápida, a pesar de que ganaba por una gran diferencia a todas las demás por sus innumerables “contras”. Sí, la ventana rota del aseo. Y, sí, allí estaba el gnomo, con medio gorro roto, mirándonos a Carmen y a mí con su permanente expresión de burla.

-¿Has entrado por aquí? –me preguntó Carmen, atónita. Pero la pregunta no era cómo había entrado, sino cómo conseguiríamos salir una chica a la que estaba a punto de darle un ataque de ansiedad y otra a la que le duraba desde hacía ya tres semanas, sin contar con que la primera (o sea, yo) tendría además que sacar a la otra con sus bracitos esmirriados y luego no le quedarían fuerzas para escapar ella misma. La Fase C: “Huída”, estaba siendo bastante más complicada que las anteriores. No tenía sentido, ¡se suponía que una vez superado el “Allanamiento”, la “Huída” sería lo mismo pero al revés...! Entonces sucedió lo que tanto temía que sucediera: oímos el ruido de una llave. Toni estaba de vuelta. Miré el reloj: las siete y

media. ¿Quién salía para estar nada más que una hora fuera? ¡Se suponía que tenía que darnos ventaja para escapar!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano conseguí que el culo de Carmen atravesara la ventana y cayera al exterior. Después, me subí al váter y asomé la cabeza por entre los trozos de cristal rotos, lo suficiente como para que Carmen me agarrara del cuello de la camisa y me tirase junto a ella. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Fase C superada!

No podía creerlo, y Carmen tampoco. Lo que le había pasado allí dentro tenía que haber sido un infierno para ella, que rara vez expresaba sus emociones de forma tan visible. Nos miramos, emocionadas, y corrimos todo lo que pudimos para escapar de allí lo antes posible. Bueno, más bien corrí, porque en realidad cargué con Carmen todo el camino a la espalda. Y, aunque el camino no fue muy largo (mis piernas en pésima forma física me impidieron alargarlo más), llegué lo suficiente lejos como para sentirnos a salvo. Estuvimos unos instantes en silencio, cuando Carmen comenzó a hablar:

-No sé qué le pasa –entendí que se refería a su hermano-. Se ha vuelto loco. El martes, cuando volvimos del colegio, me llevó al sótano –entendí que se refería al martes de hacía tres semanas -. Me dijo que quería enseñarme algo importante, pero lo único que hizo fue atizarme en la cabeza con algo y atarme a esa silla. Berreé y grité y me revolví, pero no conseguí nada más que cansarme.

-¿Y tus padres? –pregunté yo, extrañada de que nadie más se hubiera dado cuenta de su desaparición.

-Están en el pueblo de mi abuelo, por lo de la operación y eso – ¡Cierto, iban a operar al señor Pedro de... de...! Bueno, ahora no conseguía recordarlo -. Llevan allí más de un mes. Yo los convencí de que se fueran, de que estaríamos bien, y mira por dónde... En realidad, no entiendo nada. Toni sólo bajaba al sótano a darme de comer una vez al día. No parecía importarle que yo estuviese allí abajo, ni tampoco tener un motivo para mantenerme cautiva. Pero cada vez que yo hacía cualquier ruido me daba un puñetazo en la cara y...

-Shhh –le dije de pronto, haciéndole un gesto con la mano para que se callara. Había visto algo moverse. Arrugó la cara, enfadada por que hubiera interrumpido su historia. Demasiado tarde. ¿Cómo era posible que Toni nos hubiera encontrado tan pronto? Nos había visto salir, seguro, y nos había seguido.

Y allí estaba, delante de nosotras. El tenerlo enfrente hizo que desapareciera el miedo y salió de golpe todo mi genio:

-¡TÚ! ¿Quién te crees que eres? ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué crees que estabas haciendo, o, mejor, QUÉ CREES QUE LLEVAS HACIENDO TRES SEMANAS CON TU HERMANA?

Carmen me miraba con los ojos como platos. Una reacción normal. En cambio, Toni me miraba como un niño asustado.

-Yo... -dijo tímidamente. Estaba a punto de echarse a llorar-. Sólo estaba jugando.

Eso sí que me sorprendió: un tío de veintitantos años lloriqueando como un niño pequeño. Carmen estaba igual que yo. Pero, como empollona que era, había aprovechado la ocasión para cogerme silenciosamente el móvil del bolsillo y llamar a la policía. Me pareció muy valiente en aquel momento, pues era a su hermano a quien denunciaba. Bueno, resumiendo, que se me acaban las hojas: más tarde nos enteramos de que Toni tenía principio de esquizofrenia paranoide, o algo así (que, por cierto, vaya principio. No quiero ni saber cómo será el final), y que en realidad no era consciente del daño que había causado a su hermana. Ni siquiera él conocía la finalidad de aquel secuestro. Consecuencia: tendrá que pasarse una temporadita en el psiquiátrico. ¿Quién habría dicho que el genial Toni era en realidad un pirado? Qué asco de locos, están donde menos te lo esperas.

Eso fue un fuerte golpe emocional tanto para Carmen como para mí, que en el fondo esperábamos que hubiera una explicación para todo aquello que no tuviera como culpable a su hermano, aunque sabíamos que eso no pasaría.

Carmen no quiso contarles nada a sus padres. Ya tendrán tiempo de enterarse cuando vuelvan. Así que hasta entonces se quedará conmigo en casa de mi abuela.

Fue difícil que se creyera que Carmen había chocado con una farola, y por eso traía la cara así, y que su hermano tenía que irse a alguna parte y no podía quedarse sola. No recuerdo el nombre del sitio que me inventé. Pero, como ya he dicho antes, a mi abuela todo le daba igual con tal de que la dejaran terminar de ver su programa (sí, eran más de las nueve de la noche y aún seguía esa basura... digo, programa en la tele. Lo que hay que aguantar), así que accedió a que mi amiga se quedara.

Aquella noche nos acostamos muy temprano. Puse un colchón para mí junto a mi cama, en la que se acostó Carmen. Apagamos la luz, pero no con ello logré que mi mente desconectara. Había vivido demasiadas emociones aquel día. Al rato oí un leve susurro:

-¿Eugenia? –parecía que Carmen tampoco podía dormir.

-¿Mmm? –contesté yo, también en voz baja.

-Gracias -. No dijo nada más. Yo alargué la mano y cogí la suya, que colgaba de la cama. Y poco después, en aquella postura, ya dormíamos las dos plácidamente.

Accésit para estudiantes de los centros organizadores

Autor: **TOMÁS GARCÍA GONZÁLEZ**

Título: Las ánimas del temple

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA

## Las ánimas del temple

Estando yo, Miguel, en casa de mis primos, encontré en su espléndida biblioteca lo que parecía ser un legajo ajado, enmohecido y con el título borrado por el tiempo. Al abrirlo descubrí lo que sus ya semiborradas palabras decían. Asombrado por mi descubrimiento me dispuse a leerlo.

Aunque no sé si vuesa merced es de confianza, un terrible mal acecha, soy natural de Toledo, me llamo Francisco e ingresé en la orden de los templarios siendo apenas un muchacho, mi padre era un noble de campo sin poder ni dinero. Después de un interrogatorio y de preguntarme si aceptaba las penurias de pertenecer al Temple me dieron la vestimenta blanca con la cruz malta y una espada. Fui ascendiendo hasta que un día el Gran Maestre Jacques de Molay me llamó a su presencia, viajé a Francia y en la fortificación que parecía una iglesia me encontré con su ilustrísima. Estábamos en una gran biblioteca repleta de libros prohibidos por el Papa hace mucho; el suelo de níveo mármol con una cruz roja en el centro estaba iluminado por múltiples antorchas. Fue entonces cuando el Gran Maestre me habló de esta guisa:

-Francisco te conozco desde niño, he visto como te hacías un hombre y ahora te pregunto:

¿Estás preparado para asumir dicha responsabilidad?

-Vos habéis sido para mí como un padre, pedidme lo que deseéis.

-Temo que nuestros enemigos aprovechándose de nuestras últimas derrotas en Jerusalén destruyan esta santa orden y todo cuanto representamos. Ve a Roma, serás nuestros ojos y oídos en el Vaticano.

-¿Y qué vais a hacer vos?

-Volveré al cuartel general en Chipre.

Partí a Roma llevando un lujoso traje y un falso pergamino que me acreditaba como conde para así poder entrar en la guardia. Al cincho llevaba también mi espada; al llegar a Roma me di cuenta de que aunque era una ciudad que conservaba parte de su antiguo esplendor, la caída del Imperio Romano había supuesto un duro golpe para ésta, las calles estaban llenas de ladrones y prostitutas, guardias corruptos linchaban y robaban a un pobre e indefenso ciego...De repente oigo un grito y me giro, un muchacho acababa de defender al ciego, para ello le había propinado un puñetazo a un soldado. El zagal salió corriendo perseguido por el guardia con un ojo morado y sus camaradas que se habían quedado perplejos. Yo que interiormente aplaudía el acto del chico, encontré en este suceso la forma de entrar en las huestes del Papa, así que cuando el pobre y joven héroe pasó a mi lado me aproveché de mi adiestramiento para hacerle una presa que lo dejara inmovilizado. Cuando los mercenarios del Papa llegaron hasta donde estábamos me

agradecieron mi generosa ayuda y castigaron al muchacho con múltiples patadas, llevándolo prisionero al calabozo donde les informé de mi deseo de pertenecer a los guardaespaldas del Papa, ellos parecieron sorprendidos por ello, aun así prometieron por su honra recomendarme a su ilustrísima santidad. Me fui a pasar la noche



Johanna Gabriela Guamán Zumba

en una lujosa posada para dar el engaño, y a los tres días llegó un mensaje de su santidad para quedar en una pequeña y abandonada huerta de las afueras.

Cuando llegué, fui sorprendido por dos malhechores que intentaron matarme armados con espadas, yo sólo había traído una daga que parecía ridículamente pequeña comparada con sus armas, estando en desventaja numérica y armamentística solo había dos soluciones: huir, o confiar en mi habilidad. Me encontraba cavilando mis opciones cuando uno de los bandidos cargó espada en ristre, yo esperé hasta el último momento y entonces me aparté de su camino mientras hundía mi hoja en su cuerpo sin darle tiempo a decir ni esta boca es mía, recogí su arma y me dispuse a defenderme de otro posible ataque, pero éste nunca llegó debido a que el deshonrado asalta caminos decidió que no valía la pena y huyó con el rabo entre las piernas.

Entonces un ronco y seco carraspeo me hizo girarme y me encontré de frente con un siniestro hombre por llamarlo de alguna manera, su pequeña y semicalva figura resaltaban sus múltiples arrugas, tenía un penacho (último rastro de pelo que quedaba en su cabeza) coronándole su frente.

-Vaya, vaya, ¿tú eres el noble, sin experiencia en combate? ...Pues no pareces tan nefasto.

-No dije que no tuviera experiencia, sino que no había participado en ninguna batalla.

Me colocó su gruesa y pequeña mano delante, con la intención de que le besara en su anillo papal, lo hice, y aunque dudé antes de hacerlo, el Papa pareció no darse cuenta.

-Necesitamos hombres así, no obstante, déjame pensármelo, te enviaré un mensajero cuando tome una decisión.

-Adiós entonces, su santidad.

-Gracias por darle paz a su alma, ahora que está muerto ya no puede sentir, ni le temerá a la muerte, como las piedras.

Me fui de allí, pensando en otras cosas que tendría que hacer esa tarde, averiguar qué le había pasado al pobre y valiente muchacho del que me había aprovechado para atraer la atención del hombre más poderoso de toda la cristiandad. Para ello me vestí con harapos para confundirme entre la gente, pregunté a los mendigos si sabían donde estaba el muchacho y por unas monedas obtuve justo lo que quería, descubrí que al zagal no lo habían trasladado de la prisión y que dentro de tres días lo azotarían públicamente y después sería libre. Aunque no me parecía justo no podía hacer otra cosa ya que no tenía ningún tipo de influencia.

Me dirigí a la posada para descansar, para entrar tuve que hacerlo desde la ventana debido a que mi ropa harapienta no era menester para el lugar. Una vez allí me quité la ropa y me eché en la cama, aunque pretendía descansar un poco no podía, por lo que decidí empezar a escribir una carta a Molay para informarle de la situación. Cuando llevaba media carta me di cuenta de que todavía no tenía resultados, por lo que esperaba a saber si formaría parte de los guardaespaldas del Papa o no. Como era ya muy tarde decidí bajar a cenar, me puse unas buenas vestimentas y bajé. Pedí morcillas, pan y una buena jarra de vino. Conté las monedas que me quedaban y me di cuenta que a este ritmo me quedaría sin dinero para finales de la semana siguiente...

-¡A cenar! Estas palabras me arrancaron de mi apasionante lectura, fui a mi habitación en la casa de mis primos y dejé allí el libro, bajé por las escaleras que se encontraban justo enfrente del salón, sin darme cuenta seguí el río de tela y colores tierra que contrastaba con las paredes de cielo y llenas de recuerdos familiares que me miraban, lo hice cabizbajo, con la mirada perdida y la mente indispuesta; mis primos eran bastante jóvenes por lo que habían encargado una pizza. Después de una cena en la que casi reviento, volví a mi cuarto para seguir leyendo ese extraño y antiguo manuscrito, pero cuando subía las escaleras me di cuenta de que mi primo me estaba siguiendo, cerré la puerta de mi nueva habitación y me apresuré a esconder el libro debajo de la cama. Justo entonces entró mi primo y yo me lancé a la cama intentando disimular.

-Miguel... ¿estás enfadado por algo?

-No, no, claro que no ¿debería estarlo?

-Has estado muy callado abajo y estaba preocupado, pero si dices que estas bien de acuerdo. Te dejo tranquilo. Acaba de empezar a llover.

Esperé a que se fuera y saqué el libro de debajo de la cama, me dispuse a seguir con la lectura no sin antes mirar por la ventana y descubrir un coche que según pensaba había estado demasiado tiempo ahí, lo había visto por primera vez esa mañana cuando llegué. De todas formas me aparté de la ventana, con la lluvia tampoco había mucho que ver y continué con mi nueva y apasionante actividad...

Pasó una semana mientras yo recopilaba información desde los bajos fondos de Roma, todo lo que descubría lo reflejaba en mi informe. Pero mi dinero escaseaba y pronto tendría que dejar mi tapadera de hombre rico. Afortunadamente esa tarde cuando salía a dar una vuelta disfrazado de noble con ricas vestimentas, un mensajero llegó y me comunicó los deseos del Papa de que le hiciera una pequeña visita.

Me dirigí al Vaticano donde me encontré con aquel semicalvo y bajito personaje, que tanta repulsión me provocaba. Yo portaba una daga escondida en una bota por si me aguardaba alguna nueva sorpresa, al llegar el Papa como ritual me hizo besar su pontificio anillo, después su santidad habló utilizando su viperina lengua.

-Por fin has llegado, he estado pensando en su propuesta y si a vuesa merced no le importa podría empezar esta misma tarde.

-¡Claro que no, su santidad puede disponer de mi ahora mismo!

-Estupendo podrás darles lo que se merecen a esos desagradecidos que me odian después de que les doy la paz. ¡Llevallo a la armería a que se ponga el uniforme y coja las armas que necesite! Por cierto ¿no creéis que la existencia misma es la fuente de todas las desgracias y que, dichoso es lo muerto porque no puede sentir ni padecer?

-Sí, santidad, tiene toda la razón. Al oírle me había entrado un escalofrío, por suerte para mí lo que ellos no sabían era el arma que llevaba escondida encima por si me intentaban hacer otra jugarreta. Me llevaron a una armería donde me coloqué el equipamiento encima de la ropa que portaba, así empezaría mi "breve" carrera como guardaespaldas del Papa. Cuando terminé mi guardia me di cuenta de que me inquietaba el destino del muchacho, había oído como un guarda comentaba que el capitán, al que el rapaz había golpeado, pensaba matarlo.

Por la noche cuando dos mal llamados caballeros cristianos paseaban junto a su estúpido y deshonorado capitán la oscuridad más absoluta los envolvía. Seguí a esos desgraciados de cerca, recién salido de mi primera guardia en la puerta del palacio papal, yo español y cristiano viejo como era estaba acostumbrado a estos lances pero mis adversarios no tendrían tiempo de decir ni esta boca es mía, los seguía tal vez confiando en que esos bellacos decidieran al final que no era menester hacer correr la sangre por las calles, mas sin embargo no fue así, cuando llegaron a la casa del rapaz y fueron a matar primero a sus padres, tuve que entrar en acción, lancé mi daga vizcaína al cuello de uno de los guardas, atravesándolo de parte en parte, desenvainé entonces la espada y le metí tres cuartas entre pecho y espalda al segundo soldado, ayudándome con una patada saqué mi espada de los restos de aquel animal, mientras preparaba el escudo para resistir la brutal carga del capitán que viéndose acorralado atacaba con la fuerza de la desesperación, reflejada en su mirada. Yo veía su miedo, que había sustituido a todos sus aires de grandeza, su vanidad y su falsa mirada de superioridad.

Le lancé un falso golpe, cuando movió su espada para detener mi ataque, evité su arma girando la muñeca hacia arriba y luego le obsequié con un bonito tajo descendente y oblicuo que le rebanó la cabeza. Limpié mi arma en el cadáver del desgraciado, registré todos los cadáveres en busca de objetos de valor con los que seguir pagando mi lujosa habitación, luego ofrecí la mayor parte del botín a los padres del chico, que en principio recelaban de mí. El chaval estaba profundamente conmocionado por lo que le dije:

-Mira rapaz, los hombres malos para los que trabajaban esos desgraciados también intentan hacerle daño a mi gente, ¿me ayudarías a impedirlo?

-¡Pues claro! Además no soy un crío, entiendo por qué estas aquí.

-¿Ah sí? ¿Por qué?

-Porque eres un templario, por eso.

-Espera un momento, dime cómo lo has descubierto.

-Porque te pareces mucho a la descripción del templario destinado aquí.

-¿Destinado?, ¿aquí?, ¿Pero cómo es posible que sepas tanto?

-Te llevaré a conocer al líder.

Seguí al muchacho hasta una casa de las afueras, en el hermoso campo que podría haber contemplado de haber sido de día, al entrar un agradable fuego nos saludó desde la chimenea.

Sin embargo donde esperaba encontrar a un hombre pensativo sólo hallé a una mujer cocinando; la mujer era indescritiblemente bella: tenía nariz respingona, sus negras y grandes pestañas enmarcaban sus ojos color tierra, mares de azabache le corrían en cascadas por el cuello... Le pregunté:

-¿Dónde está tu marido?

- No estoy casada buen señor Paolo, ¿podrías hacer las presentaciones para que pueda conocer a nuestro invitado?

-Es el hombre que me salvó la vida.

-Vaya, vaya, parece que el templario por fin hará cosas por El Conocimiento. Bien porque necesitaremos tu ayuda para destruir al opresor de la razón.

-Nunca había oído hablar de El Conocimiento, sólo estoy aquí para espiar al Papa.

-No, las horas de espiar y decidir qué hacer ya pasaron, es hora de la revolución

-¡¿Qué?! ¿De qué estas hablando?

-¿Molay no te lo contó?, no me sorprende; creemos que el Papa conspira con Felipe el Hermoso para destruir tu orden y sofocar los rebeldes fuegos de El Conocimiento. Puse a Paolo a espiar al pontífice, la información se la daba en forma de carta a un falso ciego, que me la pasaba a mí. Cuando lo detuviste intentaba impedir que el soldado al molestar al “ciego” descubriera la carta y arruinara toda la operación.

Cuando volví a mi cama en la taberna todavía me daba vueltas la cabeza, no podía dormir y por encima de todo no conseguía sacarme de la testa la belleza que había derretido la armadura, había atravesado mi escudo y por encima de todo había traspasado de parte en parte mi corazón. Por mucho que me repetía que como templario era mitad caballero mitad sacerdote, y que como tal debía cumplir celibato, una parte de mí se revolucionaba sólo al pensar en ella. Pero lo de mañana era demasiado importante, no podía distraerme. Como no podía dormir cogí el equipo de guarda y cambié ciertas partes para poder esconder debajo de la falsa armadura la mía de templario, cuando acabé me sentí satisfecho con mi obra, tiré la espada de guardia frágil y poco resistente y saqué mi espada, que había bebido de la sangre de mis enemigos. Al escudo templario le coloqué una tela para que no se viera la cruz escarlata del temple. Compré unas botellas de un licor para un truco de urgencia. Con mi algo burdo disfraz y como el lince que acecha a su presa me colé en el antiguo edificio papal, que no lo sería por mucho tiempo ya que el mal llamado Clemente V había decidido trasladar la vivienda papal a Aviñón. Cerca de la hora esperada para la reunión, el Papa intentó escabullírseme por un pasadizo secreto, pero no me despistó, él no podía sospechar que le seguía, yo me servía de las sombras para que no me viese y cuando desapareció por una puerta protegida por soldados franceses me acerqué, al portar el disfraz de guardaespaldas del Papa no dieron la alarma, pero me preguntaron qué demonios hacía allí; desenvainé tan rápido como pude, cortándole la cabeza a un desafortunado guardia en el proceso, el otro se dispuso a gritar mientras sacaba la espada, pero le tapé la boca a la vez que el acero toledano traspasaba cota de malla, piel y carne, reencontrando así a un bastardo con su señor, Satanás.

Miré por la cerradura y vislumbré una habitación iluminada por la cálida luz de las antorchas. Así pude ver un grupo de gente, sentada alrededor de una mesa y entonces pude descubrir quienes eran: el Gran Maestre de la orden Teutónica y el Gran Maestre de los Hospitalarios; los rivales de la libertad unidos en una sola mesa, bajo un mismo techo, escondidos de la atenta mirada del Padre, temerosos de la reacción del Hijo y traicionando al Espíritu Santo. Por mi cuerpo ascendía una corriente de fuego que me incitaba a acabar con esos monstruos, conseguí aguantar el tiempo suficiente como para escuchar lo siguiente:

-Muy bien, ya estamos todos. Dijo una voz que desde el agujero de la cerradura no era visible, aun así me dio escalofríos al oír su afrancesado acento. Una corriente helada recorrió mi espalda mientras Felipe IV el Hermoso daba por iniciada la reunión. El Papa sentó sus posaderas entre el que debía ser Felipe y Eduardo I el rey de Inglaterra.

-No podremos contener por mucho más a los idealistas y a los pensadores. Dijo Eduardo.

-¡Esos idiotas! De qué se quejan, si encima con la muerte los libero de todos los sufrimientos y todas las penas del mundo. Soltó Clemente.

-¿Acaso con la religión no esclavizas lo suficiente las mentes del populacho? Contestó burlón Felipe.

-Señores, señores, ¡asuntos más importantes nos ocupan ahora! Comentó el Maestre de los Hospitalarios con una evidente voz de impaciencia, cansancio e impotencia.

-Dijiste que había una forma de destruir a nuestros enemigos y quedarnos con todo su oro, poder y tierras. Ladró el líder de los Teutónicos.

-Cuando llegue a Francia mandaré apresar a todos los de la orden del temple por sacrilegio. Graznó Felipe.

-Justo hace unos días mandé una carta a Molay para atraerlo a Francia...

Mientras leía el diario de mi antepasado oí unos ruidos raros procedentes del final del pasillo. Salí de la habitación en pijama y miré por el hueco de la escalera. Seis monstruos sin alma con un traje oscuro y chalecos antibalas subían pistola con silenciador en mano. El más adelantado se disponía a dispararme, el miedo me había petrificado, de repente mi primo apareció entre las sombras, con un movimiento militar le rompió el cuello, un horrendo sonido procedente de sus vértebras confirmó el trabajo bien hecho. El soldado experto en el que parecía que se había convertido mi primo le quitó el arma al cadáver antes de que se derrumbara. Disparó en la cabeza a otro de los asaltantes, éstos se movieron a una velocidad vertiginosa buscando cobertura en sendas habitaciones que se extendían a derecha e izquierda

de la escalera donde nos situábamos, frente a la puerta.

-¡¡Miguel, corre!! Dijo Carlos.

Vuelvo a mi habitación a una velocidad pasmosa, vacío la mochila donde traía mis deberes y meto el diario. Llega mi primo, está tranquilo, casi no le reconozco, Carlos no es el joven amable y sensible que suele ser.

-Sal por el alfeizar, agárrate a las cañerías del agua y escapa por la parte de atrás. Dice él.

Abre la ventana, aunque el alfeizar es ancho está todo resbaladizo por la lluvia que cae incesante y con fuerza. Consigo agarrarme a las cañerías e intento bajar pero están mojadas por culpa de la tormenta, me resbalo y caigo, el golpe es horrible. De repente oigo un sonido como el de una fina plancha de metal chocando contra algo. Una voz de uno de los asaltantes, posiblemente el capitán, grita algo de un segundo atacante golpeándoles por detrás, el chillido desgarrador de mi prima resuena desde dentro.

-¡¡¡NO, PAQUITAA!!! La voz de Carlos resuena por encima del tronar de la tormenta.

Temiendo lo peor salgo corriendo sin ninguna dirección fija y desaparezco por el horizonte.

EL PRINCIPIO DEL FIN

# MODALIDAD B

(de 17 a 21 años)

Primer Premio

Autora: **ROSALÍA GARCÍA GARCÍA**

Título: Sólo Piezas

Centro educativo: IES Los Molinos. CARTAGENA

## Sólo piezas

Toda partida de ajedrez suele comenzar con el movimiento de un peón. Es la pieza que menos valor tiene y cuya principal misión es el sacrificio. Poca gente presta atención a los peones porque son pequeños, porque pueden parecer feos. Sin embargo, Meritxell creía, al igual que yo, que los peones son las piezas que más valentía poseen.

Tras dar la mano a su contrincante, observó cómo éste movía el primer peón, sin pensarlo, sin ningún esfuerzo, sin recapacitar en el peligro que suponía para aquella pieza indefensa y mortal. Entonces, Meritxell Ruiz se sintió orgullosa de poder enfrentar su propio peón negro al de su adversario.

“1. e4 e5”, apuntó.

Nerea se acercó con sus compañeros al hombre que gritaba desde el otro lado de la carretera. Agudizó el oído e intentó traducir simultáneamente a sus compañeros lo que el hombre decía en idioma darí. “Los talibanes... otra vez... bombardeo... correr”. La multitud estalló en gritos de terror y, mientras las madres intentaban escapar con sus hijos a cuestas, los hombres se preparaban para luchar contra algo que sabían invencible.

Los ojos verdes de Nerea buscaron algún tipo de respuesta en sus compañeros. Uno de ellos dijo lo que ninguno se atrevía a decir: “Debemos filmar la noticia”.

Nerea cogió su libreta y apuntó los detalles más importantes: ¿quién?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿por qué?

Miguel se acercó a ella y la miró a los ojos. En el fondo, pudo leer temor y nerviosismo, pero la apariencia de Nerea era tranquila, decidida. “Yo te filmaré”, le dijo. Ella asintió, se recogió el pelo castaño oscuro en una coleta y le sonrió. “Lista”, dijo.

Pero nadie está nunca listo para un bombardeo.

El siguiente movimiento por parte de blancas suele ser el del caballo, para desarrollar la partida y poder tener acceso a todas las piezas. Meritxell calibró las posibilidades. ¿Cómo proteger aquel peón indefenso que había enviado al inicio de la batalla? Decidió, tras unos segundos, enviar a otro compañero en su ayuda. Así que adelantó otro peón, esta vez sólo una casilla.

“2. Cf3 f6”

Los gritos taladraban los oídos de los reporteros mientras un temor irracional se iba apoderando de sus cuerpos. La adrenalina iba en aumento, como la electricidad recorriendo cables a mayor velocidad antes del cortocircuito. Justo unos segundos antes del apagón.

Nerea sonrió una última vez, queriendo dar ánimos a su compañero. Llevaban trabajando juntos cerca de ocho meses y las circunstancias extraordinarias de aquel lugar los habían unido más que toda una vida.

-“Tres, dos, uno... grabando”-dijo Miguel.

-Nos encontramos en la ciudad de Marjah, en la provincia de Helmand, Afganistán. Hace apenas unos minutos nos acaban de alertar de un posible ataque por parte de los talibanes. De nuevo, el terror se extiende sobre una población...

Un ruido ensordecedor ahogó la voz de Nerea. Miguel enfocó al lugar donde había caído la primera bomba. Una nube de polvo se elevó en el aire. Ya no se sabía de dónde provenían los gritos ni los tiros. Sólo quedaba lugar para la confusión.

Tan pronto como Meritxell movió su ficha, el contrincante adelantó el caballo de nuevo, comiendo el primer peón que ella había movido. Sin dudarlo, respondió comiendo el caballo con el segundo peón. Justo un segundo después se dio cuenta de la jugada, de su error y de que perdería esa partida sin remedio.

El contrincante la miró a los ojos con una sonrisa en la boca y adelantó la pieza más temida hasta la casilla e5. La Dama. La figura más hermosa, libre y temeraria del tablero. “Jaque”, dijo. Y Meritxell deseó que a esa palabra siguiera otra libertadora: “mate”, pero su sufrimiento no había hecho más que comenzar.

“3. Cxe5 fxe5

4. Dxe5+”

La segunda explosión hizo que Nerea se desequilibrara y cayera al suelo. Miguel la ayudó a levantarse. “Tenemos que salir de aquí”, le gritó. Ella se limitó a asentir, tanto ruido la aturdía y no se sentía con fuerzas para responder.

Dos posibilidades. La primera: proteger al rey colocando una pieza en medio del jaque. La segunda: mover el rey. Hiciera lo que hiciese, Meritxell no iba a ganar la partida. Y no porque no pudiera, sino porque *lo sabía*. Así que decidió mover el rey.

“4. De5+ Rf7”

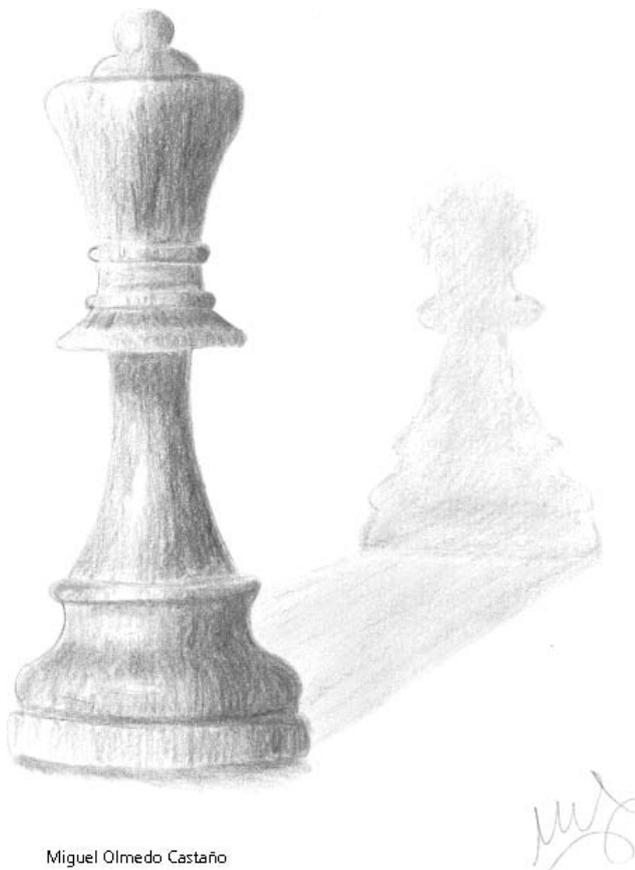
Pero salir de allí era demasiado complicado. Todo el mundo corría desesperado hacia donde fuera para encontrar un refugio en el que las balas y las bombas no lo alcanzaran. Exhaustos, Miguel y Nerea se sentaron tras un muro para coger aliento. Respiraban entrecortadamente y sus corazones no latían, sino que golpeaban furiosos sus pechos rogando un descanso, intentando bombear la sangre a tiempo.

De repente, un grupo de hombres armados irrumpieron en la calle donde se encontraban. Gritaban y disparaban hacia todos los hombres, mujeres y niños que encontraban. Sin pensar, sin miedo, sin piedad.

Miguel se levantó al instante, pero cuando fue a ayudar a Nerea vio cómo la sangre fluía de su brazo izquierdo. Una bala la había alcanzado. No emitió ningún

grito o gemido, pero sus ojos mostraban el miedo y el dolor que sentía. Se levantó con la ayuda de su compañero y ambos corrieron en busca de un lugar más seguro.

A partir de ese momento, la partida se convirtió en un constante ataque al rey negro por parte de la Dama, el alfil y las demás piezas blancas. Meritxell miraba incrédula los movimientos de su adversario y los suyos propios. ¿Cómo podía haber dejado pasar algo tan simple? Se maldijo interiormente. Entonces, un intenso dolor le atravesó la sien. Cerró los ojos con fuerza y ahogó un gemido. “Y encima, jaqueca”, pensó.



Miguel Olmedo Castaño

Se escondieron en una casa abandonada. Miguel rompió una tira de su camisa e hizo un torniquete en el brazo de Nerea, justo por encima de la herida de bala. Después, intentó que parara de sangrar apretando con fuerza. Era lo único que se le ocurría.

-Es sólo un rasguño, estoy bien –lo intentó tranquilizar ella.

Miguel sonrió, nervioso. A Nerea se le daba demasiado bien mentir, pero en aquella ocasión el temblor de su voz la delataba.

-Por supuesto, por supuesto... Vamos, arriba, tenemos que salir de aquí.

Corrían desesperados hacia alguna parte lejos del sonido de los disparos, pero el caos reinante no dejaba ninguna salida por la que escapar. Decenas de cuerpos sin vida marcaban los límites de la carrera, como si fuera un macabro juego de coches para ordenador.

Entonces, Miguel cayó al suelo. Nerea se paró para ayudarlo. Se había torcido un pie. Se levantó, aguantando el dolor y dando pequeños saltos con la ayuda de Nerea. Ambos consiguieron llegar hasta un edificio en cuya entrada había columnas. Se ocultaron tras la más alejada.

En un ataque de pánico, Nerea abrazó a su compañero. ¿Iban a morir? Siempre había hecho su trabajo con gusto. Le encantaba ser la encargada de comunicar noticias de guerra y trabajar con material vivo, reciente, peligroso. Y, aunque había visto morir a muchas personas, nunca se había planteado en serio que ella podía ser una víctima. Ahora todo le daba vueltas y veía demasiado cerca ese final.

Meritxell movía las piezas sin pensar. El dolor en la sien se incrementaba por momentos y empezaba a temer que no se tratara sólo de una simple jaqueca. Pensó en su hermana, en qué estaría pasando allí donde estuviera. Y pensó en que si Nerea fuera su contrincante, ya habría ganado. Nerea siempre había sido más de hacer y Meritxell, de pensar.

Se recogió el pelo castaño oscuro en una coleta y miró a su adversario. No, su hermana gemela no habría aguantado ni dos segundos ante el tablero.

Oyeron unas pisadas, gente corriendo cerca de ellos. No se movieron. Ni siquiera cuando un hombre armado, un talibán, se plantó frente a ellos y les indicó que se levantaran. Nerea comenzó a temblar. Nunca antes había sentido tanto miedo.

-Shhh... Ya verás como todo pasa, sólo espera, no te des la vuelta, no te alejes de mí. Nerea, ni por un instante, no te sueltes. Cierra bien los ojos, ¿vale? Vamos a salir de aquí, ya lo verás –las palabras de Miguel fueron incoherentes desde el principio.

Nerea se levantó a duras penas, aunque él intentó retenerla. El miedo y los temblores cesaron de repente. Incluso el dolor del brazo se hizo inapreciable. Con una voz fuerte y segura, Nerea respondió en darí a aquel hombre: “Aquí me tienes, mátame, pero piensa de qué te valdrá mi muerte. Al fin y al cabo, alguien tendrá que notificar vuestra acción”.

Meritxell hizo el último movimiento, sólo le quedaba el rey en el tablero. Iba a perder. Sin embargo, se sentía tranquila, aliviada.

El talibán apuntó con su rifle a la frente de Nerea, acercándolo a sólo unos centímetros de la piel. En ningún momento ella miró el arma, mantuvo la vista fija en el hombre que la iba a matar. Escuchaba de fondo los gritos de Miguel.

De repente, todo se silenció. Sintió cómo el frío se introducía en los poros de su piel, llegando hasta los huesos. Se estremeció. Entonces se acordó de su hermana, justo antes de oír el disparo. Recordó cómo Meritxell había intentado enseñarle a jugar al ajedrez, diciéndole que no siempre el rey era la pieza más importante. Ahora lo entendía todo. Quizá ella era sólo un simple peón, pero no por ello tendría menos valor que el rey. Al fin y al cabo, ella había estado en la batalla.

Justo después, oyó el disparo. Y desapareció.

“Jaque mate”, dijo el adversario.

Meritxell sintió entonces cómo un torrente de adrenalina invadía su cuerpo. Había terminado, por fin. Dio la mano a su contrincante y se levantó. Sólo había caminado unos pasos cuando un fuerte dolor en la cabeza hizo que se arrodillara en el suelo. Las lágrimas acudieron a sus ojos y no pudo retener el dolor. Gritó. Se desgarró la voz. Y luego se desplomó. Lo último que pensó antes de desmayarse fue en Nerea. Y la imaginó como la Dama en el tablero de ajedrez.

Segundo Premio

Autora: **DAIANA SOLEDAD VENTRICE**

Título: Polos opuestos

Centro educativo: IES NA CAMELLA. Manacor. MALLORCA

## Polos opuestos

-¿Y bien, se acuerda de mí, señora Becker?- Dijo Letterman con una leve sonrisa asomando por la comisura de sus labios.

La pregunta era irónica y absurda ya que su respuesta era obvia, pero a la señora Becker no le importó lo más mínimo, en ese momento debía admitir que estaba un poco nerviosa, además sabía que la intención de David Letterman era, simplemente, romper el hielo.

-Eso no lo dude, señor Letterman- Respondió Margueritte Becker, fingiendo una sonrisa para parecer amable.

-Encantado de volver a verla señora Becker.- Afirmó él mientras se acercaba, con la mano en alza dispuesto a estrechar la de Margueritte y con una sonrisa más pronunciada que la anterior al ver que su broma había servido para empezar la conversación.

-Yo también me alegro de volver a verlo señor Letterman.- Respondió ella, estrechando su temblorosa mano derecha con la firme diestra de David.- He de confesarle que estoy un poco nerviosa, es la primera vez que vengo a un programa de televisión.-

-Oh, no, no esté nerviosa. Le recomiendo un té rojo, a mí me ayuda a relajarme, le diré a María que le prepare uno.- Acto seguido se deslizó hacia la puerta y giró la

esquina con su característico andar.

Cinco minutos después, Margueritte apoyaba una jícara de porcelana blanca, con un decorado floral y bordes dorados, casi vacía, sobre una mesita de madera de arce a la vez que exhalaba un suspiro que escondía el agotamiento acumulado de toda una vida.

A pesar de que Margueritte seguía con los nervios a flor de piel, había llegado la hora de dejar el cálido vestuario y enfrentarse a las cámaras. Finalmente se oyó de fondo: "Demos todos un fuerte aplauso a Margueritte Becker, la autora de...", fue entonces cuando ella se armó de valor y salió a escena con paso firme.

-Deberíamos dejarlo aquí por ahora, ya es tarde.-

-¡No, abuela! ¡Ahora viene la mejor parte!-

-No te preocupes, Cody, mañana te la seguiré contando.-

-Sabes que mañana ya no me acordaré.-

-Te la repetiré todas las veces que quieras.-

En diciembre de mil novecientos noventa y tres Cody salió de un coma provocado por un accidente automovilístico. Iban de vacaciones a la montaña, a esquiar, pero había niebla y chocaron. Sus padres fallecieron a los pocos meses en el hospital. Él, desde entonces, tiene amnesia esporádica, es decir, puede tener una memoria normal durante semanas pero, un día, de repente, como si su cerebro se reiniciara, sus recuerdos empiezan de cero. Su amnesia contrasta con mi capacidad para recordar hasta mas ínfimo detalle, ya que sufro hipertimesia desde los ocho años. Para intentar ayudarle, cada día le cuento una historia o jugamos a juegos para estimular la memoria, hasta ahora no han habido grandes mejoras, pero no pierdo la esperanza.

-Hola, buenas tardes, ¿se encuentra el señor Gerard Demaison?- Preguntó Margueritte delante del mostrador de la que suponía que era su secretaria.

-Sí, la está esperando en su despacho.- Asintió ella sin siquiera mirarla.

-Gracias.- Respondió Margueritte, y se enfiló hacia la puerta del despacho.

-¡Bienvenida Margueritte! - Dijo Gerard con los brazos abiertos, después de abrirle la puerta. -Tengo que contarte las últimas novedades del proyecto. ¿Traes los capítulos?- Indagó él dubitativo.

-Sí, los tres últimos, como usted me pidió.- Margeritte se disponía a sacarlos de la carpeta de cartón que llevaba abrazada al pecho.

-No te molestes.- la interrumpió él. -Hemos decidido que el libro será más largo, por lo que, seguramente, tendrás que rehacer los últimos capítulos, lamento no haberte avisado antes. Lo siento, pero tengo que irme. ¿Nos vemos dentro de un mes?-indagó retóricamente.- Procura tener los capítulos y haber pensado en un título atrayente como: "Hipertimesia, ¿don o maldición?"- El señor Demaison salió de la habitación dando un leve portazo y dejando allí en medio a Margueritte.

-Abuela, cuéntame una historia nueva, ¿dónde pasaste tu infancia?

Ya había perdido la cuenta de las veces que le había contado esa historia, sin embargo, Cody no se acordaba. Me acongojaba solo con pensarlo.

Me crié en un pueblo costero de casas blancas y tejados azules, calles amplias y empedradas en el centro y fangosas en las afueras del municipio. Desde la ventana de mi habitación se veían enormes montañas arboladas escondidas detrás del azul cristalino del mar, surcado por veleros y sobrevolado por gaviotas hasta más allá del horizonte.

Mi padre, tu abuelo, era un hombre de campo, se pasaba el día yendo y viniendo del granero al establo y del establo al granero. Mi madre, mientras, atendía una pequeña tienda improvisada en el salón de casa y yo, ayudaba a embotellar la leche ordeñada de las vacas. Cuando anochecía, me cobijaba en la rústica mecedora del soportal, encendía el gastado pábilo de una vela y ojeaba mi libro favorito por aquel entonces, Moby Dick. Debía de haberlo leído al menos diez veces por lo que podía recitarlo casi de memoria, pero, sin embargo, nunca me cansaba de él.

-¿Mamá? ¿Mamá?-

-¿Cody? ¿Ya te has levantado?-

-¿Abuela? ¿Donde está mamá?-

-Mamá volverá tarde.-

-¿Y papá?-

-Papá está trabajando, pero ahora no te preocupes por eso, baja a desayunar.-

Esta vez la memoria le duró cinco meses, era un gran avance, pero, una vez más, hemos vuelto al principio. Con el tiempo, si es que hay tiempo, se dará cuenta de que papá y mamá no volverán...

Cody heredó el gusto por la astronomía de su padre, quien le dejó su telescopio al morir. Nunca llegó a decírselo en persona, pero era obvio que todo lo que había en esa casa ahora pertenecía a Cody. Al vivir en las afueras casi todas las noches estaban estrelladas, entonces cogíamos el telescopio, lo clavábamos en el suelo y escrutábamos la galaxia minuciosamente buscando "algún alien" como decía Cody. Generalmente salíamos las noches de verano, yo me sentaba en la hamaca y él se encargaba de descubrir el espacio, a la media hora se daba cuenta de que hasta entonces había monopolizado el telescopio y me preguntaba si quería mirar, mi respuesta era siempre un no, a mí me bastaba con ver la ilusión plasmada en su rostro para ser feliz. Y así, pasábamos horas, viendo el contraste de las estrellas en el cielo oscuro. Finalmente entrábamos en la casa y antes de irnos a dormir le contaba otra historia.

Cuando fui mayor, tuve la oportunidad de ver mundo, y uno de los primeros lugares a los que viajé fue China, siempre tuve curiosidad por conocer Asia, no se realmente qué es lo que me llamaba tanto la atención, quizás la diferencia de culturas o su rico pasado histórico, pero por una cosa u otra en el año 1977 desembarqué en Pekín. Lo primero que me llamó la atención fue la gran cantidad de gente que había mirase dónde mirase. Uno de los primeros días visité un bazar antiguo, me quedé embobada mirando las estatuillas color ocre, fabricadas en arcilla.

Los detalles estaban cuidados al mínimo, en la primera estantería había dos hombres, el primero gordo y el segundo delgado, ambos con los ojos rasgados y con

vestiduras que más tarde averigüé que eran de la dinastía Qin. En la segunda estantería a la izquierda había una mujer que llevaba una sombrilla con la punta rota y a la derecha dos perros Fu. Los compré y seguí mi viaje, impregnada del olor a azafrán del bazar.

Hacía tiempo que Cody se había quedado dormido, pero yo, ya acostada en mi cama, seguía recordando ese viaje imaginario.

A las ocho en punto me desperté con el sonido de la lluvia golpeando los cristales, que por mucho que suplicasen, no las dejarían pasar. Encendí la radio y me acurruqué entre las sábanas. De fondo



sonaba "Yesterday", qué razón tenía Paul McCartney, "ayer, todos mis problemas parecían estar muy lejos" y, casi al instante, empecé a recordar, casi podía sentir el movimiento de mis neuronas enlazando pensamientos, viajando en el tiempo, reviviendo fechas... En unos quince minutos eternos viajé a lo largo de dos décadas ¿cómo llegué al doce de agosto de mil novecientos treinta y cuatro? Absorta en mi dimensión personal creí haberme olvidado del mundo, la lluvia había amainado y hacía rato que los Beatles habían dejado de tocar, entonces vi a Cody, pegado a la puerta, mirándome. De repente se echó a llorar y vino corriendo a abrazarme, me dijo que Koi había muerto.

Koi era su pececito. El trece de enero fuimos al centro y vimos que la ciudad estaba empapelada con las propagandas de la feria. Cody quiso ir, y como cada año, yo lo llevé, claro que él no se acordaba, y a pesar de que hubiese hecho lo imposible

para que no tuviese amnesia, me encantaba ver cada año esa cara llena de ilusión y picardía. Los ojos brillantes y centelleantes, desorbitados, sin saber hacia dónde mirar, analizando las figuras y los vivos colores hasta el hastío, la sonrisa amplia, de oreja a oreja, los labios rosados y las mejillas coloradas por la adrenalina, balbuceando rápidamente frases sin sentido debido a la excitación, sentimientos que se avivaban al comer un algodón de azúcar, al tener glucosa corriendo libremente por las venas.

Después de haber probado casi todas las atracciones de la feria, Cody me condujo hasta el último stand que vio de camino a casa, nos paramos en el barro mojado, frente al feriante que, primero, intentó captar nuestra atención con un megáfono, aunque hacía tiempo que Cody ya estaba pendiente únicamente de él, y luego, recitó monótonamente las reglas del juego. Al final Cody ganó un pez y le puso de nombre Koi.

Ese viernes teníamos cita con el psicólogo así que puntuales, llegamos a la consulta y esperamos a que nos atendiese. Cuando entramos en su despacho, nos hizo tomar asiento en un viejo sofá marrón con dos cojines a los lados que hacían juego con las cortinas. Las paredes eran largas repisas llenas de libros en su mayoría polvorientos y frente a la más larga de ellas se sentaba él. Siempre le pedía a Cody que le contase su día, y así lo hizo, pero cuando terminó de contarle lo del pez el Doctor Insolente se echó a reír, yo le pregunté a ver que tenía tanta gracia, y dijo que le parecía comiquísimo que un niño con amnesia tuviese como mascota un pez, el animal que menos memoria tiene. Me levanté iracunda, exacerbada, cogí a Cody del brazo, lo arrastré hasta la puerta y salí dando un sonoro portazo. Lo hubiese matado, y eso que yo no soy una mujer violenta, pero es que un hombre así, ¡qué falta de profesionalidad!, de sobra está decir que nunca más volvimos a aparecer por su consulta.

Una de las aficiones que Cody y yo tenemos en común es la pasión por el cine. El prefiere las películas de animación y yo los *westerns*.

Me acuerdo de cuando compramos la televisión, era muy diferente a la de ahora, antes no había, ni mucho menos, tantos canales, e incluso, al principio, era en

blanco y negro. Cuando llegó la tele en color todos estábamos ansiosos por llegar a casa y sentarnos a ver uno de los pocos programas que se emitían. A mí me gustaba una serie de *cowboys*, en esa época empezó mi pasión por el cine *western*. Todas las noches me sentaba con mi padre a ver la misma película del día anterior, ahora, aunque sea por otro motivo, hago lo mismo con Cody.

Hace varias noches que me cuesta dormir, alrededor de las dos de la madrugada, un dolor progresivo me despierta y asciende desde mi brazo izquierdo hasta el pecho. Dura unos tres minutos hasta que finalmente remite. No ocurre todos los días pero cada vez son más continuos. La idea de que algo pueda pasarme y dejarlo solo ronda, persistentemente, en mi cabeza impidiéndome descansar. Me aterra, jamás me lo perdonaría.

A veces Cody y yo nos sentamos en el sofá y empezamos a ojear los viejos álbumes de fotos. Él me preguntaba quiénes eran las personas que no conocía y me pedía que le contase las historias que escondían las imágenes, viajes, cumpleaños, bodas, bautismos, en todas y cada una de ellas se paraba para observarlas con atención. Su favorita era una foto amarillenta de cuando yo era pequeña. Un día le pregunté por qué le gustaba tanto y me respondió que le llamaba la atención la gente y su forma de vestir, los colores y el tacto rugoso de la fotografía.

Yo seguía pasando las páginas y Cody seguía haciéndome preguntas, hasta que llegamos a una foto en la que había un hombre, una mujer y un niño sobre un césped verde intenso y bajo un cielo azul claro. La mujer era muy guapa, tenía el pelo oscuro y ondulado, los ojos azules, grandes, la nariz pequeña y recta, y los labios rojos, finos, sutiles. El hombre los cabellos finos y rubios, la frente ancha, despreocupada, la nariz aguileña y los labios carnosos y rosados. El niño tenía los ojos risueños de la madre y el pelo del padre. Era feliz, reía a carcajadas, dejando entrever unos dientes pequeños que insinuaban su corta edad.

Cody me preguntó quiénes eran aquellas personas, no se dio cuenta de que él era el niño de la foto.

No era ni un día lluvioso, ni oscuro, tampoco triste, sino todo lo contrario, era un día como cualquier otro, igual de monótono, de hecho el cielo era celeste y el sol

estaba radiante, descubierto y altivo, como si las nubes huyesen de él. Los pájaros cantaban y revoloteaban, a veces aterrizaban en la fuente del patio para refrescarse o sobre alguna rama para descansar un poco antes de volver a emprender el vuelo. Era el siete de julio de mil novecientos noventa y tres, puedo recordar perfectamente todas las sensaciones, los olores, los sonidos, la hierba recién cortada, el olor del verano, el viento acariciándome el pelo... y yo estaba en la mecedora del jardín, leyendo un libro, intentando olvidarme del mundo cuando el *ring ring* del teléfono convirtió mi intención en un imposible. Respondí y a la vez que el emisor hablaba yo empalidecía, colgué pues no quería oír ni una palabra más, y me quedé congelada en el sitio, con la mirada perdida durante lo que me parecieron horas. El día seguía tan soleado como antes pero para mí se había vuelto gris por no decir negro. En cuanto recobré el sentido, salí corriendo de casa, sin pensarlo, instintivamente. Paré un taxi que me acompañó hasta el hospital, llegué justo a tiempo para coger la mano gélida del cadáver de mi hijo y del de mi nuera. Los médicos me echaban, no dejaban de repetir que nada podía hacer yo por ellos, tenían razón, pero si me hubiese marchado iba a sentir que los había abandonado y además sabía que me hundiría en mí misma y que la soledad me tragaría como si de una gota de agua se tratase. Al final me dejaron ir a ver a Cody, él había mejorado bastante en los últimos meses, pero aún seguía acostado en la cama, ajeno al alboroto... mejor así. En tres días no me separé de él, pero al final me convencieron para que volviese a casa a descansar.

Cuando llegué me desplomé en la cama, me dormí llorando y me desperté igual, tenía los ojos hinchados y rojos. Tenía frío en verano. Tenía miedo.

El día del entierro sí que llovió, como si de repente, el mundo, que antes me parecía estallar de júbilo, ahora también estuviese triste. Me dio rabia pensar que mi nuera y mi hijo quedarían sepultados bajo el húmedo barro fangoso.

Una noche Cody me dijo:

-Abuela, cuéntame una nueva historia.-

Y yo, obediente, empecé.

“Me crié en un pueblo costero de casas blancas y tejados azules...”

¿Cuántas veces iban ya? ¿Cuántas veces he repetido la misma historia? ¿Cuántas veces tendría que volver a repetirla para que se acordase?

-¡Esta historia ya me la has contado, abuela!- Refunfuñó Cody.

Sin poder evitarlo, una lágrima resbaló por mi mejilla y se perdió en el blanco de sus sábanas, pero su cara de estupefacción me devolvió a la realidad y su pregunta me dejó helada, “¿Quién eres tú?” resonó en la habitación durante lo que me parecieron horas, ¿por qué de repente había tanto eco?, tardé en darme cuenta de que no resonaba en la habitación, sino en mi cabeza. Casi a la par de mi descubrimiento otra lágrima resbaló por mi mejilla pero esta vez correspondía a un sentimiento totalmente opuesto. Fue la última expresión de unos ojos cansados de vivir, el último suspiro de un corazón aburrido de latir.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **MATILDA KLINKHART**

Título: El otro yo

Centro educativo: IES D. Antonio Hellín Costa. PUERTO DE MAZARRÓN

## El otro yo

UNO

-¿Otto? ¿Otto? ¿Puede oírme?... Parece que aún no. No se preocupe señora Müller, su marido acaba de pasar por una cirugía complicada, tenga paciencia y dele unos días más...

Silencio...

DOS

El ruido monótono de las máquinas fue lo primero que consiguió alcanzar mi conciencia. Tardé unos segundos en abrir los ojos y ser capaz de localizar mi cuerpo. Todo a mi alrededor era una bruma repleta de extrañas sombras de las que no fui capaz de identificar nada. De repente un oleaje de imágenes, trató de hacerse hueco en mi mente, pero un extraño instinto intentó rechazarlas, hundiéndome en un estado de pánico enigmático. Traté de concentrarme en lo que estaba pensando. Cerré los ojos y logré distinguir una diapositiva de escenas intrusas en mi cerebro; la cena con mamá, el día de compras en el que encontré ese magnífico sillón de piel, el viaje a las pirámides de Egipto con, con... Los ojos se me abrieron como si acabasen de apuñalarme por detrás. Me reincorporé repentinamente en la cama y pude distinguir con mayor claridad el entorno en el que me encontraba. Estaba en una habitación de paredes blancas y ambiente gélido. "No me gusta el blanco, siempre

consigue transmitirme una sensación muy fría” fue lo primero en lo que fui capaz de pensar. Me percaté de la presencia de otra persona en la habitación, una mujer dormía incómodamente en el sofá que se encontraba bajo la ventana. Su cara mostraba cansancio y su agotamiento psicológico era fácilmente visible. Traté de reconocerla pero no tenía nada que me resultase de alguna forma familiar. Recaí en las imágenes de mi familia, en el viaje que hicimos el último verano...

Y de nuevo me entregué al mundo de los sueños.

### TRES

Eran las nueve de la noche. Como de costumbre me encontraba en la cocina preparando la cena para mi marido y mi pequeña Caroline. Cortaba las zanahorias violentamente tratando de calmar la rabia que hervía en mi interior, cuando el coche de Stefan se adentraba en la cochera que construimos recientemente.

Hacía ya más de tres años que me había visto obligada a abandonar mi amado trabajo para incorporarme en un oficio de jornada completa. Era madre. Disfrutaba la dedicación que le trataba de dar a mi hija, pero en los últimos meses tenía una gran falta de novedad vital. Me había acostumbrado a una rutina que aún no asimilaba como mía, que me hacía sentir frustrada. Stefan lo sabía, notaba que me encontraba mal, que necesitaba algo nuevo en mi vida. Entró en casa de manera rutinaria dejó abrigo y maletín en el banco de la entrada.

-Hola cariño, te he traído unas flores para alegrarte un poco- dijo mientras se acercaba a mí alargándome un ramo de flores blancas, esperando a que le diera un beso de agradecimiento.

-¡Hace media hora que debería estar en las clases de yoga! ¿Por qué has tardado tanto? ¡Una hora estoy esperando a que llegues a casa! No te entiendo. Sabes que hace poco que voy a las clases, es el único momento en el que puedo desconectar, y ni siquiera eres capaz de llegar puntual para quedarte con Caroline, ¡No te entiendo! Estoy llamándote de hace veinte minutos, móvil apagado. ¿Dónde puñetas estabas? ¡No te entiendo!- notaba como las lágrimas alcanzaban mis pupilas, pero traté de esconderlas en algún otro rincón de mi cuerpo.

La sensación de agobio me recorría de pies a cabeza, notaba como me comprimía. Corrí escaleras arriba para ver cómo estaba la pequeña Caroline. La encontré acostada en su cama. Se había quedado dormida escuchando los casetes de *Pippi Calzaslargas* que su abuela le regaló por navidad pocos días antes. Me acerqué a ella para darle un beso y apagar el equipo de música, y regresé, ahora más tranquila, a la cocina. Stefan se encontraba sentado en el cómodo sillón de piel que le había regalado en Nochebuena. Tenía una copa de vino en la mano, mojándose los labios del aroma, sin atreverse a saborearlo completamente. Cuando se percató de mi presencia, se levantó y me abrazó con precaución e intensidad a la vez.

Hacía siete años que nos habíamos conocido. Coincidimos en una expedición al Congo, dónde yo trataba de investigar acerca de nuevas enfermedades, y él, junto con un equipo, estudiaba el desarrollo del país. Vivimos un romance en medio de un estado sumergido en la hambruna, que se alargó cuatro años. Pero el romance se convirtió en matrimonio tras la noticia de que una nueva Caroline iba a conocer el planeta Tierra. Nos mudamos a una pequeña y acogedora casa en Heidelberg, una pequeña ciudad situada en el suroeste de Alemania y adoptamos un estilo de vida corriente. Dejé mi trabajo de investigadora y me dediqué exclusivamente a la educación de mi hija. Ahora, sin embargo, no podía más. La rutina que había alcanzado me consumía lentamente, me quitaba el aire. Notaba que el sueño de una vida sin compromisos, llena de aventuras en los lugares más remotos de este mundo, se me había escapado ya de las manos. Estaba sufriendo.

-Erika, sabes que eso es difícil de compatibilizar con una familia estable- me decía Stefan una noche que le conté lo que me reprimía.

-¡Ya lo sé! Simplemente he llegado a los treinta y empiezo a preguntarme lo que ha pasado con nuestros planes de vivir en otro lugar, otra cultura. Esto no es lo que queríamos... no sé. Siento que este ambiente me está quitando la voluntad, la fuerza...- respondí sollozando.

En un intento de satisfacer mi necesidad de viajar, de disfrutar de voluntad autónoma alejada de cualquier obligación, Stefan organizó un viaje a Egipto

conmigo y con la niña, pero la sensación de libertad que sentí en aquellos momentos, ya había quedado almacenada en el álbum de fotos. Quería más.

Un beso en la frente me alejó de los recuerdos. Mi marido trataba de consolarme con cariño, pero ambos sabíamos que no era eso lo que necesitaba. Nos sentamos en la mesa de la cocina, acompañados por una botella de vino, y muchas palabras cargadas de sentimientos ocultos hasta el momento.

-No quiero seguir viéndote así, Erika. No creo que sea bueno para nadie, especialmente para Caro. No sé qué más puedo hacer- sus gestos eran tranquilos, pero su mirada expresaba tristeza acumulada.- Trato de ayudarte pero estoy empezando a pensar que nadie es capaz de ello. Sé que siempre has sido una persona con un carácter libre, que la rutina te consume, que necesitas un mayor riesgo emocional para sentirte bien, pero cariño, a veces en la vida uno debe de comprometerse y elegir el camino que quiere tomar. ¡Y tú has elegido! Si no eres feliz con tu decisión, vamos a pensar en alguna solución, pero así no puedes seguir...- intentó hablar con seguridad y de forma serena, pero noté que su elección de palabras estaba ya pensada con anterioridad.

-Sé que no debería de quejarme, tengo una hija maravillosa, un buen marido y una vida completa. Pero últimamente me siento tan vacía, tan inútil.- mientras hablaba Stefan me miraba como si fuese la primera vez que escuchase mis palabras.- No sé que puedo hacer, el curso de yoga no me aporta la satisfacción esperada, hasta el año que viene no vuelvo al trabajo, y ni siquiera sé si es realmente lo que quiero. Estoy encerrada en esta ciudad, ¡en esta vida rutinaria!- mi tono empezaba a elevarse hasta estallar. Salí corriendo de la habitación para que Stefan no pudiese ver que estaba llorando y fui en busca de mi bolso.

-Lo siento, Stef, pero tengo que alejarme de aquí; esta casa, esta ciudad, esta vida. De verás, no puedo más- y salí por la puerta, dirección libertad.

#### CUATRO

Tras viajar media noche en el nuevo *Volkswagen* que compramos el año pasado, paré en una gasolinera para repostar, el tanque del coche y el mío. Sentada en la

barra con un café que me calentaba las manos, traté de convencerme a mí misma de lo afortunada que era mi vida. ¿Cómo podía ser infeliz cuando realmente mis circunstancias estaban acompañadas por la suerte? Tantas personas había conocido a lo largo de mi vida con graves problemas, que los propios rápidamente me resultaron insignificantes.

“En dos días es Nochevieja” pensé mientras abría el sobre de azúcar. No estaba dispuesta a empezar un nuevo año con melancolía. El dos mil veinte iba a tener un buen comienzo.

Tomé el último sorbo de un café, demasiado amargo teniendo en cuenta los tres sobres de azúcar que llevaba, y fui hacia el coche. Mientras escuchaba en la radio las primeras canciones de la mañana, podía observar como el sol empezaba a salir por el horizonte. Enseguida volví a pensar en Stefan, su anhelo de verme feliz, la noche anterior. “He olvidado poner las flores en agua”, me dije cuando trataba de cambiar la emisora. “Son un detalle por su parte, pero debería de saber que no me gusta el blanco, es demasiado frío”.

Los segundos siguientes pasaron muy rápidos. En la carretera un conductor trastornado, de los que puedes encontrarte un domingo a las seis de la mañana, iba en dirección contraria. Entré en pánico cuando observé que el vehículo, un coche desgastado de color negro, se dirigía hacia mí frontalmente. Se encontraba todavía a unos metros, pero no podía desviarlo por ningún lado y cada vez se acercaba a más velocidad. Me olvidé de cómo se respiraba. Quizás la falta de oxígeno me hiciese ver el panorama con una repentina lentitud; mis movimientos, el coche contra el que iba a colisionar, mi vida... todo. Un último movimiento, un misterioso y fascinante instinto animal, me obligó a girar el volante de forma brusca chocando fuertemente contra uno de los muchos árboles que se mantenían al margen de la carretera viendo los coches pasar, y no pasar.

Silencio...

Libertad...

## CINCO

Tenía la sensación de haber estado durmiendo una eternidad. Aun así me sentía cansada. Escuché los ruidos que me rodeaban y pude apreciar el sonido rítmico que emitía una máquina a la que creía estar conectada. Traté de abrir los ojos, pesados como si mis pestañas fuesen de hierro, y pude apreciar el mundo en el que me encontraba. Estaba tumbada en una cama hospitalaria y a mi alrededor se acumulaban los juguetes salvavidas cuya única función era sustituir la voluntad de vivir que muchos habían perdido. La mía. Cuando conseguí mirar más allá de los mechones que me tapaban la vista, me di cuenta de que me encontraba sola en la habitación. Traté de recordar lo que había pasado, pero no pude evocar ninguna imagen a mi mente que me diese alguna pista. Tenía una sensación rara. Notaba como algo extraño, quizás nuevo, estaba brotando en mi interior. Palpé con las palmas de mis manos la gruesa manta que pretendía mantenerme caliente. El metal que constituía mis ojos se volvía demasiado pesado como para evitar el efecto de la gravedad. Decidí olvidar el sentido de la vista y concentrarme en los sentidos. Coloqué mi mano derecha sobre mi cuello y la deslicé lentamente hacia abajo siguiendo las curvaturas de mi cuerpo. El tacto de un pecho plano cubierto por finas vellosidades me sobrecogió el corazón. Mi respiración volvía a fallar. Posiblemente, el manual de instrucciones en el que se explicaban los movimientos de inspiración quedó atrapado junto con los recuerdos de Egipto en el álbum de eventos pasados. Traté de concentrarme. Debía continuar buscando una respuesta. Mis dedos siguieron fluyendo camino abajo, dirección pánico. Al traspasar un vientre de dimensiones que no se correspondían a los recuerdos de mi cuerpo llegué al final de una trayectoria cuyo propósito parecía ser un golpe en mi ser. Mi mano fluyó entre mis muslos, y con cierta cobardía, tocó un órgano ajeno a mí. Cuando las yemas tocaron el glande, un escalofrío me recorrió de arriba abajo. "Tiene que ser un sueño, un sueño..." me repetía en un intento de negar la realidad. Sentía la necesidad de gritar, de levantarme y correr hacia lo indefinido. No sabía lo que estaba sucediendo a mi alrededor y de mi interior empezaba a dudar. Todo giraba. Mi mente desconectó y de nuevo caí en el abismo del silencio. Una paz ya cansada...

SEIS

-Buenos días, señora Müller. Como veo el estado de su marido se ha estabilizado. Estoy seguro de que a lo largo del día abrirá los ojos. Usted tenga paciencia y cuando despierte trate de hablarle con calma.- dijo un hombre de bata blanca mientras palmeaba el brazo de la mujer.- lo que menos necesitará los próximos días es sentirse de alguna forma agobiado.

-Doctor Hesse, cuando recupere su conciencia se acordará de su pasado ¿no? Quiero decir, será el mismo, ¿no es cierto?

El doctor frunció el ceño. Giró la vista hacia el paciente, tendido sobre la cama con una gruesa venda blanca que cubría su cabeza, y dijo:

-Verá, Katharina, este tipo de intervenciones conllevan un riesgo elevado. La operación no ha presentado complicaciones, pero usted sabía el peligro que tenía - el doctor, algo sudoroso, gesticulaba de forma innatural.- Este tipo de trasplante es novedoso, y aún no podemos asegurar el grado de adaptación del nuevo cerebro con el sistema nervioso de su marido. No se preocupe, cuando Otto despierte, las pruebas demostraran su capacidad cerebral. Hasta entonces, solo podemos esperar.- trató de esbozar algo parecido a una sonrisa forzada y se alejó, con grandes pasos, por el pasillo.



Miguel Morilla Machetti

La mujer, de piel pálida y ojeras marcadas, se sentó en el sofá que le había hecho compañía los últimos ocho meses y cogió el libro que había dejado a su espera. Se acomodó en el respaldo y sumergió en ese mundo que tanta acogida le había dado, un mundo lleno de fantasías que la alejaban a ratos de la desagradable realidad.

## SIETE

De nuevo el desagradable ruido fatídico se adentraba en mí, como si tratase de hacerse un camino en mi interior. Los ojos seguían pesando, pero esta vez no me pensaba rendirme con facilidad. Dejé mis iris al descubierto. Uno de los rayos solares que atravesaba las rendijas de la ventana alcanzó mi pupila derecha. Me recargó de energía. Traté de situarme. Seguía en el mismo lugar, rodeada de paredes blancas y un olor que me recordaba a los días que pasaba en el laboratorio, tratando de descifrar alguna de mis incógnitas.

Sentía una invalidez desesperante de mi cuerpo cuando noté como una cálida mano me acariciaba suavemente la cara. Procuré enfocar la mirada. Ante mí, se encontraba una mujer, de unos treinta y pico años, cabello largo y rubio, y enormes ojos azules que me observaban de manera delicada y cariñosa.

-¿Otto? Cariño, ¿me escuchas?- su tono era maternal y tranquilo, pero me resultaba indiferente. No conocía a esa mujer.- ¿cómo te encuentras? Llevas mucho tiempo sin conciencia, el médico ha dicho que te quedes tranquilo.- seguía acariciándome la mejilla.

No entendía nada. ¿Estaba hablando conmigo esa mujer desconocida? Me incorporé sobre la almohada y me aclaré la garganta. Una voz grave y anónima salió de ella cuando trate de decir con voz asombrosamente serena:

-¿Quién eres?- La mujer abrió aún más sus ojos y soltó una carcajada seca, cargada de angustia. Notaba como el nerviosismo se apoderaba de ella.

-Otto, soy yo ¿No me reconoces? Soy Katharina, cariño, tu mujer.- me dio un beso en la mejilla, y añadió- No te preocupes, pronto volverá todo. Tienes que tener paciencia.

“¿Paciencia?” pensé. Lo que necesitaba no era paciencia sino que alguien tratase de despertarme. Esta pesadilla se estaba alargando demasiado.

Miré hacia abajo y de nuevo vi unas manos que no eran mías; gruesas y peludas. Volvieron a mí los recuerdos; la discusión con Stefan, el café amargo, el coche negro, el extraño sueño... mi cárcel.

Levanté rápidamente la manta que me cubría. Tenía un cuerpo diferente al mío, un cuerpo masculino. El motor de mi cuerpo paró. La máquina a la que me encontraba conectaba alzó el volumen y aceleró su molesto pitido. Pip, pip, pip...

## OCHO

Me enfrentaba otra vez al mismo y costoso proceso. Cuidadosamente, pero esta vez de forma más fácil, levanté los párpados. Apoyado en la barra de la cama se encontraba un hombre de duras facciones faciales, que estudiaba una hoja que tenía ante él. Cuando se percató de mi penetrante mirada, dejó el bloc en un margen y se acercó sigilosamente a mí.

-Señor Müller, mi nombre es Paul Hesse. He sido su doctor en los últimos meses. ¿Cómo se encuentra ahora mismo?- apenas prestaba atención a sus palabras. Miré a mi alrededor. La extraña mujer que me había acariciado no estaba en la habitación. Aparte del médico, solo había una enfermera que toqueteaba el gotero que a su manera luchaba por mantenerme con vida.- ¿Otto? ¿entiende lo que le estoy diciendo?- repitió.

-Doctor...- gesticulé con enorme esfuerzo. Las palabras pesaban demasiado - No sé lo que está pasando, pero algo falla... No sé quién soy, tampoco sé quién es usted, pero tiene que ayudarme, esta no soy yo... - las lágrimas se acumulaban en el borde de mi pupila.

El médico se sentó en una silla situada al lado de la cama. Frotaba sus manos con nerviosismo y su cara mostraba preocupación.

-Escúcheme, Otto. Le voy a decir lo que le ha pasado. El Junio pasado sufrió una fuerte hemorragia intracraneal hipertensiva. Su tejido cerebral quedó desplazado.

Tratamos de recuperar la fracción perdida mediante una intervención de urgencia, pero el derrame se expandió rápidamente hacia el lóbulo frontal y el parietal de su antiguo cerebro, por lo que solo pudimos salvar pequeños fragmentos de él.- Me estaba costando mucho entender de lo que me estaba hablando exactamente. Seguía pensando que me encontraba en medio de un sueño demasiado realista, pero traté de seguir su explicación de la forma más atenta de la que fui capaz. El doctor se pasó la mano por un mechón de pelo, y prosiguió- Su mujer se decidió por un trasplante, por lo que colocamos en la lista de espera. Estuvo acerca de unos siete meses en estado de coma, pero hace dos semanas, nos llegó al registro la disponibilidad de un cerebro que presentaba grandes posibilidades de compatibilidad con su organismo. El proceso de conectar un nuevo cerebro a su médula espinal es bastante complejo, pero conseguimos recuperar las funciones motoras de su cuerpo. Conseguimos, además, fuimos sustituir los fragmentos intactos de su antiguo cerebro en el nuevo, de forma que pueda recuperar su memoria original a lo largo de las próximas semanas- notaba como le costó pronunciar estas últimas palabras. Se puso en pie y apoyó su mano sobre mi hombro izquierdo.- Otto, necesitas paciencia para que tu organismo pueda acostumbrarse a estos nuevos cambios, pero no te preocupes por lo que puedas pensar ahora mismo. Harás diferentes ejercicios de rehabilitación y como mucho en un mes, lo recuperarás todo. Sería conveniente que tu mujer te ayudase a acordarte de tu pasado.-

-¡Este no soy yo! – El doctor pretendía seguir tranquilizándome, pero no le permití terminar la frase. Me senté agitadamente en la cama y empecé a gritar como una bomba que explota sin tener elección.- ¡Soy otra persona! ¡No me llamo Otto! ¡¿Dónde está mi marido y mi hija?! Tengo que salir de aquí... ellos sabrán quien soy. ¡Yo no soy Otto! Quiero a mi hija, ¡a mi hija!- notaba como la sangre de mis nuevas venas alcanzaba el punto de ebullición. De pronto, un grupo de tres enfermeras entraron corriendo en la habitación. Dos me sujetaban mientras la tercera, la más jovencita, introducía la aguja en el brazo intacto.

La sensación fue rara pero agradable. Todos los músculos de mi cuerpo, ahora más anchos y musculosos, se relajaron. Mi mente impidió que el más insignificante

sentimiento brotase a la superficie. Disfrutaba el estado de trance en el que me encontraba.

Los días pasaban mansamente. Tuve suficiente tiempo para pensar en alguna solución. Para pensar en mi pequeña Caroline ¿Qué le habrán dicho acerca de su madre? ¿Acaso he muerto? Seguía sintiendo y pensando igual que antes, quizás de forma más trastornada, dadas las circunstancias, pero sabía quién era. Soy Erika. Tengo una hija a la que quiero y un marido que me quería. Debía de encontrar la forma de explicarle a Stefan lo ocurrido. No podía seguir así.

Entendí que ni los médicos, ni mi supuesta mujer entenderían la situación en la que me encontraba, así que traté de comportarme de la forma que se esperaba de mí. Me introduje en el papel que me correspondía en aquel momento, aquel entorno. Fui otro.

Los médicos me sometían a numerosas pruebas y explicaban mis fallos de memoria como si fuese algo lógico en la primera semana tras la operación. Mi nueva mujer trataba de recordar conmigo historias comunes del pasado. Se pasaba horas hablándome de viajes, eventos y situaciones que nunca viví. Pero yo no tenía más elección que la de demostrar mi falsa inmadurez cerebral. Tenía una meta, y debía sacrificar más de lo que deseaba para conseguirla.

Apenas pasaron dos semanas cuando llegó la noche que con perseverancia esperaba. Mi reloj de mesilla marcaba las cuatro menos cuarto de la mañana. Katharina dormía pacíficamente en el sofá y yo ya no tenía ningún tipo de compromiso con los objetos hospitalarios, desde que dos días antes me retiraron la última aguja que me quedaba en el brazo, junto con la gélida venda que cubría mi esencia.

Bajé los pies de la cama y lentamente me fui levantando. Al principio mi propio cuerpo dudaba de su equilibrio, pero enseguida me estabilicé. Rebusqué el armario dónde se encontraban mis cosas personales. O más bien las cosas personales de un individuo al que no conocía. Rápida y silenciosamente me puse los *Levi's*, un suéter rojo y unos zapatos deportivos y me deslicé pegado a las paredes pasillo abajo, para que las enfermeras del turno de noche no consiguiesen verme. Me sentía como una

delincuente, pero eso no importaba ahora. Bajé por el ascensor y salí a la calle por la puerta principal. Una leve brisa de aire nocturno rozó mi cara. Respiré.

Mi casa no estaba lejos del hospital. Era cuestión de pasos lo que me alejaba de mi familia. “Mi pequeña Caroline” musité en voz baja para que solo la noche fuese capaz de escucharme. Tuve que sonreír. Estaba dispuesta a emprender mi camino, cuando escuché dos voces alarmantes de fondo que chillaban el nombre de mi cuerpo. Giré lentamente la cabeza y pude ver, a través de la puerta de cristal que me separaba de mi falsa vida, como dos enfermeras señalaban hacia mi dirección.

Empecé a correr calle abajo. Corría como si fuese la única opción que me quedase. Corría por mi libertad.

## NUEVE

Desperté de nuevo en la cama de Otto. En mi cárcel personal. Lo primero de lo que fui consciente era un nuevo y espantoso dolor de muñecas. Levanté los párpados y pude ver como unas correas abrazaban mis brazos, “Quizá tengan razón. Quizá así sea mejor” pensé atada a una cama que no me correspondía. Tenía la cabeza atormentada: “Lo más natural para Caroline será permanecer en la creencia de que su madre ha muerto, ¿Cómo iba a explicarles que el hombre que tenían enfrente era Erika? Stefan no me habría creído, y si lo hubiese hecho ¿qué? ¿Habríamos tenido una vida normal? ¿Acaso es lo que quiero?” Tuve que sonreír. “Tampoco importa ya. Será un buen padre” Lentamente la tormenta mental se iba apaciguando. Tenía claro que no podía levantarme y huir, pero no quería seguir siendo otro yo. No tenía miedo, sabía lo que tenía que hacer.

Disfrute una última vez algunas secuencias de mi vida; mi primer día de clase, mi madre, mi graduación universitaria, mi viaje por África, la boda, el día que nació Caroline... Una lágrima solitaria resbaló por mi mejilla a favor de la gravedad. “Adiós mi pequeña Caroline” musité para mis adentros. Estaba preparada. Apreté los dientes con enorme fuerza contra la lengua ajena que me habían adjudicado. Poco a poco iba quedando sumergida en un baño de sangre. Esta vez, nadie me impediría

la libertad. El vertido rojo fluyó por mi barbilla y se iba depositando sobre la manta, pero no paré de apretar.

Los párpados se reconvirtieron en hierro. Ya no iba a luchar más. Fui cerrando los ojos y sumergiéndome cada vez más en el mundo que tanto tiempo deseaba.

Mi último recuerdo fueron palabras que Stefan pronunció la última vez que me vio; “A veces en la vida uno debe de comprometerse y elegir el camino que quiere tomar”. Ahora lo entendía mejor. Las segundas oportunidades no siempre son buenas. La mía no lo fue.

Lo realmente importante es saber elegir. Tomar decisiones y encontrar el camino que nos acerque un poco más a la felicidad.

Ahora lo sabía. Era libre.

Accésit para estudiantes de los centros organizadores

Autor: **FRANCISCO ANTONIO LÓPEZ HERNÁNDEZ**

Título: El archivo Nietzsche

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA

## El archivo Nietzsche

Era mi amigo. Un joven de aspecto no demasiado atractivo, ni demasiado feo que causaba en la gente “una sonrisa”, como solía decir alguna de sus amigas. Esto se debía a que tenía un don especial para el habla, podía hacer reír a cualquiera al que dirigiera la palabra y, además, tenía una capacidad para relacionarse que yo calificaba como impresionante; en el instituto era amigo de los populares, de los marginados, de los que tenían dificultad para tratar con los demás y, en especial y para mí lo más importante, era mi mejor amigo. Su nombre era Nemo.

Era lo que yo siempre entendí que debía ser un maestro, sabía matemáticas, latín y filosofía, era un extraño contraste; le encantaba que la gente le pidiera ayuda e, incluso, observaba la felicidad que mostraba al dar respuestas que sólo él podía dar en aquellos momentos, probablemente por eso creíamos que sabía tanto. Sus exámenes no eran de diez, pero tampoco de tres, realmente eran buenos, no subía ni bajaba del notable, decía que para su futuro no le hacía falta más que la nota que ya tenía. ¡Era perfecto!; Incluso sus padres y gente que conocía le definían como un santo. Y con todo ello, ¿cómo iba a saber lo que nos depararía el futuro?

Se presentaba una mañana más, no distinta a las anteriores del resto de la semana, tenía la sensación de que los días caían como si se tratase de una larga hilera de fichas de dominó, en las que ninguna cae haciendo más ruido que las anteriores. Mi buen amigo Nemo venía hacia mí acompañado de Andrea, una

muchacha de aspecto hermoso que siempre reía, sobre todo cuando Nemo estaba cerca de ella, los ojos de la muchacha brillaban más, o eso me parecía.

-*“¡Hombre!”* - Saludó mi buen amigo mientras me miraba y se despedía de la muchacha

-*“¿Cómo te ha ido el examen?, ¿Te ha preguntado la Pepa?”*- Preguntó mientras me tocaba amistosamente el hombro y agachó la cabeza en señal de quien quiere oír mejor.

-*“Pues bien, la verdad, esperaba que me hubiera preguntado sobre la Constitución de Cádiz, pero acabó preguntando las Desamortizaciones”* - Respondí con media sonrisa, ocultando mi frustración.

-*“¿Eso es un Bien?”* - Dijo con una cara que solía provocar risas en quienes la veían. Y esta vez no fue distinta.

-*“En fin... ¡ya veremos!”* - Suspiré después de una carcajada.

-*“¿Iréis a las Tascas este sábado?”*

-*“Sí, aunque será difícil después de lo que pasó el mes pasado”* - Respondió Nemo con una cara que parecía denotar un atisbo de tristeza y continuó:

-*“Sus padres aún le lloran. ¡Pobre Jerusalén!”*

David Jerusalén era nuevo en el instituto, y Nemo lo había acogido como si fuese uno más del grupo. Era un chico de esos de los que no hablan mucho, pero con los que se puede contar para casi cualquier cosa. Apenas duró dos semanas en mi ciudad. El quinto sábado que nos lo llevamos a las Tascas era una noche normal, Nemo nos relataba la muerte del Emperador Claudio respondiendo a una pregunta de examen que habíamos hecho el día anterior y, para ser sincero, creo que nos dijo hasta el nombre del veneno con el que “pasó a dormir el sueño de los justos”. La noche acabó bien, cada uno se fue a su casa, cuando todavía reinaba el espíritu de la fiesta en nuestros cuerpos.

El lunes bromeamos sobre la “resaca” de David, que no acudió a la puntual cita que nos ocupaba en el recreo de media mañana. El martes, la preocupación se

cernió en nuestros pensamientos, por su falta repetida, incluso, Andrea expresó la inquietud de todos en voz alta. El viernes, cuando pensábamos en lo feliz que estaría en sus "Vacaciones", nos comunicaron que había muerto.

Intentando que la noticia no nos afectase mucho, empezamos a decir cosas como: "si no lo conocíamos bien", "el muerto al hoyo y el vivo al bollo" ...

- *"¡Y justo cuando empezábamos a conocerle! Pero la vida continua y mañana beberemos a su salud"* - Exclamé yo

- *"No, tu beberás lo que el ya no puede beber, yo beberé lo tuyo"* - Respondió entre risas mi amigo Nemo, sin que tuviera un sentido cruel, y risas fue lo que provocó en mí que no llegué a pensar que tal sentido pudiera tener.

- *"Bueno pues entonces me despido de ti hasta el sábado por la noche"*.

- *"Nos vemos el sábado"*.

Y con andares de felicidad por ser viernes Nemo se marchó dirección a su casa.

"Sábado, 2 de abril, hora de levantarse."

Había amanecido, ya era sábado, el único día de la semana que prometía no volver a ser como los anteriores. La mañana era cálida y soplaban una brisa primaveral.

- *"¡Ayer se me olvidó cerrar la ventana!"*, me quejé ante la cantidad de luz con que el sol naciente castigaba mi ventana. Con un movimiento enérgico me levanté de un salto de la cama dispuesto a empezar un buen día, pero no sirvió de nada ya que el rápido esfuerzo me obligó a sentarme de nuevo, nublando mi vista y frenando mi primer ímpetu.

- *"¡Que bien!, será mejor que desayune antes de que vuelva a marearme"*.

Mi camino hacia la cocina se vio interrumpido, era el timbre del portero automático y debía contestar. De nuevo era el cartero que de 12 pisos a los que podía llamar en mi edificio, había decidido encariñarse con el mío.

- *"¡Un día de estos le presentaré al perro y que le abra él!"*. Pensé divertido. Llené un cuenco con cereales y leche, me di la vuelta y al girar lo que había hecho durante esa corta mañana no sirvió de nada porque el cuenco de cereales con la leche se esparció por el suelo.

- *"Cagoen tu..."* - El motivo de tal imprecación era que Nemo había entrado en mi casa.

- *"Tu madre me dejó entrar y me dijo que te despertara pero consideré mas divertido hacer esto último"* - Dijo después de que se diera una intensa carcajada y me ayudó a recoger.

- *"Tengo que cambiar la cerradura. Tanto para entrar como para salir, quitaré el pomo y pondré un pestillo con llave"*

- *"y eso de que te servirá, aun así la que me dejó entrar fue tu madre"* - Dijo Nemo mientras recogía trozos del cuenco.

- *"Así mi madre podrá abrir la puerta y yo no tiraré el desayuno por todas partes; pero adelante dime por que estas aquí"* - Pregunté sin enfado aparente con una sonrisa en la cara.

- *"Hemos venido a despertarte"*.

- *"No, si eso ya lo has conseguido un poco mas y ahora ya me ha dado un infarto... Espera ¿hemos?"*

- *"¡Hola!"* - Respondió alegremente una figura que salió de detrás de la puerta y que se correspondía con la silueta de Andrea.

- *"ya ves y tu con estos pelos. Cualquier día entra un asesino y tu madre le invita a pasar"* - Dijo Nemo con un acento afeminado que provocó la risa de la chica.

- *"¿He dicho cambiar la cerradura? Quería decir coger una escopeta"* - Respondí mirando a Andrea que se rió aun más.

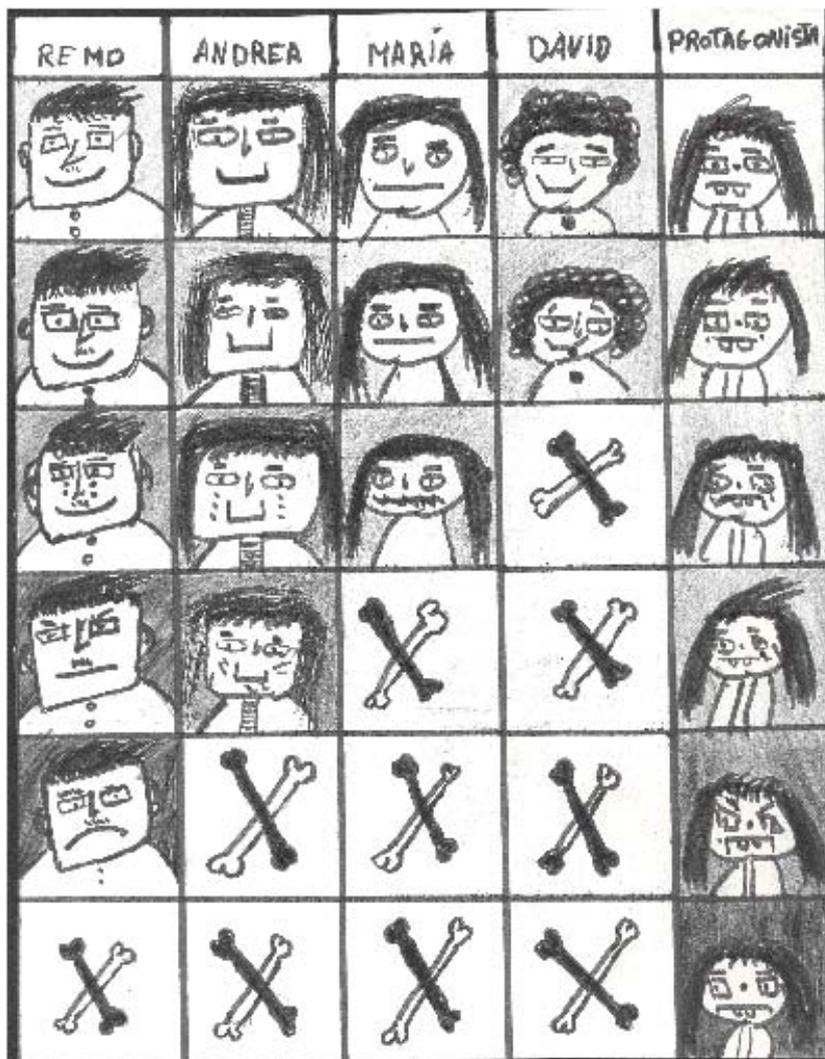
Cuando ella hacía esto parecía que encantaba a los que la observaban, cuando la oía desconectaba del resto del mundo sin darme apenas cuenta y todo a mi alrededor parecía dejar de existir. Pero la realidad no tuvo la piedad de dejarme en mi ensoñación y volvió a golpearme para devolverme a su reino.

- *"Bueno ya está bien por ahora, venimos a preguntarte si te querrías venirte a comer con nosotros. Si aceptas no pisarás tu casa hasta mañana por lo menos. Espero que no hayas olvidado lo de esta noche"* - Preguntó Andrea condescendiente de lo despistado que solía ser yo, alguna vez se me había olvidado un trabajo, un examen, e incluso una cita.

- *"No, no lo he olvidado, iré con vosotros a comer y a cenar. Dejadme que coja mi cartera y por lo menos me ponga una camiseta decente en vez de esta que es del pija..."*

- *"Hoy te invito yo"* - Saltó de repente sin dejarme acabar mi buen amigo Nemo.

- *"Entonces estaría endeudado y las deudas me estresan profundamente"*.



Alfonso Esteban Dávila

- *"No me deberás nada, mañana es tu cumpleaños y como mañana es domingo y al siguiente lunes, prefiero invitarte hoy. Como regalo".*

- *"Está bien, no discutiré voy a ponerme una camisa y nos vamos".*

"Sábado, 2 de abril hora de comer"

En el buffet libre todo fue con normalidad. Comimos, nos reímos y tras la siesta nos encontramos en la plaza de Santo Domingo. Éramos unas catorce personas en un mismo grupo, todos amigos, había venido incluso una vieja amiga nuestra, se llamaba Maria. ¡Otra Maria!, debía haber unas cinco en el grupo, llegó un momento en el que las conocíamos por el primer apellido, a esta la conocíamos por Egea, la llamábamos Ege.

- *"Que cantidad de gente para salir en una noche, ni que celebráramos el cumpleaños de alguien"* - Dijo Nemo esbozando una sonrisa y dirigiéndose a mí. Había reunido a toda esa gente solo para que celebrásemos mi cumpleaños. No había tenido suficiente invitándome a comer. Me trataba como a un hermano.

- *"¡Felicidades con adelanto!"* - Fueron diciendo cada uno, uno detrás de otro.

- *"Bueno cumpleaños, ¿a donde debemos ir?"* - Preguntó Andreita mientras me daba un cariñoso abrazo que provocó el sonrojo que le siguió.

- *"¿Qué tal si vamos al kebab y cenamos algo grande?"*

- *"¡Si!"* - Corearon casi al unísono con fingido entusiasmo ya que a algunos de ellos no les agradaba la idea de cenar en un lugar donde no sabías lo que podía contener la carne.

La noche transcurrió con normalidad hasta el momento, cenamos en el Kebab, fuimos por las Tascas, entramos en una discoteca y tocó despedirse.

- *"Ege, ¿quieres que te acompañemos a casa?"* - Preguntó Nemo mientras me miraba para que le siguiera

- *"No es necesario. Repuso la chica en tono cortés".*

- *"Insisto, es demasiado tarde para que vayas sola a una casa que se me antoja demasiado lejos".*

- *"Está bien, puedes acompañarme"* - Desistió finalmente María

- *"Tú será mejor que te vayas a casa ya, no hay mas que ver tu cara de sueño"* -

Sonrió Nemo mirándome, me estrechó la mano y se despidió.

Esa noche no dormí, algo me inquietó pero no pude saber que era.

*"Domingo, 3 de abril, hora de levantarse"*

Había amanecido, ya era domingo, otra vez me había dejado la ventana abierta, pero ahora estaba nublado y no entraba tanta luz como el día anterior.

- *"Por lo menos hoy no recibiré sorpresas inesperadas"* - Pensé en voz alta e inmediatamente llamaron al timbre de la puerta.

- *"Que manía habrá cogido el universo a mi puerta"* - Suspiré profundamente y abrí. Lo que vi me partió en dos el alma. La dulce muchacha Andreita se abalanzó entre mis brazos llorando desesperanzada.

- *"¿Qué esta...?"*

- *"¡María ha muerto!"* - Me quedé paralizado no hallé respuesta que darle a Andrea. Me hubiera gustado abrazarla entre mis brazos pero no acerté siquiera a moverme.

- *"¡CCComo...!"* - Balbuceé sin acertar a continuar

- *"¡Un hombre salió de repente y golpeó con una barra de hierro en la cabeza a Nemo y cuando cayó se ensañó con María! ; ¿Por qué?; ¿Simplemente por el dinero que llevaban? ¿Acaso la ha matado el dinero?"*

"Lunes, 3 de abril, hora de pensar"

Al día siguiente fui a ver a Nemo a su casa, el médico afirmó a pesar de un fuerte golpe en la cabeza no tenía nada más. Una lástima que no le ocurriera lo mismo a María, había muerto en el hospital la misma noche debido a los fuertes golpes que le dieron.

- *"Debí haber estado allí, debí haber ido contigo"* - Me lamenté.
- *"De nada habría servido, ¿y si en vez de María hubieras sido tu?"* - Intentó Nemo que no me sintiera culpable, pero fue inútil.
- *"Con gusto habría pagado su precio"*.
- *"De las heridas se ríe quien nunca ha recibido una. Citó mi amigo una frase de Shakespeare y continuó"*.
- *"¿Cómo está Andrea?"*
- *"Ayer por la tarde se encerró en su habitación a llorar y no ha salido desde entonces"*.
- *"¿Has ido al instituto? Preguntó Nemo tras un prolongado silencio"*.
- *"Sí, mañana empieza el Luto, hay que llevar lazos negros, no han mandado deberes"*.
- *"Mañana ya podré volver a las clases. Estas cosas pasan y seguirán pasando. La muerte va con nosotros desde que nacemos y no podemos cambiarlo"*.

Aquella frase me atravesó el pecho. ¿Cómo se atrevía a decir que era normal? Pero llevaba razón al fin y al cabo. No mostré furia o tristeza, me mantuve inalterable, me despedí y volví a casa a descansar.

A la mañana siguiente el instituto se había llenado de fotos de la muchacha y se había organizado un minuto de silencio en todas las clases a la hora del recreo. Algunos no pudimos evitar llorar una vez hubo acabado ese minuto. En un minuto voló por mi mente todo lo que sabía de ella, cada recuerdo, cada risa, cada mirada. Ahora ya no importaba, todo se había ido

“Viernes 6 de junio, ha llegado la hora”

Pasaron los días, hasta dos meses pasaron y, pasaron como si hubieran pasado seis. Andrea cayó en depresión y le costaba prestar atención en clase, la luz de su rostro parecía haberse apagado. Por mucho que intentáramos animarla de nada servía, no volvió a reír.

- *“Probablemente no volvamos a salir, y justo cuando el curso está acabando”* - Reflexionaba preocupado ante los sucesos ocurridos. Estaba pasando por la puerta principal del instituto cuando vi a Andrea al final del pasillo sentada, me disponía a dirigirme hacia ella cuando Nemo apareció la agarró cariñosamente del hombro con una sonrisa y se la llevó a una sala situada justo antes de puerta que da al recreo. Por lo que podía recordar la sala a la que la llevaba era la sala donde llevaban objetos de mantenimiento, esa sala no tenía ventanas, era una sala iluminada por luz artificial, sin ventanas aun así era una sala con el tamaño suficiente para que cupieran quince personas.

- *“A lo mejor la va a animar con alguna sorpresa de esas que suele preparar Nemo”*.

Me encaminé hasta la sala, giré el picaporte y lo que vi destruyó mi mente, paralizó mis sentidos y se llevó mi alma. Andrea yacía muerta, inerte, el brillo de su risa se había apagado y caí de rodillas. Ella estaba ensangrentada a causa de un arma blanca que había traspasado su vientre y su corazón en un segundo golpe pero lo que me dolió aún mas era la sonrisa que presentaba su asesino mi buen amigo Nemo.

- *“Ni que hubieras visto un fantasma”* - Dijo el que era mi amigo mientras dejaba el cuchillo en la yerma mano de mi amiga y se quitaba los guantes para guardárselos después en el bolsillo.

- *“¡No!, ¿Por qué?”* - Acerté a decir mientras me acercaba al cuerpo de Andrea con lágrimas en los ojos.

- *"Porque podía".*

Esa respuesta acabó con el último resquicio de humanidad que quedaba en mí, como si el cuchillo me hubiera traspasado en vez de a ella.

- *"¿Es que no ves que nos han estado engañando?"* - Continuó.

- *"¿No ves que estábamos destinados a ser mejores que los demás?; Desde el comienzo nos trataron como a otros, poniéndonos a su nivel diciéndonos lo podíamos hacer y lo que no. Pero he roto con toda teoría y he ido más allá. ¡He roto con toda ley! y, ahora yo digo lo que está bien y lo que está mal, ahora yo puedo dictar la norma. Me he convertido en alguien superior y tú puedes serlo conmigo, a ti te puedo enseñar".*

- *"Tú mataste a María y a David también ¿verdad?"* - Pregunté aunque ya sabía la respuesta.

- *"Sí, a David lo maté con veneno haciendo honor a la charla que mantuvimos una noche. A María también la maté. Lo más difícil de esa noche fue darme un golpe en la cabeza".*

Y después de decir esto último se carcajeó y cerró la puerta con el pestillo para evitar imprevistos. Mientras él relataba esto miré los ojos de la difunta y una luz envolvió mi alma y abrió mi mente guiándome hacia una nueva luz más brillante y a la vez más clara que cualquiera que hubiese visto. ¡El brillo de sus ojos no se había apagado!

Me quité la camisa y con ella rodeando mi mano agarré el cuchillo y miré a Nemo.

- *"¿Es que piensas matarme?, no eres más que otro de esos necios, ¿que te diferenciará de mi entonces?"*

Me acerqué a él que exhibía porte de ganador, le miré a los ojos y el cuchillo hendió su carne y llegó al estómago. Con una burbuja de sangre saliendo de su boca dijo:

- *“¿Que te diferenciará de mi ahora?”*

Me acerqué a su oído y respondí:

- *“Yo soy superior”.*

3ª edición, 20FF

# MODALIDAD A

(hasta 16 años)

Primer Premio

Autora: **PAULA PAIS RODRÍGUEZ**

Título: Claro de Luna

Centro educativo: IES Pontepedriña. SANTIAGO DE COMPOSTELA.

## Claro de luna

Eleanor Rigby

Salió por el portal, sin saber cómo iban a cambiar las cosas ese día, sin tener la más remota idea de lo distinto que sería todo. La mañana era fría y húmeda, lo habitual en la ciudad. El ruido de los coches, molesto, como cada día. Y el olor, también era el de siempre, el que salía de la pastelería de enfrente de su edificio. ¿Qué sabía él? Nada. Se puso la capucha y comenzó a caminar, a pensar en las nimiedades del día a día y sobre todo a bostezar.

Llegó al edificio, ese que le hacía madrugar cada mañana, que le hacía oír el ruido, oler la pastelería y todas esas monótonas acciones. Muchas veces se planteaba no volver a aparecer por allí, o presentar una carta de dimisión diciéndole a su jefe todo lo que pensaba de él y las ganas que tenía de largarse de aquella empresa; pero si hacía eso, ¿de qué viviría? Por lo tanto, aquellas abrumadoras e impulsivas ideas se desvanecían; se sentaba en su escritorio y comenzaba a leer todo lo que tendría que hacer ese día.

Eran las seis y media, le quedaban un montón de cosas que hacer; pero aquel lunes estaba siendo tan aburrido, repetitivo y cansado que se levantó, cogió su abrigo y le dijo a Sara una palabra: "Chao". Esta sonrió y mencionó un "hasta mañana" o "hasta luego" que ni siquiera se esforzó por comprender. El camino de vuelta a casa fue rápido y pensó que ese día empezaría a hacer algo: deporte, leer,

cocinar, o una de esas cosas que suele hacer la gente cuando se aburre. Cogió las llaves y mientras abría el portal, una hoja de papel le cayó en los pies. Supuso que sería publicidad enganchada en la puerta, quería tirarla, pero pensó que podría comprar algo de lo que se ofertase allí. En el ascensor decidió mirar de qué centro comercial o supermercado sería eso, pero para su sorpresa vio que era un papel con varios pentagramas y un montón de notas con indicaciones que no fue capaz de comprender. En el título ponía "Clair de Lune", de un tal "Claude Debussy". Giró el folio en busca de algo más que pudiera comprender y lo único que encontró fue un nombre, sólo ponía: "Amelia".

Llegó al piso 14, el suyo. La vecina del B le saludó con un "¿qué tal?" a lo que él respondió con un saludo similar. Entró por su puerta, pero con un sentimiento de intriga que cada vez aumentaba más. Dejó su chaquetón en la mesa de la cocina, cogió un vaso con agua y se sentó en la mesa del ordenador. Abrió Internet y en el buscador escribió: "Clair de Lune, Claude Debussy". Sonaron solamente tres notas, que le enamoraron; empezó a imaginarse unas dulces manos, las dulces de esa tal Amelia, acariciando un largo piano de cola, sonriendo inconscientemente. Se preguntó por qué nunca había tenido una afición, algo por lo que valiese la pena sonreír; pero sin saber cómo, se dio cuenta de que esa pieza significaba algo, algo por que valdría la pena sonreír.

Le daba a repetir una y otra vez y no se cansaba de oírla. La puso mientras hacía la cena, mientras se duchaba, hasta dejó de ver un nuevo capítulo de su serie favorita sólo por escucharla una y otra vez. Cada vez que volvía a empezar, se imaginaba un trazo más de la chica: primero las manos, después los ojos, su pelo, hasta que así, finalmente, se hizo una idea completa de ella en su mente a la que cuando se metió en cama no paraba de dar vueltas en su cabeza.

*Salió de su portal, cambiando un poco su rutina, para pasar por una pastelería cercana y alegrarse un poco el día. Se puso los cascos, en un día que, para cambiar todo, fue seco y soleado; pulsó "aleatorio" y sorprendentemente comenzó a sonar "Clair de Lune". Era un día muy luminoso; pero para ella era de noche como siempre; cada rutina, cada segundo era de noche. Caminó entre la gente, corriendo*

*de un lado a otro, imaginándose cómo serían. Le encantaba imaginar cómo serían las cosas; pero lo que más le gustaba imaginar era su violín, aquel maravilloso objeto con el que tocando una cuerda que ni podía ver, se sentía llena, feliz y, sobre todo, le hacía sonreír.*

*A su abuela le fascinaba siempre aquel programa, con el que cualquier partitura simplemente escaneándola sonaría, y gracias a ello, su preciosa nieta podía tocar esas maravillosas melodías.*

*Siguió caminando con su bollo entre las manos, camino del estudio, en el que se encontraba el escáner que le permitía sonreír. Caminó apresurada, deseando llegar y poder perfeccionar la pieza. Tardó unos diez minutos, buscó las llaves en su bolso y abrió inquieta el portalón verde. Llegó a la mesa, encendió el ordenador y se dispuso a escuchar una vez más su pieza favorita. Pero para su sorpresa faltaba una hoja, aunque no sabía cuál. Hizo que sonaran todas y advirtió que era la primera. ¿Dónde se le habría quedado?*

Llegó al despacho, con una sonrisa que hacía tiempo que nadie veía, le preguntaron que qué le ocurría y lo único que hizo fue tararear las primeras notas del tercer movimiento de la "Suite Bergamasque". Aunque fuese un martes muy monótono él notaba un ambiente distinto, la atmósfera no estaba cargada y olía a ambientador, un dulce olor. Esa mañana acabó con todo el trabajo que tenía pendiente y fue adelantando tareas. Ayudó a sus compañeros, y lo más sorprendente de todo fue, que a las cinco y media, estaba libre, sin nada que hacer y un montón de tiempo para buscar su nueva actividad, su nueva ocupación al salir del trabajo, algo que le hiciera sonreír. Tardó unas horas; pero antes de las nueve decidió ir en busca de esa tal Amelia, que el día anterior había estado en su edificio. No podía ser muy difícil ¿no? Se tomaría el miércoles libre y se dedicaría a buscarla.

*Comenzó a darle vueltas a la cabeza, se había pasado el día poniendo todas las hojas en el escáner para ver qué era, y ninguna era la que buscaba. Aunque no le sirviese de mucho poder tocarla, la buscaba con todas sus fuerzas, desesperada. No le valía otra, esa era la de su madre con las anotaciones que ella había dejado, antes de que naciera la ya no tan pequeña Penélope. Su madre se había ido, y eso era así;*

la había dejado cuando era muy pequeña, nadie tuvo la culpa, pero así fue. La verdad es que el recuerdo que tenía de ella era muy vago; si se concentraba, podía ser capaz de escuchar su voz aunque le costaba mucho. Ya era de noche, supuso y cuando iba a darle al botón del reloj para que sonase la hora, oyó la alarma que le avisaba de que eran las nueve. Comenzó a recoger, todavía muy preocupada, triste por no acordarse de lo que podía haber hecho con aquel trozo de papel que significaba tanto para ella. Fue lo más rápido que pudo a su casa, y saludó a su abuela con un vago esfuerzo. La canosa y arrugada señora se preguntó qué le pasaría a su nieta, la notaba apagada, triste y sin ganas de nada.



Sonó el despertador, a la hora a la que normalmente se levantaba, para apresuradamente llegar a su aburrido trabajo; pero ese día, se tomó todo con calma; tomó un gran desayuno, se pegó una buena ducha y se relajó. Mientras tomaba su gran tostada de pan de molde con aceite, comenzó a preguntarse cómo conseguiría encontrar a la dueña de aquella hoja. Estuvo dándole vueltas el suficiente tiempo como para tomarse toda la tostada y una o dos tazas de cafés, no llegó a ninguna conclusión final, pero optó por preguntar por su edificio -de arriba abajo-. Esa tarea, por lo menos, le ocuparía toda la mañana, así que de momento estaba bien. Se puso unos vaqueros, la sudadera que se había traído en su último viaje a Londres, unas zapatillas, se lavó los dientes, cogió las llaves y salió por la puerta.

*Se montó en el ascensor y buscó el piso deseado, pulsó y comenzó a preguntarse qué hacer, cómo encontrarla, cómo poder volver a tocarla. Lo primero que pensó*

*fue recorrer todos los lugares en los que había estado dos días antes, así que comenzaría por aquel café. Caminó lentamente, sin escuchar nada de lo de fuera, simplemente intentar recordar el camino. Le resultó bastante fácil; al fin y al cabo, aquella vez no había sido la primera vez que estaba allí. La acogedora cafetería todavía estaba cerrada, lo que le pareció lógico ya que aún eran las ocho menos cuarto. Pidió a alguien que pasaba si le podía decir el horario, que imaginó estaría en la puerta, a lo que le respondieron que faltaban unos escasos minutos.*

Decimoquinto piso, ocho de la mañana, habría que despertar a unas cuantas personas, pero era lo que tocaba. En el A le abrió una señora que jamás había visto; ésta le dijo que la dejase dormir, que le tocaba turno de tarde y que nadie en su familia tendría ni idea de quién era el compositor, y menos aún cómo tocarla. Siguió por el B, esta vez se topó con un señor bastante gordo, que cada vez que se lo encontraba en el portal, saludaba con una agradable sonrisa, aunque esta vez le puso cara de ogro mencionándole que lo máximo que había tocado un instrumento había sido la flauta, en el colegio. Así se recorrió varios pisos; ya había pasado sobre una hora, cuando le dieron ganas de mandar a la señora del décimo B escaleras abajo; la mujer le dijo que vivía sola y que no sabía tocar el piano, pero que su ahijada sí y así comenzó a contarle la historia de todo su árbol genealógico. Cuando la señora le dijo: "Bueno, chiquillo, tengo médico en media hora", se sintió aliviado y se fue lo más rápido que pudo.

*Se tomó dos té, pero en aquel agradable café no estaba así que, resignada, salió por la gran puerta de cristal. Estaba desganada, sólo le apetecía llorar o encontrar su partitura. Pero no podía buscarla si lloraba así que se propuso ser fuerte una vez más y se dispuso a pensar otro sitio donde pudiese estar. Llevaba como quince minutos caminando, sin darse cuenta de que iba sin rumbo, cuando comenzó a percatarse de que tenía que ensayar algo; al fin y al cabo, esa era la gran noche. Si no encontraba la maldita hoja, podría vivir igual; pero esa noche tenía que salir todo perfecto, o eso se había prometido.*

Solamente le faltaba por comprobar si pertenecía a algún vecino del primer piso; sólo uno estaba habitado, y sabía que la que vivía allí era ciega; aunque nunca la

había visto, le habían hablado de ella así que ¿cómo iba a ser ella? Se dió por rendido y se fue al bar de enfrente a comer algo, no le apetecía demasiado cocinar ahora y, desde luego, no iba a pedir una pizza. Se sentó en la mesa del fondo, pidió una coca-cola y un plato de macarrones con tomate, que tardaron apenas tres minutos en servirle. Aunque mientras esperaba, le dio tiempo a ver que esa noche, alguien, un violinista acompañado por un pianista, tocaría música de Debussy, casualmente el autor de la pieza que tenía en posesión así que, sin ni pensárselo dos veces, avisó al camarero de que le reservase una mesa para esa noche y como quería ir solo, que la mesa fuese sólo para él y que nadie estuviese demasiado cerca; el camarero asintió y sonrió.

*Llegó al café hacia las seis y media, exactamente dos horas antes de su temida actuación. El agradable camarero le dijo que debía de tener un admirador, porque un chico había reservado una mesa. Ella sonrió. Le preguntó si podía afinar el violín para tenerlo todo a punto, porque estaba muy nerviosa y no quería tener sustos de última hora. El camarero le dijo que por supuesto que sí y que si necesitaba ayuda, que ahí estaba. El pianista llegó tres cuartos de hora más tarde, justo a la hora a la que habían quedado. Hicieron un repaso general; pero en la pieza en la que más se pararon fue, cómo no, su favorita, "Clair de Lune". A las ocho menos cuarto el camarero abrió el café, para que pudiera ir acercándose gente.*

Fue muy puntual; exactamente a las ocho y veintisiete apareció por el lugar donde había reservado ese mediodía. El chico de horas antes le acompañó hasta su mesa y le comentó que era el mejor sitio, que allí estaría solo como quería. Realmente los músicos debían de ser buenos, no cabía ni un alfiler, y eso que él tenía un montón de espacio.

*Le sudaban las manos; era la hora, estaba lleno- le dijo su acompañante. Fue del brazo del pianista hasta su posición, hicieron un saludo y la gente comenzó a aplaudir. Tocarón varias piezas, y se notaba en el ambiente que estaba siendo maravilloso, que la gente estaba disfrutando.*

Ya eran las nueve, se estaba dando cuenta de que la violinista era fantástica, tenía muchísimas ganas de decirle cuánto le estaba encantando aunque la chica

tenía una cara muy poco habitual: unos ojos muy grandes, pero siempre cerrados. Ya tendría tiempo de vérselos después.

*Era el momento de tocar la última obra, la mejor de todas. En ese momento quiso que la gente se enamorase de ese sonido, que pudieran ser tan felices como ella cuando lo tocaba, que todos encontrasen una razón para sonreír.*

Oyó un par de notas, y enseguida supo que estaba sonando; abrió los ojos como platos, los oídos y el corazón, estaba nerviosísimo. Esperaba la resolución de cada acorde, se notaba más feliz que nunca.

*Se agarró al brazo de su maravilloso pianista y, entre los aplausos del público, hicieron una reverencia y ella, con su dulce voz dio las gracias a todos, y dijo: "Ojalá todos hayáis encontrado algo por lo que sonreír, o por lo menos, lo hayáis hecho esta noche. Gracias", y se retiró.*

Fue oír esas palabras y él se dio cuenta de que tenía que conocerla, tenía que saber si era ella, si era Amelia. Avisó una vez más al camarero y le dijo que si podía llevarle a donde estaba aquella chica; a lo que, como siempre hacía, asintió y sonrió. El camarero le condujo al almacén donde estaba ella.

-Hola, Penélope, soy yo, Pablo.

-Ah, hola, tenía ganas de que llegases.

-Me siento, ¿vale? Por cierto, ¿tú no habrás perdido la primera página de la última pieza que tocaste anoche? Llevo buscando a su dueño varios días aunque realmente lo que buscaba era algo por lo que valiese la pena sonreír.

Ella hizo un amago de sonrisa, le buscó la mano, la apretó y le dio las gracias por haberla encontrado.

No sólo había encontrado la partitura, la había encontrado a ella; se habían encontrado. Tal vez estén todavía allí.

Segundo Premio

Autora: **MARINA MOTA MERLO**

Título: Locura

Centro educativo: Agave. ALMERÍA

## Locura

*Allí me encontraba yo, temblando como una rama a la que el viento está a punto de partir, sentada junto a la ventana de mi habitación, sosteniendo trozos de papel mojados por mis lágrimas. En ellos estaba escrita la historia que me prometió mi abuelo cuando era niña.*

*Mi abuelo fue escritor y, después, loco. En ese momento, hacía ya años que estaba muerto. Sin embargo, cuando aún estaba cuerdo me prometió que su próxima novela sería para mí. Yo lo estuve esperando, impaciente, durante más de un año, pero él perdió la razón y yo perdí la esperanza. Jamás llegó a terminar aquello que me prometió. Pero lo empezó.*

*Aquel relato, que debía de ser poco menos que el primer capítulo, hablaba de él y de su dolor. Hablaba de sus más bellos delirios... Ahora, diez años después, lo saco de un cajón lleno de polvo y de las promesas de un pasado que no volverá jamás para perderme en sus palabras; para recordar.*

Siglos atrás se hizo añicos la frágil barrera que separaba realidad y ficción y ambos mundos se convirtieron en uno solo: eran los tiempos de la Locura, tiempos de guerra. Los Reales se enfrentaban a sus propias Ilusiones. Las cazaban, las masacraban, las destruían o morían al intentarlo. El odio y la furia ciega se habían apoderado del mundo.

En esos tiempos de sangre y miseria, surgió una Alianza. Para sellarla, nació una niña, hija de ambos bandos, a la que llamaron Quimera. Sin embargo, la paz tenía numerosos enemigos y la mayor parte de los que habían formado la Alianza fueron asesinados y Quimera fue escondida por los que restaron en un lugar remoto: un valle entre las dos montañas más altas del mundo.

La pequeña creció allí, donde nadie sabía lo que ella era. Su madre, una Ilusión, la alimentaba y le enseñaba todo lo que necesitaría conocer del mundo que la rodeaba.

—Hay tres cosas que nunca debes olvidar, Quimera. La primera es que ahí fuera hay muchos hombres que quieren matarte y que, si te encuentras con uno de ellos, no debe temblarte el pulso. Tendrás que matarlo o morir. ¿Ves como lo hago yo? —preguntó a la niña, mientras clavaba un cuchillo en el corazón de su presa, un jabato, para rematarlo—. Algún día puede que tengas que utilizarlo contra un enemigo. Entonces, tendrás que hundirlo aquí, en el corazón —explicó, apoyando la punta afilada del arma en el pecho de su hija.

Quimera se echó hacia atrás, amedrentada por la frialdad de su madre. Esta última retiró la hoja metálica de la tierna piel de su hija. Un fino hilo de sangre resbaló hasta el suelo, tiñendo de rojo el vestido blanco de la niña. Su madre continuó, impasible:

—Lo segundo que tienes que saber es que deberás esconderte y no podrás confiar en nadie cuando yo no esté aquí.

Quimera la miró, aterrorizada.

—¿Vas a irte? ¿Vas a dejarme sola? —preguntó, al borde del llanto.

—No, a menos que me vea obligada a hacerlo. Pero si eso sucede, tú tendrás que ser independiente y no mostrar jamás vulnerabilidad, ni ante los demás ni ante ti misma, porque nunca sabes quién podría estar observando. Para sobrevivir, deberás ser temida. De lo contrario, tus enemigos, que son muchos, acabarán contigo. Eso es lo tercero que no quiero que olvides jamás, ¿entendido?

—¿Por qué tengo enemigos, si yo no he hecho nada a nadie? —se quejó Quimera. Una lágrima resbaló por su mejilla. Su madre la recogió delicadamente con la punta del cuchillo—. ¿Por qué?

—No les importa lo que tú hayas hecho. Les importa lo que tú simbolizas. Algún día lo comprenderás y, cuando ese momento llegue, no podrás permitirte esto —respondió su madre, contemplando con gesto severo la lágrima que descansaba sobre la hoja metálica. Entonces ofreció el arma a su hija—. Tómalo. Aprende a usarlo. Algún día lo necesitarás.

—Pero yo no quiero...

—Ahora no quieres, pero querrás. Créeme. Algún día...

—¡No!

Quimera echó a correr sin rumbo. Tenía la esperanza de que, si se alejaba, lograría escapar de las palabras de su madre. Pero no fue así. Desde aquel momento, tuvo miedo de que llegara ese día en que ella mataría o moriría. Ese día en el que estaría sola y el mundo entero sería su enemigo.

Fue ese temor el que, años después, la llevó a aceptar aquel cuchillo y a aprender a usarlo. Fue ese temor el que hizo que sus manos se tiñeran por vez primera de color escarlata.

Quimera acababa de cazar un jabato. Sus dedos se habían teñido del rojo de la sangre del animal. Era la primera presa que ella había abatido y se sentía orgullosa de su hazaña. Incluso su madre, a pesar de su severidad, sonreía.

—Un tiro perfecto, Quimera —opinó—. Ya manejas muy bien el arco.

La chica no cabía en sí de gozo. Años y años de duro entrenamiento habían dado sus frutos. Por fin contaba, además, con la mirada de aprobación de su madre; el premio que siempre había deseado recibir.

—¿Qué vamos a hacer con él ahora? —quiso saber Quimera.

—Limpiarlo. Tiene que estar presentable para venderlo en el mercado.

Un poco más al sur había un pueblo habitado por Ilusiones. Su madre iba y venía. Comercia con lo que podía y se ponía en contacto con gente de confianza, partidarios de la Alianza. Normalmente, todos ellos querían ver a su hija, Quimera, a quien consideraban el símbolo de su esperanza y de la paz que ellos ansiaban.

Quimera, a quien le estaba vedado alejarse de su soledad, agradecía cualquier



compañía. De hecho, algunas noches, cuando su madre dormía profundamente, escapaba. Entonces se internaba en las calles oscuras y desoladas, repletas de miseria, y contemplaba a los habitantes de la ciudad, amparada en la penumbra de la noche. Desde las sombras, percibía los ecos de su tristeza y su soledad y pensaba que aquella guerra estaba matando a las Ilusiones.

Ése era el mayor motivo por el que la chica se sentía aliviada ante la perspectiva de tener una visita: no tendría que esconderse, no tendría que arriesgarse.

Pero obtendría respuestas.

Por ello, comenzó a preparar la carne del jabato con habilidad y esmero y finalizó rápidamente su tarea. Todavía no había atardecido cuando acabó, de modo que su madre podría ir al pueblo y regresar antes de que el valle estuviera demasiado oscuro para reconocer el camino.

—Ya está —anunció Quimera.

—Bien. En ese caso, tú puedes terminar con esto y yo llevaré la carne —propuso su madre, que estaba recogiendo bayas dulces para la cena.

—De acuerdo —concedió la chica—. Te esperaré en casa, como siempre.

Su madre preparó todo lo necesario para partir, se despidió de ella y se alejó hasta que se la tragó el horizonte. Quimera se quedó sola con su tristeza y su desamparo. Ella se mantenía en pie día a día por pura rutina. Sus movimientos debían de asemejarse a los de los autómatas que existían en las grandes ciudades Reales. Había oído muchas historias sobre ellos, pero no le parecían más que mitos.

Sin embargo, quedaban tan pocos mitos en aquel mundo... Quimera tenía la sensación de que había nacido justo en el ocaso de los tiempos, de que vivía un atardecer perpetuo. Alzó la mirada. Los dos soles ya se estaban ocultando más allá de una colina que se los tragaba. Uno de ellos era dorado, como había sido siempre desde que Quimera nació. El otro era verde, pero podía cambiar de color en cualquier momento. Era un estrella fría y débil, que aparecía en el cielo, pero no iluminaba la tierra. Era un espejismo, una ilusión que se iba desvaneciendo tras una colina...

Quimera reparó, entonces, en que ya era tarde y se aprestó a regresar a la cueva en la que vivía. Allí, refugiada en la oscuridad de las rocas, se sintió a salvo y vacía como el espacio que había entre las paredes de piedra.

Anocheció. Su madre no había vuelto todavía. Aquellas horas de soledad eran lo más duro a lo que Quimera tenía que hacer frente. De modo que, aunque estaba preocupada, no quería permanecer consciente y dejó que el sueño la invadiera como un ejército conquistador invade a un pueblo que no lucha.

Quimera no sabía si habían pasado horas o segundos cuando un ruido la despertó. Era algo prácticamente inapreciable, una nota discordante en la canción del viento, pero bastó para alarmarla.

Desde que era muy pequeña, había sido entrenada para seguir despierta aun cuando soñaba. Se puso en pie, se asomó a la boca de la cueva y volvió a entrar. Nadie. ¿Qué habría ahí fuera? ¿Un animal salvaje? ¿Su madre?

Salió al exterior y la vio a la luz de la luna llena: una bandera celeste con un círculo dorado en su interior. Se la habían descrito un millón de veces. Era la bandera de los Reales.

¿La habrían descubierto? ¿Sabrían quién era ella? Por un momento, el corazón de Quimera dejó de latir. En su lugar, comenzó a hablar. Con el primer latido, chilló: «peligro.» Con el segundo, aulló: «huye.» Esa palabra marcaba el ritmo al que sus piernas recorrían la espesura. Esa palabra ahogaba al viento y convertía al mundo entero en un escenario gris de sombras borrosas. «Huye», le decían la noche, las alimañas y el fuego que recorría sus venas y la quemaba por dentro; «huye», se decía a sí misma, y todo lo demás se silenciaba.

Corrió hasta que el cansancio le impidió seguir adelante. Entonces se dejó caer, agotada, y pensó en su madre. ¿Dónde estaría? ¿Habría muerto? Quimera se sintió culpable por haberla abandonado, aunque esas eran las instrucciones que se le habían repetido desde su más tierna infancia: «No esperes a nadie cuando haya peligro. Puedes luchar o escapar, pero no esperes. Confía en que los otros estén a salvo y busca noticias de ellos cuando tú lo estés». En aquel momento, Quimera necesitaba tanto un consejo...

Un movimiento brusco entre los árboles colindantes alarmó a Quimera. Buscó cualquier cosa que pudiera utilizar como arma, pero sólo encontró piedras. Lanzó una hacia la espesura. Hubo un chasquido de una rama al partirse. Nada más.

La chica se acercó con cautela, blandiendo un puñado de guijarros, pero el peligro estaba a sus espaldas... El dolor la golpeó a traición, desde atrás, y formó una presa alrededor de su cuello que le impedía respirar. Quimera reaccionó rápido. Hincó los guijarros en los brazos del enemigo que hacían presa en su garganta. Una voz masculina murmuró una maldición. Quimera notó que el aire volvía a sus pulmones y que la tierra se había teñido de sangre. Entonces desplegó sus alas y se

giró para ver el rostro del hombre que había intentado matarla. No era mucho mayor que ella. Quimera esbozó una sonrisa triste.

—Creíste que sería fácil acabar conmigo, ¿verdad?

Era cierto. El chico había sido muy ingenuo. Había soñado con ser el héroe que mató a Quimera con sus propias manos.

—Y lo será —insistió el joven. La apuntó con un arma que ella no había visto jamás, pero que conocía muy bien. Sabía que de ese arma saldría disparada una bala que podría atravesar su corazón—. Hoy morirás y yo habré librado al mundo del símbolo de esta Locura.

La sonrisa de Quimera se volvió más ancha y más triste. La mano con la que el joven sostenía la pistola comenzó a temblar.

—Vete de aquí —aconsejó Quimera—, o seré yo quien te mate.

Y tras oír estas palabras, el joven apretó el gatillo. El tiro no dio en el blanco. Quimera suspiró.

—¿Por qué tienes tanto empeño en matarme? —preguntó, con helada calma.

—Este mundo está enfermo y tú eres un virus —respondió con un odio intenso, ácido e implacable. Quimera se fijó en que el chico temblaba descontroladamente, pero intentaba simular la tranquilidad que ella mostraba.

Quimera avanzó un paso hacia el joven. Un segundo disparo resonó en el claro del bosque. Una lechuza que ululaba cayó muerta. Sangre del ave y sangre del chico teñían la tierra. El silencio se volvió absoluto.

—¿Era este mundo mejor antes de estar enfermo? —gritó Quimera, como si las palabras del joven se hubieran hincado en su pecho, ahí donde una bala le hubiera quitado la vida.

El chico trató de apuntar hacia el corazón de Quimera. Le resultaba difícil, puesto que estaba aterrorizado. Las piernas le flaqueaban y las dudas aullaban en su cabeza. Por un momento pensó que él, como ese mundo, iba a enloquecer.

Así que disparó de nuevo.

La bala se dirigía, directa y letal, hacia Quimera. La chica se cubrió con sus alas a una velocidad sorprendente, y el proyectil chocó contra ellas y cayó al suelo, roto y deformado, sin haber cumplido su objetivo.

El joven se quedó lívido mientras Quimera recogía el trozo de metal retorcido y jugueteaba con él.

—No es posible... —murmuró el chico.

—En este mundo ya no existe lo imposible —le recordó Quimera—. Por eso, te daré una última oportunidad. Tú eliges: puedes huir o morir. ¿Qué eliges?

—Huir —decidió el joven sin dudarlo siquiera un instante. Sabía que, si se quedaba, jamás lograría matar a Quimera, porque no viviría para volver a intentarlo.

—Vete ya —le ordenó Quimera—. ¡Corre!

El chico, temblando, se alejó de aquel claro en el que había aprendido que para ser un héroe había que arriesgar la existencia, porque la historia no era más que un juego de azar que glorificaba a sus vencedores y humillaba a los vencidos con el olvido.

Y Quimera se quedó sola una vez más, observando con recelo la espesura. Replegó sus alas y se dispuso a caminar de nuevo. Lo que ella deseaba era volar, pero en una guerra contra las ilusiones, todas las armas apuntaban al cielo y no había nada más seguro que el suelo. Entre las nubes había construido pueblos enteros y una gran ciudad reluciente que tenía fama de ser la más bella y se había ganado el nombre de Utopía.

Un lugar que Quimera no podría alcanzar sin dejarse la vida. La vida... Pensó en el joven que había creído que podría matarla sólo con sus propias manos y que después lo había intentado con un arma. La vida... Su vida... Lo único que tenía y lo que tantos soñaban con arrebatarse. ¿Y si ese chico volvía para terminar la tarea que no había logrado consumir? No, no lo haría. Llamaría a los otros. Y cuando ellos la tuvieran rodeada, él le ataría las alas y le clavaría una bala en el corazón. Se imaginaba su propia sangre en sus pesadillas, dorada, como la de los dioses de

leyenda, aunque ella había visto su color y era otro, más oscuro. Un color que se habría otorgado a demonios antes que a dioses: escarlata.

Quimera no admitiría la visión del suelo terroso revestido de rojo como la última imagen que ese mundo se complaciera en mostrarle. No podía permanecer ahí un sólo instante más, de modo que se alejó del claro a toda prisa tras aquel breve instante de desconcierto.

Estaba agotada, pero la lluvia había comenzado a caer. Era fresca y suave, como la brisa de verano, pero pronto arreciaría y se convertiría en tormenta. Quimera ya no podría escapar de sus enemigos ni tan siquiera volando. Se sentía como un pájaro enjaulado al que las nubes negaban la libertad.

Quizá fuera el azar que, tras haber derramado tanto sufrimiento sobre Quimera, se mostraba misericordioso por primera vez. A la chica se le iluminó el rostro en una sonrisa al encontrarse con aquella cabaña abandonada en medio de ninguna parte. Escrutó las sombras del interior del refugio y, tras decidir que era seguro, se aventuró en su interior.

Sólo entonces, ya resguardada de la lluvia, desatendió el peligro que la acechaba y que se agazapaba en cualquier lugar que ocultara un retazo de oscuridad.

Por ello, cuando oyó un gemido lastimero, su corazón dio un vuelvo que hubiera podido derribarla. Se aproximó al extremo opuesto de la cabaña y vio que aquello que había tomado por un puñado de sábanas sucias y raídas era un herido. Lo destapó con sumo cuidado. No. No podía ser... Era su madre. Sintió el impulso de abrazarla, pero tuvo que reprimirse. Tenía tan mal aspecto que incluso un movimiento podría matarla. O tal vez bastara con una sola palabra...

—¿Qué... qué te ha pasado? —balbuceó Quimera. No sabía si debía experimentar alivio por haberla encontrado o dolor porque tal vez la viera morir. Tal vez murieran las dos.

—Los Reales atacaron el pueblo. Quemaron casas y también quemaron niños... Traté de huir, pero no pude. Te buscaban a ti. —Su última frase no encerraba reproche alguno. Era una advertencia. Quimera lo leyó en su mirada—. Nuestro

aliado era un impostor, un traidor. Él... él quería verte muerta. Era tan joven... Me pareció pequeño, débil, fácil de manipular. No creí que pudiera ser él quien me estuviera tendiendo una trampa. Fui demasiado confiada. Los Reales me torturaron hasta que les dije dónde te escondías. No debí haberlo hecho. He fallado a nuestra causa, Quimera. Te he fallado a ti—. Y su madre, que siempre había jugado a ser de piedra, lloró por todos aquellos momentos en los que había contenido las lágrimas.

Mientras tanto, Quimera negaba con la cabeza y luchaba para que su pesar no se convirtiera en otro llanto. Sin embargo, cuando examinó las heridas de su madre, comprobó que eran aún peores de lo que había imaginado. Se habían infectado y la septicemia podía quitarle la vida. Resultaba imposible buscar cualquier remedio, puesto que la cura a la enfermedad sólo existía en la capital de los Reales, conocida como Cordura. Se decía que allí existían edificios que rozaban las nubes, la mayoría deshabitados o derribados, y que las enredaderas invadían sus ruinas. Pero aquél era un lugar inalcanzable para Quimera, así que hizo lo único que podía: escuchó los lamentos de su madre con ojos llorosos y una sonrisa forzada por la compasión. Una sonrisa rota que no encajaba en su rostro desolado. El dolor era tan punzante, tan profundo que sentía que a ella también se le escapaba la vida. Sólo el sueño, bálsamo de todas las cosas, logró aliviarlo.

Al despertar, su madre estaba muerta. Quimera quiso pasar día y noche sollozando en aquella cabaña que hedía a lágrimas, pero si lo hacía su destino sería igual al de su madre. Decidió arrastrar con ella sus penas y lamentos tan lejos de allí como le permitieran sus piernas.

Desayunó los frutos que su madre había apilado en ese suelo que llevaba escrita una muerte. Fueron un dulce y efímero placer, una isla en mitad de su mar de desgracias. También fue un alivio abandonar el refugio y el cadáver de su madre, pues no tenía tiempo de enterrarlo y tampoco era capaz de sostener aquella mirada vacía.

Ya no corría, pues el peso con el que cargaba consumía todas sus fuerzas. Aunque lo hubiera hecho, no habría llegado muy lejos. Allí donde los árboles

terminaban, se alzaba un enorme acantilado que las olas golpeaban sin piedad ni descanso.

Quimera decidió que aquel sería el lugar donde se rendiría. Se sentó sobre el borde de la roca, con las piernas colgando en el vacío, y contempló al océano y lo envidió por ser implacable y poderoso. Ella se sentía débil y vencida, «pero algún día», se dijo a sí misma, «seré el océano». Sin embargo, aquel atardecer se contentó con dejar que sus lágrimas cayeran y se mezclaran con el agua salada.

Y entonces, en el momento en que había perdido la voluntad de luchar, el ruido de cascos de caballo contra la piedra hizo que se diera la vuelta y sus ojos volvieran al bosque que ella tanto había deseado abandonar. Enemigos. Reales e Ilusiones. La tenían rodeada, pero trabajaban juntos.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Quimera. La chica se puso en pie y alzó la vista y su sonrisa se ensanchó. Aquellos que deseaban matarla siguieron la dirección de su mirada y comprobaron, con horror, que los dos soles se habían convertido en uno solo.

Quimera soltó una carcajada triunfal, hueca y llena de odio, y retiró una lágrima solitaria que aún humedecía su mejilla.

—Habéis perdido la guerra —anunció a sus enemigos—. Y yo la he ganado. ¿No lo veis? Ahora, la Realidad y las Ilusiones son uno solo. Todos vosotros sois iguales y también sois iguales a mí.

Ellos sintieron un intenso deseo de silenciar a Quimera, pero comprendieron que llevaba razón. Unos, con su intento de preservar la Cordura y otros, tratando de convertir la realidad en fantasía y la fantasía en realidad, habían condenado al mundo a la Locura. Quimera ya había ganado, así que volvieron las armas los unos contra los otros y el acantilado se convirtió en el escenario de una nueva batalla. Una batalla de la que el mar fue testigo.

Y cuando parecía que todo estaba perdido para aquellos que habían creído ser héroes pero sólo habían sabido ser enemigos, un joven con los brazos llenos de cicatrices surgió de entre las sombras de la arboleda.

—Aún queda un ápice de Cordura en este mundo, Quimera. Yo jamás me alié con Ilusiones. Yo sólo confío en el Mundo Real, no en este lugar enfermo de fantasmas y quimeras.

La chica le dedicó una sonrisa de desprecio y volvió la vista al mar. Esta vez, ella también temblaba.

—Te he vencido. Si todo esto está enfermo, no necesita cura. Si no lo crees, ven y mira al océano... —dijo, harta ya de huir, con el sentimiento de haber vencido, y extendió las alas para imaginarse sobrevolando las aguas. Había decidido que no existía visión alguna en el mundo más bella que la del pie del acantilado. Era la última visión que deseaba tener.

El movimiento de las olas hipnotizó a Quimera por un instante. Mientras observaba al sol ponerse por el horizonte y teñir las aguas de bermellón, naranja y dorado, oyó un estrépito a sus espaldas. El estruendo de una bala que era disparada. Después llegó el dolor que anticipaba la muerte.

Ni siquiera tuvo tiempo de devolver la sonrisa triunfal que habría en el rostro del joven. Simplemente cayó al vacío y sintió el helado furor del mar embravecido. Así concluyó la leyenda de Quimera: se la tragó el océano que tanto amaba tras haber ganado una guerra.

*Una lágrima resbaló por mi mejilla al término del relato. Me pregunté cuál sería la historia que mi abuelo había querido contarme, la que no había tenido ocasión de escribir. Aquellas tristes palabras grabadas sobre el papel no eran el consuelo que yo había esperado, pero siempre me quedaría ese pasado con él, feliz y borroso, al que jamás permitiría escapar de las cadenas de mi memoria. Aunque aquella narración parecía destinada a vivir más que esos tiempos que nunca dejé de añorar...*

Tercer premio

Autora: **YLENIA PERERA PERERA**

Título: Mamá plantaba sus flores en la tierra

Centro educativo: IES Gran Canaria. SANTA LUCÍA DE TIRAJANA

## Mamá plantaba sus flores en la tierra

Estas son las calles por las que tú me perseguiste, aunque el veintiuno de enero solían estar más nevadas. Ahora que la dama blanca ha partido, solo barren el suelo las melancólicas hojas de otoño. Nadie corre, nadie grita, nadie observa, nadie llora. No para ti. Nadie está, salvo tú. Tú. Siempre tú. Tú, con tus labios mudos, tu mirada hundida y tu mente absorta.

La brisa de otoño hace a las hojas reír, pero tú no tienes sonrisas para devolverles. ¿Te olvidaste de cómo esbozarlas? ¿Te has contagiado, acaso, de mi pena infinita? Nunca pensé que te vería así, tan débil, tan frágil..., tan parecido a mí.

Estoy aquí, estoy muy cerca, pero tú no sabes que estoy. Te observo desde las sombras, que son pocas y amargas en esta tarde azafranada. Si alguna vez hubieras aprendido a entender el lenguaje del mundo, sabrías que el rocío nunca cae en las tardes soleadas y entenderías que soy yo quien llora, pero sospecho que ya eres demasiado adulto para ser sabio y, por eso, te creerás que mis lágrimas son simplemente lluvia.

Tus pasos pausados te conducen al lugar donde te espero y desde el que te observan mis ojos fijos. Es una colina que ya conoces, porque siempre nos encontramos en el mismo lugar, y los cipreses te saludan al verte, pero, de nuevo, tú sigues tu camino sin prestarles apenas atención.

Cuando llegas hasta mí me miras sin verme. Te arrodillas y, con los ojos llorosos, me pides perdón. Yo solo puedo responderte con mi silencio. No creo en tus disculpas, no puedo perdonarte. Me has hecho perder demasiadas cosas. Cosas que no podré recuperar jamás.

—Cariño..., lo siento. Lo siento tanto... Tú eras lo único que tenía en la vida... Nunca quise hacerte daño. Si pudiera volver el tiempo atrás, yo...

Tus palabras son las de siempre y de la misma manera, siempre desgarradas y siempre entrecortadas. Sé que esperas que rompa mi silencio, ¿pero de qué sirve hablar si nunca has sabido escucharme?

—No puedo perdonarte.

Esa es la única respuesta que te puedo dar. Tú lo sabes; lo sabes y, por eso, nunca podrás alcanzar la paz y nunca dejarás de rogarme perdón, de la misma forma que yo en su día te supliqué que dejaras de golpearme y no lo hiciste.

Ahora el veintiuno de enero ha quedado muy lejos, pero las heridas permanecen. Son demasiado profundas para desaparecer de un momento a otro. Aunque ya no te temo, mi dolor perdura y ese es mi único miedo: que dure para siempre.

—Me lo has destrozado todo —susurro—. Me rompiste todos los sueños. ¿Sabes que una persona no puede vivir sin ellos? Tal vez seas demasiado adulto para comprenderlo.

Tú me miras sin decir nada. Agachas la cabeza y bebes de tu botella de ron sin despegar apenas los labios, como si buscaras desesperadamente en el líquido colorado la valentía que te falta. No sabes que el alcohol es el alimento de los cobardes.

—Te quiero, pequeño mío.

«Te quiero». De todas las veces que me lo has dicho, ¿cuántas lo has sentido? A veces pienso que los adultos no conocen el significado de esas palabras, que el amor es un teatro que se utiliza para disculpar los errores.

—De entre todas las personas del mundo, solo hubo una que supo quererme de verdad. —Hago una pausa para contener la angustia que aún me causan estos recuerdos—. Y tú la mataste.

Esa persona era mi madre. Tú la mataste la noche del veinte de enero. Desde entonces las flores de nuestra casa están siempre negras y mustias, porque ella ya no está para pintar de colores todas las cosas. Solo quedan vivas las flores de la colina, que permanecen erguidas hasta en la estación blanca y que responden con un sonrojo a las estridentes risas de las hojas de otoño.

—Tú eras demasiado pequeño para entender lo que pasaba —dices, aunque estoy seguro de que comprendía mejor que tú lo que estaba sucediendo—. Ella tenía la culpa y tú la defendiste. No, no, yo no tuve la culpa. Yo solo...

Tu botella está a punto de vaciarse y entiendo que el alcohol empieza a disfrazarte de mártir. Sé lo que vendrá a continuación. Dejarás de pedirme perdón y empezarás a cargarme con todas tus culpas, a mí y a ella. Luego te dejarás caer sobre la losa de piedra y perderás la conciencia. Alguien se compadecerá de ti y, cuando la luna asome, te devolverá a tus calles de otoño, que serán más negras, y en tu cama, que es el suelo, te atormentarán las pesadillas. Nadie te consolará al despertar porque las únicas personas que un día te quisieron, ya no están. Y entonces, cuando regrese el atardecer, yo volveré a derramar mis lágrimas sobre ti y tú creerás que llueve. Y así será, día tras día, hasta que te llegue a ti también el beso frío de la muerte.

Sin embargo, esta tarde hay algo distinto en ti. De pronto percibo en tu rostro un gesto de enfado y tiras la botella al suelo y se rompe en pedazos. Los restos del ron tiñen el suelo, pero se diluyen en las tristes charcas de mi tristeza.

Tú corres y yo te sigo. Es como si se hubieran vuelto las tornas. Corres, corres por las solitarias calles. Yo me sumo a tu huida y me convierto en tu sombra y tú no alcanzas a verme, pero sabes que estoy aquí. Entonces te detienes y yo, a tu lado, me detengo. Me basta un segundo para saber dónde estamos.

Es nuestra casa. Nuestra vieja casa, la del jardín de flores rojas que ahora son negras y están mustias. Tú atraviesas la verja y te pierdes en el santuario de las difuntas rosas. Mi llanto se vuelve cada vez más angustioso y más intenso y, en tu realidad, la lluvia crece y se torna oscura. Se nubla el cielo. Se cae el mundo.

—¡NO FUE MI CULPA! No, no, no, yo soy inocente, soy inocente...



Tus gritos desgarran el cielo y también mi conciencia. Clavas en mí tus ojos y espero que, como siempre, me mires sin verme, pero mi imagen está impresa en todos tus pensamientos. El viento sopla, fiero, y, de pronto, sientes el frío en tus entrañas y vuelves a ver la nieve caer, esa nieve que lo sepultó todo y sobre la que me golpeabas aquel triste veintiuno de enero.

Ya no quiero llorar más. Estoy cansado de llorar. Las lágrimas nunca solucionan las cosas. Se va la lluvia. Desaparece el frío. Ya no

puedes ver la nieve, solo las hojas de otoño acumuladas frente a los escalones de la puerta de entrada. Ya no ríen. El viento debe haberse cansado de jugar con ellas.

—Papá...

Te cubres el rostro con las manos. Me acerco a ti y me siento a tu lado. Tu dolor llega hasta mi alma y se entremezcla con el mío. En mi mente solo suena una pregunta, una única pregunta a la que nunca me respondiste y que nunca fue formulada.

—¿Por qué? —continúo.

Apoyas la cabeza sobre el muro y empiezas a gemir, con la respiración entrecortada. Una lágrima cae de tus ojos. Te he visto llorar muchas veces desde enero, pero ninguna de tus lágrimas ha sido nunca tan hiriente, tan sincera.

—Perdóname... No tenía razones para hacerlo. La culpa fue mía. Siempre fue mía. No merezco tu perdón, pero necesito que me perdones. ¡No puedo vivir así!

Realmente, dudo mucho que una palabra pueda enmendar el daño causado. Por mucho que te diga que te perdono, que escuches de mis labios las palabras que necesitas para sentirte reconfortado, eso no va a conseguir que olvides lo que has hecho. No se puede regresar el tiempo.

—Ya es tarde. Un perdón no soluciona las cosas.

—¿Por qué...? ¿Por qué te fuiste...?

Papá, sabes de sobra la respuesta a esa pregunta. Yo no me fui por voluntad propia ni tampoco regresé porque quisiera. Tú me obligaste a marchar y, al mismo tiempo, te empeñaste en hacerme regresar, solo para nadar en tu mar de contradicciones y para hacerme revivir, minuto a minuto, el dolor que me causaste.

—Me fui porque tú quisiste que me fuera. —El sonido de un trueno resquebrajó el cielo—. Mamá tampoco quería marcharse.

A veces pienso que esas preguntas obvias son solo intentos frustrados de restarte culpabilidad. Odio que lo hagas, odio que no seas capaz de afrontar la realidad. Ya no quiero decir más nada.

Enfadado, me alejo y me siento entre las ramas secas. Estoy frente a ti y, escondidos tras un par de rosas marchitas, mis ojos te buscan y te encuentran. Me miras y te pones en pie y te acercas. Estamos los dos en un lugar donde fuimos felices hace tiempo, pero ya no lo somos. Ni tú ni yo. Ni ella. Cómo me gustaría vivir para siempre en los tiempos de sonrisas, en la eterna primavera. Las cosas entonces eran mucho más sencillas.

—Mi pequeño...

Tus manos tocan las rosas y yo me aparto, porque de tus manos yo no recuerdo las caricias, solo los golpes. Sin embargo, hay algo en tu rostro que no he visto en mucho tiempo. Estás sonriendo. ¿Por qué sonríes? ¿Por qué sonríes ahora, después de tanto tiempo? ¿Por qué hoy veo en tus ojos la perdida dulzura? Las hojas de otoño también están riendo.

—No te escondas —me pides—. No tengas miedo... ¿Recuerdas el día en que plantamos estas rosas? Éramos felices. Éramos muy felices.

Sí, lo recuerdo. Fue un día perfecto. Tú en aquel momento, tú en aquel día. Recuerdos como ese son los que me impiden odiarte.

Tus manos llegan a mi pelo y las yemas de tus dedos rozan mi frente y, por un momento, siento que me rodeas con tus brazos. Yo me aferro a tu cuerpo y creo que vuelvo a ser el niño de ocho años que vivía en una familia perfecta, sin gritos ni miedo, sin las cien mil copas llenas de tu veneno amargo.

Estoy llorando, pero no es de angustia ni de pena, sino de nostalgia. Para ti, vuelve a llover y es una lluvia dulce. Es como el rocío de las mañanas.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué no fuiste siempre así...?

El sol nos besa con sus últimos rayos, cálidos, y ambos sabemos que mamá se está sumando a nuestro abrazo. Enero queda ya tan lejos... Durante unos minutos, el dolor desaparece e incluso veo florecer las rosas tal y como florece la sonrisa en tu rostro. Espléndida, magnífica, hermosa.

Durante unos minutos. Unos minutos. De nuevo, el tiempo juega en nuestra contra. Siento otra vez el frío y me doy cuenta de que ya no me abrazas. Veo la decepción en tus ojos y comprendo que acabas de verte abrazado a un conjunto de rosales muertos. Supongo que eres demasiado adulto para saber que también existen las cosas que ya no están.

Regresas a las calles y las ves sombrías. La noche se acerca. Yo vuelvo a seguirte, pero esta vez más despacio. Me escondo en lo oscuro y me siento lánguido y tenue. Temo que hayas dejado de pensarme, porque no sé lo que puede significar eso.

Caminamos, juntos y distantes, entre las lúgubres sombras de la calle por la que me perseguiste el veintiuno de enero. Aunque las huellas que dejaron nuestros pasos en la nieve ya hace tiempo que se han ido, yo puedo sentir que el rastro de lo que sucedió aquella noche permanece.

Cuando mamá murió, nadie pensó que tú la habías matado. El mundo entero creyó que la tragedia se debió a una malograda caída por las escaleras. Nadie sabía que entre las paredes de nuestra casa se ocultaban mil historias de gritos y maltratos y cien botellas de ron. Nadie corría, nadie gritaba, nadie observaba, nadie lloraba por nosotros. Nadie, salvo ella y yo. Ella y yo. Las víctimas. Tus víctimas. Los esclavos del miedo, los que nunca tuvimos la llave para escapar de la cárcel de hierro en la que nos mantenías encerrados.

Yo era el único que lo sabía y vivía en un mundo de personas demasiado adultas para entender que existe una realidad más allá de sus propias mentiras. Tú eras una de esas personas. Por eso escapé aquella noche, sin importar la nieve que caía o las amenazas que me ahogaban. Por eso me fui y tú corriste detrás de mí, llevando contigo un puño cerrado y una botella de ron casi vacía.

Por estas mismas calles, papá, yo corrí con todas mis fuerzas. Por estas calles grité al verte, por estas calles me observaste correr. Por estas calles me perseguiste y me diste caza y teñiste con mi sangre los campos blancos de impoluta nieve. Yo lloré por estas calles y, por estas calles, lloraste tú también.

Por estas calles me mataste sin saber que, con mi muerte, acababas de firmar tu propia condena.

Ahora lloro y llueve y tú caminas sin rumbo. No tienes nada, salvo tu conciencia plagada de remordimientos. Salvo mi recuerdo y el de mi madre, nuestras sombras, y, sobre todo, la sombra mía, que te persigue a todos lados, en cada recodo, en cada sueño, en cada estrella.

Finalmente, regresas a la colina de los cipreses y te arrodillas frente a mi tumba. Las hojas de otoño ya se han olvidado de reír. Yo me siento sobre la losa de piedra que lleva mi nombre y tú me miras sin verme. Aunque esté muerto y nos separen las

barreras de dos mundos, sabes que estamos en el mismo lugar y sabes que estoy aquí.

Estás lívido, casi tanto como la luna que brilla sobre nosotros. Llevas algo en la mano que no alcanzo a distinguir hasta que lo depositas sobre mi lápida. Es una rosa. Es una de las rosas de mamá y no está muerta. Es roja, está viva, es perfecta. Hasta puedo escucharla reír, con una risa cantarina y especial, mucho más bonita que la de las hojas secas.

—Dime, hijo... Dime que en el Cielo siempre es primavera...

Entonces te desplomas sobre el suelo y cierras los ojos para siempre. Supongo que nunca alcanzarás a escuchar mi respuesta y tal vez sea mejor que no lo hagas.

Porque, papá, ¿quién sabe si existe el Cielo? Yo solo sé que mamá siempre plantaba sus flores en la tierra.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **HELENA LÓPEZ ORTEGA**

Título: El hombre de las palomas

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA

## El hombre de las palomas

Mi nombre es Andrea y tengo siete años (o casi). Hace unos meses que me mudé aquí, por el trabajo de mi padre. Mi nueva casa es grande, con una habitación rosa para mí sola, otra para mi hermano y otra para mis padres. También hay un despacho lleno de papeles en el que mi padre se pasa las horas muertas, como él suele decir con cierto tono de fastidio, sobre todo los fines de semana. Y por último, tenemos una cocina, un salón y dos cuartos de baño. No tiene nada de especial si la comparo con nuestra otra casa; mejor dicho, sí, hay una cosa que la otra casa no tenía y que se ha convertido en mi lugar secreto: el balcón.

Cada tarde arrastro la silla de la cocina y la llevo hasta el balcón, sin abrir la cristalera porque mi madre no me deja, ella opina que es muy peligroso para una niña de solo siete años (o casi). Yo me subo encima y miro, porque lo que no he dicho hasta ahora es que me encanta mirar, observar a las personas en su mundo rutinario. Y en el edificio de enfrente, más o menos a la altura de mi piso, hay un gran ventanal que suele estar abierto para que saque la cabeza y a veces la mano un hombre de mediana edad.

Me gusta mirar a ese hombre al que solo se le ve la cabeza, como a mí. A lo mejor él también es bajito o prefiere quedarse sentado. No lo sé. Me pregunto si él también me habrá descubierto, y me pregunto si él también se hará este tipo de reflexiones que yo me hago. Lo cierto es que todos los días, varias veces al día, me lo

encuentro con un montón de palomas revoloteando a su alrededor, en el alféizar de su ventana.

Yo sé que él sabe que lo miro, pero nunca me saluda. A lo mejor es tímido; a mi también me cuesta hacer amigos.



Cuanto más tiempo pasa, más ganas tengo de saber quién es y por qué lo visitan con tanta frecuencia las palomas. El otro día invité a comer a Noemí, mi nueva amiga de siete años (los cumplió en agosto), y le enseñé mi secreto. Como ella es muy lista, porque siempre termina la primera los deberes y le va fenomenal en matemáticas, le pregunté por qué tendría ese señor tantas palomas, pues en verdad era algo que realmente me intrigaba. Me respondió con su tonillo de superioridad que era muy fácil: porque les daba de comer, y entonces me fijé en que tenía una

bolsita llena de pan en la mano izquierda.

Así que era por eso... Yo también quería palomas, como aquel hombre. Por eso, al día siguiente cogí una bolsa de pan, la agarré con la mano izquierda como él hace y empecé a agitar los brazos para que viniesen a mi balcón. Aquel señor, al verme, forzó una pequeña sonrisa, pero las palomas seguían en su ventana y no parecía que quisieran venir a mi mano. Se había hecho amigo de las palomas, algo difícil de superar para una niña de siete años (o casi).

Aun así, seguí observándolo con emoción. Parecía un ser solitario, de esos que se pasan el día en su rincón, leyendo o pensando o viendo los aburridos programas de la tele. Por eso se había hecho tan amigo de ellas, de las palomas. Solo acudían a él,

como si se hubieran puesto de acuerdo en contarle solo a él sus nuevas aventuras por los cielos, todo a cambio de su comprensión o de unas migajas de pan. Aquel era un buen trato, quizás yo también lo hubiese aceptado.

Pasaban los días, y yo seguía observándolo cada tarde desde mi balcón. Una mañana, al volver del colegio, vi a un señor paseándose por el parque que hay al lado de casa. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que era el hombre de las palomas. Pero lo que más me sorprendió no fue eso, sino que fuese sentado en una silla de ruedas y que lo guiase una cuidadora, a lo mejor su esposa o su hermana o quién sabe quién. Esto me sorprendió mucho, la verdad. ¿Por qué no podía andar, si llevaba puestos sus pantalones y sus zapatos como yo? Le pregunté a mamá y me respondió que a lo mejor había sufrido algún tipo de accidente de coche, y me asusté. Yo entonces creía que lo de ir en silla de ruedas era solo en las películas.

Cuando esa misma tarde volví a mi balcón, lo observé con otros ojos. Lo vi triste y solo, pero a la vez acompañado. Sí, acompañado por esas palomas que lo rodeaban y se quedaban un ratito en su brazo mientras picoteaban las migajas de pan que había esparcido en el alféizar de la ventana.

Otro día la sorpresa fue mayor: volviendo a casa nos sorprendieron las luces intermitentes de un coche de policía, las sirenas de una ambulancia y grupos de personas detenidas en la puerta del edificio de enfrente. Mamá, tan asustada como yo, me dijo que me quedará ahí quieta, que iba a preguntar qué estaba sucediendo. Yo quería ir con ella, pero no me lo permitió de ninguna manera, así que me quedé quietecita. Al cabo de unos segundos surgió mi madre entre el barullo de gente. Tenía la cara ensombrecida, como si quisiera anunciarme que no traía buenas noticias.

-¿Qué ha pasado, mamá? –le pregunté.

-Tu amigo de la ventana...

-¿Qué, quién?

-Sí, el hombre de las palomas...

-¿Qué pasa con él, mamá?

Mi madre no sabía por dónde empezar; mejor dicho, lo que no sabía era por dónde terminar. Noté saltamontes en el estómago, yo tampoco estaba ya segura de querer saber más. Lo había llamado “mi amigo”, y es verdad que después de tanto tiempo acechándonos, yo desde mi balcón y él desde su ventana, entre nosotros se había establecido una relación que tal vez pudiera merecer el privilegio de la amistad.

-¿Qué pasa con él?

-¿Eh?

-Por favor, mamá, ¿ha ocurrido algo?

-Según me han dicho, ese hombre vivía solo, estaba muy triste por su situación...

-¿A qué te refieres, mamá?

-Buenos, ya sabes: sufrió un accidente de moto que lo dejó muerto de la cintura para abajo, necesitaba ayuda para todo; y por su situación había notado que muchos de los que él creía sus amigos le habían dado de lado.

-Pero yo era su amiga. Y las palomas...

-Sí, cariño, pero...

-¿Pero qué?

-Pues que a veces nos encerramos en nuestros problemas y no somos capaces de reaccionar ante la vida.

-¿Qué quieres decir?

-Escucha, cariño: ese hombre se ha tirado por la ventana, ha muerto en el acto.

Saltamontes en el estómago, a millones. No se puede haber muerto, no puede ser. Era mi amigo aunque no hubiéramos cruzado ni una sola palabra, teníamos un vínculo que no se puede explicar con las palabras. Y ahora estaba muerto, ya no lo volvería a ver desde mi balcón, ni podrían verlo tampoco las palomas. Seguí caminando hasta mi edificio silenciosamente, enfadada con este mundo.

Al llegar a casa tuve el impulso de mirar, como siempre, desde detrás de la cristalera de mi balcón, pero la certeza de que no estaría él con sus palomas me inundó de tristeza. Al final de la tarde no pude soportarlo más y me senté junto al balcón. Abajo, en la calle, ya no había luces de policía ni trajín de ambulancias, y los curiosos habían desaparecido por completo. En la ventana de enfrente, cerrada a cal y canto, yo me imaginaba el rostro y la mano de todos los días, y por un momento hasta me pareció ver palomas aisladas que surcaban el cielo y bajaban a picotear por turnos las migas de pan. Pero era solo una ilusión mía que me costaba trabajo quitarme de la cabeza.

De repente, mi madre se me aproximó por detrás y me acarició el pelo sin decir ni una palabra, como si comprendiera el vacío que se había instalado en mi corazón. Y entonces lo entendí todo: no, mamá, no puedes engañarme, los adultos como tú no podéis comprenderlo porque os habéis creado un mundo en el que no caben los sueños, pero yo sé que el hombre de las palomas no se ha tirado desde su ventana ni ha muerto, a lo mejor su cuerpo sí se estampó contra el suelo, pero su espíritu está ahora mismo volando con sus amigas en alguna región del cielo a la que nuestra vista no alcanza; era su voluntad y se las ha arreglado para subirse al alféizar y lanzarse al vacío, pero no para caer, sino para ascender más alto y no estar siempre atado a su silla de ruedas.

Entonces la miré y se lo dije con mucha seriedad:

-Mamá, estáis equivocados: él no ha muerto.

Ella se sonrió como si hiciera un esfuerzo para no contradecirme, como si en el fondo no me creyera o me tomara por una niña que no entiende las cosas como son.

-La muerte forma parte de la vida, cariño...

-Te digo que no ha muerto.

-Hay que aprender a convivir con la muerte de quienes más queremos, porque así ellos se quedan tranquilos y siguen viviendo en nuestros recuerdos.

-Sí, mamá, pero no tienes que convencerme de nada. Ya tengo siete años (o casi) y sé cosas que a los mayores como tú os cuesta comprender.

-Dime, cariño.

-Yo sé que él se ha ido a volar con sus palomas.

# MODALIDAD B

(de 17 a 21 años)

Primer Premio

Autora: ANNA M<sup>a</sup> MERCADO POZO

Título: Café para dos

Centro educativo: Centre d'Estudis Ramar-2. SABADELL

## Café para dos

La turbia luz de una mañana cualquiera se cuela mansa y vaporosa por los amplios ventanales del lugar, otorgando una apariencia melancólica a todo aquello que queda bajo su suave caricia. La gente trajina en las mesas con tazas y vasos, ya sea solos o en compañía, dejando que se escurran los minutos dentro de sus relojes como se agota mi paciencia: lenta pero inexorablemente.

Los bajos mojados de mis pantalones refuerzan la sensación de pesadez que llevo arrastrando desde que acordamos vernos, hará aproximadamente una semana. Aún ahora, no sé bien bien por qué accedí a venir, a volver a verla después de tantos años; y aún entiendo menos qué extrañas constelaciones se han tenido que alinear para que me llamara. ¿Qué mosca le ha picado? De verdad, nunca acabaría de entender a esta chica...

Los escacharrados auriculares de mi Ipod se silencian momentáneamente y de nuevo exhalan las primeras notas de una antigua balada de amor. ¿Qué debe tener el amor que se ha instalado casi en régimen de monopolio en el territorio de la canción? Al poner la radio te pierdes en un mar de melodías que hablan de tres temas básicamente: el enamoramiento, el amor y el desamor. Debe ser una tarea ardua para los cantantes volver a escribir de nuevo lo que muchos otros ya han cantado, sólo cambiando la forma de decirlo, las notas o el *tempo*. Pero tenemos que vernos para apreciar cómo afectan sus palabras sobre nosotros: quizá estamos

atrapados en cualquier atasco, solos en el coche y cantamos. Cantamos, lloramos a veces, porque la música de eso que un día fue el palacio de los sueños posibles hoy es el boulevard de los sueños rotos. Los cantantes no lo saben, pero son los notarios inconscientes que nos van carcomiendo el alma. Y cada vez que nos atacan con nuestra canción, queda en el asiento el rastro polvoroso de unas serraduras agritudces, restos de un dolor pasado. Pensándolo mejor... quizá no hacen tan mal su trabajo los cantantes de hoy en día.

Vuelvo a mirar el reloj. Llega tarde, jodidamente tarde. Al final será cierto eso de que las cosas no cambian... Me acomodo en el asiento mientras pienso en cómo era todo antes, hace ya doce años. Doce años ya, y aún hay momentos que recuerdo tan nítidamente, tan brillantes en mi cabeza y un poco más tenues en mi corazón, pensamientos que quise olvidar para siempre porque hacían demasiado daño y pinchaban el alma, viejos testimonios de promesas a medias que no se llegaron a cumplir. Pero nunca lo conseguí y ahora son pequeñas gemas de recuerdos de un tiempo pasado que no volverá y que quisimos enterrar por despecho de nosotros mismos, creyéndonos demasiado frágiles como para vivir arrastrando un amor roto, maldiciendo a quien nos deshizo nuestro castillo construido con la arena de la ilusión. Ya no quiero olvidarlos, claro. Y es que quizá con el tiempo te das cuenta que el odio no existe, de que sólo es un equívoco; que no nos tenemos que arrepentir de lo que nos ha hecho felices alguna vez en nuestra vida, sino pensar en ello con una sonrisa. No lo tenemos que estropear todo tanto.

Tintinea la campanita de la puerta, sacándome de mis pensamientos. Entrás cerrando el paraguas tras de ti y por un momento no me encuentras, deslizas tu mirada anhelante por encima de la gente, buscándome, hasta coincidir con mis ojos. Sonríes.

Mientras rodeas las mesas y sillas serpenteando el camino que nos separa, tengo tiempo de examinarte sutilmente: ahora llevas el pelo más corto y vas demasiado maquillada, pero tu sonrisa sigue teniendo ese magnetismo embelesador. Y aún sabiéndolo enterrado, a medida que se me pone la piel de gallina, se hace presente aquel amor antiguo con los dedos manchados de bolígrafo que me cantaba al oído

palabras escritas con pintalabios y acentos de regaliz y palomitas. Amor quinceañero, inconsciente, de inseguridades ocultas tras minifaldas y rebeldía; queríamos ser únicos entre la multitud de iguales y creíamos conocernos en profundidad. Desengañémonos. No somos tan diferentes ni tan excepcionales. Exploradores de nosotros mismos hemos esbozado un mapa que quizá nos puede indicar los accidentes geográficos de nuestra vida, pero no es una tarea de cartógrafos individuales. Necesitamos de un guía y creemos verlo en la pareja. Vertemos sobre ella los monstruos y fantasmas que guardábamos en nuestro interior, esperando que los haga desaparecer, sin saber que eso no funciona así. Soltamos la mano del guía, llegamos últimos a la meta del amor y ya nadie nos está esperando al otro lado. Entonces, perdidos y decepcionados, arremetemos contra nosotros mismos y de los golpes quedarán cicatrices que se transformaran lentamente en los demonios que nos perseguirán el resto de nuestra vida.

Comienzas a hablar sin darme oportunidad de decir nada y te sientas mientras pides al camarero. Te escucho tranquilo, removiendo el café ya frío de la mesa, sintiendo como los restos de azúcar arañan la pulida superficie de la cuchara dentro del oscuro líquido. Si te digo la verdad, no sé cómo acabamos enamorándonos y eso que me lo he preguntado repetidas veces. Somos, o éramos, tan diferentes... Quizá deberíamos dejar de banda la idea de que el amor tiene una lógica interna, argumentada, y dejarnos llevar por la humildad de saber que



no hay ningún blindaje posible contra la locura amorosa; y que todo aquello que nos han explicado no es patrimonio de los amantes sino que está en el aire, que en

cualquier momento puede dejarnos sin respiración y, sobre todo, no olvidar nunca que ante el amor todos somos vulnerables. Al fin de cuentas supongo que no hay un “porqué”, sólo amamos porque sentimos.

Me explicas que ahora compartes tu vida con un pequeño empresario e intentas parecer sutil cuando mencionas su más que buena situación económica. Sonrío entre dientes con una mueca cargada de ironía, pero sé que no te das cuenta. Siempre he pensado que deberían pesar más las sabanas que los anillos. Sin duda eso abriría en el capitalismo una grieta hacia el caos. Es extraña la cantidad de negocios que se escudan en el amor para aumentar sus ganancias, hasta llegar a crear un día exclusivo para los enamorados: San Valentín. Tiene cierta gracia que durante un día mujeres y hombres vayan de cabeza comprando bombones, joyas, flores u otros tantos objetos supuestamente románticos como obsequio para su pareja, sin saber que un beso cada mañana es mejor que todo eso. Y es justamente es ese beso de lo que se han olvidado.

Hace rato que no te escucho pero estás demasiado enfrascada resumiendo tu historia de vida como para darte reparar en ello. Me doy cuenta de que te tiembla la mano con la que sujetas la cuchara y eso nunca queda bien. Te miro los ojos viciados y encuentro el rastro de la chica que amé pero ahora, entre tus palabras mensajeras de explicaciones que llegan doce años tarde y el perfume demasiado fuerte que llevas, empalagándome, no te conozco más que a cualquier otro transeúnte azaroso. Qué triste es ver cómo te has perdido a ti misma... y no puedo evitar pensar dónde se deben haber quedado todos tus sueños.

Recuerdo cómo te extrañabas cuando en los crepúsculos te acurrucabas a mi lado, me pedías que te leyera un cuento sólo de amor y yo te explicaba que el amor nunca se podría encerrar en palabras escritas. El papel es, por sí mismo, demasiado frío y hay sentimientos que mueren si los limitamos en los márgenes de las páginas se deshacen compresos en el interlineado de sus párrafos. Entonces tú arrugabas la nariz y, curiosa, me preguntabas cómo nos lo haríamos para expresar aquello que sentimos si no lo podíamos escribir ni definir. Yo te expliqué que era más fácil que todo eso, ya que los hombres y las mujeres aprenden a hablar en lo que será su

lenguaje propio, forjan bromas, sintaxis, giros y silencios y, cuando ya se saben el texto, pasan a la música de las caricias. Al primer beso le siguen otros. El deseo de la piel inventa caminos en los cuerpos. Se inventan palabras llenas de ellos mismos y, con este nuevo vocabulario, se pueden crear todos los cuentos sólo de amor que quieras escuchar. Reímos abrazados y esa noche no hablamos de otra cosa que de amor.

Una sonrisa se dibuja en mi cara al recordarte tan dulce y tú crees que me rió de una de tus ocurrencias. Ni siquiera te escucho ya. Sigo pensando en el amor, en todo aquello que fue y que ahora ha envejecido, ha cambiado y simplemente ya no es. Veo los pasos y reconozco las guías por las que una vez pasé a tu lado, algunas grabadas con nuestras propias manos. Es curioso como el tiempo cambia la forma de los recuerdos, como si de un caleidoscopio se tratará: los mismos colores se reflejan de formas tan diversas que en nombrosas ocasiones perdemos de vista por completo el dibujo inicial. Un dibujo en constante cambio, con miles de matices únicos que sólo descubriremos cuando el tiempo decida girar los espejos. Y así descubrimos los pequeños detalles que el presente nos vela entre la bruma de los sentimientos. Es cuando nos percatamos de las cosas que pasamos por alto que nace el arrepentimiento, demasiado tarde para poder evitarlo. Nos embarga y nos hace pasar años enteros deseando cambiar un sólo instante de nuestra vida, aun sabiendo que ya es imposible. Deseamos poner en nuestra boca palabras que en su momento reservamos en el corazón, agarrar esa mano antes de que se marchara entre la gente, besar esos labios por última vez... pero nunca tendremos a nuestro alcance una posibilidad como esa. Somos tan humanos y tan imperfectos...

Enroscándote un mechón de pelo, te miras el reloj y dices que se ha hecho muy tarde, que ya debes irte. Crees que la velada ha sido una buena forma de reencontrarnos y que te gustaría verme pronto haciéndomelo así saber mientras te encaminas hacia la barra para pedir la cuenta. Yo aún permanezco un poco más en la silla, mirando como te alejas, evocando otra despedida mucho más antigua: cuando decidiste salir de mi vida sin alguna explicación. En tu defensa diré que tampoco la pedí. De estas cosas no se tienen razones lógicas a las que aferrarnos. Siempre he querido pensar que, de pronto, te llego la evidencia de que habías

dejado de amar. Quizá aquello que amabas no era a mí; quizá sólo estabas enamorada del amor, ese estado gaseoso que nos hacía brillar los ojos y que hacía el prodigio de habernos traído el cielo a la tierra. Quizá cuando los románticos afirman el deseo del amor eterno o del "siempre te amaré" caen en un inevitable oxímoron. El amor eterno no tiene sentido porque el éste viene cuando viene y se va cuando se va. Nos cae encima como una lluvia tropical i se nos escurre entre los dedos cuando queremos retenerlo. La eternidad está reñida con la misma idea del amor. De la misma manera que la felicidad necesita periodos de infelicidad para hacerse presente, también el amor ha de brotar en el desierto sentimental de la vida cotidiana. No sabríamos nada de nosotros -¡y sabemos bien poco!- si no fuera por las sorpresas que nos obligan a tomar decisiones supuestamente firmes o dejarnos llevar por el vendaval que de repente nos ha alterado la vida.

Me llamas desde la puerta. Ya tienes el paraguas abierto y me esperas impaciente, riendo entre dientes. Dices que sigo siendo el mismo pequeño soñador que un mal día decidiste abandonar entre sus escritos y a ti te parece que eso es un halago. Te ofreces a llevarme a casa cuando te das cuenta de que no llevo paraguas pero declino educadamente la propuesta y te hago otra: no volvemos a ver. Te sorprendes y quieres que te explique el porqué de esta decisión pero hoy soy yo quien cruza el marco de la puerta sin decir ninguna palabra más. Permaneces parada en la puerta mientras me interno al río de gente de la calle, mojándome, libre entre mis recuerdos y pensamientos. No consentiré que el presente denigrante pudra un pasado dulce haciendo que en el futuro pensemos en él con amargo rencor.

Sopla el viento y pesamos poco.

Accésit para estudiantes de la Región de Murcia

Autora: **FUENSANTA OLMOS ABELLÁN**

Título: Parodia de la muerte burocrática

Centro educativo: IES La Flota. MURCIA.

## Parodia de la muerte burocrática

La neblina se hacía eterna en aquel vagón recorrido por los carraspeos y gemidos fatigados de un montón de anónimos. Al menos, la inquietante ceguera que le había regalado un mareo anterior, se había esfumado, y podía poner cara a los fantasmas a los que antes sólo escuchaba. Sin embargo, ver las siluetas de estos espectros, ahora que de nuevo se había encendido la luz en sus ojos, no era mucho más agradable que escuchar sus voces en la oscuridad. Sí que era, por otro lado, más entretenido: sus figuras anchas se contorsionaban y parecía que ejecutasen un extraño y tétrico baile, difuminándose con el resto del escenario y emitiendo cierta iridiscencia.

Sus miradas, completamente huecas, y al parecer ajenas a su presencia, se fueron haciendo familiares al ritmo que Emily desfilaba entre ellas, cada vez a un ritmo más despreocupado. A pesar de eso, el camino parecía no encontrar final.

Los asientos de terciopelo rojo estaban completamente vacíos, y a este paso tampoco parecía prudente engendrar expectativas de encontrar al piloto en su cabina, pese a que la sensación de movimiento del vehículo era más que obvia. Antes de que le diera tiempo a, inútilmente, continuar buscando pasajeros con la mirada, Emily notó cómo el suelo empezaba a hundirse, ascender de nuevo y a, en resumidas cuentas, adoptar un movimiento ondulatorio semejante al de la sensación de estar tumbado sobre un colchón de agua. Parecía querer hacerla avanzar más

apresuradamente; como si el mismo tren llevara un poco de prisa para con sus acontecimientos internos. Este tránsito fantasmagórico la llevó a un gigantesco, amplísimo comedor de paredes verde vejiga remachadas con pedrería dorada, cuyas mesas eran redondas y estaban cubiertas por manteles de un terciopelo similar al de los asientos de los vagones, que adornaban candelabros viejos y centros de mesa florales. Las dimensiones del recinto no se correspondían para nada con las del tren, pero, a estas alturas de anomalías, supongo que no era un detalle especialmente reseñable.

En una de las mesas se encontraba sentado un señor canoso tecleando en una máquina de escribir portátil. Parecía nervioso y un poco desconcentrado, y bebía a sorbitos un café con bourbon en taza. Tenía la botella de whisky junto a él, y de vez en cuando volvía a verter un poco en la taza, con lo que seguramente habría más bourbon que café. Era la primera *persona* con la que Emily se topaba desde que despertara, así que decidió preguntarle cortésmente si podía tomar asiento con él. El extraño asintió dos veces mientras fruncía el ceño sin desviar la vista de su trabajo.

–¿Qué escribe?

–Los nombres de futuros clientes, niña. Siempre hay que estar al tanto de cómo está el mercado –asentó.

–¿Y a qué se dedica? He visto que está anotando unos numeritos junto a esos nombres que, por cierto, me he dado cuenta que escribe bien ordenaditos, alfabéticamente. Y hasta figuran las direcciones, números de teléfono... ¡Yo conozco esa avenida! ¡Paso por allí cada mañana! ¿Cómo consigue toda esa información?

–Toda esa gente va a morir dentro de poco. Y necesito todos estos datos porque, lamentablemente, mi trabajo como verdugo aún no está automatizado: las posibilidades tecnológicas de la *empresa* para la que trabajo están estrictamente limitadas por el avance tecnológico humano. Es decir, una auténtica basura. Preciso de todas estas anotaciones por pura exigencia de la compañía a la que sirvo; mi puesto de trabajo se rige por una serie de directrices que han de ser cumplidas a rajatabla: es *cuestión de vida o muerte*. No nos permiten tramitar, por ejemplo,

antes a Ramiro Ruíz que a Magdalena Fernández. Preservación de los Derechos de Muerte, le llaman; esas leyes rigen nuestra labor como institución pública.

–Así que es usted una especie de ángel de la muerte, ¿no? Con lo simpático que parece.

–Supongo que lo que dices en referencia a mi aspecto es un cumplido. Tenemos que causar buena impresión, inspirar confianza. Los archivos de datos demográficos nos proporcionan, normalmente, todo lo que necesitamos saber acerca de un cliente para llevar a cabo su ejecución. Pero a veces tenemos que recurrir a extraer ciertos datos de su entorno, y no creo que nadie fuera a dar información personal de un ser querido a La Muerte personificada. Por eso soy la amabilidad y la pulcritud personificadas. Porque si por mí fuera... El negro es muy elegante, ¿sabes lo que te digo?

–¿Dice usted que se encarga de mandar a la tumba a toda la gente del planeta? Y, dígame, ¿no le hace sentir mal su empleo? –preguntó.

–Qué barbaridad, niña. Soy un representante de La Muerte: mi deber es mataros a vosotros, no que me matéis vosotros a mí de trabajo y estrés. Bastante llevo ya encima. En realidad somos muchos los que nos dedicamos a esto. Nosotros actuamos por zonas: ésta me la han asignado hace muy poco y estoy bastante descontento, la verdad, es un caos. En todo puesto de trabajo hay ciertos problemillas, contingencias cliché con los que siempre hay que lidiar, y en el nuestro sin duda son los homicidios, suicidios y las muertes por accidentes, del tipo que sean. No te pagan más por ello. El caso es que en este área, la tuya, últimamente están sucediéndose estas aleatoriedades con más frecuencia de la común. Una frecuencia preocupante.

Dicho lo anterior el empleado se levantó, desistiendo de su trabajo, dadas las avasalladoras preguntas de la niña, y pidió algunos aperitivos para él y su invitada especial. En aquella velada en la que los platos llegaban a su destino, los comensales, levitando sin que ningún tipo de cinética humana colaborase, el funcionario de la muerte explicó a Emily cómo él y los de su gremio viajaban en aquel tren cuyos raíles circulaban por una dimensión ajena a la nuestra.

–¿Y cómo es que he llegado a colarme aquí? –Dudó.

–Esa es una pregunta muy interesante. No se lo cuentes a nadie, pero para esta mañana a las 10:07 estaba programada tu muerte. –Emily hizo entonces un gran esfuerzo por recordar qué había hecho esa mañana. Algo difícil puesto que había perdido la noción del tiempo por completo después de despertar en aquel tren. La miró durante un segundo esperando una respuesta. –Veo que no se te ha ocurrido preguntar cómo vas a salir de aquí, pese a que te has interesado por el cómo y el porqué de tu llegada. Vamos a tener que hacer un apaño contigo. Por cierto, se me olvidaba, pronto tendremos que despedirnos. He pedido al maquinista un favorcillo, nada personal, pura burocracia: este tren va a descarrilarse en breve. ¿Te gusta el mar? Sé que la muerte por ahogamiento no es precisamente una de las más agradables, es una forma de asfixia muy peculiar: tu árbol broncoalveolar se anegará impidiendo que el oxígeno llegue a tu sangre; con un poco de suerte antes de que esto ocurra sufrirás un laringoespasma que impedirá el paso del agua a tu aparato respiratorio. En ambos casos ese precioso rostro de porcelana tuyo se pondrá del color de una uva tinta, que supongo que será la parte más dramática para una pequeña dama como tú. Y, disculpa que te haya dado la chapa antes de esta pequeña tragedia, pero un funcionario de La Muerte ha de hacer bien su trabajo. Y al fin y al cabo has sido tú la que ha aparecido en el comedor mientras transitábamos el tramo de costa del trayecto. Ha sido lo primero que se me ha venido a la cabeza: tengo que deshacerme de ti si no quiero que me pongan de patitas en la calle, que la cosa está realmente mal con los funcionarios. Sé que la culpa ha sido mía y tú deberías estar ya muerta, sin padecimiento ni preocupación, pero un error de papeleo lo tiene cualquiera y ya te he comentado que últimamente tengo demasiado ajeteo. En fin, dejando las cortesías a un lado: te deseo lo mejor y, espero, ¡ninguna intromisión por parte de un depredador en tu aventura submarina!

Se escuchó un chasquido y a continuación emergió de la nada un haz de luz. El tiempo se había pausado para todo el tren salvo para Emily. “Pst, pst, señorita Cooper”, se oía tras la barra del barecillo del gran comedor. La aludida caminó hasta el lugar de la alerta, y allí se encontraba revisando documentos desde su maletín un

joven de rostro *angelical* pero varonil. Tenía porte valiente y elegante, vestía un impecable traje de algodón, y su voz denotaba audacia y perspicacia; pero a su vez inspiraba confianza y sosiego.

–¡En menudo lío te has metido, pequeña! Por suerte para ti he estado estudiando este caso milimétricamente y ya he conseguido localizar los cabos sueltos que necesitaba. –Emily lo observaba hablar atónita: parecía que, desde hacía un buen rato, había olvidado cómo pronunciar las palabras–. Los funcionarios de La Muerte son unos necios que siempre juegan sucio. Ya casi te veía haciendo migas con tu propio verdugo; menuda alma cándida estás hecha. –Le dijo su nombre, y también le contó a qué se dedicaba: Jack Goodman, su ángel de la guarda. O, como su título oficial decía: Abogado Defensor de la Vida de oficio. –Agárrate que, con suerte, no tendrás nada que ver con él hasta dentro de *muchos años*. ¡Nos vamos de este tren que no lleva a ninguna parte! –gritó Jack animado.



Fue como abrir y cerrar los ojos. En menos de un segundo la pequeña Emily se encontró sentada en el banquillo de acusados de un tribunal tan majestuoso y regio que habría puesto de rodillas al mismísimo Palacio de Versalles.

Su viejo amigo y ejecutor, el funcionario de La Muerte, tenía el rol de la acusación. Jack, cómo no, el de la defensa. Aunque, sin duda, la figura más excéntrica de la sala era la del juez: su señoría, la mismísima Muerte en persona,

vestía los hábitos clásicos de juez y sujetaba el mazo de la sentencia con la huesuda mano derecha. “¡Que empiece la sesión!”, pronunció con una voz anciana y ronca, pero muy severa. Tenía la palabra la defensa.

–Su señoría, he concertado este juicio en pos de la Preservación de los Derechos de Muerte de mi cliente, la señorita Emily Cooper. Esta mañana mi cliente se encontraba recibiendo, como cada martes, su clase de matemáticas y geometría con inicio a las once horas en la escuela primaria de Pendleton View, cuando sus actividades lectivas se han visto interrumpidas por sorpresa. Cooper fue teletransportada al tren de trabajo de los funcionarios de la Muerte nº 3 del área anteriormente citada, sufriendo una experiencia yo diría que casi traumática, inhumana. Allí estaba para recibirla el precursor del embrollo que nos está costando este juicio, su señoría: Joe Fandango, un servidor público de la Muerte bastante despistado para con sus labores profesionales. El señor Fandango, víctima de su mala memoria, perdió el formulario de la señorita Cooper a la hora de la que iba a ser su muerte alterando así el curso normal del espacio-tiempo. Y cometiendo una negligencia en toda regla. Pensó que podía arreglarlo improvisando una muerte totalmente diferente a la prevista para Emily Cooper: ¿quién iba a enterarse? Una acción bastante chapucera y desafortunada para un profesional de tal calibre. Puestos los hechos sobre la mesa me parecería de una decadente falta de profesionalidad, además de una vulgaridad legal tremenda, condenar a muerte a mi infante cliente. Si no falleció a su debido tiempo, fue por descuido y error personal del funcionario Joe Fandango. Eso es todo por parte de la defensa.

Fandango respiraba agitadamente, y su rostro fantasmal se había vuelto aún más frío y agrietado. Su señoría, La Muerte, pareció aguardar a su turno durante unos segundos de cortesía para, acto seguido, expresar su más sentido perdón a la pobre Emily.

–¡Aguarde, señoría! –exclamó con valentía la pequeña–. No lo ha contado todo el señor Goodman en su declaración. Hay algo más. Verá, al llegar al tren, y aún no sé entender muy bien el modo en que lo hice, sentí unas presencias espectrales deambulando por los vagones que parecían estar lamentándose por algo... Tras

escuchar a Jack hablar creo que mis sospechas se han confirmado, y, que esos fantasmas son los de otras personas que también han sufrido del desaliño y la incompetencia del señor Fandango. No me gustaría que eso volviera a ocurrir, ahora que conozco mis Derechos de Muerte.

–Joe Fandango, ¿nada que alegar? ¿Debería poner tu trasero ya en la calle por esta falta de competitividad e indecisión? –asentó La Muerte.

–S-s-señoría, yo... No hay nada de falso en el relato del señor Goodman. Mas, si me deja comentarle unos detalles, quizá podría alcanzar a entenderme. Mi esposa dio a luz hace un mes a mellizos. Los niños están francamente irritables por las noches y, para colmo, mi suegra se ha mudado a casa porque recientemente ha enviudado. Yo mismo tuve que encargarme del fallecimiento de mi suegro, ¿sabe? Y mi mujer se enteró –decía–. Tengo la casa patas arriba, son todo reproches y noches de sofá. Si se fija bien, esta barba de cuatro días, estas ojeras y esta mancha de whisky en mi camisa pueden dar fe de ello. Mi trabajo no es fácil y usted lo sabe; el equipo está obsoleto y cada día somos menos en el tren. Si pudiera tener alguna ayuda, al menos hasta que los niños crecieran un poco y se enfriaran las cosas en casa, no sabría cómo agradecerse. Y, por supuesto, continuaría con mi deber como su trabajador más devoto.

–Se me ocurre algo –musitó el juez–. Emily, pequeña: has de recordar la experiencia de este día no como algo desagradable y propio de una pesadilla, sino como una oportunidad, un regalo que te permitirá seguir viviendo, dadas las circunstancias en las que todo ha acaecido. Ya que has aprendido a valorar la tarea de uno de mis funcionarios, deberías cumplir, a cambio, un servicio a esta causa. Además, ¡soy La Muerte, y creo que me estaba portando demasiado bien! –dijo su señoría entre unas risotadas que helaban los huesos, nunca mejor dicho.

A continuación, dio dos golpes de martillo sobre el estrado y pronunció–: Yo, La Muerte, el Devorador de las Cosas según Ovidio, Anubis, La Parca y Juez Supremo de los Asuntos de la Vida y su Fin, declaro que la no-muerta Emily Cooper habrá de prestar servicios a nuestro cuerpo funcional, representado en este caso por el inepto Joe Fandango, hasta que este mismo tribunal dictamine que sus servicios ya no son

necesarios. –Y con un golpe mucho más sonoro que todos los anteriores, reaparecieron de nuevo en el tren.

Emily, desde su regreso al tren, sabía que tenía un trabajo pendiente: tramitar a todos los fantasmas que erraban por sus vagones a los que, de no ser por Jack, estaría acompañando ahora. Por otro lado, sabía que podía regresar en cualquier momento a esa lección de matemáticas y geometría y el tiempo se reanudaría tal y como se pausó a su marcha.





## Certamen literario para el alumnado "Ana M<sup>a</sup> Aparicio Pardo"

El Certamen Literario "Ana María Aparicio Pardo", nace en Torre Pacheco, en el IES "Gerardo Molina". Abarca el ámbito estatal y se dirige a alumnos de Enseñanzas Secundaria y Universitaria. En esta publicación se recogen los cuentos ganadores de las últimas ediciones, cada una de ellas la componen tres modalidades. En estos cuentos coexis-

ten los más variados estilos y las más diversas temáticas (violencia de género, amores y desamores, misterio, emigración ilegal, aventuras, explotación laboral, fantasía...), todas escritas con la sensibilidad, ternura y generosidad no viciadas de la edad juvenil, y la profundidad y madurez de las personas adultas.

[www.educarm.es/publicaciones](http://www.educarm.es/publicaciones)

